
DORMIR CON LA ENEMIGA
EMILY HAYES

DORMIR CON LA ENEMIGA

EMILY HAYES

ÍNDICE

Nota de Emily

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Epílogo

NOTA DE EMILY

Os doy la bienvenida a *Sleeping with the Enemy* — y al comienzo de mi flamante serie **Phoenix Ridge Billionaires**.

Si habéis leído alguno de mis otros libros de Phoenix Ridge, ya conocéis esta ciudad: mujeres poderosas, apuestas arriesgadas, personalidades afiladas… y sentimientos que se niegan a permanecer enterrados. Si es vuestra primera vez por aquí, no os preocupéis; podéis sumergiros directamente. En Phoenix Ridge siempre hay sitio para una obsesión más 😉

Esta serie trata sobre **la riqueza, el poder, el control… y lo que ocurre cuando el amor lo arrolla todo a su paso**. Astoria Shepry es una Reina del Hielo en todos los sentidos: brillante, intimidante y, desde luego, no tiene ninguna intención de enamorarse de nadie. ¿Y Miller? Bueno… se supone que es su enemiga.

Podéis esperar:

✨ tensión ardiente de enemigos a amantes
✨ diálogos mordaces y juegos de poder emocional
✨ algunas escenas *muy* tórridas
✨ y sí, siempre, siempre, un **final feliz**

Espero que volváis a enamoraros un poquito de Phoenix Ridge… y quizá de alguna que otra multimillonaria por el camino.

Poneos cómodos y disfrutad del viaje.
Emily 💋

1

Capítulo 1: Miller

Aún no había empezado a llover, pero Miller podía oler que la lluvia se acercaba; esa tensión particular en el aire, la forma en que la luz se aplanaba contra el puerto tras los ventanales del despacho de esquina de Rachel. Se quedó en el umbral, con el cuaderno jurídico en la mano, observando a su mentora hojear una carpeta de cartulina con esa clase de atención concentrada que significaba que algo interesante había aterrizado en su mesa.

—Cierre la puerta —dijo Rachel sin levantar la vista—. Y siéntese.

Miller hizo ambas cosas y se acomodó en uno de los sillones de cuero desgastado frente al escritorio de Rachel. El despacho era la esencia de Rachel Hartwell: líneas limpias, libros de derecho organizados por áreas de práctica en lugar de por orden alfabético, y menciones honoríficas del Colegio de Abogados de Oregón enmarcadas y colocadas entre fotos familiares. El marco más grande contenía una instantánea espontánea de la esposa de Rachel, Sydney Hartwell, y sus hijos mellizos en lo que parecía ser un partido de fútbol; los cuatro se reían de algo que sucedía fuera de plano.

Tras seis años en Hartwell & Associates, Miller todavía sentía un pequeño aleteo de nervios cada vez que Rachel la convocaba de

esta manera. No era exactamente ansiedad, sino más bien la anticipación previa a un examen para el que había estudiado mucho.

—Valerie Shepry-Dane —dijo Rachel, alzando por fin la vista. Sus gruesas gafas de lectura descansaban sobre el puente de su nariz, dándole un aspecto más de profesora universitaria que de una de las abogadas de derecho de familia más perspicaces de Phoenix Ridge —. ¿Le suena de algo?

Miller rebuscó en su memoria. —¿Shepry de Shepry Global? ¿La inmobiliaria?

—El imperio inmobiliario de lujo sostenible, sí. —Rachel deslizó la carpeta por el escritorio—. Valerie estuvo casada con Astoria Shepry durante quince años. Solicitó el divorcio hace seis meses y busca nueva representación. Al parecer, sus anteriores abogados no fueron lo suficientemente agresivos.

Miller abrió la carpeta. El formulario de admisión era escueto: nombre, información de contacto, unas pocas notas garabateadas con la letra de Rachel. Pero prendido en la cara interna de la portada había un recorte del *Phoenix Ridge Business Journal*, una foto de dos mujeres en algún tipo de gala: una de pelo oscuro e impactante, con el rostro sereno, sin delatar nada; la otra cálida y sonriente, inclinándose ligeramente hacia su acompañante.

—Déjeme adivinar —dijo Miller—. Su esposa es la que no sonríe.

—Astoria Shepry, fundadora y directora ejecutiva. —Rachel se reclinó en su sillón, uniendo las yemas de los dedos—. Levantó la empresa de la nada hace unos diecisiete años. Promociones de lujo sostenibles, eco-infraestructuras, hoteles boutique, de todo. La prensa económica la adora. La «reina de hielo del sector inmobiliario ecológico» y ese tipo de cosas.

Miller estudió la foto. Astoria Shepry parecía alguien que había aprendido temprano en la vida que mostrar emociones era una vulnerabilidad. Poseía esa clase de presencia controlada e impecable que probablemente le servía de mucho en las juntas directivas... pero que debía de hacer que convivir con ella fuera un infierno.

Ya había visto este patrón antes: cónyuge de éxito, carrera poderosa, todo perfectamente abrochado, y en algún lugar tras las

puertas cerradas había una pareja asfixiándose bajo el peso de todo aquello.

—¿Qué alega Valerie? —preguntó Miller.

—Abuso emocional, manipulación financiera y quince años de haberla hecho sentir invisible e incompetente. —La voz de Rachel era neutral, pero Miller notó una ligera tensión alrededor de sus ojos. Ambas habían trabajado en suficientes casos domésticos como para saber cómo solía terminar esa historia—. Dice que contribuyó significativamente al éxito de Shepry Global, pero que Astoria se llevó todo el mérito, controló las finanzas y la aisló de amigos y familiares. Al parecer, la gota que colmó el vaso fue algún tipo de humillación pública en una gala benéfica.

En ese momento empezó a llover, un suave golpeteo contra los cristales que sin duda arreciaría por la tarde. Miller observó cómo las gotas resbalaban por el vidrio mientras pensaba en la mujer sonriente de la foto.

—Vino la semana pasada para una consulta inicial —continuó Rachel—. Me pareció creíble. Aportó detalles específicos sobre el matrimonio y mostró coherencia emocional. Ha documentado todo aquello a lo que ha podido echar mano. —Hizo una pausa—. Pero esto va a ser complicado. Astoria Shepry tiene recursos y no se va a rendir sin luchar. Nos enfrentamos al reparto de activos importantes, posibles problemas de control de la empresa y un gran escrutinio público.

—¿Por qué me cuenta esto? —preguntó Miller, aunque ya lo sospechaba, pero se negaba a dejarse llevar por la esperanza.

Rachel sonrió, apenas una leve curva en las comisuras de los labios. —Porque la quiero como segunda abogada del caso.

El aleteo en el pecho de Miller se agudizó, convirtiéndose en algo más brillante. Ser la segunda en un caso así significaba horas interminables de investigación, redacción y apoyo al cliente, pero también significaba recibir una responsabilidad real. Era el tipo de caso que podría acelerar su camino a socia júnior si jugaba bien sus cartas y lo gestionaba correctamente.

—Sería un honor —dijo Miller mientras se enderezaba en el asiento.

—No se sienta tan honrada todavía. —Rachel hizo un gesto con la cabeza hacia la carpeta—. Valerie vendrá a las dos y media para reunirse con nosotras. Necesito que revise lo que hay y se familiarice con los aspectos básicos del caso. Usted será su principal punto de contacto para los asuntos cotidianos. Yo me encargaré de la estrategia, pero ella necesita a alguien en quien confiar, alguien que realmente la escuche.

Miller percibió el sutil cumplido bajo el encargo. Rachel le había dicho una vez que su mayor cualidad era su capacidad para hacer que sus clientes se sintieran escuchados. *—Tiene un don para la empatía* —le había dicho Rachel—. *No deje que nadie la convenza de que eso es una debilidad en este campo.*

—Estaré preparada —dijo Miller con voz firme.

—Sé que lo estará. —Rachel se quitó las gafas de lectura y las dejó sobre el escritorio, una señal de que la sesión informativa formal sobre el caso había terminado—. Miller, esta mujer ha pasado por algo gordo. Todavía no conozco todos los detalles, pero conozco las señales. Está asustada, enfadada y se esfuerza mucho por mantener la compostura. Necesita saber que estamos de su lado.

Miller asintió. Pensó en todos los clientes que se habían sentado frente a ella en las salas de reuniones, con las manos temblorosas mientras describían años de ser menospreciados, ignorados y controlados; los que se disculpaban por llorar, los que ya no podían llorar más porque no les quedaba nada dentro.

—Me aseguraré de que lo sepa —prometió Miller.

Recogió la carpeta y se levantó, repasando ya mentalmente la lista de lo que necesitaba revisar antes de la reunión: estructuras de activos, registros de la empresa y cualquier cosa que pudiera encontrar sobre el funcionamiento de Shepry Global y sobre la mujer que estaba al frente de todo, la propia Astoria Shepry.

Miller tendría que entender a su oponente si iba a ayudar a Valerie a luchar contra ella.

En la puerta, se detuvo y se dio la vuelta. —¿Rachel? Gracias por confiar en mí para esto.

Rachel ya estaba echando mano de su siguiente expediente, pero levantó la vista lo suficiente como para dedicarle a Miller un breve

asentimiento. —Gáneselo.

Miller cerró la puerta tras de sí y se dirigió a su propio despacho, apretando la carpeta contra el pecho. Sabía que Astoria Shepry seguía por ahí con su vida, probablemente ajena al hecho de que su exmujer acababa de contratar nuevos abogados y de que Miller Scott estaba a punto de dedicar casi cada momento de vigilia de los próximos meses a construir un caso blindado contra ella.

Y Miller no sentía ninguna lástima por ella. Uno no podía pasarse quince años aterrorizando a alguien, haciéndole sentir invisible e insignificante, y luego quejarse cuando por fin se defendía.

Miró su reloj de pulsera. Solo faltaban cuarenta y cinco minutos para que llegara Valerie, y tenía mucho trabajo por delante.

Valerie Shepry-Dane llegó siete minutos antes, algo que Miller anotó con aprobación. La puntualidad sugería a alguien que respetaba el tiempo de los demás... o a alguien que se había pasado años andando con pies de plomo, asegurándose siempre de no poder ser criticada por llegar tarde.

Miller la recibió en la recepción y le sorprendió de inmediato lo diferente que parecía a lo que esperaba. La mujer de la foto de la gala se veía impecable, sí, pero distante de algún modo, como si estuviera representando un papel. La mujer que estaba ahora en el modesto vestíbulo de Hartwell & Associates era más cálida y presente. Valerie vestía una blusa de seda crema y unos pantalones grises de sastre que eran caros pero no ostentosos, y cuando le sonrió a Miller, la expresión llegó a sus ojos.

—Usted debe de ser Miller Scott. —Valerie le tendió la mano con un apretón firme pero no excesivo—. Rachel me ha dicho que trabajará en mi caso. No sabe cuánto significa para mí tener a alguien más de mi parte.

—Nos alegramos de que esté aquí —dijo Miller con total sinceridad—. ¿Le puedo ofrecer algo antes de empezar? ¿Café, agua, té?

—Un vaso de agua estaría muy bien, gracias.

La voz de Valerie tenía un ligero temblor bajo su compostura, ese tipo de microvibración que surge al mantenerse entera por pura

fuerza de voluntad. Miller lo reconoció; lo había oído docenas de veces en aquel despacho.

Guió a Valerie a la sala de juntas donde Rachel ya estaba esperando, con el cuaderno abierto y las gafas de lectura puestas. La lluvia había arreciado mientras Miller revisaba los expedientes y ahora tamborileaba con fuerza contra los cristales. A través de la cortina gris de agua, el centro de Phoenix Ridge apenas era visible desde los ventanales del rascacielos: edificios de ladrillo, la aguja lejana del Ayuntamiento y coches avanzando lentamente por calles relucientes con los faros encendidos.

—Valerie. —Rachel se levantó y le estrechó la mano—. Gracias por venir. Por favor, siéntese donde se sienta más cómoda.

Cuando Miller regresó de la sala de descanso con un vaso de agua fresca, Valerie eligió la silla más cercana a la ventana, colocándose de modo que pudiera ver tanto a las abogadas como la puerta sin tener que girar el cuello. Una decisión pequeña, pero Miller se dio cuenta: el instinto de mantener a todo el mundo en su línea de visión. Otra señal. Le entregó el vaso a Valerie y tomó asiento.

—Antes de empezar —dijo Rachel, reclinándose en su sillón—, quiero que sepa que todo lo que se hable en esta sala es confidencial. Miller será su contacto principal durante todo este proceso, pero yo dirigiré la estrategia y cualquier comparecencia ante el tribunal. Aquí trabajamos en equipo. No está usted sola.

Algo parecido a la gratitud, o quizá al alivio, cruzó el rostro de Valerie antes de que lo reprimiera.

—Esto es... Gracias. Mis anteriores abogados me hacían sentir como si fuera un expediente más sobre su mesa, una simple hora facturable.

—No lo es —aseveró Miller—. Sabemos que se trata de su vida, y nos lo tomamos muy en serio.

La mirada de Valerie se encontró con la de ella, y Miller vio el brillo de unas lágrimas contenidas.

—Sabía que había tomado la decisión correcta al venir aquí.

Rachel dirigió la conversación con soltura, guiando a Valerie por los aspectos básicos para establecer el cronograma del matrimonio,

la división de bienes y lo que esperaba conseguir. Miller tomó notas; su bolígrafo se deslizaba con paso firme sobre el bloc legal mientras recogía fechas y detalles que condensaban un matrimonio en concisos puntos clave.

Pero fue cuando Rachel preguntó por el matrimonio en sí cuando el ritmo del bolígrafo de Miller aminoró.

—No siempre fue malo —dijo Valerie, suavizando la voz mientras se dibujaba en su rostro una sonrisa triste—. Cuando nos conocimos, Astoria era... magnética. Me hacía sentir como si fuera la única persona en la sala. Pensé que estábamos construyendo un futuro juntas. Creía en su visión.

—¿Qué cambió? —intervino Miller.

Valerie guardó silencio un momento, recorriendo con sus dedos de manicura perfecta el borde de su vaso de agua. —Fue gradual, tan gradual que ni siquiera me di cuenta de que estaba ocurriendo. Durante los primeros años, yo me encargaba de gran parte de las colaboraciones diarias, de las relaciones públicas y de crear vínculos con los inversores. Astoria era la visionaria, pero yo era quien hacía que la gente se sintiera valorada, ¿sabe? Hacía que quisieran trabajar con nosotras.

Miller asintió. Podía imaginar la calidez de Valerie suavizando las aristas de la reputación de «reina del hielo» de Astoria.

—Pero en algún momento del camino, mis contribuciones empezaron a desaparecer —la voz de Valerie se quebró—. Astoria presentaba mis ideas en las reuniones de la junta como si fueran suyas. Cuando los inversores elogiaban nuestras relaciones con los clientes, ella aceptaba los cumplidos sin mencionarme para nada. Y cuando intentaba hablar con ella sobre el tema, me decía que yo era demasiado sensible y que me imaginaba cosas. —Apretó los labios en una línea fina y tensa—. Después de oír eso durante años, terminas creyéndotelo.

Rachel garabateó una nota. —Mencionó en el formulario de admisión que existía un control financiero. ¿Puede contarnos más sobre eso?

—Sí. Todo pasaba por Astoria. Todo. —Las manos de Valerie se movían mientras hablaba con gestos elegantes que parecían fluir a

través de ella—. Yo era la directora de operaciones de la división de hostelería. Sobre el papel, tenía autoridad, pero cualquier decisión que costara más de cincuenta mil dólares requería su aprobación. Cuestionaba mi criterio, dudaba de mis proyecciones y me pedía informes que ya le había enviado dos veces. —Se le escapó una risa hueca—. Una vez pasé tres semanas preparando una propuesta para la adquisición de un hotel boutique, y Astoria la rechazó en una reunión de cinco minutos delante de todo el equipo directivo. Ni siquiera leyó la propuesta completa; se limitó a echar un vistazo al resumen y dijo que no estaba «estratégicamente alineada».

El bolígrafo de Miller se movió más rápido. Notaba el ardor de la atención de Rachel a su lado; ambas estaban componiendo el mismo cuadro: una mujer que había sido ninguneada de forma sistemática y pública, con su experiencia profesional despreciada y su confianza erosionada año tras año.

—El aislamiento fue lo peor —continuó Valerie, bajando el tono —. Tenía buenos amigos cuando nos casamos, pero Astoria tenía opiniones sobre ellos. Es curioso cómo siempre eran negativas también. Lauren me «utilizaba para tener contactos». Angela estaba «claramente atraída por mí» y la hacía sentir incómoda. Una a una, dejé de hablar con ellas, diciéndoles que estaba muy liada con el trabajo, pero... —sacudió la cabeza— solo estaba inventando excusas para ella. Ahora me doy cuenta.

—¿Y el incidente en la gala? ¿Puede hablarnos de eso? —la animó Rachel con suavidad.

La compostura de Valerie terminó por quebrarse; un ligero desmoronamiento en los bordes de una fachada bien mantenida que por fin mostraba sus costuras. Cogió la caja de pañuelos de la mesa y se presionó el ángulo del ojo con uno.

—La Gala del Orgullo de Phoenix Ridge del pasado junio —su voz se volvió pastosa—. Alguien nos preguntó cuándo pensábamos tener hijos. Era una pregunta inocente, una charla intrascendente normal en ese tipo de eventos. Pero Astoria... —Inspiró con aire tembloroso —. Se rió y dijo: «Valerie apenas puede gestionar su propio departamento. ¿Se la imaginan intentando gestionar a un niño?».

Miller sintió algo ardiente y tenso en el pecho, esa conocida rabia protectora que afloraba cada vez que oía historias como esta.

—Todo el mundo se rió —susurró Valerie—. Porque Astoria lo dijo como si fuera un chiste, como si tuviera gracia, y yo me quedé allí sonriendo, porque ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Montar una escena? Solo le daría la razón demostrando que era demasiado sensible.

—Lo siento muchísimo —dijo Miller—. Es humillante.

Valerie levantó la vista de su pañuelo arrugado para mirarla a los ojos, y Miller vio el agotamiento bajo el maquillaje meticuloso, el cansancio profundo de alguien que se ha pasado años oyendo que su realidad no era real.

—Tú lo entiendes —dijo Valerie en voz baja—. ¿Verdad? ¿Lo que se siente al ser invisible para alguien que se supone que te quiere?

Miller pensó en cada cliente que se había sentado en esa misma silla, en cada historia de lenta erosión y confianza despojada en incrementos tan pequeños que apenas notaban lo que estaba pasando hasta que era demasiado tarde y ya no quedaba nada.

—Lo entiendo —dijo ella—. Y vamos a luchar por usted.

Rachel guio a Valerie a través de los siguientes pasos: las solicitudes de exhibición de pruebas, la documentación que necesitarían y los plazos para la mediación. Miller escuchaba, pero parte de su atención seguía fija en la mujer al otro lado de la mesa, en la forma en que Valerie se había erguido en la silla ante las palabras de reafirmación de Miller, como alguien a quien le hubieran dado agua tras una larga sequía.

Cuando terminó la reunión, Valerie se detuvo antes de marcharse y le tocó el brazo. —Miller, gracias por aceptar el caso y por... —se le quebró la voz y se aclaró la garganta— y por creerme.

—Para eso estamos aquí.

Valerie sonrió, con una expresión cansada pero sincera, y caminó hacia el ascensor; sus tacones chasqueaban sobre la baldosa pulida.

Rachel apareció al lado de Miller, observándola marchar. —¿Qué opinas?

—Es creíble —dijo Miller de inmediato—. Tienes razón. Su historia ha sido coherente y específica. Está claro que simplemente está agotada.

Rachel emitió un leve sonido, que no era ni de acuerdo ni de desacuerdo. —Es convincente, desde luego. Veamos qué nos dice la documentación. —Rachel la miró fijamente—. Buen trabajo ahí dentro. Ha conectado contigo. Eso es lo que queremos.

Miller asintió, sin dejar de mirar cómo las puertas del ascensor se cerraban tras Valerie Shepry-Dane. *Bien*, pensó. *Porque esa mujer se merece a alguien que la apoye.* Se dio la vuelta para volver a su despacho y comenzar el proceso de investigación.

El despacho de Miller era la mitad de grande que el de Rachel. Sin vistas al puerto, solo un trozo del edificio de ladrillo de enfrente y una corriente de aire persistente que entraba por las viejas ventanas. Pero era *suyo*. Había un caos organizado sobre el escritorio, una colección de tazas de café desparejadas en la estantería y una foto enmarcada de sus madres tomada la Navidad pasada que tenía apoyada contra la lámpara de mesa.

Dejó una taza de café recién hecho y abrió el ordenador portátil. Escribió «Astoria Shepry» en la barra de búsqueda y los resultados aparecieron rápido. Encontró perfiles empresariales, premios del sector y ponencias en congresos. Había un reportaje de *Forbes* de hace tres años: «La arquitecta del lujo sostenible», y un artículo del *Phoenix Ridge Business Journal* sobre la expansión de Shepry Global en infraestructuras ecológicas. En la segunda página de resultados vio comunicados de prensa que anunciaban aperturas de hoteles, proyectos de desarrollo y donaciones benéficas.

No faltaba información. Miller hizo clic en cada enlace metódicamente, formándose una imagen mental.

Astoria Shepry había fundado su empresa a los veintinueve años con una única propiedad en dificultades y una visión. Diecisiete años después, Shepry Global Holdings empleaba a más de dos mil personas y gestionaba urbanizaciones de lujo por todo el Noroeste del Pacífico. La reputación de la empresa era impecable: certificaciones LEED, prácticas laborales justas y objetivos de sostenibilidad agresivos. Por mucho que Miller buscó, no encontró ni demandas ni escándalos. Ni siquiera un ex empleado descontento que lo hubiera hecho público.

Profesionalmente, Astoria Shepry era intocable.

¿Pero personalmente? La mujer era un fantasma. No tenía presencia en redes sociales ni entrevistas sobre su vida privada. Las escasas citas en los artículos eran concisas y no revelaban nada. Cuando los periodistas preguntaban por su matrimonio, ella se desviaba: *—Prefiero que mi vida personal siga siendo personal.*

Miller abrió la pestaña de imágenes y se desplazó por las fotos: Astoria en una ceremonia de colocación de la primera piedra, pala en mano y rostro neutro; Astoria aceptando un premio, con una sonrisa educada que no llegaba a sus ojos; Astoria en una gala benéfica —la misma que aparecía en el expediente— junto a Valerie, que radiaba felicidad mientras Astoria parecía preferir estar en cualquier otra parte.

Siguió bajando. En cada foto estaba inmaculada con sus trajes a medida y una postura perfecta, ni un mechón de pelo fuera de su sitio.

Miller estudió una imagen más tiempo que las demás: una foto espontánea de un evento del sector donde Astoria fue captada en mitad de una conversación, con la atención fija en algún lugar fuera de cámara. Su expresión era diferente aquí, menos guardada y más suave en la mirada.

No encajaba. La reina del hielo que humillaba públicamente a su esposa no debería tener un rostro así, ni siquiera por un momento.

Miller cerró la pestaña. No importaba. La gente era complicada, y los maltratadores podían resultar encantadores cuando querían. Así era en gran parte como se salían con la suya.

En ocho días se encontraría cara a cara con Astoria Shepry. Esperaba una gélida eficiencia y un desprecio calculado, quizá incluso un intento de intimidación. Y estaba preparada para todo ello.

Miller cerró el portátil y cogió su abrigo. Había investigado y sabía exactamente quién era Astoria Shepry.

Estaba segura.

2

Capítulo 2: Astoria

Diez rostros la observaban, y ni uno solo de ellos sabía que no había dormido en tres días. Astoria permanecía de pie a la cabecera de la mesa de caoba pulida de la sala de juntas, con el mando de la presentación firme en la mano, y esperó a que el último miembro de la junta se acomodara en su sillón de cuero.

Ella misma había elegido a dedo a esas diez personas a lo largo de los años; personas cuyo respeto se había ganado a base de resultados, no de carisma. Astoria Shepry no se andaba con carismas.

—Hemos superado nuestras proyecciones del primer trimestre en un catorce por ciento —dijo, haciendo clic para mostrar la primera diapositiva con un gráfico de líneas codificado por colores—. Los ingresos han subido un doce por ciento interanual. El proyecto Cascadia comenzó las obras el mes pasado, antes de lo previsto. Y nuestras certificaciones de sostenibilidad van con seis meses de adelanto.

Las cifras eran buenas; siempre lo eran. Ella se había asegurado de ello, incluso mientras su vida personal se aireaba en todas las revistas de negocios desde aquí hasta San Francisco.

Especialmente entonces.

Thomas Brennan se removió en su asiento, tres sillas más allá a la izquierda. Ella lo estaba esperando. Thomas venía de una familia adinerada de toda la vida y era anticuado de formas que creía disimular mejor de lo que en realidad hacía. Se había mostrado escéptico cuando ella se unió por primera vez a la comunidad empresarial de Phoenix Ridge hace diecisiete años: una mujer, y además lesbiana, levantando una empresa de la nada. Acabó aceptándolo con el tiempo, pero sus dudas siempre resurgían cuando olía sangre.

—La cobertura del divorcio —dijo él, justo a tiempo—. Hemos recibido consultas de dos inversores institucionales. Les preocupa la estabilidad.

—Entonces denles garantías. —Astoria pasó a la siguiente diapositiva, que mostraba un gráfico destacado con el valor equivalente de sus acciones durante los últimos cinco años, ascendiendo de forma constante—. Nuestro rendimiento habla por sí solo. Mi vida personal no tiene ninguna repercusión en los fundamentos de la empresa.

—Con todo el respeto, Astoria, la percepción importa. Cuando el matrimonio de la directora ejecutiva se convierte en pasto de las noticias de portada...

——Entonces la directora ejecutiva lo gestiona de forma profesional. —Le sostuvo la mirada—. Como he estado haciendo y seguiré haciendo.

Jennifer Wu, su nueva directora de operaciones, se inclinó un poco hacia adelante. Era diez años menor que Astoria, pero no menos perspicaz y capaz, y había asumido el antiguo puesto de Valerie sin perder el ritmo. —Las cifras respaldan eso —dijo—. No hemos visto un impacto mensurable en la adquisición o retención de clientes. En todo caso, la publicidad ha aumentado el reconocimiento de marca.

Thomas apretó los labios, pero asintió, reconociendo que estaba en minoría.

Astoria repasó el resto de la agenda con la misma precisión que aplicaba a todo lo demás, tratando la expansión de Portland, las nuevas asociaciones de sostenibilidad y las proyecciones del

segundo trimestre. Respondió a las preguntas sin vacilar y sin ponerse a la defensiva, dominando la sala con su presencia, no con el volumen de su voz.

Esto era en lo que era buena, lo que podía controlar.

Cuando terminó la reunión, estrechó manos e intercambió breves cortesías, con su sonrisa calibrada con el grado exacto de calidez. Los miembros de la junta fueron saliendo de la sala de dos en dos o de tres en tres, consultando ya sus teléfonos y pensando en sus próximas reuniones.

Y entonces se fueron, y se quedó sola.

Astoria exhaló profundamente; el sonido resonó en la sala de juntas vacía. Permaneció inmóvil a la cabecera de la mesa, con la mano aún apoyada en el respaldo de su silla, y se permitió sentirlo todo solo por un momento: el peso de los últimos seis meses hundiéndole los hombros como algo físico.

Su reflejo distorsionado la observaba desde la mesa pulida, y tenía exactamente el aspecto que se suponía que debía tener: el de una líder serena e impenetrable.

La puerta se abrió detrás de ella.

—Tu cita de las once ya ha llegado. —La voz de Gloria era cálida pero profesional, el mismo tono que llevaba usando diez años—. Gerald Bracks. Le he hecho pasar a tu despacho.

Astoria se irguió, echando los hombros hacia atrás y ajustándose la máscara en su lugar. —Gracias, Gloria. Voy enseguida.

Gloria se demoró en el umbral; su pelo canoso estaba recogido en su moño habitual y sus gafas captaron la luz. —Le he traído una barrita de proteínas. Está en su mesa, junto al café que no ha tocado.

—Estoy bien.

—No has desayunado. Otra vez.

—Gloria.

—Solo es una observación. —La expresión de Gloria no cambió, pero sus ojos eran sagaces. Diez años eran suficientes para ver a través de los muros, por muy altos que fueran, incluso los de Astoria —. Le diré al señor Bracks que ya vas de camino.

Se marchó y Astoria volvió a quedarse sola. Pero esta vez solo por un momento, el tiempo suficiente para alisarse la americana negra, comprobar su reflejo en el cristal de la ventana y transformarse en la mujer que todos esperaban que fuera.

Su abogado la esperaba y, sin duda, traería noticias sobre el caso y sobre cualquier nuevo infierno que su exmujer hubiera fabricado esta semana. Astoria cogió su ordenador portátil y se dirigió a la puerta, irguiéndose. Fuera lo que fuese, lo gestionaría como siempre.

Gerald Bracks ya estaba sentado cuando ella llegó, con su maletín de cuero abierto en el suelo a su lado y una carpeta de manila apoyada en la rodilla. Se levantó al entrar ella, abrochándose la chaqueta del traje con la fluidez propia de un hombre que llevaba cuarenta años haciéndolo.

—Astoria. —Él le tendió la mano—. Se la ve bien.

No lo estaba, y ambos lo sabían. Pero Gerald era de la vieja escuela, el tipo de abogado que creía en las cortesías incluso cuando eran mentiras. Ella le estrechó la mano y le hizo un gesto para que se sentara.

—¿Cuál es el daño esta vez? —preguntó, acomodándose en su sillón tras el escritorio.

—Valerie tiene nueva representación.

Los dedos de Astoria se detuvieron sobre su portátil. —¿Ya? Solo han pasado tres semanas desde que despidió a Alexandria Pierce.

—Se mueve rápido cuando está motivada. —Gerald abrió su carpeta—. Hartwell y Asociados. Rachel Hartwell es la abogada principal.

El nombre tenía peso. Astoria conocía a Rachel Hartwell por su reputación: socia principal con veinticinco años en derecho de familia, ética pero formidable. Era el tipo de abogada a la que los jueces respetaban y los abogados contrarios temían. Y suponía una mejora significativa respecto a la anterior representación de Valerie.

—Hay una segunda abogada —continuó Gerald—. Miller Scott, una asociada de nivel medio con seis años en el bufete. Es más joven, pero ya se ha labrado una trayectoria impresionante. El año

pasado ganó un caso importante protegiendo a una superviviente de abusos de un exmarido adinerado. A la prensa le encantó.

Astoria abrió el navegador y tecleó el nombre del bufete, dejando que Gerald hablara mientras ella navegaba hasta la página del personal. La foto de Rachel Hartwell mostraba a una mujer de unos cincuenta años con ojos amables y cabello veteado de plata, el tipo de rostro que haría que un jurado se sintiera seguro.

A continuación hizo clic en el perfil de Miller Scott.

La foto la pilló desprevenida. Miller era hermosa de una forma natural que parecía casi accidental; su sonrisa era genuina y cálida, el tipo de expresión que no se podía fingir para una foto profesional. No se parecía en nada a las propias fotos corporativas de Astoria, compuestas estratégicamente para proyectar exactamente la imagen adecuada.

Algo se agitó en su pecho con tal rapidez que no fue capaz de identificarlo.

Es solo el estrés, razonó ella. Solo seis meses de esta pesadilla interminable que la estaban agotando.

—...práctica ética, sólidas relaciones con los clientes —estaba diciendo Gerald—. Rachel Hartwell no juega sucio, pero no lo necesita. Gana por su preparación y credibilidad.

Astoria recorrió el historial de casos de Miller Scott: trabajo pro bono con supervivientes de violencia doméstica y una cita en una revista jurídica sobre la importancia de creer a las víctimas. Compasiva y con principios; exactamente el tipo de abogada que echaría un vistazo a la actuación de Valerie y vería a una mujer herida huyendo de un matrimonio abusivo y sin amor.

—¿Y Miller Scott?

—Un comodín. Es buena, muy buena, pero no es la abogada principal. Rachel tomará todas las decisiones estratégicas. —Gerald cambió de postura, cruzando una pierna sobre la otra—. Mi lectura de la situación es que Valerie las ha contratado por credibilidad. Hartwell & Asociados tiene fama de integridad, así que eso la hace parecer la parte razonable.

Por supuesto que sí. Valerie siempre había sido estratégica con las apariencias.

—La primera mediación está programada para el martes veintiséis de marzo —continuó Gerald—. Procedimiento estándar con un mediador profesional en un lugar neutral.

Astoria se removió en su asiento. Tenía cinco días para prepararse para sentarse a la mesa frente a su exmujer y dos abogadas que creerían cada mentira que Valerie les contara, y que mirarían a Astoria y verían exactamente lo que Valerie quería que vieran: la villana gélida.

Miró de nuevo la foto de Miller Scott, la mujer que había forjado su carrera protegiendo a la gente de los monstruos. Y ella pensaría que Astoria era uno de ellos.

—Estrategia —dijo Astoria, cerrando el portátil con más fuerza de la necesaria—. ¿Cuál es la nuestra?

—La misma de siempre. Documentamos la verdad, mantenemos la profesionalidad y no entramos en el juego de la actuación de Valerie. —La voz de Gerald era calmada y mesurada, probablemente el mismo tono que usaba con todos sus clientes—. Las pruebas están de su parte, Astoria. Solo tenemos que ser pacientes y dejar que la verdad salga a la luz.

Ella resistió el impulso de poner los ojos en blanco. Había sido paciente durante seis meses mientras Valerie emponzoñaba el relato y mientras la prensa económica especulaba sobre qué clase de mujer podía empujar a su esposa a medidas tan desesperadas.

—Bien —dijo ella—. Envíeme todo lo que tenga sobre ambas, cualquier cosa que pueda indicar su enfoque.

Gerald asintió y recogió sus cosas. —Lo tendré listo para usted al final del día. —Tras cerrar su maletín, la miró—. Intente descansar un poco antes del martes. Le convendrá estar despejada.

—Siempre estoy despejada.

Él no discutió; se limitó a dedicarle un breve asentimiento y se marchó.

Astoria se quedó sentada en el silencio de su despacho, con los sonidos amortiguados de la ciudad filtrándose a través del cristal. En su mesa, la barrita de proteínas que Gloria le había dejado seguía intacta junto a un café que ya se había enfriado hacía tiempo. Su teléfono vibró una vez; un mensaje de Isabella Montgomery iluminó

la pantalla, preguntándole cómo estaba tras haber visto la última cobertura de prensa.

Lo ignoró. Respondería más tarde, cuando tuviera energía para fingir gratitud por una preocupación que en realidad no podía ayudarla. En su lugar, acercó el portátil y se perdió en mociones de exhibición de pruebas y preparación de declaraciones hasta que llegó el equipo de limpieza y los pasillos se quedaron a oscuras.

Al final no respondió a Isabella.

Para cuando Astoria entró en el camino de su casa, el sol se había puesto hacía mucho tiempo y el mensaje había quedado enterrado bajo una docena de correos electrónicos de trabajo que había contestado antes de admitir finalmente que el día había terminado. Respondería mañana, o probablemente no.

La casa estaba a oscuras cuando abrió la puerta, tal como la había dejado esa mañana. No había luces con temporizador, nadie en casa para dar a un interruptor. Se movió entre las sombras por pura memoria muscular, dejando las llaves en la mesa de la entrada y el bolso en la encimera de la cocina, junto a la cena que había recalentado y olvidado comer antes de irse a trabajar. Seguía allí, apelmazada y fría.

Debería tirarla y comer otra cosa, pero simplemente pasó de largo hacia su despacho de casa y volvió a abrir el portátil.

Los archivos del caso la esperaban, transferidos de su ordenador del trabajo a su unidad personal. Ya los había leído al menos una docena de veces desde que Gerald se los envió, pero necesitaba conocer cada detalle, cada contradicción en el relato de Valerie, cada prueba que demostrara que ella no era el monstruo que su exmujer había pintado.

La pantalla del portátil iluminaba la habitación con una luz azul pálida y, a través de la ventana, el océano era una extensión oscura interrumpida únicamente por el barrido lejano del haz del faro cortando la noche de primavera.

Se enfrascó en la lectura de los documentos que su abogado había preparado. Cadenas de correos electrónicos donde Valerie la había desprestigiado ante los miembros de la junta con un lenguaje lo suficientemente ambiguo como para parecer inocente, entradas

de calendario que Valerie había cambiado sin preguntar y que aislaban a Astoria de sus colegas bajo el pretexto de proteger su tiempo, y registros financieros que mostraron cuentas que Valerie había intentado controlar y compras realizadas para establecer un patrón de activos compartidos que en realidad nunca lo habían sido.

Habían pasado seis meses excavando los restos de su matrimonio y organizándolos en pruebas claras y presentables para construir el caso.

Y ahora, había un nuevo público para la actuación de Valerie.

Astoria navegó hasta la pestaña del navegador que se había dejado abierta, aunque tenía intención de cerrarla hacía horas, y la foto de Miller Scott llenó la pantalla.

Investigación, se recordó a sí misma. *Conoce a tu oponente.*

Se quedó allí sentada en la oscuridad del despacho, con el murmullo del océano al otro lado del cristal, y pensó en lo que Rachel Hartwell y Miller Scott verían el martes. ¿Verían a la reina de hielo? ¿A la esposa controladora? ¿A la villana que Valerie se había pasado seis meses fabricando a partir de detalles seleccionados y lágrimas estratégicas?

Los recuerdos de la Gala del Orgullo de Phoenix Ridge se entrometieron. La mano de Valerie estaba sobre su brazo; sus uñas cuidadas se clavaban lo justo para dejar un cardenal donde nadie pudiera verlo. La risa de Valerie, brillante y encantadora, llenaba el espacio mientras contaba a su círculo la "adorable" incapacidad de Astoria para conectar con la gente. "*Tiene suerte de tenerme a mí para gestionar el lado humano de las cosas. Si se la dejara a su aire, probablemente se limitaría a enviar hojas de cálculo y a eso lo llamaría hacer contactos".*

Todo el mundo se había reído porque Valerie lo hacía sonar cariñoso, como una broma entre esposas que se quieren, y Astoria se había quedado allí con esa sonrisa ensayada congelada en el rostro mientras algo en su interior finalmente se quebraba de forma irreparable.

Había solicitado el divorcio a la mañana siguiente.

Astoria cerró el portátil y la oscuridad fue inmediata; el océano sonaba de algún modo más fuerte sin el resplandor de la pantalla.

Permaneció inmóvil, dejando que sus ojos se acostumbraran, sintiendo cómo el vacío de la casa se instalaba a su alrededor.

Nadie iba a volver a casa. Nadie la esperaba despierta a que terminara de trabajar. Nadie le preguntaría por su día, ni notaría si no comía, ni le importaría si se quedaba allí sentada hasta el amanecer construyendo defensas contra una mujer que ya le había robado quince años de su vida.

Estaba sola; llevaba sola seis meses y, antes de eso, había estado sola de una forma diferente, la clase de soledad que se siente al compartir cama con alguien que te hace sentir pequeña.

Pero había aprendido que estar sola era más seguro. Significaba que nadie podía usar su vulnerabilidad contra ella.

Se levantó, con las articulaciones rígidas de llevar tanto tiempo sentada, y se dirigió a través de la casa a oscuras hacia un dormitorio en el que todavía no se había acostumbrado a dormir.

El martes, las nuevas abogadas de Valerie mirarían al otro lado de la mesa esperando ver a un monstruo. Y Astoria estaba decidida a no darles absolutamente nada.

3

Capítulo 3: Miller

La sala de conferencias de la mediadora era agresivamente neutra, con sus paredes color beige, arte abstracto que nadie recordaría y sillas que probablemente costaban más que el alquiler mensual de Miller. Había estado en docenas de salas como esta, diseñadas para parecer imparciales y por encima de la refriega. Pero esta tenía vistas al puerto a través de ventanales que iban del suelo al techo y un pulido en cada detalle que destilaba dinero aun intentando no decir nada en absoluto.

Había notado que Rachel también se había percatado cuando llegaron treinta minutos antes para prepararse; un ligero arqueo de cejas, nada más. A Hartwell & Associates le iba bastante bien, pero esto era otro nivel.

Ahora Miller estaba sentada con su bloc jurídico listo y los documentos organizados en la carpeta frente a ella, observando cómo Valerie jugueteaba nerviosa con su vaso de agua al otro lado de la mesa. Se habían preparado para esto. Rachel les había explicado a ambas la estrategia: empezar tirando por lo alto con las demandas de liquidación, calibrar la flexibilidad y ver si había algún camino hacia la resolución antes de que esto se convirtiera en una guerra total.

Valerie había llegado presa de un pánico silencioso, abrazando a Miller en el pasillo como si fueran viejas amigas en lugar de abogada y cliente. —Gracias por estar aquí —había susurrado, y Miller le había apretado el brazo asegurándole que lo tenían todo bajo control.

Ella también se lo creía. Había pasado los últimos ocho días sepultada entre expedientes y estados financieros, construyendo su comprensión del caso ladrillo a ladrillo. Sabía qué estaban pidiendo y por qué estaba justificado. Sabía que las contribuciones de Valerie a Shepry Global habían sido sistemáticamente borradas, su confianza hecha jirones tras años de sutil crueldad.

Estaba lista para enfrentarse a Astoria y defender a su cliente.

La puerta se abrió y Miller levantó la vista de sus notas. La mujer que entró no era la imagen que se había forjado en su mente. Era más alta de lo que sugerían las fotos; quizá uno setenta y cinco o uno ochenta, con una postura rígida como una vara. Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás para resaltar sus facciones angulosas. Llevaba un traje marengo que le sentaba como si se lo hubieran cosido sobre el cuerpo, y se adentró en la sala sin vacilar.

Gerald Bracks la seguía, un hombre de unos sesenta años y pelo cano que caminaba como si llevara ganando casos desde antes de que Miller colegiara. Miller también lo había investigado a él, por supuesto. Tenía una reputación excelente utilizando tácticas de la vieja escuela y era protector con sus clientes.

Pero era Astoria quien dominaba la estancia.

Se quedó de pie en la cabecera de la mesa un momento, inspeccionando el espacio de la misma forma en que alguien evaluaría una propiedad que estuviera considerando adquirir, y luego se sentó, con movimientos fluidos y económicos, sin desperdiciar ni un gesto.

Miller había esperado hielo y un desdén gélido, quizá un destello de crueldad bajo la máscara profesional. Pero lo que encontró en su lugar fue algo más difícil de descifrar.

—Gracias a todos por asistir. —Beatrice Vaughn, la mediadora, era una mujer serena de unos cincuenta años con reputación de imparcialidad y una tarifa por hora a la altura. —Confío en que todos

entiendan las reglas del juego. Estamos aquí para explorar una resolución, no para volver a litigar agravios. Pediré a cada parte que presente su postura y luego veremos si hay puntos en común.

Puntos en común. Miller casi sonrió. Estaban pidiendo el cuarenta por ciento de Shepry Global y una pensión compensatoria. La contraoferta de Gerald había sido el diez por ciento de los activos líquidos. No estaban en el mismo universo, mucho menos en puntos comunes.

Rachel se movió a su lado, una sutil señal. *Mantente alerta. Vigílalo todo.*

Valerie habló primero, con voz firme a pesar del ligero temblor de sus manos. Habló del matrimonio, de años de compañerismo, de contribuciones que había hecho y que nunca fueron reconocidas. Miller lo había oído todo antes en sus sesiones de preparación, pero Valerie lo contó bien; sin exagerar ni teatralizar, simplemente una mujer exponiendo los hechos.

Al otro lado de la mesa, la expresión de Astoria no cambió. Ni un parpadeo, ni una tensión en la mandíbula, ni el sutil gesto de alguien que se muerde una respuesta. Permaneció perfectamente inmóvil, con las manos entrelazadas sobre la mesa frente a ella, y escuchó a su exesposa describir supuestos abusos emocionales como si estuviera oyendo un informe de resultados trimestrales.

Aquello debería haber confirmado todo lo que Miller creía sobre la reina de hielo incapaz de respuestas humanas normales. En cambio, hizo que se preguntara qué le costaba mantenerse así de inmóvil.

Gerald presentó su contrapostura con la suave confianza de un hombre que había hecho esto mil veces y lo haría mil más. Rebatió la caracterización que Valerie hacía de su papel, citó contratos de trabajo y registros de remuneración, y pintó el retrato de una esposa que había sido bien pagada por un trabajo bien definido.

—Mi clienta levantó Shepry Global de la nada —dijo Gerald, sin mirar a Valerie. —La señora Shepry-Dane fue una empleada y socia valiosa, pero la sugerencia de que tiene derecho al cuarenta por ciento de una empresa que ella no fundó, financió ni dirigió es, francamente, poco realista.

La mano de Valerie buscó la de Miller bajo la mesa, apretándola brevemente antes de soltarla.

Rachel se inclinó hacia delante. —La documentación cuenta una historia distinta. Tenemos correos electrónicos que muestran la aportación estratégica de la señora Shepry-Dane en adquisiciones importantes, registros de agenda de reuniones con clientes que ella dirigió de forma independiente, evaluaciones de desempeño que redactó para el personal directivo...

—Todo dentro del ámbito de su empleo —interrumpió Gerald. —Por el cual fue remunerada a una tasa muy superior a la media del mercado.

Rachel y Gerald fueron y vinieron exponiendo puntos y contrapuntos. Miller tomaba notas y buscaba aperturas. El ritmo de la negociación era su parte favorita y lo que mejor conocía.

Pero no dejaba de notar que su atención se desviaba al otro lado de la mesa.

Astoria tenía ahora un bolígrafo en la mano, dándole vueltas lentamente entre los dedos. Sus dedos largos, con uñas cuidadas y sin anillos. La alianza de boda ya no estaba, se dio cuenta Miller. Por supuesto que no; había solicitado el divorcio hacía seis meses.

¿Por qué se estaba fijando Miller en sus manos, de todos modos? Forzó su atención de nuevo hacia sus notas.

Beatrice convocó un breve receso, quince minutos para consultar con los clientes por separado. La parte de los Shepry salió hacia una sala más pequeña al final del pasillo y Miller exhaló.

—Es un muro —murmuró Rachel mientras recogía papeles.

—Me he dado cuenta. —Miller mantuvo la voz baja. —No ha reaccionado a nada.

—O es una psicópata o es muy buena controlándose bajo presión. —Rachel le lanzó una mirada inquisitiva. —Has estado muy callada.

—He estado observando, como me dijiste.

—¿Y qué has notado?

Miller vaciló. No estaba segura de cómo articular lo que había visto. La mujer al otro lado de la mesa encajaba con los hechos de la

historia de Valerie, pero no encajaba con el sentimiento que Miller esperaba tener al enfrentarse a ella.

Miller esperaba sentirse cargada de razón y lista para pelear, pero había una punzada persistente en su mente, como si se le estuviera escapando algo.

—No es como esperaba —dijo Miller finalmente. —Aunque todavía no sé qué significa eso.

Rachel asintió con aprobación. —Sigue observando.

Cuando se volvieron a reunir, la brecha no se había estrechado. Beatrice los guio a través de otra ronda de propuestas y Miller podía ver la frustración acumulándose en los hombros de Valerie y la frialdad endureciendo la voz de Gerald.

Y junto a Gerald, Astoria permanecía inalterable, con su rostro todavía ilegible.

Entonces, Gerald cometió un error.

Fue algo pequeño, una referencia a una cronología que no coincidía con los documentos que ella había memorizado. Gerald situó la salida de Valerie del equipo de adquisiciones a principios de marzo, pero los memorandos internos que Valerie les había entregado demostraban que ella estuvo liderando las negociaciones de Harbor Point hasta bien entrado abril.

Miller miró a Rachel, quien asintió apenas perceptiblemente.

—Si me permiten —dijo Miller, con su voz cortando el intercambio.

La mirada de Astoria se desplazó hacia ella. Era la primera vez que esos ojos grisazulados se centraban específicamente en Miller, y el peso de esa atención fue más intenso de lo que había previsto.

Miller no se amilanó. —Señor Bracks, ha mencionado principios de marzo como el momento en que la señora Shepry-Dane se retiró del equipo de adquisiciones, pero los memorandos internos que recibimos durante la fase de proposición de prueba muestran que lideró las negociaciones de Harbor Point hasta mediados de abril. —Abrió la carpeta por la página correspondiente y la deslizó sobre la mesa. —Eso son seis semanas de implicación estratégica documentada después de la fecha que ha citado usted.

Gerald no se inmutó. Buscó en su propia carpeta, sacó un documento y lo deslizó junto al de ella. —Los registros de gestión de proyectos de la empresa muestran que la última participación registrada de la señora Shepry-Dane con Harbor Point fue el tres de marzo. No asistió a ninguna reunión después de esa fecha ni fue copiada en ninguna correspondencia.

Miller miró los dos documentos uno al lado del otro. Las fechas no coincidían, ni tampoco las firmas, lo que significaba que uno de estos registros era erróneo.

—Parece —dijo Beatrice lentamente— que hay una discrepancia en la documentación.

—Eso parece —asintió Gerald en tono afable.

Miller mantuvo el rostro neutral, pero algo frío le recorrió el estómago. Había revisado los archivos de Valerie a fondo y los había dado por ciertos, pero al mirar el documento que Gerald había presentado —el formato impecable, la datación sistemática, los sellos de gestión de proyectos—, no parecía fabricado. Al contrario, parecía exactamente el tipo de meticuloso registro que una empresa como Shepry Global mantendría.

Lo que significaba que, o bien el bando de Gerald había falsificado pruebas, o bien...

No terminó el pensamiento.

Astoria cogió ambos documentos y los estudió como si estuviera desmantelando el texto palabra por palabra. Cuando levantó la vista, se encontró directamente con la mirada de Miller. —Señorita Scott. —Su voz era más grave de lo que Miller esperaba. —Me interesaría mucho saber la procedencia de esa versión. ¿Quién se la proporcionó y cuándo?

Era un desafío directo para Miller, como si Rachel o la mediadora ni siquiera estuvieran en la sala.

Miller le sostuvo la mirada. —Los documentos de la fase de prueba son lo que son, señora Shepry. Estoy segura de que su equipo está tan interesado en la exactitud como nosotros.

Astoria inclinó la cabeza una fracción, de la forma en que uno lo hace cuando un actor secundario de repente se vuelve interesante. —Exactitud —repitió. —Sí, eso es exactamente lo que me interesa.

—Entonces estoy segura de que podremos resolver la discrepancia —dijo Miller, manteniéndose firme mientras su mente barajaba explicaciones a toda velocidad: un error administrativo o un problema de control de versiones o algo fácilmente explicable.

Gerald se aclaró la garganta. —Tal vez esto sea algo que ambos equipos puedan investigar antes de la próxima sesión.

—De acuerdo —dijo Rachel, y el momento pasó.

Pero... no había pasado. En realidad no. Miller podía sentirlo agitándose en su pecho, esa fría incertidumbre y una pregunta que no estaba lista para formular.

La mediación continuó durante otros cuarenta minutos, pero la dinámica había cambiado. Cuando Gerald hablaba, Miller se encontraba escuchando de manera diferente, buscando otras inconsistencias. Cuando Rachel exponía un punto, Miller sentía la mirada de Astoria sobre ella, como si estuviera esperando a ver qué más podría no cuadrar.

—La verdad —dijo Astoria en voz baja, casi para sí misma, durante una pausa. —Esperemos que a alguien le interese encontrarla.

Miller no pudo discernir si el comentario iba dirigido a ella o no, y no podía dejar de pensar en esos dos documentos uno al lado del otro. Debería haber sido una actuación sólida. Había alzado la voz y se había mantenido firme, decidida a demostrar que no se dejaba intimidar por Astoria Shepry ni por su carísimo abogado. Sin embargo, seguía sintiéndose desequilibrada de una manera que no podía explicar.

A las cuatro en punto, Beatrice concluyó la sesión. —No vamos a alcanzar una resolución hoy. Animo a ambas partes a revisar lo que se ha discutido y considerar si hay margen de movimiento antes de que procedamos al litigio.

No lo habría. Miller lo sabía y, por la tensión en la mandíbula de Gerald, él también lo sabía. Esto no había sido más que una formalidad, un paso obligatorio antes de que comenzara la verdadera batalla.

Intercambiaron apretones de manos y, de repente, Astoria estaba frente a ella.

—Señorita Scott. —Le tendió la mano y Miller la aceptó.

La palma de Astoria estaba fría y seca; su agarre era firme. Una cortesía profesional, nada más. Salvo que duró un instante de más y Miller no supo decir cuál de las dos había prolongado el contacto.

Cuando se soltaron, la expresión de Astoria era la misma mirada ilegible que había mantenido toda la tarde.

—Estoy segura de que nos veremos más —dijo, y Miller pudo oír la amenaza implícita: *Te tengo fichada; estaré preparada.*

—Estoy segura de que sí —respondió Miller, y su voz sonó más estable de lo que se sentía.

Astoria se dio la vuelta y salió, con Gerald pisándole los talones, dejando a Miller de pie en aquella cara sala de conferencias preguntándose por qué su pulso seguía acelerado incluso después de que la adrenalina de la negociación debería haberse disipado.

Miller se tomó su tiempo para recoger sus pertenencias.

Rachel ya se había ido con Valerie; las dos estaban enfrascadas en una conversación sobre los siguientes pasos y documentación y todos los asuntos prácticos que surgen después de que una mediación fracasa. Miller se había excusado diciendo que quería revisar sus notas mientras estuvieran frescas. Rachel le había lanzado una mirada larga, pero no había insistido.

Ahora, Miller estaba sola en la sala de conferencias, deslizando los papeles en su carpeta con más atención de la que requería la tarea. A través de los ventanales, el puerto se había vuelto plateado bajo la luz del atardecer; los barcos se balanceaban en sus amarres y el agua estaba plana y sin color bajo un cielo nublado.

No estaba segura de por qué se demoraba. La mediación había terminado y pasarían al litigio, lo que significaba meses de declaraciones, mociones y comparecencias que se prolongarían hasta el verano, si no más tarde. Debería estar pensando en la estrategia, en esos documentos contradictorios y en qué preguntas hacerle a Valerie cuando volvieran a verse.

Pero su mente no dejaba de reproducir la voz de Astoria Shepry y la forma en que había bajado el tono al decir su nombre.

Miller sacudió la cabeza y terminó de empaquetar sus cosas. Estaba cansada. Había sido un día largo, con mucho en juego contra

un oponente que había resultado más difícil de leer de lo esperado. Se iría a casa, se serviría una copa de vino y dejaría de pensar en esos ojos grisazulados.

El pasillo estaba vacío cuando salió; sus tacones quedaban amortiguados por la mullida alfombra que probablemente costaba más por metro cuadrado que el alquiler de su piso. Se dirigió al ascensor y pulsó el botón; entonces oyó pasos detrás de ella.

Supo quién era antes de girarse. Había algo en el ritmo de esos pasos, pausado pero resuelto.

Astoria Shepry se detuvo a un par de metros de distancia, con la atención fija en las puertas del ascensor como si Miller no estuviera allí en absoluto.

Miller consideró usar las escaleras. Veinticuatro pisos eran muchos, pero le ahorrarían los siguientes sesenta segundos de lo que fuera que iba a pasar ahora. Podría alegar que necesitaba ejercicio, que siempre usaba las escaleras, que...

El ascensor sonó y las puertas se abrieron.

Astoria entró primero y Miller la siguió porque usar las escaleras ahora parecería exactamente lo que era: una huida.

Las puertas se cerraron tras ella, encerrándolas en un espacio que parecía considerablemente más pequeño de lo que debería. Miller se situó en el lado opuesto, con los ojos fijos en los números descendentes sobre la puerta. Veinticuatro pisos hasta el vestíbulo. Podía aguantar veinticuatro pisos.

Astoria permanecía con las manos entrelazadas frente a ella, con una postura tan impecable como en la sala de conferencias. No reconoció la presencia de Miller más allá de un ligero desplazamiento en su posición, una recalibración de su entorno para tener en cuenta a la otra persona en el espacio confinado.

El ascensor zumbaba en su descenso. Dieciocho... diecisiete... dieciséis...

Miller se percató, muy a su pesar, de pequeños detalles en los que no se había fijado en la sala: el aroma nítido del perfume de Astoria, la forma en que su respiración era tan controlada que resultaba casi inaudible, el fino tejido de su chaqueta marengo que

era visible ahora que Miller estaba lo bastante cerca como para apreciar la textura.

Fijó la vista en las puertas y contó los pisos.

Doce... once... diez...

En el metal pulido de las puertas del ascensor podía ver sus reflejos, distorsionados y extraños. Dos mujeres tan alejadas como el espacio permitía, ninguna mirando a la otra. Excepto cuando Miller miró el reflejo de Astoria, y vio que ella ya estaba mirando el suyo.

Sus ojos se encontraron en el metal deformado, se sostuvieron durante medio segundo y luego ambas apartaron la mirada.

Ocho... siete... seis...

El pulso de Miller se había acelerado de nuevo, ese mismo pálpito bajo que había sentido cuando su apretón de manos se prolongó demasiado. Se convenció de que era la tensión residual de la mediación y lo extraño de estar atrapada en un espacio pequeño con alguien a quien se había pasado la tarde oponiéndose. Cualquiera se sentiría inquieta. No significaba nada.

Cuatro... tres... dos...

El ascensor se detuvo con un suave timbre y las puertas se abrieron al vestíbulo de mármol. Astoria salió primero, con paso largo y relajado, y Miller la siguió a unos pasos de distancia.

A la entrada del edificio, Astoria hizo una pausa con la mano en la puerta de cristal. Se giró lo justo para cruzar la mirada con Miller.

—Señorita Scott. —Hizo una inclinación de cabeza pero nada más, y luego cruzó la puerta y se marchó, engullida por la tarde gris y el coche oficial que aguardaba junto al bordillo.

Miller se quedó en el vestíbulo un momento más de lo necesario, observando a través del cristal cómo el coche se alejaba. Luego se dirigió al aparcamiento, encontró su Civic en la penumbra del hormigón y se sentó al volante sin arrancar el motor.

La mediación había ido según lo previsto: sin resolución, posturas demasiado distantes, litigio inevitable. Se había mantenido firme ante Gerald Bracks y no se había dejado amilanar por Astoria Shepry. Según cualquier medida razonable, había sido una tarde exitosa.

Miller apartó la sensación de que se le escapaba algo, arrancó el coche y salió del garaje, incorporándose al tráfico del final de la tarde. El puerto fue visible por un momento entre los edificios, esa misma agua plateada y plana, antes de que la carretera girara y el puerto desapareciera de su vista.

Para cuando llegó a Hartwell & Associates, Miller ya se había convencido de que esa punzada que no terminaba de identificar no significaba absolutamente nada.

4

Capítulo 4: Astoria

Astoria leyó el mismo párrafo por cuarta vez y aún era incapaz de decir qué contenía.

Dejó la pluma en la mesa y se presionó los párpados con las yemas de los dedos hasta que vio chiribitas. La carpeta de proposición de prueba yacía abierta sobre su escritorio, con documentos subrayados y anotados con su caligrafía precisa; seis meses de preparación destilados en pruebas. A estas alturas debería conocerse cada palabra al dedillo. En lugar de eso, su mente no dejaba de derivar hacia la mediación del martes, reviviendo momentos que preferiría olvidar.

—La mediación fue más o menos como se esperaba —dijo Gerald Brack desde la silla frente a ella. Su bolígrafo golpeaba rítmicamente el bloc de notas jurídico, un hábito que normalmente le resultaba tolerable, pero que hoy le chirriaba en los nervios—. Beatrice Vaughn presentará su informe, ambas partes rechazarán el acuerdo y pasaremos a la fase de litigio. Todo dentro de lo habitual.

—Lo habitual —repitió Astoria, aunque nada en lo ocurrido el martes le había parecido habitual.

Se apartó del escritorio y caminó hacia la ventana, necesitando distanciarse de los documentos que se negaban a retener su

atención. El puerto se extendía debajo, gris y llano, con un buque de carga avanzando lentamente hacia los muelles. Su café descansaba enfriándose sobre la mesa; era su tercera taza de la mañana, aunque había dejado de saborearlo en algún punto de la segunda.

—Rachel Hartwell es formidable —continuó Gerald—. Tiene experiencia y está bien considerada, así que no cometerá errores que podamos aprovechar.

—No busco aprovecharme de errores. —Se dio la vuelta desde el ventanal—. Busco demostrar la verdad.

—Y lo haremos. Los documentos hablan por sí solos.

¿De verdad lo hacían? Astoria había visto actuar a Valerie durante quince años y sabía lo convincente que podía resultar esa interpretación: la voz temblorosa, las lágrimas calculadas en el momento justo, la forma en que Valerie lograba que cualquier persona en la sala sintiera la necesidad de protegerla. Rachel Hartwell vería a una mujer huyendo de un matrimonio abusivo, exactamente lo que Valerie quería que viera.

—¿Cuál es su impresión sobre su equipo? —preguntó Astoria, sentándose de nuevo en su silla. Atrajo la carpeta de pruebas hacia sí, obligando a sus ojos a centrarse en los balances financieros.

—Rachel será metódica y minuciosa. Construirá una narrativa y se mantendrá firme en ella. —Gerald pasó una página de sus notas —. La asociada —Scott— es más perspicaz de lo que esperaba. Detectó la discrepancia en la cronología antes que la propia Rachel.

La pluma de Astoria se detuvo sobre el papel. Recordaba aquel momento: la voz de Miller Scott cortando el flujo del debate, segura y precisa, y la forma en que había defendido su posición cuando Astoria la desafió, sin pestañear, sin retroceder.

La mayoría de los abogados anteriores de Valerie habían sido peleles o perros de presa, fáciles de predecir y más fáciles aún de superar en estrategia. Miller Scott no era ninguna de las dos cosas.

—Podría ser un problema —dijo Astoria.

—O podría ser un activo —dejó el bolígrafo Gerald—. Cuestionó la cronología de Valerie en lugar de aceptarla sin más. Eso es inusual para alguien del bando de Valerie.

—Se acabará plegando a la línea marcada. Siempre lo hacen en cuanto Valerie despliega sus encantos.

Gerald la estudió durante un instante, con esa atención particular que reservaba para los interrogatorios. A ella no le gustaba ser el blanco de esa mirada.

—Pareces cansada —dijo él finalmente—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste la noche del tirón?

—Estoy perfectamente.

—Astoria...

—Las respuestas a las declaraciones juradas vencen en dos semanas. —Mantuvo un tono de voz enérgico—. Tendré lista la producción de documentos para el viernes. Las respuestas a los interrogatorios ya están redactadas.

Gerald aceptó el cambio de tema, aunque su expresión delataba que no se había dejado engañar. Recogió sus papeles, guardando el expediente en el maletín. —Tengo una comparecencia en el juzgado a las dos y media por el conflicto de zonificación de los Murphy.

—Yo tengo una declaración allí mismo a la misma hora. Harmon Properties.

—Nos vemos en el vestíbulo entonces. —Hizo una pausa en la puerta—. Solo tenemos que seguir siendo pacientes.

Ella asintió, la respuesta adecuada ante la tranquilidad adecuada. Gerald se marchó y el despacho quedó sumido de nuevo en el silencio.

Astoria se quedó mirando los documentos que tenía delante: todos los registros financieros, contratos laborales y cadenas de correos electrónicos que demostrarían que las afirmaciones de Valerie eran inventadas. Todo estaba allí, meticulosamente organizado y listo para ser utilizado como arma en su defensa.

Debería sentir algo. Rabia, quizá, o la satisfacción de que la verdad saldría por fin a la luz. Pero en su lugar, se sentía vacía, funcionando a base de café, despecho y la terca negativa a dejar que Valerie ganara.

Gloria había dejado una barrita de proteínas en su escritorio, en el mismo sitio donde había dejado otra ayer y antes de ayer. Astoria no recordaba la última vez que había desayunado, y mucho menos

hecho una comida completa. O la última vez que había dormido sin despertarse a las tres de la mañana con la mente reproduciendo algún fragmento de conversación, alguna señal que debería haber visto hace años.

Abrió el envoltorio y dio un mordisco, masticando mecánicamente.

La mediación seguía aflorando en su mente a pesar de sus esfuerzos por concentrarse. No la estrategia legal ni la actuación de Valerie; ambas cosas eran de esperar. Lo que no esperaba era a la asociada, la forma en que Miller Scott la había mirado al otro lado de aquella mesa, evaluadora y sagaz, como si estuviera resolviendo un rompecabezas y no estuviera segura de si le gustaba la imagen que se estaba formando.

Astoria estaba acostumbrada a ser observada. Entre salas de juntas, conferencias de prensa y galas benéficas, llevaba dos décadas siendo evaluada y juzgada. Había construido su armadura específicamente para esas miradas, esa fachada de reina de hielo que mantenía a todo el mundo a una distancia profesional.

Y Miller Scott la había mirado como si pudiera ver a través de ella.

Ridículo, pensó Astoria, desechando la idea. Estaba agotada. Seis meses de esta batalla la habían dejado con los nervios a flor de piel y la hacían ver significados donde no los había.

Se terminó la barrita de proteínas y tiró el envoltorio. Ya eran las dos y tenía que salir pronto hacia el juzgado.

La declaración de Harmon era algo rutinario, un conflicto que podría resolver en sueños y que llevaría una hora, quizá dos, y luego volvería a su despacho para seguir construyendo el caso que por fin pondría fin a esta pesadilla. Guardó sus archivos y comprobó su reflejo en el cristal de la ventana. La mujer que le devolvía la mirada estaba serena e inmaculada, la reina de hielo lista para la batalla.

Astoria cogió su bolso y se dirigió a la puerta.

En el juzgado, el personal de seguridad le hizo una señal a Astoria para que pasara antes de llegar al detector de metales.

—Señora Shepry, por aquí. —El agente señaló hacia la entrada lateral, levantando ya el cordón para ella. Delante de ella, una

docena de personas esperaba en la cola con sus bolsos y maletines, observando cómo ella evitaba la fila por completo.

No había pedido trato de favor —nunca lo hacía—, pero el apellido Shepry tenía peso en Phoenix Ridge, y la seguridad del juzgado aparentemente llevaba la cuenta de qué rostros pertenecían a multimillonarios envueltos en casos de alto perfil. Astoria murmuró su agradecimiento y pasó, plenamente consciente de los ojos que la seguían.

Gerald se puso a su paso cuando entraron en el pasillo principal. —La vista de los Murphy se ha alargado. Tendré que revisar las notas del juez antes de la próxima presentación de documentos.

—Envíamelas esta noche. Les echaré un vistazo después de la declaración de Harmon.

El juzgado bullía con el ajetreo habitual de la tarde: abogados con trajes impecables, auxiliares cargando cajas de expedientes y unos cuantos civiles con aspecto perdido entre el mármol y los paneles de madera. Astoria se movía a través de todo ello con eficiencia experimentada, con sus tacones resonando contra el suelo pulido mientras ella y Gerald discutían los plazos de las pruebas y la estrategia para la declaración.

Vio a Miller Scott antes de que su cerebro registrara plenamente a quién estaba mirando.

Miller estaba de pie cerca del final del pasillo, sola frente a una de las salas de vistas más pequeñas, consultando su teléfono. Llevaba una chaqueta azul marino sobre una blusa color crema, con el pelo recogido en un moño bajo que dejaba su cuello al descubierto. Se veía profesional, pulcra y totalmente corriente, excepto por el hecho de que el paso de Astoria titubeó una fracción de segundo antes de recobrar la compostura.

Gerald seguía hablando de los plazos de entrega de documentos, y Astoria emitió un sonido de asentimiento apropiado mientras su mente calculaba distancias y ángulos. Solo quince metros entre ellas, tal vez menos. Podría seguir caminando, dedicarle un saludo cortés al pasar y mantener...

Miller levantó la vista del teléfono y sus ojos se encontraron a través del pasillo. Astoria vio cómo el reconocimiento cruzaba el

rostro de Miller, una ligera apertura de ojos y una tensión en los hombros que no estaba allí un momento antes, antes de que esta hiciera un pequeño gesto de asentimiento.

Astoria debería haberle devuelto el saludo y seguido adelante. Eso habría sido lo inteligente. Esperó a que se instalara en ella ese desapego familiar que hacía que interacciones como esta resultaran sencillas, pero no llegó. En su lugar, hubo algo más, algo inquietante y sin nombre que hizo que sus pies se ralentizaran antes de que su mente se diera cuenta.

—Gerald, dame un minuto.

Él siguió su mirada hacia Miller y enarcó una ceja, pero no dijo nada. Astoria recorrió la distancia restante antes de que pudiera arrepentirse.

—Señorita Scott. —Mantuvo su voz estable—. ¿Esperando para una vista?

Miller se guardó el teléfono en el bolsillo. —Un asunto de procedimiento para otro cliente, no debería tardar mucho. —Hizo una pausa, con algo de cautela en su expresión—. ¿La declaración de Harmon?

—La misma. —Astoria no estaba segura de por qué se había detenido ni de qué debía decir ahora que lo había hecho. El silencio entre ellas se prolongó un instante de más—. El plazo para la proposición de prueba es en dos semanas. Confío en que su equipo esté preparado.

—Cumplimos con el calendario. —El tono de Miller imitaba al suyo, educado y reservado, sin revelar nada—. Estoy segura de que el suyo también lo está.

—Siempre.

El ruido del juzgado llenaba el espacio a su alrededor: pasos, conversaciones murmuradas, el sonido distante de una puerta cerrándose. Astoria se percató de que estaba de pie más cerca de Miller de lo necesario y que se había posicionado como si estuvieran manteniendo una conversación real en lugar de intercambiando cortesías.

Debería marcharse. Tenía una declaración a la que asistir y absolutamente ninguna razón para estar charlando con la abogada

contraria en un pasillo de los juzgados.

La puerta de la sala se abrió detrás de Miller y una mujer joven salió con los brazos llenos de expedientes apilados de forma precaria. —Miller, el juez Dawson está listo para... Oh. —Se detuvo en seco al ver la escena—. Perdón, ¿estoy interrumpiendo?

—En absoluto. —Miller se giró hacia su colega, sus hombros se relajaron y la línea tensa de su boca se suavizó en algo casi tranquilo —. Sienna, te presento a Astoria Shepry. Señora Shepry, ella es Sienna Ross, nuestra asistente jurídica.

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par al reconocerla, pero se recuperó rápido, extendiendo su mano libre con una sonrisa cálida. —Señora Shepry, es un placer conocerla. He leído mucho sobre las iniciativas de sostenibilidad de Shepry Global. El trabajo que están haciendo en infraestructura verde es realmente impresionante.

—Gracias. —Astoria le estrechó la mano, sorprendida por el entusiasmo genuino—. Es un proyecto personal que me apasiona.

—Se nota. —Sienna miró a Miller—. Deberíamos entrar. El juez Dawson odia que la gente llegue tarde.

Miller asintió, pero su atención permaneció un momento más en Astoria. —Buena suerte con su declaración, señora Shepry.

—Y con su vista, señorita Scott.

Miller se dio la vuelta para seguir a Sienna al interior de la sala, y Astoria alcanzó a oír el final de su intercambio: Sienna decía algo en voz baja y Miller soltaba una risa contenida. El sonido fue inesperadamente cálido, nada que ver con la profesional comedida que se había sentado frente a ella en la mesa de mediación dos días antes.

Entonces la puerta de la sala se cerró tras ellas y Astoria se quedó en el pasillo con una extraña opresión en el pecho.

—¿Haciendo amigas? —Gerald había aparecido a su lado, con una expresión que sugería que la situación le resultaba más divertida de lo que dejaba traslucir.

—Simple cortesía profesional. —Astoria se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la sala de la declaración—. El caso irá más rodado si somos civilizados.

—Desde luego. —Gerald mantuvo su paso—. Aunque no recuerdo que se haya detenido nunca a charlar con la parte contraria en los veinte años que hace que la conozco.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Podía sentir la mirada de Gerald quemándole el perfil de la cara, pero la ignoró. Caminaron el resto del trayecto en silencio y Astoria obligó a su atención a centrarse en la declaración de Harmon y en las preguntas que debía formular.

No pensó en la risa de Miller Scott ni en la forma en que su rostro se había transformado respecto a cuando estaba actuando frente a un adversario.

No pensó en ello en absoluto.

5

Capítulo 5: Miller

Nadia ya tenía la puerta abierta antes de que Miller llegara al porche.

—Llegas pronto. —Su madre la atrajo hacia un abrazo que olía a romero; el tipo de abrazo que hacía que los hombros de Miller bajaran cinco centímetros—. Harper me ha apostado que llegarías tarde, algo sobre un caso importante que te tenía encadenada al escritorio.

—Harper te debe cinco pavos. —Miller entró, dejando que el caos familiar de la casa de su infancia la envolviera. Había libros apilados en cada superficie, las revistas de motos de Harper mezcladas con los catálogos de jardinería de Nadia. La vieja alfombra persa que había sobrevivido a tres décadas de vida familiar seguía en el mismo sitio del salón—. Por una vez, he salido de la oficina a una hora razonable.

—Un milagro. —Nadia cogió la botella de vino de manos de Miller y examinó la etiqueta con un escrutinio teatral—. Oh, esto es de lo bueno. Debes de querer algo.

—¿Es que una hija no puede traerles un vino decente a sus madres sin segundas intenciones?

—Poder, puede. Tú no lo haces.

Desde la cocina, la voz de Harper resonó por toda la casa:

—¿Es Miller? Dile que le toca encargarse de la ensalada. La lechuga no se va a lavar sola.

Miller sonrió y se dirigió a la cocina, con Nadia siguiéndola de cerca. El olor la golpeó antes de doblar la esquina: pollo asado, hierbas, algo con ajo que hizo que le rugieran las tripas. Harper estaba ante los fogones, con su pelo plateado corto y un paño de cocina echado sobre un hombro como si se hubiera olvidado de que estaba allí.

—Hola, chica. —Harper no se dio la vuelta, solo señaló vagamente hacia la encimera—. La lechuga está ahí. El centrifugador, en el armario.

—Me alegro de verte a ti también, mamá.

—Yo estaré encantada de verte en cuanto esté lista la ensalada. —Pero Harper sonreía; Miller podía notarlo en su voz.

Encontró el centrifugador, llenó el fregadero y se puso a lavar lechuga romana mientras Nadia descorchaba el vino y servía tres copas generosas. Este era el ritmo de la cena de los domingos: Harper cocinando, Nadia supervisando, Miller ayudando donde se le indicaba. Llevaban haciendo esto desde que tenía edad suficiente para sostener un cuchillo con seguridad, y la rutina le sentaba como una manta cálida con la que podía envolverse.

—Bueno —dijo Nadia, pasándole una copa y apoyándose en la encimera—, cuéntanos algo de ese caso que te está robando todo el tiempo.

—El divorcio de los Shepry. —Miller sacudió el agua de un puñado de lechuga—. Ya lo mencioné la semana pasada.

—¿El de los milmillonarios? —Harper se giró desde los fogones, espátula de madera en mano—. ¿El que ha salido en todas las noticias? La directora ejecutiva esa con… —hizo un gesto vago— reputación de fría.

—La reina del hielo —añadió Nadia—. Así es como la llama la prensa.

—Esa misma. Representamos a su exmujer, Valerie.

Harper arqueó una ceja. —¿Y? ¿Cómo va la cosa?

Miller sopesó la pregunta mientras metía la lechuga en el centrifugador. La mediación había sido hacía cinco días, y se había pasado cada uno de ellos enterrada en los preparativos de la fase de proposición de prueba. —La mediación fracasó, así que vamos a juicio. Será una batalla larga. Sus posturas están demasiado alejadas para llegar a un acuerdo.

—Suena caro. —Harper volvió a los fogones, removiendo algo que chisporroteaba.

—Para gente como los Shepry, es calderilla. —Miller le dio vueltas al centrifugador, observando cómo giraba la lechuga—. El coste real es el tiempo. Esto podría alargarse meses.

—¿Y cómo lo lleva tu cliente? —La voz de Nadia era suave, con la trabajadora social que llevaba dentro siempre atenta al factor humano.

—Valerie está… decidida. Ha pasado por mucho. Quince años de matrimonio y, al final… —Miller hizo una pausa, midiendo sus palabras—. Digamos que la creo cuando dice que no era una relación sana.

Nadia emitió un suave sonido de comprensión y Harper se limitó a asentir.

—¿Y qué hay de la otra parte? —preguntó Harper—. Esa reina del hielo. ¿Cómo es en persona?

La mano de Miller se ralentizó en el centrifugador.

—No es… no es lo que esperaba.

Nadia ladeó la cabeza. —¿En qué sentido?

—La prensa hace que parezca un monstruo calculador, pero en persona es simplemente… controlada. Muy controlada. Cada palabra es comedida y cada expresión está calculada. Es impresionante, la verdad.

—Pareces impresionada —observó Nadia.

—Profesionalmente, sí. Es una oponente seria. —Miller pasó la lechuga a un bol, agradecida por la tarea—. Gerald Bracks es su abogado. Lleva cuarenta años en esto, pero se nota que ella es quien lleva las riendas y no se hace nada sin su aprobación previa.

—¿Impone respeto? —preguntó Harper.

Miller reflexionó.

—No exactamente; más bien tiene autoridad. Sabe exactamente lo que hace en todo momento. Durante la mediación, no se le escapó ni un detalle y detectó una discrepancia en un cronograma. —Hizo una pausa—. De hecho, la desafié por eso e intervine durante la negociación.

—Bien por ti. —La aprobación de Harper era evidente—. ¿Rachel te está dejando llevar la iniciativa?

—Confió en mí para que aportara cosas. Y Astoria —la señora Shepry— no se achantó, pero tampoco me ignoró. Me respondió directamente, como si valiera la pena escucharme y no fuera solo la abogada secundaria.

Hubo un breve silencio y Miller levantó la vista para encontrarse con que sus madres intercambiaban una de sus miradas, ese lenguaje silencioso que compartían tras treinta años de vida en común.

—¿Qué? —preguntó Miller.

—Nada. —Nadia sonrió—. La cena casi está lista. ¿Quieres ayudarme a poner la mesa?

La mesa del comedor era la misma en la que Miller había hecho los deberes, había celebrado cenas de cumpleaños y compartido innumerables comidas dominicales. Conocía cada arañazo y cada marca de vasos. Esta noche, Nadia había sacado las servilletas buenas, las de los bordes bordados que solo salían en fiestas y cenas importantes.

—Es solo un domingo cualquiera —dijo Miller mientras colocaba los platos.

—Es el primer fin de semana bueno de la primavera. Eso cuenta como fiesta. —Nadia dispuso los cubiertos al lado de cada plato—. Además, has estado trabajando demasiado. Te mereces las servilletas buenas.

Harper apareció con el pollo, dorado y fragante, y se instalaron en sus asientos. La conversación fluyó con facilidad: el último proyecto de restauración de motos de Harper, una Honda CB350-4 del 72 de la que andaba buscando piezas; y el trabajo voluntario de Nadia en el centro juvenil LGTBQ+, donde un adolescente había

salido del armario ante unos padres que lo aceptaron esa semana y todo el personal lo había celebrado discretamente.

—Eso es maravilloso —dijo Miller, con sinceridad—. Debe de ser gratificante formar parte de algo así.

—Todo el mundo merece un espacio seguro para descubrirse a sí mismo. —Nadia le pasó las patatas—. Hablando de eso, ¿cómo estás tú, cielo? Aparte del trabajo, quiero decir. ¿Te estás cuidando?

—Estoy bien. Liada, pero bien.

—¿Sales con alguien? —preguntó Harper, con demasiada naturalidad.

Miller suspiró. Aquí estaba la pregunta que afloraba cada pocos meses como un reloj. —No. Ya sabéis que ahora mismo no tengo tiempo.

—Siempre dices lo mismo. —Harper cortó un trozo de pollo—. Lo dijiste cuando estabas terminando la carrera. Lo dijiste en tu primer año en el bufete. Y lo dijiste cuando ascendiste a asociada.

—Salí con Marcus casi un año.

—Marcus. —El tono de Harper sugería lo que pensaba de Marcus —. El contable que coleccionaba sellos.

—No hay nada malo en coleccionar sellos.

—Tampoco hay nada bueno. —Harper señaló a Miller con las puntas del tenedor—. No digo que no fuera majo, te doy la razón en eso, pero nunca te vimos...

—¿Entusiasmada con él? —sugirió Nadia.

—Iba a decir «interesada», pero vale, entusiasmada también sirve.

Miller sintió que la familiar actitud defensiva le subía por el pecho. —No todo el mundo necesita fuegos artificiales, mamá. Marcus era estable y de confianza, era fácil estar con él.

—Fácil no es lo mismo que correcto. —La voz de Nadia sonó suave—. Saliste con él once meses y nunca lo trajiste aquí a cenar un domingo. Eso me dice algo.

—Estaba ocupada...

—Aquí traes el estrés del trabajo. Y tus victorias y frustraciones. Pero nunca has traído a nadie con quien estuvieras saliendo. —Nadia

se acercó y le apretó la mano—. No te estoy criticando, cielo. Solo es una observación.

Miller no tuvo respuesta para eso, así que se centró en su plato.

El silencio se prolongó lo justo para hacerse notar antes de que Harper se aclarara la garganta. —Así que esa tal Shepry, la reina del hielo. ¿Cómo es ella en realidad?

Agradecida por el cambio de tema, Miller consideró la pregunta.

—Sinceramente, no estoy segura. Solo la he visto en un contexto —sentada al otro lado de una mesa de negociación, luchando por su futuro—, y ese no es precisamente el momento en que la gente muestra su verdadero yo.

—Pero tienes una impresión.

—Creo que… —Miller hizo una pausa, recordando el destello que había visto durante la mediación. Ese breve segundo en el que la máscara de Astoria había flaqueado y algo crudo se había reflejado en su rostro antes de volver a cerrarse en banda—. Creo que decir que es «fría» es reduccionista. Es cautelosa, sin duda, pero ser cautelosa no es lo mismo que ser fría.

—¿Por qué?

—La frialdad implica que no siente nada, pero, observándola durante la mediación, hubo un momento en que Valerie dijo algo y vi… —Miller se detuvo. ¿Por qué estaba analizando esto con tanto detalle? No era más que una observación profesional—. Vi una reacción, solo por un segundo, algo debajo de todas esas capas de control.

—Parece que le prestaste mucha atención —observó Harper.

—Mi trabajo consiste en leer a la parte contraria. —Miller notó un ligero deje de irritación en su propia voz y lo suavizó—. En cualquier caso, va a ser difícil de vencer, que es lo que hace que este caso sea interesante.

—Te gusta el reto —dijo Nadia, y no fue una pregunta.

—Me gusta. —Miller sonrió, sintiendo que era verdad—. Los casos rutinarios se estaban volviendo monótonos. Este exige todo lo que tengo, y lo agradezco.

Sus madres intercambiaron otra mirada, esta vez más rápida.

—¿Qué? —volvió a preguntar Miller.

—Nada. —Harper se levantó para ir a por el postre—. He hecho tarta de manzana.

—¿Has hecho tarta? Si ni siquiera es fiesta.

—Entérate, Miller. Es el primer fin de semana bueno de la primavera.

La tarta estaba perfecta —la tarta de Harper siempre lo estaba— y la conversación derivó hacia temas más ligeros: cotilleos del barrio, el horario de Miller para salir a correr, si los Henderson de más abajo iban a terminar alguna vez su reforma. El ambiente caldeó el comedor, con la luz dorada entrando de forma oblicua por las ventanas, y Miller sintió cómo se disipaba la última pizca de tensión de la semana.

Para esto servían las cenas de los domingos, para este recordatorio que la devolvía a la tierra: por mucho que el trabajo exigiera, tenía un lugar al que pertenecía incondicionalmente.

Después del postre, Miller empezó a recoger los platos.

—Deja eso —dijo Nadia—. Ya los recogeré yo luego.

—No me importa. —Miller apiló los platos, dejándose llevar por el ritmo—. Vosotras habéis cocinado —bueno, Harper ha cocinado—, así que yo friego.

—Eres nuestra invitada.

—Soy vuestra hija. No es lo mismo.

Nadia sonrió y le tendió la fuente. —Vale, pero yo superviso.

Pasaron a la cocina, instalándose en su danza familiar de limpieza. Miller lavaba, Nadia secaba, y la voz de Harper llegaba desde el salón, donde se había retirado con el periódico y sus gafas de leer.

—El artículo sobre el divorcio de la tal Shepry traía una foto suya. De Astoria —dijo Nadia con naturalidad.

Miller se concentró en frotar una mancha especialmente rebelde. —¿Ah, sí?

—Parecía agotada. Mucha compostura y mucha rigidez, pero sus ojos... —Nadia colocó un plato en el armario—. He visto esa mirada antes en mis clientes de cuando trabajaba. Los que solo intentan que no se les desmorone todo con la poca fuerza de voluntad que les queda.

Miller pensó en Astoria en el ascensor, la rigidez de sus hombros, la forma decidida en que había mantenido la mirada fija en las puertas. La forma en que la había saludado en el juzgado con un gesto de cabeza que era perfectamente educado y absolutamente nada más.

—No es mi trabajo sentir lástima por ella —dijo Miller—. Es la parte contraria.

—No he dicho que debas sentir lástima por ella. —Nadia le pasó otro plato para lavar—. Solo he dicho que me he fijado en algo, eso es todo.

Terminaron de fregar en un silencio cómodo.

—¿Seguro que no quieres llevarte un poco de tarta a casa? —Harper levantó un plato envuelto en papel de aluminio, sabiendo ya la respuesta.

—Me lo preguntas todas las semanas. —Miller cogió el plato que le ofrecía—. Y todas las semanas digo que sí.

—Solo me aseguro de que estás atenta. —Harper la estrechó en un abrazo sólido, de esos que decían todo lo que sus palabras no decían—. Dales caña esta semana, hija.

—Pienso hacerlo.

Nadia la acompañó a la puerta; el aire de la tarde era fresco pero agradable después del calor de la casa. Las farolas empezaban a parpadear, proyectando suaves charcos de luz a lo largo de la calle familiar.

—Es bueno verte entusiasmada de nuevo con el trabajo —dijo Nadia, apoyada en el marco de la puerta.

Miller se detuvo, con las llaves en la mano. —¿A qué te refieres?

—Los últimos meses parecía que solo hacías las cosas por inercia. Eras competente como siempre, pero… —Nadia frunció el ceño buscando la palabra adecuada— estabas más distante. Este caso te tiene implicada de una forma que no veía en ti desde hacía tiempo.

Miller lo analizó. No se había dado cuenta de que fuera visible, pero su madre no se equivocaba. Los casos rutinarios se habían convertido exactamente en eso: rutina. Podía llevarlos estando dormida, y a veces parecía que lo estaba.

—Es un buen reto —dijo Miller—. Rachel me está confiando responsabilidades reales y no quiero fallarle.

—No lo harás. —Nadia lo dijo con la confianza sencilla de alguien que nunca había dudado de las capacidades de su hija—. Pero no te olvides de cuidarte en el proceso. No se puede dar algo si no se tiene nada en el interior.

—Lo sé, mamá.

Nadia la atrajo para un último abrazo, manteniéndola un instante más de lo habitual. —Estamos orgullosas de ti. Pase lo que pase con el caso, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Gracias, mamá.

Caminó hacia su coche, con la tarta envuelta en aluminio caliente entre las manos, y miró hacia atrás para ver a Nadia todavía en el umbral. Se despidió con la mano y Nadia le devolvió el gesto antes de entrar por fin.

El camino a casa fue tranquilo, con el tráfico del domingo por la tarde fluido por las calles conocidas. Miller dejó que su mente vagara por la semana que tenía por delante. Tenía documentos de la proposición de prueba que finalizar, una sesión de estrategia con Rachel el martes y declaraciones que programar. El caso Shepry se había apoderado de su calendario, y no se quejaba.

Pensó en lo que había dicho Nadia, que parecía más implicada. Y era cierto. Durante el último año, quizá más tiempo, el trabajo se había sentido como algo en lo que era buena más que como algo que amaba. No se había dado cuenta de cuándo ocurrió ese cambio, ese lento deslizamiento de la pasión a la competencia. Pero este caso había despertado algo en su interior.

Era el reto, lo que estaba en juego, la complejidad de desenredar un matrimonio entre dos mujeres formidables.

Aún faltaban semanas para la declaración de Astoria, pero Miller ya estaba pensando en ello. Gerald Bracks la prepararía a conciencia —era evidente que esa mujer no dejaba nada al azar—, pero las declaraciones judiciales tenían una forma de revelar cosas que la preparación no podía ocultar. Tras horas de interrogatorio, cubriendo el mismo terreno desde diferentes ángulos, incluso el testigo más controlado acababa mostrando grietas.

Miller se preguntó cómo sería Astoria bajo ese tipo de presión. En la mediación, se había mostrado indescifrable, cada respuesta comedida y precisa. Pero Nadia había visto agotamiento en una foto de prensa, y Miller había visto aquel destello durante las acusaciones de Valerie, esa reacción de una fracción de segundo antes de que la máscara volviera a encajarse en su sitio.

Había *algo* debajo de toda esa armadura. Miller estaba segura de ello.

Entró en su bloque de apartamentos y aparcó en su sitio de siempre. El edificio era modesto, muy lejos de cualquier mansión de Cliffside a la que Astoria Shepry probablemente regresara, pero era suyo. Ella misma había pintado las paredes, elegido cada mueble y cultivado la selva de plantas que bordeaba los alféizares de sus ventanas.

Dentro, metió la tarta en la nevera y revisó el móvil; vio unos cuantos correos de trabajo, nada urgente. Se ocuparía de ellos por la mañana.

Se puso ropa cómoda y se instaló en el sofá con su portátil, abriendo los documentos de la fase de proposición de prueba que había estado revisando toda la semana. La audiencia preliminar todavía estaba a un mes de distancia, pero siempre había algo más que preparar. Astoria Shepry no pasaba nada por alto, lo que significaba que Miller tampoco podía permitírselo.

Trabajó durante una hora, tomando notas y marcando preguntas para Rachel. El apartamento estaba en silencio a su alrededor, solo se oía el zumbido de la nevera y algún coche que pasaba por la calle de vez en cuando. Era pacífico, el tipo de soledad que siempre había valorado.

Pero esta noche, por alguna razón, se sentía más vacío de lo habitual.

Cerró el portátil y se quedó mirando la ventana oscura, con su reflejo fantasmal contra el cristal. Las palabras de Nadia volvieron a su mente: «*Saliste con él once meses y nunca lo trajiste aquí a cenar un domingo».*

Era cierto; nunca había traído a Marcus a casa, ni a Kevin antes que él, ni a ninguno de los hombres con los que había salido a lo

largo de los años. Todos eran buenos chicos, y ella los había mantenido a distancia sin darse cuenta de que lo estaba haciendo.

—Fácil no es lo mismo que adecuado.

Miller ni siquiera sabía cómo se suponía que debía sentirse lo «correcto». Había asumido que los fuegos artificiales y las mariposas eran cosa de novelas románticas y películas. Las relaciones reales se construían sobre la compatibilidad y los valores compartidos, no sobre alguna chispa mítica que te acelerara el corazón.

Eso era lo que siempre había creído, al menos.

Se sacudió el pensamiento de la cabeza y se fue a la cama. El lunes tenía una fecha límite que cumplir. Los documentos de ese tipo no se organizaban solos y Rachel contaba con ella.

Puso la alarma a las seis y dejó que el sueño la venciera. Los buenos casos forjaban buenos abogados, y los buenos oponentes afilaban las habilidades. Y Astoria Shepry era la oponente más formidable a la que se había enfrentado en años.

Nada más complicado que eso.

6

Capítulo 6: Astoria

Los últimos miembros del equipo de limpieza se habían marchado hacía una hora y la planta veinticinco se había sumido en el silencio.

Astoria estaba sentada bajo el círculo de luz de su lámpara de escritorio, con el resto de su despacho devorado por las sombras. La lluvia rayaba los cristales a su espalda; la tormenta primaveral que había estado amenazando todo el día finalmente llegaba con la oscuridad. Más allá del cristal, Phoenix Ridge brillaba húmeda y distante, una ciudad llena de gente que seguía con su noche mientras ella desenterraba los restos de su matrimonio documento tras documento.

La carpeta de pruebas estaba abierta sobre el escritorio, con las páginas marcadas mediante pestañas siguiendo su preciso sistema de códigos de colores: amarillo para lo relevante, rosa para lo confidencial y verde para lo presentable. Gerald necesitaba su revisión para el viernes. Ella le había dicho que la tendría lista para el miércoles porque eso era lo que hacía: superar las expectativas, mantener el control y demostrar que podía lidiar con cualquier cosa, incluso cuando sentía que no era así.

Sacó el siguiente documento de la pila: una cadena de correos electrónicos de hacía dos años entre Valerie y un miembro de la junta, Richard Hoffman. El asunto decía: «Re: Inquietudes sobre la estrategia del tercer trimestre».

Astoria leyó el correo.

—Detesto decir nada, pero estoy preocupada por Astoria. Ha estado tan centrada en la adquisición de Harbor Point que no estoy segura de si está viendo el panorama general. Entre nosotros, he intentado plantearle algunas inquietudes, pero ya sabes cómo se pone cuando se obsesiona con algo. Quizá si viniera de la junta…

Astoria recordaba aquello. Richard se le había acercado una semana después con vagas inquietudes sobre el «equilibrio entre la vida laboral y personal» y la «supervisión estratégica», y ella se había quedado desconcertada por la intervención. Había trabajado más duro y se había quedado hasta más tarde, intentando averiguar qué había hecho mal.

Dejó el correo a un lado y lo marcó con una pestaña amarilla. Definitivamente relevante.

El siguiente documento era una entrada del calendario de hacía dieciocho meses. Astoria tenía programada su asistencia a una conferencia de desarrollo sostenible en Seattle, una importante oportunidad de hacer contactos que llevaba meses esperando. La entrada mostraba el horario original bloqueado y luego una modificación tres días antes: *«Conflicto con la reunión de la junta benéfica de V. Reprogramado».*

Pero no la había reprogramado. Se la había perdido por completo, y ahora no recordaba si la reunión benéfica llegó a celebrarse o si fue otra de las pruebas de Valerie para ver si Astoria la elegía a ella por encima del trabajo.

La lluvia arreció contra las ventanas, convirtiendo el ligero golpeteo en un zumbido ambiental. En algún lugar del edificio se cerró una puerta y el sonido produjo eco. Gloria había pasado a las siete, con el abrigo ya puesto y el bolso al hombro. —Deberías irte a casa, comer algo y dormir.

——Tengo que terminar esto —había dicho ella.

——Puede esperar hasta mañana.

——No, no puede —Astoria no había levantado la vista de la pantalla—. Me iré pronto.

Gloria se había demorado en el umbral, como hacía cuando quería decir algo más pero sabía que no serviría de nada. Tras un momento, se limitó a decir: —Hay sopa en la nevera de la sala de descanso. La he marcado con tu nombre

Eso había sido hacía dos horas. La sopa seguía intacta, y Astoria había avanzado otros dos centímetros en la pila de documentos, cada uno de ellos una pequeña autopsia de un matrimonio que, en lugar de no llenarla, como ella creía, no había hecho sino desmantelarla sistemáticamente.

Fue a coger su café y lo encontró helado, con una película en la superficie; era su tercera taza desde el almuerzo… ¿o la cuarta? Ni siquiera recordaba si había comido algo al mediodía. Gloria le había dejado algo en el escritorio sobre las doce, pero el día se había desdibujado entre documentos y llamadas y la tarea constante y agotadora de demostrar que ella no era el monstruo que Valerie pretendía.

Astoria cogió un papel, otra cadena de correos, esta de hacía tres años, de Valerie a su contable solicitando acceso a cuentas por las que Astoria no sabía que hubiera preguntado. La contable había puesto a Astoria en copia en su respuesta, que era el procedimiento estándar, y Valerie lo había suavizado esa noche con una risa y un beso en la mejilla: *«Solo quería entender mejor nuestras finanzas, cariño. Siempre estás tan ocupada, y odio sentir que no sé qué pasa con nuestro dinero».*

Astoria se había sentido culpable por haber hecho que Valerie se sintiera excluida. Pasó el fin de semana siguiente explicándole paso a paso su cartera de inversiones.

Marcó la cadena de correos con una pestaña amarilla y la añadió al montón creciente.

Esta era la parte más difícil —no la estrategia legal, ni el escrutinio público ni siquiera las acusaciones de Valerie—, sino ver el patrón expuesto en blanco sobre negro, años de manipulación que había vivido sin reconocer nada de aquello. Cada correo electrónico era una muerte por mil cortes. Cada cambio en el calendario era un

robo silencioso de su autonomía. Cada conversación «preocupada» con un colega era una semilla plantada para socavarla.

Ella había pensado que estaba fracasando en su matrimonio, pero no se había dado cuenta de que estaba siendo microgestionada.

Astoria se apartó de su escritorio y cruzó hasta la ventana, apoyando la palma de la mano contra el cristal frío. La lluvia había convertido la ciudad en luces borrosas; los faros de los coches y las farolas se mezclaban en la oscuridad. Su reflejo le devolvía la mirada, con los ojos hundidos y el rostro demacrado.

Gerald le había dicho algo parecido a Gloria: *«Tiene que ir con calma. Este caso llevará meses».*

Ella lo sabía. También sabía que, si dejaba de trabajar, empezaría a pensar, y pensar la llevaba a lugares oscuros a los que no podía permitirse ir. El trabajo era manejable. Era controlable. No le pedía que sintiera nada, salvo competencia.

Se volvió de nuevo hacia su escritorio. El montón de documentos seguía esperando, eterno, paciente y condenatorio. En algún lugar de aquel desorden estaba la prueba que demostraría la verdad: que Valerie había orquestado su propia narrativa durante años, posicionándose como la esposa desatendida mientras aislaba sistemáticamente a Astoria de sus colegas, sus amigos y, finalmente, de su propio sentido de la realidad.

La pregunta era si alguien miraría más allá de la actuación de Valerie el tiempo suficiente para verlo.

Rachel Hartwell construiría un caso convincente. Tenía experiencia, era metódica y su reputación de integridad le otorgaba a la historia de Valerie una capa adicional de credibilidad. Y su socia, Miller Scott, había demostrado ser más aguda de lo esperado.

Astoria reprodujo mentalmente aquel momento de la mediación en el que la voz de Miller interrumpió la negociación, segura de sí misma y precisa. Se había mantenido firme cuando Astoria la desafió y no se había inmutado. Miller se creía la historia de Valerie, y era lógico que así fuera. Valerie resultaba convincente, y Miller era el tipo de abogada que había cimentado su carrera creyendo a las víctimas.

Astoria regresó a su escritorio y sacó el siguiente documento de la pila. Trabajó hasta que le ardieron los ojos, las palabras se le emborronaron y le dolió el cuello. Y aun así no se detuvo, porque detenerse significaba ir a casa y quedarse despierta en la oscuridad mientras sus pensamientos la devoraban viva.

Los archivos, al menos, no requerían que sintiera absolutamente nada.

Excepto que… el siguiente documento la dejó helada.

Era un programa de la Gala Filantrópica de Phoenix Ridge del año pasado, a finales de septiembre. Estaba metido entre estados financieros como si ese fuera su sitio. Valerie lo había guardado; por supuesto que sí. Valerie lo guardaba todo; seleccionaba pruebas de su vida perfecta del mismo modo que otros coleccionaban fotografías.

Astoria se quedó mirando la portada satinada —el logotipo de la fundación, la fecha, las palabras *Celebrando la excelencia de la comunidad*— y la habitación pareció ladearse.

Eso fue hacía seis meses, la noche en que todo terminó.



El salón de baile resplandecía entre champán y cristal; quinientas de las personas más ricas de Phoenix Ridge se agolpaban en el hotel Cascadia Grand para el evento benéfico más prestigioso de la ciudad. Astoria llevaba un vestido de tubo color carbón, discreto entre las lentejuelas y los tonos joya, pero Valerie lo compensaba con su seda esmeralda que captaba la luz con cada movimiento, atrayendo las miradas como hacía siempre.

Habían llegado juntas, la viva imagen de una pareja poderosa. La mano de Valerie descansaba sobre el brazo de Astoria, su sonrisa era radiante y de cara al público mientras los fotógrafos captaban su entrada. Para cualquiera que las mirara, eran exactamente lo que las páginas de sociedad siempre habían dicho de ellas: la pareja más elegante de Phoenix Ridge.

Astoria recordaba cuando esa imagen le parecía algo a proteger. En los primeros años, el encanto social de Valerie le había parecido un regalo. Había pulido los bordes toscos de Astoria, le había enseñado qué tenedores usar en cada plato y cómo charlar de trivialidades con donantes que tenían más dinero que sensatez. Valerie podía hacer que cualquiera se sintiera la persona más importante de la sala. Durante un tiempo, también hizo que Astoria se sintiera así.

Eso fue hacía mucho tiempo.

Para cuando llegaron al cóctel, Valerie ya iba por su segunda copa de champán, quizá la tercera. No estaba borracha —Valerie era demasiado controlada para eso—, pero sí desinhibida. El filo bajo su encanto había empezado a asomarse.

Astoria se movía por la sala como hacía siempre en esos eventos: conversaciones breves, contactos estratégicos, la danza coreografiada de filantropía y negocios que mantenía impecable la reputación de Shepry Global. Habló con Jade Thornton sobre subvenciones para el desarrollo sostenible y felicitó a Sofia Marconi por la reciente expansión de su fundación. Sonrió hasta que le dolió la cara y contó las horas que faltaban para poder irse.

Valerie orbitaba cerca, encandilando a los donantes y riendo en los momentos adecuados, interpretando su papel.

Sucedió durante una conversación con los Hartford; vieja alcurnia de la industria maderera, educados y curiosos por el último proyecto de infraestructuras ecológicas de Shepry Global. Ellen Hartford había preguntado algo inocuo sobre el equilibrio entre la vida laboral y la personal: ¿cómo se las arreglaba Astoria para gestionar una empresa tan exigente y aun así sacar tiempo para su matrimonio?

Antes de que Astoria pudiera responder, Valerie apareció a su lado. —Oh, no lo hace. —Valerie se rio, con un sonido ligero y musical—. He aprendido a aceptar que me casé con la empresa tanto como con la mujer. Shepry Global siempre será su primer amor.

Los Hartford rieron educadamente y Astoria mantuvo su sonrisa fija.

—Pero hacéis que funcione —dijo Ellen, claramente intentando suavizar el momento.

—Nos las apañamos. —La mano de Valerie buscó el brazo de Astoria, apretando suavemente—. Aunque, entre nosotros, a veces me he preguntado si ella se daría cuenta siquiera si yo desapareciera durante una semana. Siempre y cuando los informes trimestrales tuvieran buen aspecto.

Siguieron más risas de compromiso, y Astoria sintió que algo gélido se instalaba en su pecho.

——Oh, estoy seguro de que eso no es verdad —intervino James Hartford.

—Os sorprendería. —La sonrisa de Valerie no flaqueó—. Mi mujer no es precisamente del tipo cariñoso y tierno. «Frígida» podría ser el término más preciso, aunque lo digo con todo el cariño, por supuesto.

La palabra quedó suspendida en el aire, como el escozor tras una bofetada.

Las risas de los Hartford murieron en un silencio incómodo. James se aclaró la garganta y Ellen, de repente, mostró un gran interés por su copa de champán. Astoria se quedó petrificada, con el rostro inexpresivo mientras algo se quebraba en su interior.

Valerie volvió a apretarle el brazo, inclinándose con aire conspirador—. Te estoy tomando el pelo, cariño. Sabes que te adoro.

Astoria logró esbozar una sonrisa. No recordaba lo que dijo —algo apropiado que puso fin a la conversación sin montar una escena— y los Hartford se alejaron con visible alivio; después, Valerie se fundió de nuevo entre la multitud como si nada hubiera pasado.

Astoria se disculpó y caminó hacia los aseos. Sus tacones repiqueteaban contra el mármol, cada paso preciso y medido. Saludó con la cabeza a un conocido y sonrió a un camarero y, por encima de todo, no corrió.

El baño estaba afortunadamente vacío y Astoria se encerró en el último cubículo, apoyando la espalda contra la pared. Le temblaban las manos. No podía respirar. Se le había oprimido el pecho, sus pulmones se negaban a expandirse correctamente y la habitación le

pareció demasiado pequeña mientras las paredes se le echaban encima. Agarró el borde de la puerta del cubículo y se obligó a contar. Inspirar en cuatro, mantener en cuatro, espirar en cuatro.

Frígida.

Delante de los Hartford y de cualquier otro que pudiera estar escuchando, y dicho con una sonrisa, envuelto en risas, para que Astoria ni siquiera pudiera objetar sin parecer excesivamente sensible.

El pánico alcanzó su punto máximo y, muy lentamente, retrocedió. Astoria permaneció en el cubículo hasta que sus manos dejaron de temblar, pudo respirar sin esfuerzo y la máscara estuvo en su sitio. Entonces comprobó su reflejo en el espejo —perfectamente compuesta, ni un pelo fuera de su lugar— y regresó a la gala.

Pasó el resto de la velada en piloto automático. Sonrió a todas las personas adecuadas, hizo su donación y posó para una fotografía más con Valerie, con los hombros rozándose, la viva imagen de una pareja feliz.

Después, en el coche, el silencio se extendió tenso entre ambas.

—Estás molesta —observó Valerie. Estaba revisando su teléfono, haciendo scroll en algo, sin siquiera mirar a Astoria.

—Me has llamado frígida delante de los Hartford.

—Estaba bromeando. Todo el mundo sabía que estaba bromeando.

—Nadie se ha reído.

Valerie suspiró, con la exhalación sufrida que Astoria había oído mil veces—. Estás siendo demasiado sensible. Ha sido un comentario jovial en una fiesta. Si no puedes aguantar una pequeña broma...

—No ha sido una broma. Ha sido humillante.

—¿Ves? A esto mismo me refiero. —Valerie finalmente levantó la vista con expresión paciente, compasiva—. Te lo tomas todo tan a pecho. Es agotador, Astoria. Hago un chiste y, de repente, soy la villana. Quizá si mostraras algo de calidez, yo no tendría que...

—¿No tendrías que qué? ¿Burlarse de mí en público?

—No me estaba burlando de ti. Intentaba conectar con la gente, que es algo que a ti nunca se te ha dado bien. Alguien tiene que

hacer que parezcas humana. —La voz de Valerie se endureció—. ¿Tienes idea de lo mucho que me esfuerzo para que parezcas accesible? ¿Para convencer a la gente de que no eres solo una máquina fría a la que solo le importan los márgenes de beneficio?

El coche avanzaba por las calles oscuras, con las luces de los faros pasando de largo. Astoria observaba la ciudad desdibujarse tras la ventanilla.

——Todo lo que he hecho por este matrimonio —continuó Valerie —, cada contacto que he hecho, cada relación que he mantenido mientras tú te enterrabas en el trabajo, y *así* es como me lo agradeces. Acusaciones porque he hecho *un chiste*.

—Solo porque no deje de llamarlo chiste no significa que lo sea.

—No serías nada sin mí. —Las palabras salieron planas, despojadas de cualquier interpretación—. ¿Lo entiendes? Todos esos donantes que te sonríen, todos esos miembros de la junta que piensan que eres brillante, la mitad solo te toleran por mí. Porque yo te hago aceptable.

Astoria se giró para mirar a su esposa. El rostro de Valerie se veía anguloso bajo las farolas del trayecto, hermoso y duro, y por primera vez, Astoria la vio con claridad. No la mujer encantadora que le había enseñado qué tenedor usar, no la compañera que pulía sus asperezas, sino solo esto: alguien que necesitaba que Astoria se sintiera pequeña para ella poder sentirse grande.

La comprensión se asentó en silencio, como un manto de nieve.

Ah, pensó Astoria, *así que esto es lo que de verdad piensa de mí.*

No discutió ni se defendió. Se limitó a mirar a Valerie, y algo en su interior se quedó muy quieto.

—¿Ahora me vas a aplicar la ley del hielo? —La voz de Valerie tenía un deje de asco—. Típico. La clásica Astoria: no puede encajar una crítica honesta, así que se bloquea.

Astoria se movió en su asiento, volviéndose de nuevo hacia la ventanilla.

El coche entró en el camino de entrada de su casa y Valerie entró primero, ya con el teléfono en la mano, pasando a la siguiente actuación. Pero Astoria se quedó sentada en la oscuridad un momento, escuchando el tictac del motor mientras se enfriaba.

Luego entró, subió la escalera de caracol hasta la habitación de invitados y cerró la puerta con llave tras de sí.

Por la mañana, llamó a su abogado. En una semana, había solicitado el divorcio.



El programa de la gala se emborronaba a través de las lágrimas.

Astoria lo apartó y se apretó los párpados con las yemas de los dedos hasta que vio estrellas. Lo ocurrido hace seis meses le parecía una vida entera y, a la vez, como si hubiera sido ayer.

Se había pasado quince años creyendo que ella era el problema: que era demasiado fría, que estaba demasiado centrada en el trabajo, que era demasiado difícil de amar. Le había hecho falta un feo momento de claridad para comprender que el problema nunca había sido ella.

Astoria soltó un fuerte suspiro, acercó el siguiente expediente y siguió trabajando. Aguantó otra hora antes de que las palabras dejaran de tener sentido.

Astoria se reclinó en su silla y se frotó los ojos. La pila de documentos revisados había crecido, con pestañas amarillas, verdes y rosas marcando las pruebas. Gerald tendría lo que necesitaba y ella podría terminar el resto mañana.

Su teléfono marcaba las 23:47. Llevaba casi seis horas en ello. El despacho parecía más pequeño en la oscuridad, con las sombras cerrándose sobre ella. Recogió los archivos en sus carpetas, alineó los bordes con más precisión de la necesaria y los metió en su maletín.

Los patrones de Valerie eran aún más claros ahora que estaban documentados a lo largo de los años. No había sido solo crueldad aleatoria, como solía creer. Era un control estratégico aplicado tan gradualmente que Astoria no lo había reconocido hasta que se estaba ahogando. Más que nada, estaba luchando contra la narrativa de Valerie, la historia de la esposa fría y negligente que había

ahuyentado a su pareja. Y Valerie interpretaría el papel de víctima de maravilla en el tribunal. Siempre interpretaba de maravilla.

La estrategia de Gerald era sólida: ceñirse a los hechos y dejar que los documentos hablasen. Pero Astoria sabía que los jurados creían en las historias, no en las hojas de cálculo. Creían en las lágrimas y en las voces temblorosas y en el arco convincente de una mujer que había sufrido. Creían en personas como Valerie.

Y ahora Valerie tenía el poder del bufete de Rachel Hartwell respaldándola, el tipo de representación que hacía que un cliente pareciera creíble simplemente por asociación.

Miller Scott construiría un caso sólido. Era aguda, de principios y estaba claramente comprometida con su cliente. Pero ese compromiso no era una lealtad ciega. Estaba claro que prestaba atención a los detalles, incluso si eso significaba señalar discrepancias.

Tal vez eso fuera bueno. Si Miller tenía principios suficientes para cuestionar las inconsistencias, quizá acabaría viendo a través de la actuación de Valerie. Quizá notaría los patrones que no cuadraban.

O tal vez no.

La gente compasiva solía creer a las víctimas, incluso a las falsas. Eso es lo que las hacía compasivas.

Astoria descartó el pensamiento. No importaba lo que creyeran Rachel Hartwell o Miller Scott. Lo que importaba eran las pruebas, y de esas tenía de sobra.

Apagó la lámpara del escritorio y caminó por el despacho a oscuras hacia el ascensor. El edificio estaba en silencio a su alrededor; el zumbido del climatizador era el único sonido. Vio su reflejo en las puertas del ascensor cuando se abrieron: una mujer con la blusa arrugada, ojeras bajo los ojos y un bolso de mano apretado contra el pecho como un escudo.

Apartó la mirada.

El aparcamiento estaba casi vacío; sus pasos resonaban en el hormigón. Su coche estaba solo en su plaza reservada, esperando para llevarla de vuelta a una casa que estaría igual de vacía.

El trayecto a casa duró veinte minutos por calles brillantes por la lluvia. No puso música ni las noticias, simplemente dejó que el silencio llenara el coche. Los semáforos cambiaban de color solo para ella. La ciudad se sentía hueca a esa hora, con todos los demás resguardados en hogares donde alguien los esperaba.

El barrio de Cliffside estaba oscuro cuando entró en el camino de entrada. No había dejado ninguna luz encendida esa mañana, pero la casa se alzaba imponente contra el cielo, toda ángulos rectos y cristal.

Dentro, se movió entre las sombras sin encender las luces ni las lámparas; se sabía el camino de memoria. En el dormitorio, el océano se oía a través de las ventanas, con las olas rompiendo contra las rocas abajo en su ritmo interminable.

Se puso el pijama y se deslizó entre las sábanas frías. El techo le devolvió la mirada, en blanco y sin ayuda.

El sueño no llegaba.

Pensó en la semana que tenía por delante. Tendría más documentos que revisar y declaraciones a las que asistir, la lenta maquinaria del litigio avanzando pesadamente.

Deseó, y no por primera vez, que alguien comprendiera por lo que había pasado sin que ella tuviera que demostrarlo ante un tribunal. Que alguien pudiera mirar las pruebas y ver no solo documentos, sino a la mujer que había vivido cada manipulación, cada sutil crueldad, cada sonrisa que escondía un cuchillo.

Pero los deseos no ganaban casos; las pruebas sí. Mañana seguiría luchando.

Astoria cerró los ojos y escuchó las olas hasta que el agotamiento finalmente la venció.

7

Capítulo 7: Miller

La sala de conferencias olía a limpiador de moquetas institucional y a café pasado; esa combinación particular que parecía impregnar cada juzgado de Phoenix Ridge. Miller llegó temprano —siempre lo hacía para las vistas— y desplegó los expedientes del caso sobre la mesa laminada en el orden en que Rachel los necesitaría: las mociones de exhibición de pruebas a la izquierda, los calendarios de las declaraciones en el centro y la disputa sobre la presentación de documentos que llevaba semanas estancada guardada en la carpeta más cercana al asiento de Rachel.

Rachel levantó la vista de sus propias notas. —¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde las ocho y cuarto. —Miller alineó el borde de una carpeta con la esquina de la mesa—. Quería repasar los argumentos de la cronología una vez más.

—Los argumentos de la cronología que tú misma redactaste.

—Por eso mismo quería repasarlos. —Miller se recostó en la silla, alargando la mano hacia su amargo café de la cafetería del juzgado —. Gerald va a oponerse con fuerza a la exhibición de pruebas acelerada. Argumentará que solo estamos intentando pescar algo a ciegas.

—Es que *estamos* pescando a ciegas. —El tono de Rachel era suave—. De eso trata la exhibición de pruebas. La cuestión es si la juez está de acuerdo en que nuestra expedición de pesca está justificada.

A través de la pequeña ventana de la puerta, Miller veía cómo el pasillo se llenaba con el tráfico matutino de abogados con trajes oscuros y de civiles que deambulaban. En algún lugar del pasillo, una puerta se cerró con un golpe seco.

Consultó su reloj. Valerie debía llegar en quince minutos. Había pasado un mes desde la mediación; veintinueve días, no es que Miller los hubiera estado contando. Solo había visto a Astoria una vez desde entonces, un encuentro fugaz en el juzgado en el que habían hablado en el pasillo.

Hoy sería diferente. Pasarían horas en la misma sala, ambos equipos exponiendo sus posturas, con la jueza Dorothea Whitcombe presidiendo este procedimiento que haría avanzar este divorcio hacia su eventual conclusión. Miller estaría a escasos tres metros de Astoria Shepry durante la mayor parte de la mañana.

Cogió su café y tomó un largo sorbo. Estaba amargo y tibio, exactamente lo que se merecía por dejar que su mente divagara.

La puerta se abrió de par en par y Valerie entró envuelta en una ráfaga de perfume caro, algo floral y difícil de olvidar, el tipo de aroma que anuncia a una persona antes de que entre del todo en una habitación.

—Buenos días. —La sonrisa de Valerie estaba perfectamente calibrada: cálida pero seria, la de una mujer que se prepara para la batalla pero mantiene la elegancia bajo presión. Llevaba un traje de color gris perla que suavizaba sus rasgos y unos pendientes de perlas. —Espero no llegar tarde.

—Llegas justo a tiempo. —Rachel señaló la silla a su lado—. Estábamos repasando el orden del día de esta mañana.

Valerie se acomodó en su asiento, cruzando las piernas por los tobillos, y dirigió su atención a Miller. —¿Cómo estamos?

—Sólidos. —Miller acercó la carpeta correspondiente hacia ellas —. Hoy es principalmente procesal: medidas provisionales, disputas sobre exhibición de pruebas, calendario... ese tipo de cosas. La

jueza decidirá sobre el plazo de presentación de documentos y fijará las fechas de las declaraciones.

—¿Y Astoria? —La voz de Valerie tenía un ligero deje de tensión bajo su compostura—. ¿Estará aquí?

—Contamos con ello.

Algo cruzó fugazmente el rostro de Valerie; demasiado rápido para leerlo, desapareció antes de que Miller pudiera identificarlo—. Bien. Quiero que vea esto. Todo. Quiero que entienda que no puede limitarse a soltar dinero para que esto desaparezca.

La expresión de Rachel se mantuvo profesionalmente neutral. —Nuestro objetivo hoy es el posicionamiento. Estamos exponiendo argumentos y sentando las bases. La verdadera batalla vendrá más tarde, en las declaraciones y el juicio.

—Lo sé. —Valerie alisó una arruga invisible de su camisa—. Pero también sé cómo funciona. Cree que puede intimidar a la gente para que se eche atrás. Quiero que vea que yo no voy a dar un paso atrás.

Miller observó las manos de Valerie, perfectamente cuidadas y firmes, sin rastro de nerviosismo. Cualquier ansiedad que pudiera sentir por enfrentarse a su exmujer en el tribunal la había enterrado bajo capas de entereza.

—Deberíamos ir a la sala —dijo Rachel, recogiendo sus archivos —. La jueza Whitcombe es muy estricta con la puntualidad.

Salieron de la sala de conferencias en fila hacia el pasillo. Miller se situó un paso por detrás de Rachel y Valerie, cargando con los expedientes de apoyo y repasando ya mentalmente los argumentos de la mañana.

La sala de la jueza Whitcombe era más pequeña de lo que Miller esperaba. Estaba revestida de paneles de madera y resultaba funcional, sin nada de la majestuosidad de las salas del tribunal superior del centro. Las luces fluorescentes zumbaban en el techo y proyectaban un ambiente institucional sobre todo.

Miller ocupó su lugar en la mesa de la defensa y dispuso los expedientes a su alcance. Rachel se sentó a su lado y Valerie ocupó la silla más cercana al pasillo, con una postura impecable.

La mesa de la acusación estaba vacía.

Miller se entretuvo organizando documentos que ya había organizado dos veces, muy pendiente de la puerta de la sala por el rabillo del ojo. La gente entraba y salía —un funcionario consultando con el alguacil, alguien de otro caso recogiendo papeles olvidados—, pero ni rastro de Gerald Bracks o su cliente.

Entonces la puerta se abrió de nuevo y las manos de Miller se quedaron quietas.

Astoria entró primero, con Gerald medio paso por detrás y una abogada asociada que los seguía a ambos. Vestía un traje de color marengo —de corte exquisito, el tipo de sastrería que sugiere dinero en lugar de gritarlo— y llevaba un maletín de cuero. Tenía el pelo recogido en un moño impecable, que dejaba a la vista la línea de su mandíbula y la pálida columna de su cuello.

Miller la había visto dos veces antes, pero algo era distinto esta vez. Tardó un momento en identificarlo. Astoria se movía con el mismo control de siempre y se acomodó en su silla en la mesa de la parte demandante con una elegancia medida. Su expresión no revelaba nada, con la fachada de reina de hielo firmemente colocada. Y sin embargo...

Había ojeras bajo sus ojos, tenues y casi ocultas bajo el maquillaje, pero visibles ahora que Miller estaba lo bastante cerca como para fijarse bien. Los hombros de Astoria estaban tensos y su mandíbula apretada, con los músculos flexionándose casi imperceptiblemente. Parecía alguien que sobrevivía a base de cafeína y fuerza de voluntad.

Miller apartó la vista, fijándola en el bloc de notas que tenía delante. Escribió la fecha en la parte superior de la página y luego el número de caso.

—Todos en pie. —La voz del alguacil interrumpió el murmullo de la sala—. Preside la Honorable Jueza Dorothea Whitcombe.

Todos se levantaron. La jueza Whitcombe entró por la puerta lateral; era una mujer menuda de unos sesenta años, con el pelo de un rubio plateado y ojos agudos tras unas gafas de montura metálica. Ocupó su lugar en el estrado, recorrió la sala con la eficiencia enérgica de alguien que no tolera la pérdida de tiempo y asintió.

—Pueden sentarse. Estamos aquí por el asunto entre Astoria Shepry y Valerie Shepry-Dane. —Echó un vistazo a los papeles que tenía delante—. Abogados, por favor, identifíquense para el acta.

Gerald se levantó primero, como abogado de la acusación—. Gerald Bracks, de Bracks y Calloway, en representación de la demandante, Astoria Shepry. Me acompaña la asociada Joan Perkins.

Rachel se puso en pie con fluidez—. Rachel Hartwell, de Hartwell y Asociados, en representación de la demandada, Valerie Shepry-Dane. Me acompaña mi asociada, Miller Scott.

La jueza Whitcombe tomó una nota. —He revisado las mociones presentadas. Empecemos por las disputas sobre la exhibición de pruebas. Sra. Hartwell, usted presentó la moción para la presentación acelerada de documentos. Exponga su argumento.

Rachel permaneció de pie y Miller deslizó la carpeta correspondiente hacia ella sin que se lo pidiera. Habían ensayado este baile cientos de veces: Rachel liderando y Miller apoyando, con los documentos apareciendo en el momento preciso.

—Su Señoría, mi cliente ha solicitado los registros financieros que se remontan al inicio del matrimonio. La parte demandante solo ha presentado registros parciales, alegando que el resto son documentos comerciales confidenciales que no guardan relación con el patrimonio matrimonial...

Miller tomaba notas mientras Rachel hablaba, captando frases clave y siguiendo las reacciones de la jueza. Este era el trabajo de construir un caso, observación tras observación. Y se le daba rematadamente bien.

Su mirada derivó hacia la mesa de la acusación.

Astoria permanecía inmóvil, observando a Rachel con una expresión de estudiada neutralidad. Tenía el bolígrafo en la mano, pero no estaba escribiendo. No hacía nada excepto escuchar, con una concentración absoluta y una quietud casi inquietante.

Entonces cerró los ojos, solo un segundo, un parpadeo lento que duró un instante de más antes de erguirse y que la máscara volviera a su sitio.

El ritmo del bolígrafo de Miller disminuyó. Había visto el agotamiento antes. Había visto a clientes funcionando al límite y a

testigos luchando por mantenerse alerta durante procedimientos tediosos. Pero había algo en ver a la formidable Astoria Shepry luchando por mantener los ojos abiertos en mitad de una sala judicial que hacía que Miller sintiera una extraña sensación en el pecho.

Gerald se levantó para exponer su contraargumento y Miller obligó a su atención a volver a sus notas.

—Su Señoría, mi cliente ha cooperado plenamente con el proceso de exhibición de pruebas. Los documentos a los que se refiere la Sra. Hartwell son registros comerciales de propiedad privada que quedan fuera del ámbito de los activos matrimoniales. Shepry Global Holdings es una corporación con accionistas y responsabilidades fiduciarias que van mucho más allá de este proceso de disolución matrimonial.

Miller anotó los puntos clave. Tomó nota de la estrategia de Gerald e identificó las debilidades que Rachel podría explotar.

Y siguió echando miradas furtivas a Astoria por el rabillo del ojo.

La forma en que su mano apretaba el bolígrafo con demasiada fuerza, con los nudillos pálidos contra el cuerpo oscuro del mismo. La forma en que cambiaba de postura en el asiento, como si mantenerse quieta requiriera un esfuerzo. La forma en que se había colocado en un ángulo que le permitía ver tanto a la jueza como a la mesa de la demandada sin girar la cabeza; una elección estratégica, probablemente, pero que también permitía que Miller estudiara su perfil sin ser tan obvia.

La jueza hizo una pregunta aclaratoria. Gerald respondió. Rachel preparó una réplica.

Miller observó el movimiento de la garganta de Astoria al tragar saliva y pensó en lo que suponía estar sentada en un tribunal luchando por tu vida mientras pareces no haber dormido apenas en un mes.

El receso de la mañana llegó a las once y cuarto. La jueza Whitcombe anunció quince minutos y la sala se disolvió en un movimiento controlado de abogados conferenciando, clientes estirándose y el funcionario desapareciendo por una puerta lateral.

Miller se levantó, girando los hombros para liberar la tensión que se había acumulado allí. Rachel ya estaba inmersa en una conversación con Valerie, con las cabezas juntas sobre un bloc de notas. Miller recogió los archivos que habían utilizado y los apiló ordenadamente, dándose algo que hacer con las manos.

Al otro lado del pasillo, Astoria se había levantado de su silla y hablaba con Gerald en voz baja. Su postura seguía siendo impecable, pero había una tirantez alrededor de su boca que no estaba presente en la mediación. Una fragilidad, quizá, bajo todo aquel control.

Gerald dijo algo y Astoria asintió una vez. Él se dirigió hacia la puerta, probablemente de camino al baño o a las máquinas expendedoras, pero Astoria se quedó donde estaba. Alargó la mano hacia el vaso de agua de la mesa de la demandante y tomó un pequeño sorbo, luego lo dejó sin beber más.

Ni café, ni ningún tentempié de su bolso. Nada más que agua, y apenas eso.

Miller pensó en la barrita de proteínas que llevaba en su propio bolso, la que había cogido esa mañana por costumbre. Pensó en las cenas de los domingos en casa de sus madres, en cómo Harper siempre se aseguraba de que todos comieran, en cómo Nadia notaba cuando Miller estaba demasiado estresada para tener apetito.

¿Se daba cuenta alguien de cuando Astoria Shepry no comía?

La pregunta surgió antes de que Miller pudiera detenerla, y la apartó de un plumazo. No era asunto suyo. Astoria Shepry tenía abogados y asistentes y probablemente todo un equipo de personas cuyo trabajo era preocuparse por su bienestar.

Miller no necesitaba añadirse a esa lista.

Se volvió hacia la mesa de la defensa, donde Rachel terminaba su conversación con Valerie—. ¿Necesitáis algo de mí antes de que reanudemos?

—Estamos bien. —Rachel echó un vistazo a sus notas—. La jueza parece receptiva a nuestros argumentos sobre la cronología. Si falla a nuestro favor en la presentación de documentos, podremos programar las declaraciones para principios de mayo.

—Tendré lista la lista de citaciones.

Rachel asintió, pasando ya al siguiente pensamiento. Miller apreciaba eso de ella: la eficiencia, la concentración, la forma en que nunca desperdiciaba energía en conversaciones innecesarias.

No volvió a mirar a la mesa de la parte demandante.

O... intentó no hacerlo. Pero cuando se giró para sacar un archivo de su maletín, su mirada recorrió el pasillo casi involuntariamente y se encontró con que Astoria ya la estaba mirando.

Sus miradas se encontraron durante un segundo de descuido. La expresión de Astoria flaqueó brevemente —sorpresa, tal vez, o algo que Miller no lograba descifrar— antes de que la máscara se reafirmara. Hizo un pequeño y profesional gesto de asentimiento con la cabeza. Miller se lo devolvió y luego apartó la vista.

Su pulso hacía algo extraño en su garganta, pero lo ignoró.

El alguacil llamó a la sala al orden y todos regresaron a sus asientos. La vista se reanudó y Miller cogió su bolígrafo y se centró en el trabajo que tenía delante. Pero sentía la presencia de Astoria al otro lado del pasillo como una corriente de electricidad de baja intensidad, constante e imposible de ignorar.

La jueza Whitcombe anunció el receso para el almuerzo a la una en punto, y la sala se vació en un lento barullo de gente que recogía sus expedientes y mantenía conversaciones en voz baja.

Miller siguió a Rachel y Valerie a una pequeña sala de conferencias al final del pasillo, la misma que habían usado esa mañana. Alguien había traído sándwiches —pavo y queso suizo en pan de molde, pulcramente envueltos en papel encerado— junto con una jarra de café que olía ligeramente mejor que el habitual de la cafetería del juzgado.

No tenía hambre, pero desenvolvió un sándwich de todos modos y le dio un mordisco. La mañana había sido larga y la tarde lo sería más.

Rachel desplegó sus notas sobre la mesa. —La tarde debería ser sencilla. No preveo sorpresas.

—¿Y la presentación de documentos? —preguntó Valerie. Había cogido un sándwich pero no lo había abierto, con la atención fija en

Rachel.

—La jueza Whitcombe probablemente buscará un término medio. Tendremos acceso a los registros financieros, pero Gerald ganará algunas concesiones sobre los documentos comerciales privados. —Rachel hizo una anotación en su bloc—. No es todo lo que queríamos, pero es suficiente para trabajar.

Miller masticaba mecánicamente, con la mente volviendo a la sala del tribunal. No dejaba de ver el rostro de Astoria durante el argumento de Gerald, ese momento en que sus ojos se habían cerrado y el esfuerzo visible por recomponerse. La forma en que había agarrado el bolígrafo como si fuera lo único que la mantenía erguida.

—Hoy se la veía fatal —dijo Valerie.

Miller levantó la vista y se encontró con que Valerie la observaba, con una pequeña sonrisa asomando en las comisuras de sus labios.

—Astoria —aclaró Valerie, aunque ambas sabían que no era necesario—. ¿La ha visto? Parecía agotada, como si no hubiera dormido en semanas. —La sonrisa se tornó en una expresión de satisfacción—. Bien. Debería estar agotada. Debería estar perdiendo el sueño por lo que me hizo.

Rachel emitió un sonido vago, todavía concentrada en sus notas, y Miller se mantuvo en silencio.

Debería estar de acuerdo. Valerie era su cliente y Astoria la parte contraria, la mujer que, según todo lo que Valerie les había contado, se había pasado más de una década haciéndola sentir pequeña e invisible. Si Astoria estaba sufriendo, significaba que la presión estaba funcionando y que su estrategia estaba surtiendo efecto.

Pero la satisfacción en la voz de Valerie no le sentó bien. Se instaló en algún lugar incómodo del pecho de Miller y se quedó allí.

Rachel dejó su bolígrafo. —Centrémonos en lo que podemos controlar. El fallo sobre la presentación de documentos llegará esta tarde y tenemos que estar preparadas para reaccionar en cualquier caso.

Miller asintió, agradecida por el cambio de tema. Picoteó su sándwich, arrancando un trozo de corteza y dejándolo a un lado.

Valerie finalmente desenvolvió su propio sándwich y le dio un bocado delicado—. Quiero estar presente en su declaración. Cuando por fin la tengamos bajo juramento, quiero ver cómo se retuerce.

—Está en su derecho como parte en el proceso —dijo Rachel con ecuanimidad—. Aunque recomendaría que habláramos de la estrategia antes de...

—Sé cómo comportarme en una declaración, Rachel. —El tono de Valerie se enfrió ligeramente—. He asistido a suficientes.

Un breve silencio se instaló sobre la mesa. Miller dio otro bocado a su sándwich pero no le supo a nada.

Pensó en lo que Nadia había dicho, hacía ya semanas, mirando una foto de periódico de Astoria: "*Parecía agotada. Toda esa compostura tan estricta, pero sus ojos... He visto esa mirada antes".*

Miller lo había descartado entonces. No era su trabajo sentir lástima por la parte contraria.

Pero al observar a Astoria en aquella sala esta mañana, Miller no podía quitarse de encima la sensación de que estaba viendo algo que no debía ver. Algo real, bajo todas esas capas protectoras.

Aquello no cambiaba los hechos del caso. No cambiaba lo que Valerie les había contado sobre el matrimonio, la manipulación, la lenta erosión de su confianza y su autonomía. Simplemente hacía que todo pareciera más complicado de lo que Miller quería que fuera.

—¿Miller? —La voz de Rachel interrumpió sus pensamientos—. ¿Estás con nosotros?

—Lo siento. —Miller se enderezó—. Estaba pensando en la sesión de la tarde.

Rachel la estudió por un momento y luego asintió. —Repasemos las mociones restantes. Quiero estar preparada para cualquier cosa que Gerald nos lance.

Miller acercó su bloc de notas y se concentró en el trabajo. No pensó en el agotamiento de Astoria, ni en la satisfacción de Valerie, ni en el extraño peso que se le había instalado en el pecho en algún momento de la sesión de la mañana.

No pensó en nada de eso...

Durante unos treinta segundos.

Entonces la puerta de la sala de conferencias se abrió y el alguacil anunció que el tribunal reanudaría la sesión en diez minutos, y Miller recogió sus archivos y siguió a Rachel de vuelta a la sala. Y a pesar de sus mejores esfuerzos, su mirada buscó la mesa de la parte demandante antes incluso de haber entrado del todo en la sala, buscando un traje de color marengo vestido por una mujer que parecía estar a punto de derrumbarse.

Astoria ya estaba sentada, con su postura tan perfecta como siempre y su rostro sin revelar nada.

Miller ocupó su lugar en la mesa de la demandada y abrió su bloc de notas por una página nueva. La tarde se extendía ante ellas, horas más de argumentos y mociones. Cogió su bolígrafo y dirigió su atención al estrado de la jueza. Pero las observaciones de la mañana permanecían latentes, silenciosas y persistentes, negándose a ser ignoradas.

8

Capítulo 8: Astoria

La sesión de tarde se reanudó a las dos en punto y Astoria ya estaba perdiendo la batalla contra su propio agotamiento.

Había conseguido comerse medio sándwich durante el receso del almuerzo, obligándose a ingerir cada bocado mientras Gerald repasaba la agenda de la tarde. El pan le había sabido a cartón y el pavo a absolutamente nada, y su estómago se había cerrado ante la comida como si no estuviera seguro de qué hacer con ella. Se había rendido tras el cuarto bocado y había apartado el plato, optando en su lugar por el agua.

Ahora estaba sentada a la mesa de la parte demandante, con el cuaderno abierto y el bolígrafo en la mano, observando a la jueza Whitcombe despachar las mociones restantes con la misma eficiencia enérgica que había mostrado durante toda la mañana. Gerald estaba de pie, respondiendo a una pregunta sobre el cronograma de las declaraciones; su voz era pausada y tranquila. Astoria debería haber estado atenta a cada palabra. En lugar de eso, estaba pendiente de la mesa de la parte demandada.

Miller Scott estaba sentada con su bolígrafo moviéndose rítmicamente sobre su bloc de notas, tomando apuntes con esa intensidad concentrada en la que Astoria se había fijado esa

mañana. Era profesional, competente y corriente en todos los sentidos, excepto por el hecho de que Astoria no parecía poder dejar de fijarse en ella.

Apartó la vista, obligándose a centrar su atención de nuevo en el procedimiento.

—El tribunal programará el inicio de las declaraciones en dos semanas —anunció la jueza Whitcombe, tomando nota—. Primero la declaración de la parte demandada, seguida por la de la demandante. Los abogados coordinarán las fechas específicas y entregarán al tribunal una orden de programación conjunta antes del cierre del viernes.

Dos semanas. Astoria escribió la fecha en su bloc con su caligrafía precisa. Dos semanas más de preparación, de revisar documentos, de anticipar cada posible pregunta que el equipo de Valerie pudiera plantear.

Estaba tan cansada.

Gerald regresó a su asiento a su lado y se inclinó hacia ella. —Eso ha ido bien. El cronograma es razonable.

Astoria asintió y mantuvo los ojos fijos en la jueza. Pero su atención se desvió de nuevo; esta vez no hacia Miller, sino hacia Valerie.

Algo era diferente. Al principio Astoria no supo qué era, solo un leve zumbido de desasosiego que le erizaba el vello de la nuca. Había pasado años aprendiendo a leer los estados de ánimo de Valerie y a anticipar el cambio del encanto a la frialdad para reconocer las señales de advertencia antes de que estallara la tormenta. Ese instinto no desaparecía solo por el hecho de estar en una sala del tribunal en lugar de en el salón de su casa.

Valerie estaba sentada a la mesa de la parte demandada con las manos entrelazadas y una expresión adecuadamente sombría. Su papel de esposa herida era impecable; Astoria lo había visto docenas de veces.

Pero bajo esa actuación, algo se estaba tensando cada vez más.

Vio a Valerie inclinarse hacia Rachel, susurrándole algo. Rachel negó con la cabeza levemente, un movimiento sutil que a cualquier otro se le habría pasado por alto. La mandíbula de Valerie se tensó

un ápice antes de que recuperara el control, y su rostro volvió a una calculada neutralidad.

Astoria conocía ese gesto de tensión en la mandíbula. Conocía la forma en que los dedos de Valerie se apretaban entre sí cuando no conseguía lo que quería, el ligero aleteo de sus fosas nasales cuando alguien se atrevía a llevarle la contraria. Había aprendido a leer esas señales como los marinos aprenden a leer el cielo antes de una tempestad, porque su supervivencia dependía de ello.

Algo se estaba fraguando. Valerie quería algo y no lo estaba obteniendo. Eso nunca terminaba bien para nadie que se cruzara en su camino.

Astoria dejó de escribir y observó cómo Valerie volvía a susurrar a Rachel, esta vez con más urgencia. Miller levantó la vista de sus notas, frunciendo ligeramente el ceño, pero la atención de Valerie estaba fija en Rachel. Fuera lo que fuese, Rachel no estaba cediendo. *Bien por ella*, pensó Astoria, aunque el sentimiento era vacuo. Puede que Rachel Hartwell resistiera la presión de Valerie en este momento, pero al final todo el mundo terminaba plegándose a su voluntad. Todos se creían la actuación; todos veían lo que Valerie quería que vieran.

Así era como funcionaba siempre.

La audiencia continuó. La jueza Whitcombe abordó una disputa sobre documentos privilegiados y Gerald se levantó para presentar sus argumentos. Astoria le entregó la carpeta correspondiente sin que él se la pidiera; sus movimientos eran automáticos y su mente estaba en otra parte.

Las luces fluorescentes zumbaban en el techo, un zumbido constante que parecía taladrarle el cráneo. En la sala hacía demasiado calor y el aire estaba cargado de hálito reciclado y tensión. Quería cerrar los ojos solo un momento, pero ya había tenido un desliz esa mañana. Había sentido la mirada de Miller sobre ella cuando dejó que sus párpados se cerraran durante el alegato inicial de Gerald, y la idea de ser vista así, tan vulnerable y flaqueando, le ponía la piel de gallina.

Enderezó la espalda y se obligó a concentrarse en la jueza.

Pero todavía podía sentir el calor de la agitación de Valerie desde el otro lado del pasillo, una frecuencia familiar que nunca sería capaz de ignorar. Fuera lo que fuese lo que Valerie estaba exigiendo, lo que fuera que Rachel seguía rechazando, no había terminado. Valerie no se rendía; simplemente esperaba un momento mejor, un ángulo diferente, una grieta en las defensas de alguien.

Astoria había sido objeto de esa persistencia durante el tiempo suficiente para saber lo implacable que podía llegar a ser.

La jueza Whitcombe miró el reloj de la pared. —Haremos un receso de quince minutos antes de los alegatos finales sobre las mociones restantes. El tribunal reanudará la sesión a las cuatro menos cuarto.

El alguacil pidió orden en la sala mientras la jueza se levantaba, y entonces el tribunal se disolvió en el ritmo habitual del receso.

Gerald se volvió hacia ella. —¿Necesita algo? ¿Café, agua...?

—Voy a salir unos minutos. —Astoria ya estaba recuperando la compostura y preparándose para moverse—. Necesito aire. Estaré de vuelta antes de que reanudemos.

Gerald la estudió por un momento con esa misma mirada evaluadora que le había estado lanzando durante meses, pero asintió. —Aquí estaré.

Salió de la sala antes de que nadie pudiera preguntarle nada más y tuviera que mantener su fachada ni un segundo más. El pasillo estaba lleno con el tránsito de la tarde, pero Astoria avanzó entre la multitud sin ver nada.

Necesitaba respirar, pero el pasillo no ofrecía alivio.

Astoria había esperado algo de tranquilidad, algo de espacio, solo un momento en el que no tuviera que actuar para nadie. En lugar de eso, se vio navegando entre grupos de abogados y clientes cuyas conversaciones se mezclaban en un ruido blanco a su alrededor. Una mujer con una americana barata levantó la vista al pasar Astoria y el reconocimiento brilló en su rostro antes de inclinarse hacia su acompañante y susurrar algo.

El divorcio de las Shepry. Eso era ella ahora: un titular, una fábula con moraleja, un cotilleo para compartir. La habían despojado de su condición de persona.

Astoria siguió caminando, y sus tacones repicaban contra el suelo de mármol con una firmeza que no sentía. Los aseos estaban al final del pasillo, pasadas las máquinas expendedoras y el rincón donde la gente hacía llamadas que no querían que se oyeran. Solo necesitaba echarse un poco de agua fría en la cara y disfrutar de sesenta segundos de soledad. Después podría volver allí, aguantar los alegatos finales y fingir que nada de esto la estaba matando lentamente.

Estaba llegando al rincón cuando oyó la voz.

La voz de Valerie, afilada bajo su modulada contención, llegaba desde la vuelta de la esquina. Los pies de Astoria se ralentizaron antes de que su mente procesara la situación; algún instinto agudizado por los años le decía que se detuviera, escuchara y se preparara para lo que venía.

——...te lo he dicho, tengo la información. Uno de mis contactos lo confirmó hace meses —el tono de Valerie era insistente, con esa cadencia particular que usaba cuando intentaba doblegar la voluntad de alguien—. Astoria tiene cuentas en el extranjero y activos ocultos que nunca declaró. Si lo planteamos ahora en los alegatos finales, la ponemos a la defensiva. Cambia toda la trayectoria de...

——Valerie —la voz de Rachel la interrumpió, tranquila y firme—. No podemos presentar reclamaciones que no podemos sustanciar. ¿Tienes documentación? ¿Extractos bancarios, registros de transferencias, algo concreto?

—Conseguiré la documentación, pero si sembramos la duda ahora...

—Así no es como funciona esto.

Astoria se pegó a la pared con el corazón martilleándole las costillas. Las palabras de Valerie aterrizaban como golpes, cada una de ellas una mentira tan descarada que le quitaba el aliento. No había cuentas en el extranjero ni activos ocultos. Cada dólar que Astoria había ganado jamás estaba rastreado, documentado y contabilizado minuciosamente porque era una persona que seguía las reglas y había construido su imperio sobre la transparencia y la confianza.

Y Valerie lo sabía. Aun así, estaba intentando convencer a sus abogadas para que presentaran pruebas fabricadas ante un juez.

Así funcionaba siempre con Valerie. Inventaba historias de la nada, sembraba semillas de duda y reescribía la realidad hasta que todos a su alrededor creían su versión de los hechos. Se lo había hecho a Astoria y ahora se lo estaba haciendo al tribunal.

—Los documentos que recibimos en la fase de proposición de prueba fueron exhaustivos. —El tono de Miller Scott era comedido y profesional, pero contenía un trasfondo de algo que Astoria no terminaba de identificar—. He revisado personalmente cada registro financiero y no hay indicios de cuentas no declaradas, ni en el extranjero ni de ningún otro tipo.

—Entonces se le pasó algo por alto. —La voz de Valerie se endureció—. O ella lo ocultó tan bien que...

——No se me pasó nada.

Las palabras fueron pronunciadas con una certeza tranquila y competente, sin rastro de actitud defensiva ni vacilación.

Astoria apretó los dedos contra la fría pared de mármol. Debería irse. No debería estar ahí parada escuchando a escondidas una conversación privada de los abogados de la parte contraria. Pero no podía obligarse a apartarse de lo imposible que estaba ocurriendo a la vuelta de la esquina.

——Valerie —dijo Rachel, y ahora había una nota de advertencia en su tono—, entiendo que quieras agotar todas las vías posibles. Pero presentar afirmaciones sin fundamento sería problemático, tanto para el caso como para nuestra credibilidad ante la jueza. Si puedes aportar documentación, sin duda volveremos sobre este asunto. Pero no voy a lanzar acusaciones que no pueda respaldar.

—Esto es exactamente lo que ella hace. —La voz de Valerie subió de tono—. Oculta cosas. Controla la narrativa. Se hace pasar por perfecta mientras yo...

—Las pruebas no respaldan esa afirmación. —Era Miller de nuevo, todavía calmada y firme—. Lo que tenemos muestra una transparencia financiera total por su parte. Si existen cuentas ocultas, necesitamos pruebas antes de alegarlo. De lo contrario,

seremos nosotros quienes estemos lanzando acusaciones sin fundamento.

El silencio se prolongó durante un largo momento. Astoria podía imaginar el rostro de Valerie: el destello de furia rápidamente enmascarado, el cálculo tras sus ojos mientras evaluaba si presionar más o retirarse para intentarlo de nuevo más tarde.

——Está bien —la frase salió cortante—. Lo dejaremos aparcado. Por ahora.

—Si consigues documentación... —comenzó Rachel.

—He dicho que está bien.

Oyó pasos que se acercaban y Astoria se obligó a rodear la esquina hacia los aseos como si acabara de llegar, como si no hubiera estado paralizada contra la pared con el corazón en un puño. Mantuvo la mirada al frente y no miró a las tres mujeres que estaban en el rincón al pasar.

Sintió sus miradas sobre ella, de todos modos, y el silencio repentino al registrar su presencia.

La puerta del aseo era pesada y Astoria la empujó con más fuerza de la necesaria. En el interior, las luces fluorescentes emitían el mismo zumbido implacable que en la sala, pero al menos estaba sola. Al menos nadie podía ver cómo le temblaban las manos mientras se agarraba al borde del lavabo.

Abrió el grifo y juntó las palmas bajo el chorro, dejando que el agua se acumulara antes de salpicarse la cara. El impacto del frío ayudó un poco.

Levantó la cabeza y miró su reflejo en el espejo. La mujer que le devolvía la mirada estaba pálida bajo el maquillaje, con unas ojeras visibles ahora que el corrector se había desgastado. Parecía agotada.

Miller Scott acababa de defenderla.

No, no defenderla. Eso no era del todo exacto. Miller había defendido la verdad. Había mirado las pruebas y había declarado lo que estas mostraban, incluso cuando su propia clienta la presionaba para ver algo que no existía.

Astoria se aferró con fuerza al lavabo; la porcelana estaba fría e inflexible bajo sus dedos.

Durante meses, había visto cómo todo el mundo caía en la actuación de Valerie. La prensa, el público, incluso personas que conocían a Astoria desde hacía años; todos miraban a Valerie y veían a la esposa herida y victimizada que era lo bastante valiente para escapar de su cónyuge controlador. Astoria había dejado de esperar que alguien cuestionara esa narrativa. Había dejado de esperar que alguien mirara las pruebas y viera la verdad.

Y ahora Miller Scott, de entre todas las personas, se había negado a presentar mentiras. Había contradicho a Valerie directamente, y Astoria sabía exactamente qué precio le costaría eso. Valerie no olvidaba cuando la gente le decía que no. No perdonaba cuando alguien no se alineaba con ella. Miller acababa de convertirse en un objetivo, y probablemente ni siquiera se daba cuenta. Todavía no comprendía la crueldad silenciosa y paciente de la que era capaz Valerie, la forma en que podía amargarle la vida a alguien sin levantar nunca la voz ni dejar una marca física.

Astoria debería haberse sentido reivindicada o literalmente cualquier otra cosa que no fuera este dolor vacío en el pecho, pero sintió que el muro que había construido con tanto cuidado durante los últimos seis meses se agrietaba al formarse una fisura. Por primera vez desde que solicitó el divorcio, alguien eludía lo conveniente o lo que Valerie afirmaba para ver la verdad.

No era mucho. No era nada, en realidad, solo una abogada que se negaba a desacreditar su reputación. Al fin y al cabo, Miller trabajaba para Valerie y seguiría creyendo cualquier historia que Valerie le hubiera contado sobre su matrimonio. Seguía siendo, técnicamente, el enemigo.

Pero era, al menos, un enemigo con principios, y Astoria había olvidado qué aspecto tenía eso en los demás.

Se ajustó la americana y volvió a mirarse al espejo una última vez para asegurarse de que no se le notara nada en el rostro. Cuando estuvo satisfecha, se lavó las manos y salió del baño. El receso terminaría pronto y todavía le quedaba aguantar los alegatos finales.

Astoria regresó a la sala con dos minutos de margen. Gerald levantó la vista mientras ella ocupaba su asiento con una pregunta

en los ojos, pero ella negó ligeramente con la cabeza y él no insistió. El alguacil ya estaba pidiendo orden en la sala y la jueza Whitcombe regresaba al estrado.

—Procederemos con los alegatos finales —anunció la jueza—. Señora Hartwell, puede comenzar.

Rachel se levantó de la mesa de la parte demandada y Astoria la observó con renovada atención. Esperaba oír algo sobre cuentas en el extranjero o activos ocultos o cualquiera de las otras afirmaciones que Valerie había estado exigiendo en el pasillo. Tenía los hombros tensos por la anticipación.

Pero ese momento nunca llegó.

Los argumentos de Rachel fueron minuciosos, profesionales y basados enteramente en las pruebas existentes. Presionó con fuerza en las disputas sobre la entrega de documentos e hizo puntos convincentes sobre el calendario de las declaraciones, pero no mencionó ninguna cuenta en el extranjero. No sembró dudas sobre la transparencia financiera de Astoria ni hizo ninguna de las cosas que Valerie había exigido.

Porque Miller la había detenido.

La mirada de Astoria se desvió hacia la abogada asociada sentada junto a Rachel. Miller volvía a tomar notas; su bolígrafo se movía con esa fluidez rítmica en la que Astoria se había fijado antes. Tenía el mismo aspecto que esa mañana y nada en su apariencia física sugería que hacía veinte minutos había estado en el pasillo de un tribunal negándose a ayudar a su clienta a mentir.

Pero Astoria lo sabía y no podía dejar de mirar.

Gerald se levantó para presentar su respuesta y Astoria le entregó los materiales pertinentes sin pensarlo. Su mente estaba en otra parte, dando vueltas a lo que había presenciado e intentando asimilarlo.

La audiencia fue concluyendo. La jueza Whitcombe dictó resoluciones sobre las mociones restantes, fijó fechas para los próximos procedimientos y levantó la sesión del día. Alrededor de Astoria, la gente empezó a moverse y a dirigirse hacia las salidas. Ella se puso de pie lentamente, guardando su cuaderno en el bolso, ganando así unos preciosos instantes para recuperar una expresión

neutral. Gerald estaba a su lado, hablando ya de los siguientes pasos, pero su voz sonaba distante.

—...revisaré las resoluciones esta noche y le enviaré un resumen. Deberíamos discutir la estrategia para las declaraciones antes de...

—Mañana —dijo Astoria—. Lo llamaré por la mañana.

Gerald hizo una pausa, estudiando su rostro. —¿Está bien?

—Bien, solo cansada. —Esbozó algo que podría haber pasado por una sonrisa—. Ha sido un día largo.

No pareció convencido. —Descanse. Hablaremos mañana.

Astoria se dirigió hacia el pasillo, uniéndose a la lenta corriente de gente que vaciaba la sala. Mantuvo la mirada al frente y la espalda erguida.

En el corredor, la multitud de la tarde se había disipado. Astoria se dirigía hacia los ascensores cuando vio a Miller saliendo de la sala unos pasos por detrás de ella. Sus miradas se cruzaron brevemente y Miller le dedicó un pequeño y profesional asentimiento con la cabeza. Astoria se lo devolvió y siguió caminando.

Había sido como siempre: intercambios de saludos rutinarios y sin importancia. Pero Astoria se sorprendió dándole vueltas a aquel gesto mientras cruzaba las puertas y salía al sol de la tarde.

El trayecto a casa duró casi cuarenta minutos, y Astoria pasó cada uno de ellos reviviendo la conversación que había escuchado por casualidad. Las palabras seguían dando vueltas, persistentes como el estribillo de una canción que no podía quitarse de la cabeza. Había oído a mucha gente defenderla durante los últimos seis meses —Gerald, su equipo de relaciones públicas, el puñado de amigos que se habían quedado a pesar del escándalo—, pero a ellos les pagaban por defenderla, o la conocían desde hacía tiempo suficiente para confiar en su versión de los hechos. Su lealtad era esperada, ganada o transaccional.

Miller Scott no le debía nada.

Astoria tomó la carretera de la costa; la luz del atardecer teñía el agua de oro y cobre. La primavera finalmente había llegado de verdad y el aire que entraba por su ventanilla era suave y cálido, cargado con el olor a salitre del océano. En cualquier otro día, habría podido apreciarlo, pero hoy apenas se dio cuenta.

Valerie se vengaría; eso era inevitable. Encontraría la manera de castigar a Rachel y a Miller por su desafío, alguna crueldad sutil disfrazada de decepción o preocupación. Astoria conocía esa estrategia, la había vivido. Una parte de ella quería advertir a Miller de alguna forma, pero eso era imposible. Estaban en bandos opuestos de un pleito y Miller no la creería de todos modos. Lo que dijera se interpretaría como la «reina de hielo» intentando poner a la propia abogada de Valerie en su contra, lo que solo confirmaría todo lo que esta había dicho.

Así que Miller y Rachel tendrían que aprender por las malas, tal como acababa haciendo todo el mundo.

Astoria entró en su camino de entrada y detuvo el coche, pero no se bajó. La casa se alzaba ante ella y el océano se extendía más allá del borde del acantilado. Había comprado este lugar después de solicitar el divorcio. Era más pequeño que la casa que había compartido con Valerie, pero era íntegramente suyo.

La mayoría de los días, sin embargo, se sentía vacío.

Se quedó sentada mirando el agua a través del parabrisas mientras una gaviota chillaba en algún lugar cercano, un sonido agudo y solitario contra las olas. Miller Scott no era lo que ella esperaba. Astoria se había preparado para perros de presa, para creyentes fervientes que se hubieran tragado toda la historia de Valerie. Aun así, aquello no cambiaba nada, y el caso seguiría su curso. Nada de lo ocurrido hoy alteraría esa trayectoria.

Pero algo se había abierto en su interior a pesar de todo. Por primera vez en seis meses, alguien fuera de su propio círculo se había detenido a considerar la verdad.

Era algo tan pequeño que no debería importar tanto, y sin embargo...

Cogió su bolso del asiento del pasajero y caminó hacia la puerta principal; la bruma marina se sentía fresca en su rostro. La esperanza era una carga; lo sabía mejor que nadie, y significaba bajar la guardia y exponerse a la decepción.

Pero al entrar en casa, Astoria no podía dejar de pensar en lo que podría significar lo ocurrido hoy.

9

Capítulo 9: Miller

La audiencia de custodia terminó antes de lo que Miller esperaba.

La jueza Amelia Truitt había concedido la modificación temporal en menos de veinte minutos, lo que significaba que la cliente de Miller —una madre que había conducido tres horas para comparecer— podría llevar a su hija a la fiesta del noventa cumpleaños de su abuela el próximo fin de semana sin violar la orden vigente. Una pequeña victoria, del tipo que le recordaba a Miller por qué se dedicaba a esto.

Recogió sus expedientes y los metió en el maletín. Eran apenas las once y cuarto. Podría almorzar algo, volver a la oficina y quizás salir a una hora razonable por una vez.

El pasillo estaba más tranquilo de lo que esperaba para ser un jueves. Unos pocos abogados se agrupaban cerca de la fuente de agua, hablando en voz baja, y el taconazo de alguien marcaba un ritmo de retirada hacia las escaleras.

Miller dobló la esquina hacia los ascensores y se detuvo en seco. Astoria Shepry estaba allí sola, frente a las puertas de metal cepillado. Había pasado una semana desde la audiencia preliminar, desde que Miller había visto cómo a Astoria se le caía la máscara por un solo instante.

Astoria miró de reojo cuando Miller se acercó, y su expresión cambió. Su traje de hoy era de color marengo, hecho a medida, y sostenía una carpeta de piel contra el pecho, de esas con un cierre dorado que parecía no haber visto jamás el interior de un Target.

—Señorita Scott. —Sus palabras fueron neutras, pero no frías.

—Señora Shepry. —Miller se detuvo a un par de metros, adoptando la postura universal de quien espera el ascensor: mirando al frente, con las manos entrelazadas y los ojos fijos en el indicador de plantas sobre las puertas. Tercer piso. La luz permanecía obstinadamente quieta—. ¿Una mañana ajetreada?

—Una conferencia de seguimiento sobre unos conflictos con la fase de proposición de prueba. —La voz de Astoria mantenía ese mismo control rígido que Miller recordaba de la mediación, pero algo se había relajado en sus matices—. ¿Y usted?

—Modificación de custodia. Una rápida.

—Esas son raras de ver.

—Lo son —se sorprendió Miller a sí misma casi sonriendo—. Por una vez, ambas partes se han puesto de acuerdo en algo. Casi me pongo a buscar cerdos volando por la ventana.

La comisura de los labios de Astoria hizo un amago, no llegó a ser una sonrisa, pero se quedó cerca. —Eso debe de haber sido desorientador.

—Profundamente. No sabía qué hacer con mis argumentos preparados.

El indicador del ascensor parpadeó al cuatro, todavía lejos de su duodécima planta. El silencio se instaló entre ellas, pero era casi cómodo, si Miller ignoraba ese leve zumbido de alerta que parecía activarse siempre que Astoria estaba cerca.

Lo había atribuido a la vigilancia profesional. Astoria era formidable, y subestimarla sería un error.

Astoria rompió el silencio.

—Los ascensores de este edificio parecen funcionar con su propio huso horario.

—He empezado a reservar diez minutos extra siempre que tengo una audiencia por encima de la quinta planta.

—Sensato. —Astoria cambió ligeramente el peso de su cuerpo, y Miller percibió un rastro de algo; perfume, tal vez, o simplemente jabón caro. Algo limpio y que recordaba levemente a hierbas machacadas—. He considerado sobornar al personal de mantenimiento.

—¿Funcionaría?

—No tengo ni idea. Pero a estas alturas, estoy dispuesta a intentarlo.

Miller la miró, sorprendida por su humor seco. El rostro de Astoria permanecía sereno, pero había un brillo en sus ojos que suavizaba esa imagen de «reina de hielo» que a la prensa le encantaba proyectar. Parecía menos agotada que en la audiencia preliminar, o quizá simplemente se le daba mejor ocultarlo. Las sombras bajo los ojos se le habían atenuado y sus hombros no estaban tan tensos.

Miller desvió la mirada, sin saber muy bien por qué había registrado esos detalles con tanta precisión.

Finalmente, el ascensor dio un aviso sonoro. Las puertas se abrieron para revelar una cabina vacía y ambas entraron. Miller pulsó el botón del vestíbulo. Las puertas se cerraron y el ascensor comenzó su lento descenso.

—La declaración de la semana que viene… —empezó Miller, aunque no estaba segura de por qué sacaba el tema—. Rachel es dura, pero es justa. No buscará el espectáculo.

—Eso es... bueno saberlo.

Las palabras quedaron flotando en el aire, y Miller se dio cuenta de que acababa de ofrecer algo que podría interpretarse como una tranquilidad para la parte contraria en un caso abierto.

Astoria la estudiaba con una expresión que Miller no lograba descifrar del todo. No era exactamente sospecha, sino más bien como si intentara resolver un rompecabezas que no esperaba encontrarse.

El ascensor se detuvo en el ocho. Las puertas se abrieron a un pasillo vacío, se mantuvieron abiertas un momento y volvieron a cerrarse. Miller observó los números descender: siete, seis, cinco...

Astoria se movió a su lado, reajustando el agarre de su carpeta de piel. El pequeño movimiento fue de lo más corriente, pero Miller se descubrió siguiendo el modo en que los dedos de Astoria se curvaban alrededor del borde, el brillo de un sencillo reloj de oro en su muñeca.

Cuatro. Tres.

El ascensor dio un pequeño tirón al frenar y la carpeta de piel se le resbaló a Astoria de las manos. Los papeles se desparramaron por el suelo de la cabina; hojas blancas abriéndose en abanico, algunas deslizándose hacia los pies de Miller. Ambas se agacharon al mismo tiempo para alcanzar los documentos más cercanos, y la mano de Miller se cerró sobre una página justo cuando los dedos de Astoria rozaron los suyos.

El contacto duró menos de un segundo. Miller lo sintió nacer donde la piel de Astoria tocó la suya, un calor que se extendió por su brazo y sus hombros, instalándose en algún lugar tras sus costillas. Todo su cuerpo se puso en alerta de una forma que no reconoció; cada nervio prestaba atención de repente a la presión de las yemas de los dedos de Astoria, al calor de su palma, al espacio exacto donde estaban conectadas.

Levantó la vista. Astoria estaba petrificada, con sus ojos azul grisáceo clavados en el rostro de Miller, y algo en su expresión sugería que ella también lo había sentido.

El momento se prolongó, y el ascensor zumbaba a su alrededor. Miller era plenamente consciente de su propia respiración, de los papeles ligeramente arrugados en su mano, de la mano de Astoria que seguía suspendida a escasos centímetros de la suya.

Las puertas se abrieron con un alegre timbre.

Se veía gente más allá del umbral, en el vestíbulo. Miller se apartó de golpe. Recogió los papeles restantes con manos torpes y se los tendió a Astoria, sin llegar a mirarla a los ojos.

—Tenga —su voz sonó extraña y demasiado aguda—. Creo que están todos.

Astoria cogió las hojas, evitando cuidadosamente cualquier contacto esta vez. —Gracias.

Miller salió del ascensor caminando hacia atrás, casi chocando con un hombre de traje gris que la esquivó con mirada molesta. Necesitaba irse. Necesitaba aire, espacio y distancia de lo que fuera que acababa de pasar.

—En realidad… —Ya se estaba dirigiendo hacia la puerta de las escaleras—. Voy a… Necesito…

La expresión de Astoria vaciló, pero Miller no quiso interpretarla. Divisó el hueco de la escalera. Empujó la pesada puerta y dejó que se cerrara tras ella. Los escalones de hormigón se extendían hacia arriba en silencio. Miller se apoyó contra la pared y presionó la palma de la mano contra el pecho, sintiendo su corazón palpitar contra ella como un pajarillo intentando escapar.

¿Qué demonios había sido eso?

Miller bajó las escaleras hasta llegar al sótano. No lo decidió conscientemente. Sus piernas simplemente siguieron bajando desde el nivel del vestíbulo, pasando la entrada del aparcamiento, pasando el nivel de mantenimiento hasta que llegó al fondo y no tuvo a dónde más ir. El hueco de la escalera olía a polvo y a productos de limpieza viejos, y la luz fluorescente sobre ella parpadeaba con un ritmo molesto e irregular.

Se quedó allí parada un buen rato, simplemente respirando.

No había sido nada. Sus manos se habían tocado al recoger unos papeles. La gente profesional se tocaba accidentalmente todo el tiempo y seguía adelante sin que todo su sistema nervioso organizara una revuelta.

Miller se apretó la cara con las palmas de las manos y exhaló lentamente.

Todavía podía sentirlo, el punto exacto de su mano donde los dedos de Astoria habían rozado los suyos, como si la sensación se hubiera quedado grabada a fuego en su piel. Cuando cerraba los ojos, veía la expresión de Astoria: aquel instante congelado de sorpresa, la forma en que sus labios se habían entreabierto ligeramente, la pregunta no formulada en sus ojos azul grisáceo.

Ella también lo sintió.

Miller se separó de la pared y volvió a subir al nivel del aparcamiento. Su coche estaba exactamente donde lo había dejado

tres horas antes, metido en una plaza de esquina cerca del ascensor. Se subió, puso las manos en el volante, pero no pulsó el botón para arrancar el motor.

¿Qué *había sido* aquello?

La pregunta seguía dando vueltas, pero no lograba dar con una respuesta que tuviera sentido. Se había asustado, la había pillado desprevenida la caída de los papeles y la repentina proximidad dentro del espacio cerrado del ascensor. Su cuerpo había reaccionado a la sorpresa, no a Astoria específicamente.

Salvo que sabía que eso no era verdad.

A Miller le habían dado sustos muchas veces. La gente había tropezado con ella, le habían agarrado el brazo y la habían rozado en lugares abarrotados. Nada de eso se había sentido jamás como *aquello*. Nada de eso le había dado ganas de inclinarse más cerca en lugar de apartarse.

Arrancó el coche y condujo de vuelta a la oficina en piloto automático.

La tarde fue un desastre. Miller se sentó ante su escritorio y se quedó mirando los documentos de prueba, que se negaban a cobrar sentido. Redactó un correo electrónico tres veces antes de darse cuenta de que se lo había dirigido al cliente equivocado. Cogió el teléfono para devolver una llamada y olvidó a quién llamaba antes de que terminara el primer tono.

Rachel pasó por allí sobre las tres, apoyándose en el marco de la puerta de Miller con un expediente en la mano.

—¿Estás bien? Pareces distraída.

—Dolor de cabeza. —La mentira salió con bastante naturalidad—. Creo que me voy a marchar temprano, si te parece bien.

Rachel la estudió un momento y luego asintió. —Descansa un poco. Mañana tenemos la declaración de Duncan. Te necesito despejada.

—Lo estaré.

Miller recogió sus cosas y se fue antes de que nadie más pudiera hacerle preguntas que no sabía cómo responder.

~

Su apartamento estaba en silencio cuando llegó a casa.

Era un lugar agradable: dos dormitorios en un edificio reconvertido de una antigua fábrica textil, con ladrillo visto y grandes ventanales que dejaban entrar buena luz. Se había sentido orgullosa de él cuando firmó el contrato de alquiler, su primer apartamento para ella sola tras años de compartir piso y luego el breve y desacertado experimento de vivir con Marcus. Era suyo, y le iba bien.

Pero hoy, se sentía demasiado quieto, tenía demasiado espacio para pensar.

Miller soltó su bolso junto a la puerta y se quedó en medio del salón, sin saber qué hacer consigo misma. El sol de la tarde entraba sesgado por las ventanas, atrapando motas de polvo en el aire. Sus zapatillas de correr estaban junto a la puerta, pero sentía las piernas pesadas. El mando de la televisión estaba en la mesa de centro, pero no se imaginaba capaz de quedarse quieta el tiempo suficiente para ver nada.

Acabó en la cocina, abriendo armarios sin propósito alguno. No tenía hambre. Preparó un té de todos modos, y luego dejó que se enfriara sobre la encimera mientras se apoyaba en el fregadero y miraba a la nada.

El mundo de Astoria no se parecía en nada a esto.

El pensamiento afloró sin previo aviso, y Miller se descubrió mirando su apartamento con ojos nuevos: el sofá de segunda mano que ella misma había tapizado; las estanterías de IKEA, todavía un poco torcidas porque las había montado sola y se había negado a admitir la derrota; la pared llena de láminas que había ido coleccionando de artistas locales en mercados de fin de semana... nada caro, solo piezas que la hacían feliz.

Pensó en la carpeta de piel con el cierre dorado, en el traje que probablemente costaba más que todo el armario de Miller junto, en el reloj de la muñeca de Astoria, sencillo pero inequívocamente costoso. Astoria vivía en un universo diferente, uno donde los

ascensores merecían el intento de sobornar al personal de mantenimiento porque su tiempo era así de valioso y donde las disputas de prueba se manejaban entre conferencias de seguimiento y cualquier otra cosa que llenara los días de alguien que dirigía una empresa global.

¿Qué pensaría Astoria de este apartamento? La pregunta era absurda. Astoria nunca vería su apartamento, nunca tendría motivo para hacerlo, pero Miller no podía evitar que su cerebro vagara por ese camino. ¿Le parecería encantador? ¿Pintoresco? ¿Se daría cuenta siquiera de la diferencia, o la riqueza estaba tan arraigada en ella que había dejado de verla?

Miller sacudió la cabeza y cogió el té frío. Lo vertió en el fregadero y vio cómo bajaba en espiral por el desagüe.

Esto era ridículo. Estaba en su cocina, pensando en lo que una mujer a la que apenas conocía —una mujer de la parte contraria en un caso abierto, nada menos— pensaría de sus muebles. Como si esa fuera la pregunta importante. Como si eso fuera en lo que su cerebro debiera obsesionarse en lugar de en el problema real.

Había sentido algo en aquel ascensor, algo que no había sentido nunca.

Miller se trasladó al sofá y se dejó caer sobre él, encogiendo las piernas debajo del cuerpo. La luz del atardecer empezaba a cambiar al acercarse la hora dorada. Probablemente debería comer algo, ir a correr, llamar a sus madres o hacer cualquiera de las cosas normales que llenaban sus tardes, por lo demás normales.

En lugar de eso, se sentó allí y se permitió reflexionar sobre ello.

Había salido con hombres toda su vida. Hombres majos, en su mayoría. Brandon en el instituto, que la había llevado de la mano en los partidos de fútbol y le había dado el beso de buenas noches en el porche de sus madres. Garrett en la universidad, que estudiaba medicina, era estable y había querido ponerse serio antes de que ella estuviera lista. Trevor, que le propuso matrimonio después de tres años y se quedó genuinamente desconcertado cuando ella no pudo decir que sí. Marcus, que coleccionaba sellos y nunca exigió más de lo que ella ofrecía.

Y más recientemente, Ethan, con ocho meses de cenas agradables y sexo olvidable y una ruptura de mutuo acuerdo que se sintió más como un alivio que como una pérdida.

Ninguno de ellos la había hecho sentir así jamás.

Había asumido que eso era lo normal. Que la pasión desenfrenada y absorbente de las películas era una exageración, ficción, algo que sentían los adolescentes antes de aprender que las relaciones reales se construyen sobre la compatibilidad, los valores compartidos y el silencio cómodo. Había construido todo un esquema mental basado en la suposición de que ella era práctica, con los pies en la tierra, no del tipo que pierde la cabeza por nadie.

Pero hoy, en un ascensor, la mano de una mujer había rozado la suya, y todo el cuerpo de Miller había respondido como si hubiera estado esperando exactamente ese contacto toda su vida.

Atrajo un cojín hacia su regazo y hundió la cara en él, ahogando un sonido que era mitad quejido y mitad algo cercano al pánico.

No significaba nada. No *podía* significar nada. Astoria era una directora ejecutiva multimillonaria pasando por un divorcio público y escabroso. Ella era una mujer, y Miller era...

¿Qué era Miller?

La pregunta quedó suspendida en el silencio de su apartamento, exigiendo una respuesta que ella no estaba preparada para dar.

Pensó en Sienna, su mejor amiga del instituto. Pensó en las fiestas de pijamas en las que Miller se sentía nerviosa de una forma que no sabía explicar, en cómo se le daba un vuelco el estómago cuando Sienna se reía de sus bromas y en lo devastador que fue cuando Sienna empezó a salir con Jason Reeves en tercero y de repente tenía menos tiempo para Miller.

Pensó en la profesora Naomi Fowler en la facultad de derecho, en cómo Miller se colgaba de cada una de sus palabras y buscaba excusas para ir a las tutorías. Por aquel entonces, se decía a sí misma que no era más que admiración por una mente jurídica brillante.

Pensó en todas las mujeres en las que se había fijado a lo largo de los años —en cafeterías, en el gimnasio, al otro lado de salas abarrotadas— y en cómo siempre había archivado esas

observaciones bajo el epígrafe de «apreciación estética», como si notar que alguien era hermoso fuera lo mismo que fijarse en un cuadro precioso.

El cojín no ayudaba. Miller lo tiró a un lado y se levantó, caminando de la ventana al sofá y de vuelta.

No estaba preparada para esto, fuera lo que fuese *esto*, la pregunta que tomaba forma en los bordes de su mente, esa que al parecer llevaba años evitando, tal vez incluso toda su vida.

Miller miró hacia fuera. El sol se estaba poniendo y tiñendo el cielo de tonos naranja intenso y rosa, pero Miller no lo veía realmente.

Aún podía sentir la mano de Astoria contra la suya. Horas después, el recuerdo era tan vívido como el momento mismo: el calor, la forma en que todo lo demás se había desvanecido, la mirada en los ojos de Astoria cuando sus ojos se encontraron.

Algo fundamental había cambiado hoy, y Miller no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

10

Capítulo 10: Astoria

La sala de reuniones del despacho de Patricia Hart era de una neutralidad agresiva: paredes beige, moqueta beige, una mesa larga de madera clara que probablemente había costado más de lo debido, dada su decidida falta de personalidad. Era el tipo de espacio diseñado para drenar el calor de cualquier conflicto, para convertir todo lo que allí ocurriera en algo procesal y aséptico.

Astoria apreciaba la intención, aunque no la estética.

Estaba sentada a un extremo de la mesa con Gerald, con un montón de documentos financieros en disputa dispuestos frente a ella. Frente a ellos, Rachel Hartwell revisaba sus propias copias, con las gafas de lectura posadas en la nariz y el bolígrafo moviéndose en pequeñas anotaciones. Y al lado de Rachel...

Astoria no se permitió mirar durante demasiado tiempo.

Miller Scott estaba tomando notas, con su cabello oscuro recogido en una coleta baja que dejaba al descubierto la línea de su mandíbula. Hoy vestía una americana azul marino, sencilla y de buen corte, y su bolígrafo se deslizaba por el bloc de notas con ese mismo ritmo fluido que Astoria había notado anteriormente.

Hace cuatro días, sus manos se habían rozado en un ascensor, y Miller había huido como si Astoria la hubiera quemado.

No pienses en eso.

—En cuanto a las transacciones de la página cuarenta y siete —decía Rachel, dando golpecitos con el bolígrafo sobre el documento correspondiente—, necesitaremos documentación de respaldo para las transferencias al extranjero.

—Esas no son transferencias al extranjero —la voz de Gerald denotaba la irritación paciente de alguien que ya había explicado aquello anteriormente—, son asignaciones internas entre las filiales nacionales de Shepry Global. La documentación se encuentra en el Anexo C.

—El Anexo C muestra las asignaciones, pero no la autorización subyacente.

—Porque la autorización está en el Anexo D, que entregamos la semana pasada.

Astoria dejó que la discusión fluyera a su alrededor, interviniendo cuando Gerald la miraba buscando confirmación, pero la mayor parte de su atención estaba ocupada en el esfuerzo de no mirar al otro lado de la mesa.

No estaba funcionando.

Miller no la había mirado ni una sola vez desde que empezó la reunión. Ni una ojeada, ni un atisbo de reconocimiento más allá del saludo profesional inicial cuando todos tomaron asiento. Estaba estudiando los documentos con una intensidad que parecía excesiva para disputas rutinarias de exhibición de pruebas, con los hombros en un ángulo que sugería una concentración deliberada.

Astoria reconoció la postura. Ella misma la utilizaba cuando intentaba con todas sus fuerzas no pensar en algo.

Lo ocurrido el jueves seguía aflorando a pesar de sus denodados esfuerzos por enterrarlo. El ascensor, los papeles desparramados que se le habían caído, la mano de Miller rozando la suya, la descarga del contacto que aún persistía en su piel cuatro días después. Y luego estaba la cara de Miller, ese momento congelado de algo que Astoria no lograba identificar, antes de que balbuceara una excusa que no era tal y desapareciera por la escalera.

La voz de Miller se repetía en su mente: *«En realidad, voy a..., necesito...».*

¿Qué necesitaba? ¿Qué la había hecho salir corriendo?

Astoria estaba bastante segura de saberlo; solo que no sabía qué hacer con ese conocimiento.

—Si pudiéramos hacer un descanso de diez minutos... —dijo Rachel, y Astoria parpadeó, regresando al presente. Rachel tenía el teléfono en la mano, con la pantalla iluminada por lo que parecía un mensaje de texto, y su expresión había cambiado a algo más urgente—. Discúlpenme. Tengo una emergencia de un cliente sobre otro asunto.

—Por supuesto —asintió Gerald.

Rachel ya se estaba apartando de la mesa. —Miller, sigue revisando los anexos. Volveré en seguida.

Miller asintió sin levantar la vista. —Tómate tu tiempo.

La puerta se cerró tras Rachel y la sala pareció volverse más pequeña. Astoria volvió a sus documentos, decidida a aprovechar el descanso de forma productiva. Los cronogramas de asignación requerían su atención igualmente. Había patrones en los números que Gerald no había captado del todo, conexiones entre...

El teléfono de Gerald vibró. Miró la pantalla, frunció el ceño y murmuró algo entre dientes.

—¿Algún problema? —preguntó Astoria.

Él ya se estaba levantando, con el teléfono pegado a la oreja. —Tengo que atender esto. Cinco minutos.

Y entonces él también se fue. La puerta se cerró con un clic y Astoria se quedó a solas con Miller Scott.

El silencio fue instantáneo e inequívocamente incómodo. Astoria mantuvo los ojos fijos en los documentos. Cronogramas de asignación, eso es. Análisis de patrones. Estaba pensando en el análisis de patrones.

Al otro lado de la mesa, pudo oír a Miller pasar una página, el suave rascado del bolígrafo sobre el papel y luego el crujido de su silla al cambiar de postura.

La agresiva neutralidad de la sala se volvió asfixiante de repente.

—Los documentos de autorización están en realidad en el Anexo E —murmuró Astoria en voz alta—. No en el D. Gerald se ha equivocado.

El bolígrafo de Miller dejó de moverse y Astoria pudo sentir el calor de la mirada de Miller sobre ella. —¿Cómo?

—La autorización subyacente para las transferencias internas por las que ha preguntado Rachel. Gerald ha dicho que está en el Anexo D, pero es el E. El Anexo D es el acta de la junta del trimestre anterior.

Miller hizo una pausa un segundo más. —Gracias.

Astoria pasó otra página que en realidad no estaba leyendo. —Nos ahorra tiempo a todos si el registro es exacto.

Más silencio. El bolígrafo de Miller reanudó su movimiento, aunque Astoria notó por el rabillo del ojo que ahora era más lento, más vacilante. El reloj de la pared avanzaba y Astoria podía oír pasos amortiguados fuera de la puerta.

—Sobre lo del jueves —dijo Miller.

La mano de Astoria se quedó quieta sobre la página. —¿Qué pasa con lo del jueves?

—Yo... —Miller se detuvo y luego volvió a empezar—. Debería pedirle disculpas por haberme ido de forma tan abrupta. Fue poco profesional.

—Tenía algún sitio al que ir —dijo Astoria con voz neutral—. No pasa nada.

—No tenía ningún sitio al que ir.

La confesión quedó suspendida en el aire entre ellas y Astoria finalmente levantó la vista. Miller ya la estaba observando, con el bloc de notas olvidado y la expresión más desprotegida que Astoria le había visto jamás. No era el profesionalismo protocolario de la mediación ni la competencia concentrada de la vista preliminar, sino algo más crudo, algo que hizo que Astoria sintiera una opresión en el pecho.

—¿Entonces por qué se fue? —Astoria sabía que no debería preguntar. Sabía que debería dejarlo pasar, aceptar las disculpas veladas de Miller y volver a los documentos mientras esperaba a que regresara Gerald.

La mandíbula de Miller se tensó. —Tú sabes perfectamente por qué.

—No estoy segura de saberlo.

—Sí lo estás.

Se miraron fijamente de un lado a otro de la mesa. Las paredes beige parecían estrecharse sobre ellas. El reloj marcaba los segundos.

—Esto es una mala idea —susurró Astoria.

—Lo sé.

—Sea lo que sea lo que creas que... —Astoria se detuvo y rectificó—. Pasara lo que pasara el jueves, no significa nada. No *puede* significar nada.

La expresión de Miller flaqueó. —¿Eso es lo que se ha estado diciendo?

—Es la verdad.

—No lo es.

Astoria se levantó, aunque no estaba muy segura de por qué: inquietud, necesidad de moverse, la mesa de reuniones sintiéndose de pronto como una barrera insuficiente. Caminó hacia la ventana, mirando el aparcamiento cuatro pisos más abajo. Una mujer caminaba hacia el edificio con una taza de café en la mano, y un coche rojo estaba aparcando en una plaza al otro lado. Cosas normales de una tarde de lunes.

Oyó cómo Miller apartaba su silla y luego el sonido de unos pasos acercándose. Esa cualidad particular del silencio que indica que alguien está demasiado cerca inundó la sala.

—Deberías volver a tu asiento —dijo Astoria sin girarse.

—Probablemente.

Astoria podía sentir la presencia de Miller como un peso físico. ¿Cuándo había empezado esto? No en la mediación, cuando Miller no era más que otro obstáculo. Ni siquiera en la vista preliminar, cuando la integridad de Miller había quebrado algo en el pecho de Astoria. Pero en algún momento entre entonces y ahora, la atracción se había vuelto difícil de ignorar.

Se dio la vuelta.

Miller estaba más cerca de lo que esperaba; a unos sesenta centímetros, quizá menos. Sus ojos se veían oscuros bajo la luz fluorescente y miraba a Astoria con una expresión que le ablandó el corazón.

—Esto es una idea terrible —volvió a decir Astoria, pero su voz se había vuelto ronca.

—Ya lo has mencionado.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

Ninguna de las dos se movió ni dio un paso atrás. Astoria era consciente de todo: la respiración ligeramente irregular de Miller, el sutil aroma de su champú, la forma en que las manos de Miller colgaban a sus costados, con los dedos ligeramente curvados como si se estuviera conteniendo de alargar la mano.

Astoria no estaba segura de quién se movió primero. Quizá ninguna lo hizo. Tal vez simplemente... se dejaron llevar, atrapadas en la misma fuerza gravitatoria hasta que la distancia entre ellas fue de apenas unos centímetros.

A Miller se le cortó la respiración y Astoria vio cómo entreabría los labios, vio cómo su mirada bajaba hasta su boca, vio el momento en que se inclinaba hacia delante...

La puerta se abrió.

—Siento la interrupción —dijo Rachel, ya a mitad de camino en la sala, con el teléfono todavía en la mano—. La situación del cliente era más urgente de lo que...

Astoria ya estaba de vuelta en su asiento antes de que Rachel terminara la frase, aunque no recordaba haberse movido. Tenía sus documentos delante y su expresión era compuesta, pero el corazón le golpeaba las costillas con una violencia que le dificultaba respirar.

Al otro lado de la mesa, Miller de algún modo había regresado a su propia silla. Estaba mirando su bloc de notas como si contuviera los secretos del universo, aferrando el bolígrafo con demasiada fuerza. Tenía el rostro encendido, con dos manchas de color marcadas en sus mejillas.

Rachel las miró a ambas. Algo cruzó su rostro; sospecha, tal vez, o simplemente curiosidad, pero no hizo ningún comentario.

Gerald regresó un momento después y la reunión se reanudó. Astoria intervino cuando fue necesario, asintió cuando se esperaba y, definitivamente, *no* miró a Miller.

Casi nos... Cortó el pensamiento antes de que pudiera completarse.

La reunión concluyó cuarenta minutos después sin que se resolviera nada. Se programó otra sesión para la semana siguiente y se intercambiaron apretones de manos a través de la mesa, breves e impersonales.

Astoria salió primero. No confiaba en sí misma si se quedaba allí.

El garaje estaba oscuro y fresco, un alivio tras la claridad fluorescente de la sala de reuniones. Los tacones de Astoria resonaban contra el hormigón mientras caminaba hacia su coche, con un sonido demasiado fuerte en aquel espacio cerrado.

Casi había besado a Miller Scott. En una sala de reuniones durante una comparecencia. Con sus abogados a pocos pasos.

Le tembló ligeramente la mano al pulsar el mando de la llave y observó cómo parpadeaban las luces traseras con un desapego casi clínico. Aquello era el choque, probablemente. Su cuerpo estaba asimilando lo que su mente aún no había procesado del todo.

Se deslizó en el asiento del conductor y cerró la puerta, envolviéndose en el silencio. El cuero estaba caliente por el sol de la tarde que se había colado por los niveles superiores del garaje. Puso las manos en el volante y no arrancó el coche.

Si Rachel hubiera tardado cinco segundos más en volver, habría sucedido. Astoria la habría besado. *Quería* besarla, aún quería, incluso con la catástrofe profesional que aquello habría provocado.

—*Contrólate* —se reprendió a sí misma.

Arrancó el coche y salió de la plaza, recorriendo la rampa en espiral hasta el nivel de la calle. Giró a la izquierda en Ridgeway Avenue, luego a la derecha en Windermere Lane y finalmente hacia su calle: Aerie Crest Drive. Era la misma ruta que tomaba siempre, la que podría conducir dormida, lo cual era una suerte porque en realidad no estaba viendo la carretera.

Miller también se había inclinado. Esa era la parte que Astoria no podía dejar de dar vueltas en su cabeza. No había sido algo

unilateral. A Miller se le había cortado el aliento, su mirada había bajado a sus labios y su cuerpo se había inclinado hacia delante en ese último instante antes de que se abriera la puerta.

Aquello iba más allá de la cortesía profesional o de cualquier otra explicación que Astoria pudiera haber construido. Aquello era deseo, el mismo deseo que en este momento hacía que el pecho de Astoria doliera de una forma que no había sentido en años.

—*«Eres fría»* —susurró la voz de Valerie desde algún lugar de su memoria—. *«Eres frígida, incapaz de sentir pasión de verdad. Deberías estar agradecida de que me quedara tanto tiempo como lo hice».*

Las manos de Astoria se apretaron sobre el volante, palideciendo sus nudillos.

Se había creído a Valerie; eso era lo humillante. Después de más de una década, había interiorizado cada palabra. Que estaba rota y defectuosa, que le faltaba esa pieza que permitía a los demás sentirse consumidos por el deseo. Que el problema era ella —siempre era ella— y que Valerie simplemente constataba hechos.

Excepto que...

Excepto que ahora mismo no se sentía fría ni frígida. Se sentía como si estuviera ardiendo por dentro, como si algo se hubiera prendido en aquella sala de reuniones y se negara a apagarse. Había estado a centímetros de Miller Scott y se había olvidado de respirar. Había deseado acortar esa distancia con tanta fuerza que todo su cuerpo le dolía por el anhelo.

Las puertas de hierro forjado de su propiedad se abrieron automáticamente y Astoria subió por el largo camino bordeado de pinos costeros. La casa materializó tras ellos, todo cristal y madera envejecida en voladizo sobre el borde del acantilado, con el océano extendiéndose más allá en un gris pizarra infinito.

Aparcó y se quedó sentada un momento, mirando la puerta principal.

Maeve estaría dentro. Siempre estaba los lunes por la tarde, encargándose de lo que fuera necesario, presente pero discreta. Normalmente, Astoria apreciaba la discreta competencia de su

personal de servicio, la forma en que su casa funcionaba a la perfección sin que ella tuviera que pensar en ello.

Hoy no estaba segura de poder articular un simple saludo sin que se le notara en la cara algo que no quería revelar.

Entró de todos modos. Como preveía, Maeve estaba en el pasillo con un montón de ropa blanca doblada en los brazos. Le dedicó una cálida sonrisa cuando Astoria pasó por su lado.

—Bienvenida a casa. ¿Le traigo algo? ¿Un té?

—No, gracias —Astoria siguió caminando—. Estaré en la terraza.

Si Maeve notó algo extraño, no lo demostró. Esa era una de las razones por las que Astoria confiaba en ella.

La terraza de madera envolvía la parte de la casa que daba al mar, y Astoria se dejó caer en una de las sillas bajas sin molestarse en cambiarse de ropa. El sol aún estaba lo bastante alto como para calentarle la piel, y el sonido de las olas rompiendo contra las rocas abajo era constante, rítmico e indiferente a cualquier crisis que ella estuviera sufriendo.

Debería servirse una copa de vino. Debería revisar los documentos que Gerald le había enviado esa mañana. Debería hacer literalmente cualquier cosa que no fuera estar aquí sentada repitiendo los mismos cinco minutos en un bucle infinito.

Esto no puede pasar.

Astoria lo sabía. Miller también lo sabía. Estaban en bandos opuestos de un caso legal que se prolongaría durante meses. Miller trabajaba para su exmujer. Solo las infracciones éticas llevarían a que el caso se viera comprometido sin remedio, por no hablar de carreras terminadas y reputaciones empañadas.

Y sin embargo...

Miller la había mirado como si la proximidad fuera el objetivo. No la proximidad a su dinero o a sus contactos, sino a *ella*. Como si estar cerca de Astoria fuera algo que Miller deseara por sí mismo.

¿Cuándo había sido la última vez que alguien la había mirado así?

El sol bajó más y Astoria permaneció en su silla, observando cómo cambiaba la luz y sin pensar en nada productivo.

Deseaba a Miller Scott. Esa certeza se asentó en su pecho, innegable e imposible. No podía mentirse a sí misma y decir que era

solo una atracción pasajera o respeto profesional que se había desviado ligeramente. La deseaba de una forma que la aterraba. Simplemente no podía tenerla.

Pero saber que algo no podía suceder nunca antes había detenido el anhelo.

Las estrellas asomaban cuando Astoria finalmente entró en casa y seguía sin tener una respuesta para nada de aquello.

11

Capítulo 11: Miller

Miller estuvo a punto de cancelar tres veces durante el trayecto en coche.

Había cogido el teléfono en el primer semáforo en rojo, con el pulgar sobre el contacto de su madre. Redactó mensajes mentalmente. *No me encuentro bien. ¿Lo dejamos para otro día?* Pero Nadia detectaría la mentira en el texto igual que la detectaría en la voz de Miller, y entonces se preocuparía, y ver a Nadia preocupada era peor que aparecer allí y fingir que todo iba bien.

Así que Miller siguió conduciendo por las conocidas calles del barrio de los Heights, pasó por delante de la escuela primaria en cuyo aparcamiento había aprendido a montar en bicicleta los fines de semana, y por la cafetería donde ella y Sienna solían pasar horas fingiendo que estudiaban. El vecindario la envolvía como un viejo jersey, cómodo y conocido.

Pero ya no sentía que encajara en él.

La casa se veía igual que siempre: la luz del porche encendida aunque aún no hubiera oscurecido, los carillones de viento que Harper había hecho con piezas viejas de moto tintineando con la brisa de la tarde, y el rosal descuidado que Nadia siempre decía que

tenía que podar. Miller aparcó en la calle y se quedó sentada un momento, con las manos aún en el volante.

Habían pasado seis días desde la reunión en la sala de conferencias, lo que en realidad significaba que habían sido seis noches de sueños que la dejaban enredada en las sábanas, con el corazón acelerado y la piel encendida. Había empezado a temer el momento de cerrar los ojos, sabiendo lo que la esperaba allí. Su cuerpo se había convertido en un extraño, algo que sabía cosas que ella no sabía y que deseaba cosas que no terminaba de nombrar.

Miller se apretó las palmas de las manos contra los ojos hasta que los colores brotaron en la oscuridad. Solo tenía que aguantar la cena. Comer algo, mantener una conversación normal, volver a casa. Había logrado mantenerse entera toda la semana. Podía aguantar tres horas más.

La puerta principal se abrió antes de que llegara al porche.

Nadia estaba en el umbral, con un paño de cocina al hombro y una sonrisa ya formada. Pero la sonrisa flaqueó, solo un poco, mientras la mirada de Nadia recorría el rostro de Miller.

—Has llegado pronto —dijo, el mismo saludo de siempre, pero su voz se había suavizado hasta volverse más dulce.

—No había mucho tráfico.

Nadia la estrechó en un abrazo. Miller se dejó abrazar, aspirando el aroma familiar a romero y a la crema de manos de lavanda que su madre usaba desde que tenía memoria. El abrazo duró un segundo más de lo habitual. Dos segundos, luego tres.

—Cariño —susurró Nadia contra su pelo.

A Miller se le cerró la garganta. Se apartó antes de que su compostura se quebrara. —¿Está Harper en la cocina?

Nadia escudriñó su rostro un momento, pero no insistió. —¿Dónde iba a estar si no? Está probando una receta nueva de pollo. Lleva semanas amenazándome con ella.

—¿Amenazándote?

—La encontró en uno de esos programas de cocina. Ya sabes cómo se pone.

Miller alcanzó a esbozar algo parecido a una sonrisa y entró. La casa la acogió como siempre lo hacía. Era cálida, desordenada y

llena de vida, con libros apilados precariamente en la mesa del café y las gafas de lectura de Harper abandonadas encima del montón. Pasó por delante de la pared de las fotos y redujo la marcha. Se vio a sí misma a los siete años, mellada y sonriente; otra de cuando tenía dieciocho con el birrete de graduación torcido; y otra en la playa con sus madres, las tres ligeramente bronceadas por el sol y riendo.

Aquella chica de las fotos sabía quién era. Pero Miller ya no sabía nada.

—Aquí está. —La voz cantarina de Harper flotó desde la cocina, seguida por la mujer misma mientras se secaba las manos en los vaqueros. Se le había puesto el pelo más canoso desde que se jubiló, y lo llevaba corto, de una forma que le favorecía. —Tienes una cara espantosa, niña.

—Harper —la reprendió Nadia.

—¿Qué? Es la verdad. —Harper se acercó a Miller y le dio un abrazo firme, de esos que te hacían sentir anclada a algo fuerte y estable. —¿Estás durmiendo?

—Algo.

—Mentirosa. —Harper la sujetó por los hombros, estudiando su rostro con la misma mirada evaluadora que probablemente había usado con sus pacientes durante treinta años. —Tienes unas ojeras en las que podría facturar equipaje.

—Ha sido una semana ajetreada.

La expresión de Harper decía que no se lo tragaba, pero no insistió. —Bueno, la cena casi está lista. Me ha dicho que el pollo nos va a cambiar la vida, pero no te hagas muchas ilusiones. Dije lo mismo del risotto el mes pasado.

—El risotto estuvo bien —dijo Nadia.

—Estuvo *aceptable*. Hay una diferencia.

Se sumergieron en el ritmo familiar de la cena de los domingos: Harper de vuelta a los fogones, removiendo, probando y refunfuñando sobre los tiempos de cocción; Nadia sirviendo vino y preparando los aperitivos; Miller dejándose llevar tras ellas, intentando encontrar su sitio en una rutina que siempre le había resultado natural.

—¿Vino? —Nadia levantó la botella.

—Por favor.

Le sirvió una copa generosa y Miller la aceptó agradecida. El primer sorbo bajó demasiado rápido, bebiendo como si fuera agua el vino que debería saborearse. Nadia se dio cuenta, y Miller vio que se daba cuenta, pero ninguna dijo nada.

—¿Cómo va el gran caso Shepry? —preguntó Harper, todavía de espaldas a ellas. —Lo último que supe es que te estabas preparando para las declaraciones juradas.

A Miller se le encogió el estómago. —Es... complicado.

—¿No lo es siempre?

—Sí, pero esto es más complicado de lo habitual.

Harper miró por encima del hombro. —¿Te está dando problemas la parte contraria?

El vino se le agrió a Miller en la boca. Dejó la copa sobre un posavasos de madera. —Algo así.

La mano de Nadia buscó su codo, un toque ligero pero breve. —No tenemos por qué hablar de trabajo.

—No, es... —Miller sacudió la cabeza. —Está bien, solo que tengo muchas cosas encima.

Pasaron al comedor cuando el pollo estuvo listo. Harper lo sirvió con el orgullo ceremonial que siempre aportaba a las recetas nuevas, y Miller hizo los ruidos de aprobación pertinentes mientras la comida se apilaba en su plato. El menú de esta semana consistía en pollo asado, patatas al horno con hierbas provenzales y judías verdes con zumo de limón y almendras tostadas.

Era una comida que normalmente la haría salivar. Empujó una patata por el plato y cortó un trozo de pollo en pedazos pequeños, y luego en otros más pequeños todavía.

—¿No tienes hambre? —preguntó Nadia, con un tono deliberadamente neutro.

—He comido tarde.

Otra mentira. No había comido nada desde ayer. Nada le sentaba bien. Su cuerpo le resultaba totalmente extraño y poco fiable, guardando secretos que ni ella misma conocía.

La conversación fluía a su alrededor. Harper hablaba de la moto Honda del 72 que estaba restaurando, de algún problema con el carburador que Miller debería haber sido capaz de seguir pero no podía. Miller asentía cuando le parecía oportuno, hacía ruidos de interés, pero no aportaba nada.

Ojos gris azulados, el aroma de un perfume caro, el momento justo antes de...

Miller parpadeó con fuerza y clavó la vista en su plato.

—Miller.

Levantó la vista y vio que sus dos madres la observaban. No tenía ni idea de qué pregunta no había respondido.

—Perdona, ¿qué?

Harper soltó el tenedor. —Vale, ¿qué pasa?

—Nada. Solo estoy cansada.

—Ya lo has dicho. Tres veces, de hecho. —La voz de Harper era firme, pero sus ojos eran agudos y no se les escapaba nada. —Y apenas has dado cuatro bocados a mi pollo «cambiavidas», lo cual es sinceramente un insulto personal, pero lo que es más importante, estás ahí sentada como si estuvieras a mil kilómetros de distancia.

—Estoy bien...

—No lo estás. No has estado bien desde que entraste por la puerta. Te lo veo escrito en la cara, cielo.

A Miller le habían empezado a temblar las manos, así que las apoyó extendidas sobre la mesa. —Solo es el trabajo. El caso es intenso y no he estado durmiendo bien.

—¿Por el caso? —preguntó Nadia.

—Sí.

—¿El trabajo en sí o…?

Miller se quedó muy quieta. El silencio se alargó entre ellas. Harper la observaba con una expresión que Miller no reconoció y no supo leer. Nadia esperaba, paciente como siempre, con la pregunta flotando en el aire.

—Es complicado —dijo Miller finalmente.

—Eso ya lo has mencionado. —Nadia alargó la mano y cubrió la de Miller con la suya. —Tenemos tiempo. La comida de Harper puede esperar.

—En realidad no puede —masculló Harper, pero aun así apartó su plato a un lado.

Miller se quedó mirando sus manos unidas. La piel de su madre estaba suave y arrugada por la edad; eran las mismas manos que la habían sostenido durante cada pesadilla, desamor y triunfo de su vida. Nunca les había ocultado nada a estas mujeres. Nunca había necesitado hacerlo.

Sin embargo, no tenía ni idea de cómo empezar a contarles esto. Ni siquiera sabía cómo contárselo a sí misma.

—Vamos a recoger —dijo Nadia, como si advirtiera que Miller no estaba lista. —Podemos hablar en la cocina.

La cocina siempre había sido el lugar donde tenían lugar las conversaciones importantes. Algo en el ritmo de la limpieza y la excusa de realizar una tarea hacía más fácil hablar con franqueza. Miller se encontró ante el fregadero, con las manos sumergidas en agua jabonosa, y Nadia secando los platos limpios a su lado. Harper se había retirado al umbral de la puerta, apoyada en el marco con los brazos cruzados. Miller sentía el calor de su mirada en la espalda mientras lavaba un plato y luego otro. El agua caliente le escocía en las manos, y le resultaba grato. Era otra cosa que sentir, aparte de la agitación en su pecho.

—Hay alguien —dijo, y su voz sonó extraña, demasiado aguda y débil.

Nadia siguió secando, sin perder el ritmo. —¿Alguien del trabajo?

—Relacionado con el trabajo. No... Es complicado.

—Sigues diciendo eso.

—Porque lo es. —Miller restregó una mancha que ya estaba limpia. —No sé cómo explicarlo.

—Inténtalo.

El plato se iba a romper si seguía restregándolo. Miller lo dejó en el escurridor y cogió otro, pero las manos le temblaban demasiado. En lugar de eso, las apoyó en el borde del fregadero, bajando la vista hacia la espuma del agua.

—He estado teniendo sueños —dijo.

—¿Qué tipo de sueños?

A Miller se le encendió la cara. —Del tipo de los que no hablas con tus madres.

Hubo una pausa, y luego, desde el otro lado de la habitación, Harper se limitó a decir: —Ah.

—Con esa persona relacionada con el trabajo —dijo Nadia.

—Sí.

—¿Y esos sueños son... nuevos?

—Sí. —Miller sentía la garganta apretada. —Nunca... yo no sueño así. Con nadie, nunca. Pero ahora es todas las noches, y no puedo dejar de pensar en...

—¿En ella? —completó Nadia.

Miller cerró los ojos con fuerza. —Es ella.

La palabra quedó suspendida en el aire, pequeña y aterradora, pero cierta. Oyó cómo Nadia dejaba el paño de cocina y sintió su mano cálida apretándole el hombro.

—Ella —repitió Nadia, y no hubo sorpresa ni juicio en su voz, solo reconocimiento.

——No... —a Miller se le quebró la voz—. Nunca he... No soy...

No lograba terminar ninguna frase. Cada palabra que intentaba alcanzar se disolvía antes de que pudiera atraparla. No era gay. Había salido con hombres, incluso se había acostado con ellos. Había construido toda su vida en torno a la premisa de que era heterosexual, de que la historia que se contaba a sí misma era cierta, y ahora...

—No entiendo qué me está pasando —susurró.

La mano de Nadia se desplazó a su espalda, trazando círculos lentos como hacía cuando Miller era pequeña y no podía dormir. —Cuéntame algo de ella.

—No puedo. Ella es... —Miller soltó una carcajada, un sonido roto y afilado—. Ella es todo lo que se supone que no debo querer: profesionalmente, personalmente, literalmente en todos los sentidos que se te ocurran. Es imposible.

—Pero la quieres de todas formas.

—No puedo evitarlo —la confesión salió de ella como un rasguño —. Lo he intentado. Llevo semanas intentándolo y solo va a peor. No sé qué me pasa.

—No te pasa nada malo.

—Sí que me pasa. —Miller se dio la vuelta; ahora tenía lágrimas nuevas en la cara, pero no recordaba cuándo habían empezado—. *Algo* tiene que pasarme porque he tenido relaciones con hombres toda mi vida. Pensaba que...

Se detuvo y se tapó la cara con las manos.

—¿Qué pensabas? —preguntó Nadia con suavidad.

—Pensaba que así era como se sentía uno —la voz de Miller sonó amortiguada contra sus palmas—. Pensaba que todo el mundo exageraba con eso de las mariposas, la chispa y todo lo demás. Pensaba que no era más que... retórica publicitaria y cosas de las películas, y que la vida real era cómoda y simplemente hacías que funcionase.

—¿Y qué piensas ahora?

Miller bajó las manos y miró a su madre a través de unas lágrimas que le nublaban la vista. —Ahora sé que no exageraban porque lo siento. Lo siento todo. Y no es cómodo ni está bien. Es aterrador porque, si así es como se *supone* que se siente —se le cortó la voz y carraspeó—, ¿qué demonios he estado haciendo durante treinta y cinco años?

La expresión de Nadia cambió, algo antiguo y triste cruzó su rostro. —Oh, cielo, has estado sobreviviendo.

Miller la miró fijamente. —¿Qué?

—Hiciste lo que pensabas que debías hacer y saliste con quien pensabas que debías salir. Seguiste el guion porque nadie te dijo que había otra opción. —Nadia se acercó y tomó el rostro de Miller entre sus manos—. Eso no significa que fallaras. Es que así eran las cosas.

—Pero tú y mamá... Crecí con vosotras. ¿Cómo pude no saberlo?

—Porque no eres nosotras. —Nadia le secó las lágrimas de las mejillas con los pulgares—. Porque tener madres lesbianas no hace que te cuestiones automáticamente tu propia sexualidad. Porque te gustaban los chicos lo suficiente y eso era más fácil, y nadie, incluyéndonos a nosotras, te empujó nunca a mirar más a fondo.

Desde el umbral, Harper carraspeó. Miller se giró para mirarla.

——Por lo que sirva —dijo Harper, con la voz más ronca de lo habitual—, a veces nos lo preguntábamos, pero no nos correspondía

decir nada.

—¿Os preguntábais qué?

Harper intercambió una mirada con Nadia; tres décadas de comunicación silenciosa pasaron entre ellas.

—Nunca trajiste a nadie a casa —dijo Harper finalmente—. Ni una sola vez en todos los años que estuviste saliendo con gente. Los mencionabas, pero nunca querías que los conociéramos. No parecía que te importara si la cosa funcionaba o no.

—Me importaba.

—¿Seguro? —la voz de Harper era amable—. Cuando lo dejaste con Marcus, pareciste aliviada. Y aquel chico de la facultad de Derecho, ¿cómo se llamaba?

—Garrett.

—Eso. Cuando Garrett quiso ir en serio, saliste huyendo. Cada vez que alguien se acercaba, encontrabas un motivo para marcharte. —Harper se separó del marco de la puerta y entró en la cocina, situándose junto a Nadia—. Imaginamos que aún no estabas lista... o que quizá no habías conocido a la persona adecuada.

—Y ahora la has conocido —dijo Nadia en voz baja—. Y es una mujer, y de repente ninguno de esos viejos guiones sirve para nada.

A Miller le flaquearon las piernas. Se apoyó en la encimera, necesitando algo sólido para estabilizarse. —No sé quién soy —susurró—. Si estaba equivocada respecto a esto, respecto a algo tan básico, ¿qué más no sé? ¿Sobre qué más me he estado mintiendo?

—No te estabas mintiendo. —La voz de Nadia era firme—. Estabas haciéndolo lo mejor posible con la información que tenías. No es lo mismo.

—Me parece una mentira. Siento como si toda mi vida hubiera sido... —Miller se presionó el esternón, donde sentía que se estaba resquebrajando por dentro—. Siento como si el suelo hubiera desaparecido y ya no supiera cómo mantenerme en pie ni dónde está el norte.

Nadia la atrajo hacia otro abrazo y Miller escondió la cara en su hombro, con todo el cuerpo temblando por el esfuerzo de no derrumbarse. Sintió cómo los brazos de Harper las rodeaban a ambas desde atrás.

—Sigues siendo tú —murmuró Nadia—. Sigues siendo nuestra Miller. Esto no cambia eso.

—Pero todo parece distinto.

—Lo sé. Pero que sea distinto no significa que esté mal. Lo distinto es solo... distinto.

La sostuvieron hasta que los temblores cesaron y la respiración de Miller se estabilizó. Harper fue la primera en apartarse y, cuando Miller la miró, Harper tenía los ojos enrojecidos.

—Cielos —dijo Harper, limpiándose la cara con el dorso de la mano—. Somos un desastre.

Miller se rió, un sonido aguado y crudo. —Lo siento.

—No te disculpes. —Harper le apretó el hombro—. Para esto estamos aquí.

Nadia guio a Miller hasta la mesa de la cocina y la hizo sentarse en una silla. —Siéntate. Voy a preparar té.

—No necesito...

—Vas a tomar té.

Miller no discutió. Se quedó sentada a la mesa mientras Nadia llenaba el hervidor y Harper se dejaba caer en la silla de al lado. La cocina se sumió en un silencio de agotamiento absoluto.

—Así que —dijo Harper al cabo de un minuto—, esa mujer.

Miller se tensó. —¿Qué pasa con ella?

—No hace falta que nos digas quién es, pero... —Harper hizo una pausa, midiendo sus palabras—. ¿Merece la pena? ¿Toda esta conmoción?

Miller meditó la pregunta. Pensó en los ojos de color azul grisáceo que se suavizaban cuando nadie más miraba, en una voz que podía cortar el cristal entre una multitud pero que se volvía silenciosa e insegura cuando estaban solas, en la forma en que Astoria la había mirado en aquella sala de juntas, como si fuera imposible dejar de mirarla.

—No sé si importa si merece la pena —dijo Miller—. Porque no creo que pueda elegir. Simplemente... está ahí, lo quiera o no.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Miller sostuvo la mirada de Harper y se mordió el labio inferior antes de responder. —Sí, la merece. Lo merece todo, pero no puedo

estar con ella y no estoy segura de que eso cambie nada de lo que siento.

Harper asintió despacio, con algo parecido a la aprobación reflejado en el rostro.

Nadia trajo el té y puso una taza delante de Miller. —Bebe.

Miller rodeó el calor con las manos. El calor se filtró en sus palmas, dándole algo a lo que aferrarse.

—Entonces, ¿qué me hace esto? —preguntó, y su voz sonó muy desvalida—. Salí con hombres, más o menos. De una...

—De una forma aceptable —completó Harper—. De una forma cómoda.

—Sí.

—Y ahora te sientes atraída por una mujer.

—Sí.

—De una forma no aceptable.

Miller estuvo a punto de sonreír. —Definitivamente, no aceptable.

Harper se encogió de hombros. —A mí me suena a bisexual, pero no tienes por qué llamarlo de ninguna manera si no quieres.

Bisexual.

Miller le dio vueltas a la palabra en su mente. Nunca se la había probado, nunca había tenido motivos. Siempre había sido heterosexual. Eso era lo que era, algo tan fundamental como el color de sus ojos o su zurdera.

Excepto que quizá no lo fuera. Quizá nunca lo había sido.

—«Bisexual» —dijo, probando la palabra en voz alta. Le resultaba extraña en la boca, pero no le sonaba mal. Era como una puerta de la que nunca se había percatado y que de pronto se volvía visible—. Soy bisexual.

—Si es lo que te encaja —dijo Nadia.

—Creo que sí. —Miller levantó la vista hacia sus madres, esas dos mujeres que habían construido una vida juntas, que la habían criado con amor y franqueza, que de algún modo la habían conocido mejor de lo que ella misma se conocía—. Creo que siempre ha sido verdad, solo que no tenía la... no me permitía verlo —dijo finalmente.

—Y ahora lo ves —dijo Harper.

—Ahora lo veo.

La cocina se quedó en silencio y Miller se sintió vacía y agotada. Pero bajo el agotamiento había algo más, algo que se parecía al alivio.

—Sigo sin saber qué hacer —admitió—. Con ella. Con todo esto. Sigue siendo una situación imposible.

—Quizá —dijo Nadia—. O quizá no. Las cosas cambian.

—¿Y qué hago mientras tanto?

Nadia alargó la mano por encima de la mesa y le tomó la suya. —Mientras tanto, has aprendido algo nuevo sobre ti misma. Eso lo es todo, cielo.

Miller pensó en la semana que tenía por delante: el caso, el trabajo, los momentos inevitables en los que tendría que ver a Astoria y fingir que no se estaba desmoronando por dentro, el anhelo que no desaparecería solo por haberle puesto nombre al fin.

Pero también pensó en este momento, sentada en la cocina de sus madres con el té calentándole las entrañas mientras una palabra que había estado esperando toda su vida a ser pronunciada se instalaba en su pecho.

No estaba bien y el problema no se había resuelto, pero algo había encajado en su sitio. Por primera vez en días, se sentía más ella misma. Una versión distinta a la de hace una semana, pero seguía siendo ella.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

——Por estar aquí. Por no... —se le entrecortó la voz—. Por dejar que me dé cuenta de las cosas sin intentar arreglarme.

—No hay nada que arreglar —dijo Nadia—. Solo algo nuevo sobre ti misma que descubrir.

Harper se levantó y se desperezó. —Quédate todo lo que necesites esta noche. No hay prisa.

Miller asintió. No estaba lista para irse todavía. No estaba lista para volver a su apartamento y enfrentarse a las habitaciones vacías y a las noches en vela. Pero, de momento, se quedó allí sentada con las dos personas que la habían amado antes de que supiera quién era y que seguirían amándola ahora que por fin estaba aprendiendo a saberlo.

Era suficiente. Por esta noche, era suficiente.

12

Capítulo 12: Astoria

La llamada llegó a las 16:47 de un viernes, exactamente cuando Valerie lo habría planeado.

Astoria estaba revisando el informe trimestral de sostenibilidad cuando el nombre de Gerald iluminó la pantalla de su teléfono. Consideró dejar que saltara el buzón de voz —estaba a punto de terminar la jornada y el fin de semana se extendía ante ella con la promesa de una tranquilidad ininterrumpida—, pero Gerald no solía llamar los viernes por la tarde a menos que algo hubiera salido mal.

Respondió al tercer tono. —¿Qué ha hecho ahora?

Hubo una pausa y luego Gerald, con un tono tenso, dijo: —Ha presentado una petición de urgencia hace una hora alegando que han violado las medidas cautelares.

Astoria dejó su bolígrafo en la mesa. —¿Bajo qué fundamentos?

—El contrato de Cascadia. Alega que la aprobación del gasto de capital de la semana pasada requería que fuera notificada según las medidas cautelares y que han eludido el proceso deliberadamente para reducir el patrimonio ganancial.

El proyecto Cascadia, su desarrollo hotelero sostenible que llevaba dos años de planificación. Era la joya de la corona de la expansión de Shepry Global en el ecoturismo. Astoria había seguido

cada protocolo, documentado cada decisión y enviado copia a Gerald de cada comunicación relevante precisamente porque sabía que Valerie buscaría munición.

Y aun así...

—Eso es absurdo —dijo Astoria, con voz plana e impasible—. Los requisitos de notificación se aplican a la venta de activos y a nuevos instrumentos de deuda. Los gastos de capital procedentes de presupuestos operativos aprobados no requieren notificación al cónyuge. Ya confirmamos esto con el tribunal anteriormente.

—Lo sé. Y expondremos ese argumento el lunes por la mañana.

—El lunes —dijo ella con sequedad.

—Sí. Una vista de urgencia, a las nueve de la mañana en el turno del juez Whitcombe. —El tono de Gerald denotaba la cautela propia de un hombre que había pasado más de cuarenta años viendo a la gente utilizar el sistema legal como un arma—. Lo siento, Astoria. Sé que tenía planes para este fin de semana.

En realidad, no los tenía. Sus planes consistían en una casa vacía, quizás un baño si el tiempo acompañaba y el esfuerzo continuo de no pensar en cosas en las que no podía permitirse pensar. Pero Gerald no necesitaba saber eso.

——¿Qué necesita de mí?

—Documentación, lo primero. Necesito cada correo electrónico, memorando y autorización relacionados con la aprobación de Cascadia. Quiero un rastro documental tan limpio que brille. —Oyó cómo él removía papeles en su lado de la línea—. Redactaré la respuesta esta noche y mañana. Pero también necesito jurisprudencia, específicamente precedentes recientes sobre reclamaciones por incumplimiento de medidas en divorcios de alto patrimonio, concretamente donde el presunto incumplimiento afecte a operaciones comerciales rutinarias. Hay un artículo de una revista jurídica del año pasado que quiero citar, pero necesito las sentencias que lo apoyen.

——La biblioteca jurídica del juzgado...

—Tiene todo lo que necesitamos, sí. Iría yo mismo, pero quiero centrarme en el escrito de respuesta.

Astoria ya estaba cerrando el informe de sostenibilidad tras guardar el archivo, con su mente entrando eficientemente en modo crisis. Esto era manejable. Frustrante, manipulador y agotador, sí, pero manejable. —Iré para allá ahora mismo. Envíeme la cita del artículo y buscaré los precedentes.

—Se la enviaré por correo en cinco minutos. —Gerald hizo una pausa—. Astoria.

——¿Dígame?

—Esto es acoso. Ambos lo sabemos. La moción no tiene fundamento y el juez Whitcombe se dará cuenta. Pero Valerie cuenta con la interrupción, el gasto y el puro agotamiento de tener que defenderse una y otra vez.

—Sé perfectamente con qué cuenta.

Su matrimonio le había enseñado exactamente cómo funcionaba Valerie. La presentación del viernes no era accidental. Era estratégica y estaba diseñada para maximizar el trastorno minimizando su tiempo de respuesta. Valerie habría sabido que Astoria tenía planes, o habría supuesto que los tenía, y la idea de arruinarlos habría sido parte del atractivo.

—No deje que la vea alterada —dijo Gerald.

—Nunca lo hago.

Terminó la llamada y se quedó sentada un momento en el silencio de su despacho de la esquina. El sol se había desplazado mientras hablaban, proyectando largas sombras sobre su escritorio. Gloria se había marchado hacía una hora y la planta ejecutiva estaba vacía; el éxodo del fin de semana se había completado.

Astoria se permitió treinta segundos de algo que no era exactamente ira. Era algo más profundo, más desgastado. Había soportado ocho meses de esto. Ocho meses de peticiones y contrapeticiones, de acusaciones disfrazadas de lenguaje legal, de toda su vida desmenuzada, examinada y tachada de insuficiente. Había construido un imperio de la nada, pero parecía incapaz de levantar un muro lo bastante alto como para dejar fuera a Valerie.

Los treinta segundos terminaron. Astoria cogió su portátil, su teléfono y el maletín de cuero que siempre llevaba a las reuniones.

Comprobó su reflejo en el cristal de la ventana —serena, impecable, la reina de hielo que nunca se quiebra— y salió de su despacho.

El trayecto hasta el juzgado le llevó doce minutos a esa hora; el tráfico del viernes ya empezaba a disminuir a medida que la gente se dispersaba hacia restaurantes y hogares y a cualquier lugar que no fuera el trabajo. Astoria conducía en piloto automático, con su mente catalogando lo que necesitaría: el artículo que Gerald mencionó, los precedentes de apoyo y cualquier decisión reciente de los tribunales de apelación sobre las excepciones de juicio empresarial a los requisitos de notificación conyugal.

La biblioteca jurídica del juzgado ocupaba la tercera planta del antiguo edificio judicial, una reliquia de antes de que se construyera el moderno y elegante juzgado de al lado. Olía a papel viejo y a cera para muebles, y las luces fluorescentes zumbaban a una frecuencia que le había provocado dolor de cabeza a Astoria más de una vez. Pero tenía la colección más completa de recursos de derecho de familia del condado y, un viernes por la tarde, estaría casi vacía.

Astoria empujó las pesadas puertas de madera y saludó con la cabeza a la bibliotecaria del mostrador, una mujer de pelo canoso que la reconoció de visitas anteriores.

—¿Trabajando hasta tarde, señora Shepry?

—Por desgracia. —Astoria logró esbozar una pequeña sonrisa—. Estaré en la sala de investigación si alguien me necesita.

—Cerraré la planta principal a las ocho, pero los abogados pueden quedarse en la sala de investigación todo el tiempo que necesiten. El señor Bracks ya ha llamado avisando, así que todo está listo. Solo asegúrese de que la puerta encaje bien al salir.

—Gracias.

La sala de investigación era un espacio con paredes de cristal al fondo de la biblioteca, amueblado con mesas largas, tomas de corriente y acceso a las bases de datos jurídicas que no estaban disponibles en los terminales públicos. Astoria eligió un asiento de cara a la puerta y empezó a desempaquetar su portátil y sus notas.

El correo de Gerald había llegado con la cita del artículo y una lista de números de casos pertinentes. Cogió el primer tomo de las estanterías y se dispuso a trabajar.

Al menos esto podía controlarlo. Valerie podía presentar las peticiones que quisiera y cronometrarlas para molestarle. Podía mentir con una sonrisa en la cara y una rectitud fabricada en la voz. Pero no podía cambiar la ley, ni podía cambiar los hechos.

Astoria encontró el primer caso y empezó a tomar notas. Pasó una hora, y luego casi otra. Astoria trabajó metódicamente con la lista de Gerald, sacando volúmenes de las estanterías y marcando los pasajes relevantes. La sala de investigación estaba en silencio, salvo por el rascado de su bolígrafo y el zumbido ocasional del aire acondicionado al encenderse. Se había quitado la americana en algún momento, dejándola sobre el respaldo de su silla, y sus zapatos de tacón descansaban abandonados bajo la mesa. Las luces fluorescentes proyectaban sobre todo el mismo resplandor plano y sin sombras.

Estaba inmersa en una decisión de apelación de 2024 —un caso en el que un marido alegaba que su mujer había violado las medidas cautelares al autorizar el mantenimiento rutinario de una propiedad comercial compartida— cuando la puerta se abrió.

Astoria levantó la vista, esperando que fuera la bibliotecaria para avisarle de que iba a cerrar por la noche.

Pero no era la bibliotecaria.

Miller Scott estaba en el umbral, con una bolsa de lona al hombro y un montón de expedientes apretados contra el pecho. Llevaba unos vaqueros muy usados y un jersey azul suave; llevaba el pelo suelto sobre los hombros en lugar de recogido en su moño habitual. Parecía que la hubieran reclamado de algún otro sitio, un viernes noche interrumpido, igual que el de Astoria.

Durante un momento, ninguna de las dos se movió.

—No esperaba... —empezó Miller, y luego se detuvo. Sus ojos recorrieron la sala, observando el despliegue de documentos de Astoria, las mesas vacías y las paredes de cristal que de repente, para Astoria, daban la sensación de ser una jaula—. Rachel me ha enviado. Para investigar.

—La petición de urgencia.

—Sí.

Por supuesto que era la misma urgencia. Rachel necesitaría los mismos precedentes que Gerald y construiría los mismos argumentos, solo que desde el ángulo opuesto. Tenía todo el sentido del mundo que enviara a alguien a buscar casos un viernes por la noche, y tenía todo el sentido del mundo que ese alguien fuera Miller. Por alguna razón, Astoria no había llegado a esa conclusión lógica.

—La biblioteca es lo bastante grande —dijo Astoria, y su voz sonó más firme de lo que se sentía—. No tenemos por qué trabajar una encima de la otra.

Algo cruzó el rostro de Miller, apareció y desapareció de un plumazo antes de que Astoria pudiera identificarlo. —Cierto. Por supuesto.

Miller eligió una mesa en el lado opuesto de la sala, cerca de las ventanas que daban a la oscurecida plaza del juzgado. Desempaquetó su bolsa con la misma eficacia metódica que Astoria había empleado una hora antes: portátil, bloc de notas, un puñado de bolígrafos. No miró en dirección a Astoria.

Astoria volvió a la decisión judicial, pero las palabras bailaban ante sus ojos.

—El tribunal dictamina que los gastos de mantenimiento ordinario, cuando son coherentes con los patrones históricos y se encuentran dentro del ámbito de las operaciones comerciales habituales, no constituyen una violación de...

Leyó la misma frase tres veces sin absorber nada. Al otro lado de la sala, el bolígrafo de Miller rascaba el papel. Minutos después, una silla crujió y las páginas de un libro antiguo pasaron con un suave susurro que los oídos de Astoria seguían sin su permiso consciente.

Todo estaba bien. Eran profesionales. Podían ocupar el mismo espacio sin...

Miller se levantó para coger un tomo de las estanterías. Astoria la vio moverse por la sala con su visión periférica, la vio alcanzar un libro en un estante alto, haciendo que el jersey se le subiera ligeramente para revelar un atisbo de piel en la cadera.

Astoria volvió a mirar sus documentos tan rápido que casi se provoca un esguince cervical.

Concéntrate, se reprendió a sí misma.

Los minutos pasaron lentamente. Astoria se obligó a terminar la sentencia de apelación, tomando notas que probablemente tendría que rehacer luego porque su letra se había vuelto tensa y apretada. Sacó otro volumen de las estanterías, eligiendo intencionadamente uno en el lado opuesto de la sala a donde Miller estaba trabajando, y encontró dos casos más relevantes. Estaba progresando.

A falta de diez minutos para las ocho, la bibliotecaria apareció en la puerta. —Voy a cerrar la planta principal —anunció—. Son bienvenidas a quedarse todo el tiempo que necesiten. La puerta se cerrará automáticamente al salir, así que asegúrense de que llevan todo antes de marcharse.

—Gracias —dijeron Astoria y Miller al unísono, evitando aún el contacto visual.

La bibliotecaria se marchó. Las luces principales de la biblioteca exterior se apagaron unos minutos después, dejando solo iluminada la sala de investigación, una caja brillante en medio de la oscuridad circundante. A través de las paredes de cristal, Astoria podía ver las siluetas sombreadas de las estanterías, las mesas vacías y la señal de salida brillando en rojo sobre la puerta principal.

Ahora estaban solas. Completamente, innegablemente solas.

El silencio adquirió un matiz diferente —más pesado, más presente—. Cada sonido que hacía Miller parecía amplificado: el tecleo de sus dedos sobre el portátil, el roce de las páginas, la suave exhalación que podría haber sido frustración o algo completamente distinto.

Astoria necesitaba otro tomo. Llevaba veinte minutos evitándolo, pero la jurisprudencia que buscaba solo estaba disponible en las colecciones encuadernadas de la pared del fondo. La misma pared que estaba justo detrás de la mesa de Miller.

Podía esperar. Podía trabajar en otra cosa y buscar la manera de volver a ello más tarde.

Se puso en pie y caminó hacia las estanterías; tras dar tres pasos, oyó que Miller dejaba de teclear.

Astoria mantuvo la vista fija en los lomos de los libros, buscando el volumen adecuado. F.3d, F.3d... allí estaba. Alargó la mano para

cogerlo y su hombro pasó a escasos centímetros de la cabeza de Miller.

—Astoria.

Debería haber seguido moviéndose. Debería haber cogido el libro, regresado a su mesa y mantenido la distancia que habían preservado durante toda la tarde. Pero, en lugar de eso, se detuvo.

—¿Sí?

Miller se había girado en su silla y miraba a Astoria con una expresión que hizo que algo se le encogiera en el pecho. —Esto es ridículo.

—¿Qué es ridículo?

—Esto. —Miller señaló el espacio entre ambas—. Fingir que no estamos... que podemos simplemente... —Se interrumpió, apretando los labios.

—¿Fingir que no estamos qué?

Le salió con más brusquedad de la que pretendía, casi como un desafío. La mandíbula de Miller se tensó.

—Sabes perfectamente el qué.

Habían pasado once días desde que estuvieron lo bastante cerca en la sala de juntas como para respirar el mismo aire, desde que el regreso de Rachel interrumpió algo que aún mantenía a Astoria despierta por las noches. No habían vuelto a hablar desde entonces. Ni llamadas, ni correos electrónicos, ni encuentros fortuitos. Astoria se había dicho a sí misma que la distancia era un alivio. Pero se estaba mintiendo.

—Estamos en bandos opuestos de un caso abierto —dijo Astoria —. No hay nada que fingir. Simplemente tiene que ser así.

—Lo sé. —La voz de Miller era apenas un susurro—. No lo discuto. Solo que... —Se detuvo, presionándose la sien con los dedos —. Estoy tan cansada de fingir que no siento esto.

Las palabras cayeron como piedras en aguas tranquilas, creando ondas que se propagaron hacia fuera.

Astoria debería dar un paso atrás y decir algo mordaz, algo que reconstruyera el muro entre ellas, algo que hiciera que Miller se retirara a su lado de la sala y permitiera que ambas sobrevivieran a las siguientes horas con sus límites profesionales intactos.

En lugar de eso, se oyó preguntar: —¿Sentir qué?

Miller soltó una risa seca. —¿De verdad vas a obligarme a decirlo?

——No la estoy obligando a nada.

—No. —La voz de Miller se volvió más grave y ronca, haciendo que a Astoria se le erizara la piel—. No, no lo haces. Y ese es el problema. No estás haciendo *nada*. Solo estás ahí parada, y yo no puedo dejar de...

Se interrumpió de nuevo. Sus manos temblaban ligeramente a los lados del cuerpo y sus ojos brillaban con algo que parecía rabia, pero no lo era.

—No puedo dejar de pensar en usted —dijo Miller—. Lo he intentado. Llevo una semana intentándolo; sé que es imposible y conozco todos los motivos, pero nada de eso importa porque de todas formas es lo único en lo que pienso.

El único sonido era el zumbido de los fluorescentes. Astoria dejó que las palabras calaran. Debería marcharse. Cada parte racional de su cerebro se lo estaba gritando.

—¿Cree que yo no lo sé? —Las palabras salieron antes de que pudiera frenarlas—. ¿Cree que yo no lo he estado intentando con las mismas fuerzas? ¿Cree que yo quería esto?

A Miller se le cortó la respiración. —Astoria...

—Once días. —Astoria escuchó su propia voz como si viniera de lejos; su fachada de reina de hielo se agrietaba por líneas de falla que no sabía que existían—. Once días desde lo de aquella sala de juntas, y no he dejado de pensar en qué habría pasado si Rachel hubiera tardado cinco segundos más en volver.

El espacio entre ellas se había reducido sin que ninguna se moviera conscientemente. Astoria podía ver los destellos dorados en los cálidos ojos castaños de Miller. Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que Miller podía oírlo.

—No deberíamos —susurró Astoria.

—Lo sé.

—Si alguien se enterara...

—Lo sé.

—Podría destruirnos a las dos.

Miller levantó la mano, manteniéndola cerca del rostro de Astoria sin llegar a tocarla. —Dígame que pare —dijo—. Dígame que pare y que me marche, y lo haré. Volveré a mi mesa, terminaremos nuestra investigación y fingiremos que esta conversación nunca ha tenido lugar.

Astoria debería decirlo. La palabra estaba ahí mismo, simple y definitiva: *para*.

—No puedo —admitió, y no estaba segura de si se refería a que no podía decirle a Miller que parara, a que no podía seguir fingiendo o a que no podría sobrevivir meses a este deseo exquisito e imposible.

Tal vez se refería a todo a la vez.

Los dedos de Miller rozaron su mandíbula, una caricia leve como una pluma pero devastadora.

Todos los pensamientos en su cabeza enmudecieron y dejó de respirar.

El contacto era apenas perceptible, solo las yemas de los dedos de Miller trazando la línea de su mandíbula, vacilantes e interrogantes. Habría sido tan fácil apartarse, dar un paso atrás y romper el hechizo, refugiarse tras los muros que había pasado toda una vida construyendo.

No se movió.

Los ojos de Miller escrutaron su rostro, buscando permiso o rechazo, y Astoria no pudo darle ninguna de las dos cosas. Estaba congelada, atrapada entre todo lo que sabía que debía hacer y todo lo que deseaba, y el deseo estaba ganando. Llevaba semanas ganando, tal vez más, y estaba agotada de luchar contra él.

—Astoria. —La voz de Miller era casi un susurro—. Necesito que me digas...

Astoria la besó.

No fue una decisión meditada. No hubo un momento de elección consciente, ni un cierre deliberado de la distancia. En un segundo Miller estaba hablando y, al siguiente, la boca de Astoria estaba sobre la suya, tragándose cualquier palabra que viniera después.

El beso no fue suave. Semanas de tensión estallaron entre ellas; todo lo que se había ido acumulando desde la mediación, desde la

vista preliminar, desde cada momento en que habían fingido no verse. Besó a Miller como si se estuviera ahogando y Miller fuera el oxígeno: con desesperación, sin elegancia y sin rastro de la fachada de control que mostraba al mundo.

Miller emitió un sonido contra su boca, algo entre un jadeo y un gemido, y de repente sus manos estaban en el pelo de Astoria, atrayéndola más hacia ella. El libro que Astoria sostenía cayó al suelo con un golpe sordo al que ninguna prestó atención. La espalda de Miller chocó contra el borde de la mesa y, aun así, no pararon, no podían parar; el beso se profundizó hasta el punto de que a Astoria le temblaron las rodillas.

Estaba ardiendo. Después de todos esos años con la voz de Valerie en su cabeza, se estaba quemando viva en la biblioteca jurídica de un juzgado, con las manos aferradas al jersey de Miller Scott, y jamás había sentido nada parecido en toda su vida.

Los dedos de Miller rozaron su cuero cabelludo y Astoria se oyó emitir un sonido que no reconoció. Se apretó más contra ella, necesitando más contacto, más del calor de Miller, más de aquello que se había dicho a sí misma que no deseaba, que no podía tener y que no debería necesitar.

Se separaron jadeando.

Durante un buen rato, ninguna se movió. Se quedaron entrelazadas entre la mesa y las estanterías, con las frentes casi tocándose, respirando el aire de la otra. Las manos de Miller seguían en el pelo de Astoria. Los dedos de Astoria seguían enredados en el suave tejido del jersey de Miller.

—Esto no puede pasar —dijo Astoria. Su voz sonaba destrozada, nada parecida a la suya habitual.

—Lo sé.

—No podemos...

—Lo sé.

Pero ninguna de las dos se soltó.

Los fluorescentes zumbaban en el techo, indiferentes a lo que se estaba desmoronando bajo ellos. A través de las paredes de cristal, la oscura biblioteca se extendía como un suspiro contenido, y la señal de salida brillaba con un rojo constante.

El pulgar de Miller acarició el pómulo de Astoria, con una ternura increíble tras la desesperación de unos momentos antes. —Debería irme.

Astoria asintió, pero no soltó el jersey de Miller.

—Astoria. —A Miller se le quebró la voz al pronunciar su nombre —. Tengo que irme. Si no me voy ahora...

—Sí.

Lentamente, como si le costara algo vital, Miller se desprendió del abrazo. Sus manos se deslizaron del pelo de Astoria a sus hombros, y luego se apartaron por completo; la pérdida del contacto se sintió como una herida física. Dio un paso atrás, interponiendo entre sus cuerpos unos centímetros que parecieron kilómetros.

Astoria la dejó ir. Se obligó a soltarla, dedo a dedo, hasta que se quedó allí sola, abrazándose a sí misma.

Miller recogió sus cosas sin mirar a Astoria. Sus movimientos eran bruscos y descoordinados, muy lejos de su habitual eficiencia fluida. Cuando finalmente levantó la vista, sus ojos brillaban por las lágrimas.

—Lo siento —dijo.

Astoria negó con la cabeza. —No, no te disculpes por... —No pudo terminar la frase.

Miller se detuvo en la puerta, con la mano en el pomo. Miró a Astoria con una expresión que permanecería en su memoria durante mucho tiempo: anhelante, destrozada y tan hermosa que le hizo doler el pecho.

—Buenas noches, Astoria.

La puerta se cerró tras ella con un suave clic. Sus pasos se alejaron por la biblioteca a oscuras, seguidos por el sonido más pesado de la puerta principal al abrirse y cerrarse.

Después nada: solo silencio. Astoria se quedó sola entre los libros con el dulce sabor de Miller todavía en los labios.

No se movió durante mucho tiempo.

La investigación que había venido a hacer se quedó abandonada sobre la mesa: los precedentes que Gerald necesitaba y la jurisprudencia que la defendería de otro de los ataques de Valerie.

Ahora todo aquello parecía increíblemente lejano, una preocupación de otra vida.

Astoria se tocó la boca con dedos temblorosos, convencida de que aún podía sentir dónde habían estado los labios de Miller.

De forma lenta y mecánica, Astoria regresó a su mesa. Guardó su portátil y sus notas, y luego volvió a colocar los tomos que había sacado de las estanterías, aunque ya no habría sabido decir qué contenía ninguno de ellos. Se calzó sus tacones negros y se puso la americana.

El camino hasta el coche se le hizo eterno; el aparcamiento estaba en penumbra y el eco resonaba a su alrededor. Se sentó en el asiento del conductor y se quedó allí en la oscuridad, con las manos en el volante pero sin arrancar el motor.

Había besado a Miller Scott. O Miller la había besado a ella. En realidad, no importaba quién se había movido primero. Ambas lo habían hecho, ambas lo deseaban, ambas dejaron que sucediera.

Ahora todo era diferente. Habían cruzado la línea y ya no había vuelta atrás.

Astoria arrancó el coche y condujo a casa por las calles desiertas, sin saber qué traería el lunes, solo sabiendo que, por primera vez en más tiempo del que recordaba, no sentía frío en absoluto.

13

Capítulo 13: Miller

Miller llegó al trabajo con veinte minutos de antelación, algo inusual para un lunes. Se quedó sentada en su coche en el aparcamiento, mirando el muro de hormigón y ensayando las palabras que llevaba tres semanas componiendo.

Tengo un conflicto de intereses en el caso Shepry.

Era algo sencillo y profesional, el tipo de declaración que los abogados hacen cuando las circunstancias lo requieren. Rachel la aceptaría, presentaría el papeleo correspondiente y la vida seguiría su curso.

Excepto que nada de esto era sencillo.

Miller apoyó la frente contra el volante. Habían pasado tres semanas desde lo de la biblioteca. Tres semanas de noches en vela y duchas frías, obligándose a centrarse en otros casos mientras su mente volvía al sabor de la boca de Astoria, al sonido desesperado que había emitido cuando las manos de Miller se hundieron en su pelo, a la forma en que todo se había reducido solo a ellas dos en aquella sala iluminada por fluorescentes.

Había intentado reconstruir sus muros. Se había mostrado profesional en la audiencia de urgencia del lunes siguiente; ambas lo habían hecho. Apenas se habían mirado, hablando solo a través de

sus respectivos abogados. Se había dicho a sí misma que aquello había sido un error, un momento de debilidad, algo que se desvanecería si tan solo le daba el tiempo y la distancia suficientes.

Pero no se había desvanecido. En todo caso, había empeorado.

Miller levantó la cabeza y se miró en el espejo retrovisor. Parecía cansada, como alguien que hubiera pasado tres semanas mintiéndose a sí misma y que finalmente se hubiera quedado sin energías para mantener la farsa.

La verdad era que ya no podía ser objetiva respecto al caso de Valerie. Quizás no lo había sido realmente durante semanas, no desde la audiencia preliminar, cuando notó el agotamiento en los ojos de Astoria, ni desde que se pronunció en contra de la falsa acusación de Valerie y vio cómo algo cambiaba en la expresión de Astoria. El beso simplemente había hecho que fuera imposible negarlo.

Y la otra verdad, esa sobre la que llevaba tres semanas orbitando sin permitirse aterrizar en ella: quería más. Quería volver a besar a Astoria. Quería hacer algo más que besarla. Quería cosas que aún no era capaz de articular del todo, cosas que hacían que se le acelerara el pulso, que se le encendiera la piel y que su vida, cuidadosamente ordenada, pareciera una casa construida sobre arena.

No podía representar a Valerie deseando a Astoria de esa manera. No era ético ni profesional, y si permanecía en el caso, sabía exactamente lo que pasaría: buscaría razones para estar en la misma habitación que Astoria y, al final, acabaría justo donde había estado en aquella biblioteca, solo que con menos fuerza de voluntad para detenerse.

Era mejor tomar la decisión de inhibirse ahora, antes de hacer algo que no tuviera vuelta atrás y arruinarse profesionalmente.

Miller suspiró, cogió su bolso y entró.

El despacho de Rachel ocupaba la esquina de la cuarta planta, todo ventanales, luz matinal y las pruebas acumuladas de treinta años de carrera jurídica. Títulos enmarcados bordeaban una pared, y fotos de Rachel con varios jueces y políticos cubrían otra. El escritorio era de caoba antigua, marcado por décadas de uso, y

Rachel se sentaba tras él como un general que supervisa un campo de batalla.

Miller llamó a la puerta abierta—. ¿Tiene un minuto?

Rachel levantó la vista de su ordenador, con las gafas de lectura apoyadas en la nariz—. Miller, ha llegado temprano —hizo un gesto hacia la silla frente a su escritorio—. Por supuesto. Siéntese.

Miller se sentó. Sus manos querían juguetear impacientes, así que las presionó planas contra sus muslos.

—¿Qué tiene en mente?

No tenía sentido andarse por las ramas. Además, Miller lo había ensayado suficientes veces. —Tengo un conflicto de intereses en el caso Shepry. Necesito inhibirme, con efecto inmediato.

La expresión de Rachel no cambió, pero su mirada se agudizó. Se quitó las gafas de lectura, las dejó sobre el escritorio y se reclinó en su silla.

—¿Qué tipo de conflicto?

—Es personal.

—¿Puede ser más específica?

—Preferiría no hacerlo.

El silencio se prolongó entre ellas. Rachel la estudiaba con la misma atención que dedicaba a los testigos hostiles, buscando tics, inconsistencias y la forma de lo que no se estaba diciendo.

—¿Esto tiene que ver con Valerie? —preguntó Rachel—. ¿O con Astoria Shepry?

A Miller se le tensó la mandíbula contra su voluntad. Debería haber esperado la pregunta. Rachel no había levantado un bufete de éxito pasando por alto las conexiones obvias.

—No puedo discutir los detalles —dijo Miller—. Pero sí puedo decirle que mi implicación continuada en el caso comprometería mi juicio profesional. Hago esto ahora porque es lo único correcto antes de que se produzca un daño mayor.

—Un daño mayor —Rachel repitió las palabras lentamente, saboreándolas—. Así que ya ha pasado algo.

No era una pregunta, pero Miller aun así no respondió. Rachel guardó silencio durante un largo momento. Sus dedos tamborilearon

una vez contra el escritorio, un gesto inusual en una mujer que no solía revelar nada.

—Es usted una buena abogada, Miller. Una de las mejores asociadas con las que he trabajado nunca. —Hizo una pausa—. Y hace esto porque cree que es la elección ética, aun sabiendo que suscitará preguntas y afectará a su trayectoria profesional aquí.

A Miller se le hizo un nudo en la garganta. —Lo sé.

—¿Ah, sí? —La voz de Rachel era firme—. La vía hacia la asociación no es algo que se dé por sentado. Se gana tras años de demostrar juicio, discreción, excelencia y compromiso. Abandonar un caso de alto perfil a mitad de camino, por razones que no quiere explicar... habrá gente que recordará eso.

—Lo entiendo.

—¿Y lo va a hacer de todas formas?

—Sí.

Rachel mantuvo su mirada un instante más y luego asintió lentamente—. Muy bien, entonces. Presentaré el papeleo hoy mismo. Yo era la responsable principal del caso de todos modos, así que la transición será fluida para Valerie —garabateó algo en su bloc de notas—. Tendré que decírselo. Dudo que se lo tome bien.

—Lo sé. Me gustaría estar presente cuando lo haga. Al menos se lo debo.

—¿Se lo debe? —Rachel arqueó ligeramente las cejas—. ¿O simplemente quiere controlar cómo se da la noticia?

Miller casi sonrió. Rachel de verdad lo veía todo. —Quizás ambas cosas.

—Está bien. La llamaré a las once. Se lo diremos juntas. —Rachel fue a coger sus gafas de lectura, pero se detuvo—. Miller.

—¿Dígame?

—No sé qué ha pasado. No voy a preguntar. Pero sea lo que sea, tenga cuidado. Ha trabajado demasiado duro como para tirarlo todo por la borda por algo que no durará.

Las palabras calaron hondo, más de lo que Miller esperaba. *Algo que no durará.* Rachel no sabía de qué estaba hablando, no podía saberlo, pero la suposición dolió de todos modos.

—Gracias por su comprensión —dijo Miller.

—No he dicho que lo comprenda. He dicho que aceptaré su inhibición. No es lo mismo. —Rachel se puso las gafas y las ajustó ligeramente. Se volvió de nuevo hacia su ordenador, en señal de clara despedida.

Miller se levantó y caminó hacia la puerta. Se detuvo, con ganas de decir algo más, de explicar y justificar para que Rachel viera que aquello no era descuido ni debilidad, sino todo lo contrario: la forma más difícil de disciplina. Pero no había palabras que pudieran ayudar, así que se limitó a decir «A las once» y se marchó.

Las dos horas previas a las once fueron las más largas de la carrera de Miller. Se sentó en su escritorio y fingió revisar los documentos de la fase probatoria de otro caso, pero las palabras se emborronaban. No dejaba de pensar en la cara de Rachel, en cómo las preguntas no formuladas y la advertencia aún persistían. Seguía pensando en qué diría cuando Valerie le exigiera unas respuestas que ella no podía dar. Seguía pensando en la carrera hacia la asociación que podría haber descarrilado, quizá para siempre, y en si la elección que había tomado esa mañana le parecería tan clara dentro de seis meses como en ese preciso momento.

La sala de conferencias parecía distinta con Valerie en ella.

Miller había estado en esa sala cientos de veces —reuniones con clientes, declaraciones, sesiones de estrategia—, pero algo en la presencia de Valerie alteraba el ambiente. Estaba sentada al fondo de la mesa como si la reclamara, con una postura perfecta y una sonrisa cálida y expectante. Vestía una blusa de seda y joyas elegantes, con el pelo recogido en ondas suaves.

Miller se sentó a un lado y Rachel se acomodó en la cabecera, cerca de la puerta, la posición de autoridad silenciosa.

—Gracias por venir con tan poca antelación —comenzó Rachel—. Ha habido una novedad en su caso que debemos comentar.

La sonrisa de Valerie flaqueó, solo ligeramente. —¿Qué tipo de novedad?

—Miller se inhibe de su equipo de representación, con efecto inmediato. Yo me encargaré del caso en solitario a partir de ahora.

El silencio que siguió fue tan tangible que casi se podía palpar.

La mirada de Valerie se desplazó lentamente de Rachel a Miller. La calidez de su expresión no desapareció, sino que se congeló, convirtiéndose en algo que tenía forma de sonrisa pero no lo era.

—Ya veo. —Su voz estaba perfectamente controlada—. ¿Puedo preguntar por qué?

—Hay un conflicto de intereses —dijo Rachel—. Es una cuestión profesional, y Miller está actuando de forma apropiada al retirarse ahora.

—¿Qué tipo de conflicto?

—Eso es confidencial.

Los ojos de Valerie no se habían apartado del rostro de Miller. —Se lo pregunto a Miller.

Miller le sostuvo la mirada firmemente. —No puedo discutir los detalles, pero quiero asegurarle que está en excelentes manos con Rachel. Ella ha sido la responsable principal de su caso desde el principio y nada de la estrategia legal va a cambiar.

—Eso no es lo que he preguntado. —La voz de Valerie seguía siendo agradable y pausada, pero algo se había endurecido bajo la superficie—. He preguntado qué tipo de conflicto le haría abandonar a una clienta a mitad de un caso. Porque, desde mi posición, solo hay una posibilidad.

Dejó la insinuación flotando en el aire.

—Valerie —dijo Rachel con tono de advertencia.

—Esto es por Astoria, ¿verdad? —Valerie se inclinó ligeramente hacia delante, con los ojos clavados en Miller—. Es lo único que tiene sentido. Ha estado distinta desde la audiencia preliminar. Me di cuenta entonces. La forma en que la miraba, la forma en que la defendió cuando le conté que me había insultado. Pensé que eran imaginaciones mías, pero no lo eran, ¿verdad?

A Miller se le encogió el pecho, pero mantuvo una expresión neutral. —No voy a discutir los motivos de mi recusación.

—No hace falta. Lo tiene escrito en la cara. —Valerie se recostó en el asiento y algo cambió en su actitud. La calidez desapareció por completo, reemplazada por algo más frío y calculador—. Confié en usted. Me senté en esta sala y le conté cosas que no le he contado a nadie. Pensé que estaba de mi lado.

—Estaba de su lado. He hecho mi trabajo...

—Su trabajo era protegerme de ella. —La voz de Valerie se elevó ligeramente, pero se contuvo de inmediato, recuperando el control —. Es una manipuladora, Miller. Lleva años manipulando a todo el mundo: a la junta, a los medios y ahora, al parecer, a usted. Sea lo que sea lo que le haya dicho, sea lo que sea lo que haya hecho, es lo que ella hace. Busca las debilidades y las explota.

Miller sintió que la acusación no era acertada y se obligó a no reaccionar. —Estoy gestionando esto de forma apropiada —dijo Miller en voz baja—. Es todo lo que puedo decirle.

—¿Apropiada? —Valerie soltó una carcajada, un sonido quebradizo—. ¿Me deja desprotegida en mitad de la batalla legal más importante de mi vida porque se ha acercado demasiado a mi exmujer y lo llama apropiado?

—Ya es suficiente —intervino Rachel con voz firme—. Miller está ejerciendo su criterio profesional, que es exactamente lo que haría cualquier abogada ética ante un conflicto de intereses. Está en excelentes manos, Valerie. El caso no se verá afectado.

Valerie tensó la mandíbula. Por un momento, Miller vio algo cruzar su rostro: no era dolor, ni traición, sino furia. La mirada de alguien que había perdido el control de una situación que creía haber manejado a la perfección.

—Bien. —Valerie se levantó, cogiendo su bolso con movimientos bruscos y precisos—. Supongo que no tengo otra opción.

—Es el procedimiento estándar —dijo Rachel—. La llamaré esta semana para revisar el cronograma de la siguiente fase.

Valerie no le hizo caso. Se detuvo en la puerta y miró a Miller con una expresión indescifrable. —Espero que sepa lo que está haciendo. Porque Astoria la destruirá de la misma forma que intentó destruirme a mí. Es solo cuestión de tiempo.

Se marchó sin esperar respuesta. La puerta se cerró tras ella y la habitación pareció de repente más ligera, como si se hubiera liberado una gran presión.

Rachel exhaló despacio. —Bueno, ha ido más o menos como esperaba.

A Miller le temblaban las manos; se las metió debajo de las piernas y esperó a que se detuvieran.

—Va a ser un problema —dijo Rachel.

—Sí, lo sé.

—Cree que te has visto comprometida. Estará pendiente de cualquier prueba. —Rachel recogió sus notas y se levantó—. Sea lo que sea esto, Miller —haya pasado algo o no—, tienes que andar con pies de plomo. Si encuentra algo que pueda usar, lo hará.

Miller asintió. No esperaba que Valerie señalara a Astoria tan rápido, pero ahora que lo había hecho, Miller sabía que no lo dejaría pasar. —Entendido.

Rachel se detuvo en la puerta y se volvió. —He dicho en serio lo de antes. Es una de las mejores asociadas con las que he trabajado. No lo eche a perder.

Dejó a Miller sola en la sala de juntas, sentada en el silencio mientras las acusaciones de Valerie resonaban en sus oídos. *«La destruirá de la misma forma que intentó destruirme a mí».*

Miller cerró los ojos. Pensó en Astoria en la biblioteca; no en el beso, sino en los momentos previos. El cansancio en su voz cuando hablaba de la última moción de Valerie, la forma en que sus hombros habían caído cuando pensaba que nadie la miraba, las grietas en su armadura de reina de hielo que nadie más parecía ver.

La versión de los hechos de Valerie presentaba a Astoria como la villana fría y calculadora. Pero Miller había visto algo distinto. Había visto a alguien ahogándose en una batalla que ella no había empezado, luchando por mantener la cabeza fuera del agua mientras su exmujer utilizaba el sistema legal como un arma contra ella.

Pero quizá Miller se equivocaba. Quizá Valerie tenía razón y Astoria la había manipulado a la perfección, encontrando sus debilidades y explotándolas.

Sin embargo, no lo creía.

Miller abrió los ojos y se puso en pie. El día ya iba por la mitad. Tenía otros casos en los que trabajar, otros clientes que requerían su atención y una carrera que salvar de los restos de la elección de esta mañana.

Pero, por debajo de todo eso, estaba esperando. No sabía muy bien a qué.

El apartamento de Miller estaba tranquilo cuando llegó a casa. Dejó el bolso junto a la puerta y se quedó en la entrada un momento, dejando que el silencio la rodeara. El lugar era pequeño —un apartamento de una habitación en una urbanización modesta en the Heights, nada parecido a la vida que imaginaba que llevaba Astoria—, pero era suyo. Lo había hecho acogedor con los años: mantas suaves en el sofá, fotos de sus madres en la estantería y una cocina que olía levemente al café que se había olvidado de terminar esa mañana.

Se quitó la ropa de trabajo y se puso la de correr, pensando en salir a trotar para despejarse. Pero no pasó de atarse los cordones cuando se detuvo, con una mano en el pomo de la puerta, incapaz de obligarse a salir.

¿Qué estaba esperando?

Miller se desató las zapatillas y las dejó junto a la puerta. Se preparó un sándwich al que no le encontró el gusto y se lo comió de pie ante la encimera de la cocina, viendo cómo la luz de la tarde se desplazaba por las paredes. Pensó en llamar a sus madres, pero no sabía qué decirles. *Hoy me he recusado de un caso porque he besado a la parte contraria en una biblioteca de derecho y no puedo dejar de pensar en ella.* Nadia lo entendería. Harper le haría preguntas difíciles que Miller no estaba lista para responder.

El día se repetía en fragmentos: la neutralidad profesional de Rachel, la sonrisa gélida de Valerie resquebrajándose por la furia.

Miller lavó el plato, lo secó y lo guardó. Limpió la encimera aunque ya estaba limpia. Estaba ganando tiempo, y lo sabía, pero la alternativa era quedarse quieta con sus pensamientos, y eso le parecía peor.

Su teléfono vibró sobre el mármol. A Miller se le dio un vuelco el estómago y se quedó mirando la pantalla sin cogerlo.

Número desconocido, prefijo local.

Vibró de nuevo. Lo cogió antes de que pudiera arrepentirse. — ¿Diga?

Hubo una pausa, y entonces habló una voz que habría reconocido en cualquier parte. —Miller, soy Astoria.

Miller contuvo el aliento. De todas las cosas que había imaginado al ver el número desconocido —un cliente, un colega, publicidad—, esta no era una de ellas.

—Hola —dijo, y la palabra salió más suave de lo que pretendía.

—Me he enterado de que se ha recusado del caso de Valerie. —La voz de Astoria era comedida, como siempre que tenía cuidado con lo que decía—. Gerald me lo ha dicho esta tarde.

—Las noticias vuelan.

—En los círculos legales, sí. —Hizo una pausa—. Él no sabía por qué. Solo dijo que había un conflicto de intereses y que Rachel se encargaría de todo sola.

Miller se apoyó en la encimera, presionando la mano libre contra la superficie fría. —Así es.

—¿Qué tipo de conflicto?

La pregunta quedó suspendida entre ambas. Miller podría desviarla. Podría darle a Astoria la misma respuesta vaga que le había dado a Rachel, la misma nada evasiva que le había ofrecido a Valerie. Sería lo más inteligente.

Pero estaba muy cansada de ser inteligente.

—Usted —dijo Miller—. El conflicto es usted.

Miller sintió el pecho pesado mientras escuchaba el silencio tenso que se extendía entre ellas.

—Ha dejado el caso —dijo Astoria lentamente—. Por mí.

—Por mi propia integridad, pero sí, también por usted.

—Miller. —La voz de Astoria se quebró ligeramente al pronunciar su nombre—. Yo no... Yo tampoco he dejado de pensar en ello. En usted. Pensé que me estaba volviendo loca.

—No está loca.

—No dejo de recordar la forma en que usted... —Astoria se interrumpió. Cuando volvió a hablar, su voz era más firme, pero solo por poco—. ¿Podemos hablar? En persona, quiero decir.

El pulso de Miller se aceleró. —Sí.

—Mañana. Hay un bar de hotel en el centro, The Meridian. ¿Lo conoces?

—Puedo encontrarlo.

—¿A las siete?

—Allí estaré.

Hubo otra pausa, más larga esta vez. Miller podía oír la respiración de Astoria al otro lado de la línea, y algo en esa intimidad —el simple sonido de su respiración— hizo que se le erizara la piel de expectación.

—Debería dejarla —dijo Astoria.

—Vale.

Ninguna de las dos colgó.

—Miller —dijo Astoria, con voz aún más baja—. Gracias por decirme la verdad.

—Estoy cansada de no decirla.

Dejó escapar un suave suspiro que podría haber sido una risa. —Sí. Yo también.

—Buenas noches, Astoria.

—Buenas noches.

La línea se cortó. Miller se quedó en la cocina, con el teléfono apretado contra el pecho, dejando que el peso de lo que acababa de pasar la invadiera por completo. Mañana por la noche se verían a las siete en The Meridian, se sentarían una frente a la otra y decidirían qué pasaría después.

Lo inteligente —lo seguro— sería alejarse. Tomar la recusación como una ruptura limpia, reconstruir su reputación profesional, fingir que el beso en la biblioteca fue un error puntual que nunca volvería a repetirse.

Pero Miller ya sabía que no iba a hacer eso.

Se había pasado la vida sin saber realmente qué quería. Había ido a lo seguro: en sus relaciones tibias con hombres, en su carrera respetable, en su vida que parecía correcta por fuera pero se sentía hueca por dentro.

Astoria la hacía sentir algo *real*. Aterrador, temerario y probablemente estúpido, pero real. Y no había ninguna posibilidad de que renunciara a eso.

14

Capítulo 14: Astoria

El Meridian era el tipo de hotel que entendía la discreción y lo suficientemente exclusivo como para que el personal estuviera entrenado para olvidar rostros, y Astoria lo había elegido exactamente por esa razón.

El bar ocupaba una esquina del vestíbulo, todo iluminación ámbar, sillones de cuero y el tintineo sordo de copas caras. El tipo de lugar al que la gente acudía para tener conversaciones que no querían que se oyeran por casualidad.

Llegó veinte minutos antes y se sentó en una mesa en el rincón del fondo, orientada de modo que pudiera ver la entrada. El camarero le trajo un gin-tonic sin que ella se lo pidiera —debía de tener aspecto de necesitar uno— y ella rodeó el vaso con los dedos sin llegar a levantarlo. El hielo se desplazó y se asentó. No bebió, sin embargo.

—El conflicto eres tú.

La voz de Miller había sonado muy firme por teléfono. Astoria había reproducido esas cuatro palabras cien veces desde anoche, dándoles vueltas como si fueran piedras en la palma de su mano, buscando la trampa. Tenía que haber una trampa. La gente no

sacrificaba su carrera por alguien a quien había besado una vez en una biblioteca hacía tres semanas.

Excepto que Miller lo había hecho. Había entrado en el despacho de su jefa y se había recusado de un caso de alto perfil, había dinamitado su carrera y, cuando Astoria le preguntó por qué, había dicho *tú* como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

Astoria consultó su reloj. 18:54. Seis minutos para que Miller cruzara esa puerta y tuvieran que decidir qué pasaría después.

Sabía lo que quería que pasara. Ese era el problema. Lo sabía desde la biblioteca, desde que las manos de Miller se enredaron en su pelo y aquel sonido desesperado que emitió contra la boca de Astoria. Lo sabía y se había pasado tres semanas intentando desterrarlo enterrándose en el trabajo y en las declaraciones juradas, pero en las noches de insomnio su mente volvía al sabor de los labios de Miller, por mucho que intentara reconducirla.

Tres semanas fingiendo que el beso fue un error y manteniendo la ficción de que podían volver al antes, pero no podían volver atrás. Astoria lo supo en el momento en que Miller se apartó en la biblioteca, con los ojos llorosos. Hay líneas que, una vez cruzadas, permanecen cruzadas.

La pregunta era si iban a cruzar alguna *más*.

Eran las 18:58. Astoria se alisó el frente de su blusa de seda —azul marino, sencilla, nada que pareciera demasiado forzado— y resistió el impulso de comprobar su reflejo en la oscura ventana. Tenía cuarenta y seis años. Había levantado una empresa de la nada, se había enfrentado a juntas hostiles e inversores depredadores, y había sobrevivido a quince años casada con una mujer que había convertido en arte el hacerla sentir pequeña. Ella no se ponía nerviosa.

Y, sin embargo, estaba nerviosa.

Las puertas del vestíbulo se abrieron exactamente a las 19:00 y entró Miller. El corazón de Astoria dio un vuelco complicado en su pecho. Miller llevaba un sencillo vestido cruzado de color verde oscuro, el pelo suelto sobre los hombros en lugar de recogido, y se movía por el vestíbulo con esa clase de confianza tranquila que hace que la gente mire dos veces sin saber muy bien por qué. Sus ojos

recorrieron la sala, encontraron a Astoria en la esquina y sostuvieron la mirada.

Por un momento, ninguna de las dos se movió.

Entonces Miller cruzó el bar, serpenteando entre las mesas, y se dejó caer en la silla frente a Astoria. De cerca, se la veía tan alterada como Astoria se sentía. Había una ligera tensión alrededor de sus ojos y sus manos no estaban del todo firmes cuando dejó el bolso.

—Hola —dijo Miller.

—Hola.

El saludo quedó suspendido entre ellas, insuficiente pero enorme. Apareció un camarero y Miller pidió una copa de chenin blanc, un vino blanco ligero y animado. Cuando volvieron a estar solas, el aire parecía esperar expectante.

—Has venido —dijo Astoria, y de inmediato se sintió estúpida. Por supuesto que había venido. Estaba sentada allí mismo.

—Casi no lo hago. —La honestidad de Miller era desarmante—. Me quedé en el aparcamiento diez minutos intentando convencerme de no hacerlo.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—No se me ocurrió ni una sola buena razón para irme. —La boca de Miller se curvó hacia arriba—. Tenía muchas razones, no obstante, pero ninguna era lo suficientemente buena.

El camarero regresó con el vino de Miller. Ella rodeó el tallo con los dedos, pero no levantó la copa.

—Necesito entender algo —dijo Astoria—. Lo que has hecho al recusarte no es ninguna tontería. Alguien como Rachel Hartwell lo recordará, y Valerie lo usará como arma. Podrías haber dañado toda tu carrera.

—Lo sé.

—Entonces... ¿por qué?

Miller se quedó callada un momento. Su pulgar trazó la base de su copa de vino, de un lado a otro, un gesto nervioso que Astoria ya había registrado.

Levantó la vista y su mirada fue inquebrantable a pesar del ligero temblor de su voz. —No podía ser su abogada y desearte tanto. No es ético. No era justo para ella, ni para ti, ni para mí misma.

Las palabras «desearte tanto» echaron raíces en algún lugar bajo las costillas de Astoria y se quedaron allí, cálidas y aterradoras.

—Y por eso elegiste esto —dijo Astoria—. Sea lo que sea este «esto».

—Elegí ser honesta conmigo misma. El resto... —Miller hizo un vago gesto entre ambas—, yo tampoco sé qué es esto. Solo sé que no podía seguir fingiendo que no estaba ahí.

Astoria levantó su gin-tonic, tomó un sorbo cuyo sabor no llegó a percibir y lo dejó. Estaba ganando tiempo, intentando encontrar un punto de apoyo en una conversación que se sentía como estar sobre arenas movedizas.

—Sabes... esto sigue siendo complicado —dijo—. Incluso sin el problema ético. Si alguien se enterara...

—Valerie diría que tenía razón desde el principio, que me sedujiste o que estuve comprometida desde el comienzo o cualquier versión de los hechos que la convierta a ella en la víctima.

—Sí.

—Y podría afectar a tu caso y darle munición.

—Sí.

—Y ambas podríamos acabar humilladas de formas que nos perseguirían durante años.

Astoria casi sonrió. —Se te da muy bien enumerar problemas.

—Hábito profesional. —La casi sonrisa de Miller se desvaneció—. He pensado en todo ello. Lo he pensado toda la noche y todo el día y sigo aquí, así que parece que pensar no está ayudando.

—¿Qué ayudaría?

La pregunta quedó suspendida entre ambas. Los ojos de Miller bajaron a la boca de Astoria, un destello tan rápido que podría haber sido imaginado, y luego retrocedió.

—Podrías decirme que me vaya —dijo Miller en voz baja—. Decirme que esto ha sido un error, que deberíamos achacar lo de la biblioteca a una locura temporal y volver a ser extrañas. Me iría si eso es lo que quisieras.

—¿Es eso lo que quieres tú?

—No. —La palabra salió con aspereza—. Pero probablemente es lo que debería querer.

Astoria se recostó en su silla, estudiando a Miller al otro lado de la mesa baja. La iluminación ámbar resaltaba las vetas doradas en su cabello y suavizaba la tensión de su mandíbula. Estaba hermosa, asustada y decidida, y Astoria deseaba tocarla tanto que le dolía la mano de solo pensarlo.

—Yo también debería querer eso —susurró Astoria—. Debería estar pensando en el caso, en el escándalo si esto sale a la luz, en todas las formas en que esto podría explotarnos en la cara a ambas. Y *estoy* pensando en esas cosas. No he pensado en otra cosa durante tres semanas.

—¿Y?

—Y yo también sigo aquí.

Algo cambió en la expresión de Miller. —¿Entonces, en qué punto nos deja eso?

Astoria consideró la pregunta. La respuesta honesta era que no lo sabía. Nunca se había visto en esta posición, no había deseado a alguien así desde hacía más tiempo de lo que podía recordar; quizá nunca. La respuesta segura era sugerir que se tomaran su tiempo, que lo pensaran bien y tomaran una decisión racional como las adultas inteligentes que se suponía que eran.

Estaba cansada de ir a lo seguro. Durante toda su vida, había ido a lo seguro y se había negado cualquier cosa que se pareciera demasiado al deseo. La voz familiar de Valerie sonaba en su cabeza, diciéndole que era incapaz de sentir un deseo real y que carecía por completo de pasión.

No se sentía carente de pasión en este momento. Sentía que se estaba quemando por dentro.

—Creo —dijo Astoria lentamente— que ya lo hemos decidido. Solo que todavía no lo hemos dicho en voz alta.

A Miller se le cortó el aliento, un sonido leve que apenas se oía sobre el ruido ambiental del bar. —¿Qué hemos decidido?

—Que no nos vamos a marchar y que vamos a hacer esto, sea lo que sea *esto*, aunque conozcamos todas las razones por las que no deberíamos. —Astoria mantuvo el contacto visual—. Dime que me equivoco.

Miller no dijo nada. En su lugar, estiró el brazo sobre la mesa y puso su mano sobre la de Astoria. Su palma estaba caliente, pero sus dedos estaban algo fríos por la copa de vino. El contacto envió una corriente por el brazo de Astoria hasta su pecho.

—No te equivocas —dijo Miller suavemente.

Se quedaron así un momento, con las manos entrelazadas sobre la mesa entre sus bebidas intactas, con el peso de la decisión posándose a su alrededor como un aliento contenido. Astoria podía sentir su pulso en la garganta y el ligero temblor en los dedos de Miller que delataba que no estaba tan tranquila como parecía.

—Bueno —dijo Miller—. ¿Y ahora qué...?

Astoria giró la mano, entrelazando sus dedos. Miller volvió a contener el aliento, y Astoria registró eso también, para volver a visitarlo más tarde cuando tuviera tiempo de pensar en qué significaba todo esto.

En este momento, no quería pensar. Quería actuar.

—Tengo una sugerencia —dijo Astoria—. Pero deberías saber a qué estás diciendo que sí antes de que la haga.

—Sé a qué estoy diciendo que sí.

—¿Ah, sí?

Miller apretó su mano. —Estoy aceptando algo que podría arruinarnos a las dos y que definitivamente lo complicará todo. Algo de lo que cada parte racional de mi cerebro me está gritando que me aleje. —Su voz bajó de tono—. Y acepto de todos modos porque pensar en cruzar esa puerta y volver a fingir que no te deseo es peor que todo lo demás.

Astoria sintió cómo las palabras aterrizaban, sintió cómo rompían algo en su pecho que había pasado años manteniendo sellado. Miller la miraba como si fuera alguien por quien valiera la pena arriesgarlo todo. Nadie la había mirado nunca así. Ni de lejos.

—Vale —dijo Astoria—. Entonces salgamos de aquí.

Hizo una señal para pedir la cuenta y el camarero la trajo, y luego se alejó sin mirarla. En cualquier otro bar, esto les costaría la propina, pero en un lugar como el Meridian, donde al personal se le pagaba por su discreción, les valía un extra.

Astoria dejó su tarjeta sin mirar el total. El camarero regresó un momento después, Astoria firmó el recibo y, así de simple, se quedaron sin razones para seguir en la mesa.

Miller la observó guardar la tarjeta en la billetera. —¿Qué sigue?

—Ahora decidimos si realmente vamos a hacer esto.

—Pensaba que ya habíamos decidido eso.

—Decidimos que no nos íbamos a marchar. —Astoria la miró a los ojos—. Esta es la parte en la que caminamos hacia otro lugar.

Miller sostuvo su mirada durante un largo rato, luego cogió su bolso y se levantó. Cruzaron el vestíbulo juntas hacia la recepción, tan cerca que Astoria podía oler el perfume de Miller; algo ligero y floral, nada parecido a los aromas fuertes y caros que prefería Valerie. El vestíbulo estaba tranquilo a esas horas, solo unos pocos viajeros de negocios registrándose, nadie que fuera a recordar a dos mujeres solicitando una habitación.

Astoria gestionó la transacción con eficacia: tarjeta de crédito, identificación, firma. Su nombre legal figuraba en la reserva, pero era su riesgo a asumir si alguien llegaba a mirar con suficiente atención. El recepcionista le entregó dos tarjetas-llave con una sonrisa profesional e indicaciones para llegar a los ascensores.

No hablaron mientras caminaban. El metro de distancia entre ellas se sentía cargado, como un cable eléctrico bajo tensión que ninguna de las dos estaba dispuesta a agarrar todavía. Las puertas del ascensor se abrieron dejando ver una cabina vacía. Entraron y Astoria pulsó el botón de la séptima planta. Las puertas se cerraron.

Se quedaron en lados opuestos del pequeño espacio observándose. El pecho de Miller subía y bajaba con demasiada rapidez. Las manos de Astoria querían juguetear para mantenerse ocupadas, así que las entrelazó a su espalda, apretando los dedos con fuerza.

Cuarta planta. Quinta. Luego la sexta.

—Astoria. —La voz de Miller era apenas un susurro.

Ella la miró, pero en ese momento se abrieron las puertas del ascensor. Salieron a un pasillo silencioso de alfombras apagadas y luz suave. Las puertas numeradas se extendían en ambas

direcciones. Astoria comprobó la funda de la tarjeta. Habitación 714, a la izquierda.

Caminaron en silencio, la anticipación era ya algo físico, presionando contra el pecho de Astoria y dificultándole respirar profundamente. Era consciente de Miller a su lado y del calor que irradiaba su cuerpo.

Astoria se detuvo frente a su habitación y se giró hacia Miller. —Última oportunidad. Una vez que crucemos esta puerta...

—Lo sé.

—¿Y estás segura?

Miller se acercó. Sin tocarla, todavía no, pero lo suficiente como para que Astoria pudiera ver la ligera dilatación de sus pupilas y el pulso saltando en la base de su cuello. —Nunca he estado menos segura de nada en mi vida —admitió Miller—. Y nunca he deseado nada más. Ambas cosas son ciertas.

Astoria sabía exactamente a qué se refería. Se giró y deslizó la tarjeta en la cerradura, y la luz parpadeó en verde. Empujó la puerta y se hizo a un lado, dejando que Miller entrara primero.

La habitación era la estándar de un hotel de lujo: cama de matrimonio extra grande, arte de buen gusto, cortinas abiertas a las luces de la ciudad allá abajo. Era anónima y temporal, suya por ahora.

Miller caminó hasta el centro de la habitación y se giró hacia ella. Astoria entró y dejó que la puerta se cerrara a su espalda. El clic del pestillo fue el sonido más fuerte del mundo. Se quedaron allí, a un metro de distancia, con el peso de todo lo que estaban a punto de hacer suspendido en el aire entre ellas.

Entonces Miller sonrió, de forma tímida y nerviosa, y dijo: —Hola de nuevo.

Astoria se rió, sorprendiéndose a sí misma. —Hola.

La tensión se rompió, solo un poco, lo justo. Cruzó la habitación hasta donde estaba Miller y, esta vez, no se detuvo. Alargó la mano y tocó el rostro de Miller, solo con las yemas de los dedos contra su mejilla, con la suficiente suavidad para que Miller pudiera apartarse si quería, pero no lo hizo. Miller cerró los ojos y se inclinó hacia el

contacto como si hubiera estado esperándolo, como si llevara semanas conteniendo el aliento y por fin pudiera exhalar.

—Oye —dijo Astoria suavemente.

Miller abrió los ojos. —¿Qué?

—Estás temblando.

—Lo sé. —Miller soltó una risita inestable—. Estoy nerviosa. No he... —Se detuvo y luego tragó saliva—. Nunca he hecho esto antes.

La mano de Astoria se quedó quieta en su mejilla. —¿Hecho qué?

—Esto. Nada de esto. —Miller bajó la mirada, luego volvió a levantarla, con algo vulnerable y decidido en su expresión—. Nunca he estado con una mujer.

La confesión aterrizó entre ambas. Astoria sintió el peso de lo que Miller le estaba diciendo: no solo inexperiencia, sino confianza. Miller le estaba entregando algo frágil con la esperanza de que ella no lo rompiera.

—No tenemos por qué... —empezó Astoria.

—Quiero hacerlo. —La voz de Miller era baja pero firme—. Quiero esto. Te quiero a *ti*. Solo... solo pensaba que deberías saberlo.

Astoria estudió su rostro, buscando dudas, vacilaciones o cualquier signo de que Miller estuviera allí por curiosidad más que por un deseo real. No encontró nada, solo nervios, deseo y el mismo ardor que la propia Astoria llevaba semanas arrastrando.

—Está bien —dijo Astoria—. Entonces iremos despacio, y tú me dices si algo no te hace sentir bien.

Miller asintió. —Vale.

—Lo digo en serio. Si quieres parar...

—Astoria. —Miller se acercó y presionó brevemente su dedo índice contra sus labios—. No quiero parar. Es solo que no sé del todo qué estoy haciendo.

Algo en el pecho de Astoria se conmovió, y se permitió sentirlo un poco más. —No pasa nada. Lo descubriremos juntas.

Astoria se inclinó para besarla.

Fue diferente a lo de la biblioteca. Aquel beso había sido desesperado, con semanas de tensión rompiéndose de golpe, ambas aferrándose a la otra como si temieran que la otra fuera a desaparecer. Este fue más pausado, más intencionado. Astoria la

besó como si tuvieran tiempo, como si solo estuvieran ellas dos en esa habitación anónima con las luces de la ciudad brillando al fondo.

Las manos de Miller subieron a descansar en las caderas de Astoria, al principio con timidez y luego con más seguridad. Respondió al beso con un suave sonido que hizo que a Astoria se le diera un vuelco el estómago y, cuando Astoria profundizó el beso, Miller le correspondió, aprendiendo el ritmo y encontrando su sitio.

Se separaron, ambas respirando con dificultad.

—¿Sigues bien? —susurró Astoria.

—Muy bien. —La voz de Miller sonaba ronca—. ¿Podemos repetir?

Astoria soltó una carcajada, una risa auténtica con una calidez que la sorprendió, y atrajo de nuevo a Miller hacia ella. El segundo beso cobró intensidad más rápido. Las manos de Miller se deslizaron de las caderas de Astoria a su espalda, atrayéndola más, y Astoria se dejó llevar. Podía sentir el calor del cuerpo de Miller a través de la ropa y podía sentir su propio pulso martilleando en su garganta, en sus muñecas, entre sus piernas. El deseo que había estado cociéndose a fuego lento aumentó, amenazando con desbordarse.

Hizo que Miller caminara hacia atrás, con pasos lentos, hasta que las piernas de Miller chocaron con el borde de la cama. Se detuvieron, con las frentes juntas y el aliento entremezclado.

—¿Sigues bien? —preguntó Astoria.

—Deja de preguntarme eso. —Miller tenía ahora las manos enredadas en su pelo—. Te diré si dejo de estarlo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Astoria la besó de nuevo y, esta vez, no se contuvo. Sus manos se enredaron en el pelo de Miller, tirando suavemente de los mechones en la base de la nuca. Su mano bajó a la cintura de Miller y jugueteó con el lazo del vestido.

Las manos de Miller recorrieron el costado de Astoria y sus dedos se enroscaron en el dobladillo de la blusa de seda de Astoria. La levantó ligeramente, como si no estuviera segura de si se le permitía quitársela.

A través del beso, Astoria asintió e hizo un sonido que esperaba que comunicara su disposición. Miller captó la señal y levantó la camisa lenta y cautelosamente, y Astoria se apartó un poco para ayudarla. Dejó que su camisa cayera al suelo junto a ellas, y el repentino frescor de la habitación le erizó la piel. Miller bajó la mano y tanteó mientras deshacía el cinturón de tela de Astoria. Levantó la vista y sonrió, casi con timidez, y algo dentro de Astoria se relajó. Arrugó el vestido de Miller en sus manos y se lo pasó por la cabeza, dejando que se uniera a su blusa en el suelo.

Los ojos de Astoria recorrieron el cuerpo de Miller. Su piel era cremosa y suave, sin imperfecciones, y llevaba un conjunto de sujetador y bragas de encaje negro a juego que hizo que el calor se concentrara en el vientre de Astoria. Ella misma se bajó los pantalones por las caderas y salió de ellos antes de presionar ligeramente a Miller sobre la cama con ella.

Miller se tumbó de espaldas y Astoria se inclinó, rozando con sus labios los de Miller en un beso lento y prolongado. Sus bocas se movían al unísono, tocándose ligeramente al principio y explorándose mutuamente. Miller apoyó su mano en los hombros de Astoria.

La boca de Astoria bajó por la mandíbula de Miller, depositando besos suaves y dulces a lo largo de la curva. Dejó que sus dientes rozaran la piel sensible justo debajo de la oreja de Miller y dio un pequeño mordisco. Miller contuvo el aliento y sus dedos se apretaron en el brazo de Astoria.

Astoria recorrió su cuerpo lentamente, empezando por la cintura de Miller. Trazó el borde de las bragas de Miller con las yemas de los dedos, luego deslizó las palmas hacia arriba por la suave tela de su sujetador, rodeando sus pechos con las manos. Miller se arqueó ligeramente, con los pezones endureciéndose bajo el contacto. Astoria apretó suavemente, sus pulgares rodeando las puntas a través del material de encaje, arrancando un suave gemido a Miller.

—¿Te gusta? —preguntó Astoria en voz baja, mientras clavaba su mirada en la de Miller.

—Sí —exhaló Miller, con una voz apenas audible.

Miller la alcanzó, rodeando con su mano dubitativa el pecho de Astoria a través del sujetador antes de apretar como Astoria había hecho. Astoria tarareó con aprobación y presionó su muslo entre las piernas de Miller. La fricción de sus bragas rozándose hizo que el vientre de Astoria doliera, una humedad cálida creciendo entre sus muslos.

Astoria se inclinó y la besó de nuevo, más profundamente esta vez, y dejó que su lengua se deslizara en la boca de Miller con deliberada lentitud. Su mano bajó más, enganchando sus dedos en la cintura de las bragas de Miller. Se detuvo y la miró.

—¿Puedo quitártelas?

Miller tragó saliva visiblemente y asintió. —Por favor.

Astoria sonrió, bajando el encaje por las caderas de Miller y lanzándolo a un lado. Se acomodó entre las piernas de Miller, sintiendo su propio cuerpo más cálido contra la piel más fresca de Miller. Empezando por la parte interna del muslo, Astoria subió a base de besos, con ligeros mordiscos puntuando el camino, pequeños pellizcos en la carne suave que hicieron que Miller se retorciera. Cuando llegó al sexo de Miller, que ya estaba húmedo por la excitación, Astoria no se apresuró. Separó sus pliegues con dos dedos, acariciando los labios externos lentamente, sintiendo cómo la humedad cubría su piel.

—Ya estás tan mojada —ronroneó Astoria contra la cara interna del muslo de Miller. Rodeó el clítoris de Miller con el pulgar, aplicando la presión justa sobre el bulto hinchado para que las caderas de Miller se arquearan contra ella. Miller gimió, aferrando las sábanas con las manos. Astoria se inclinó, sacando la lengua para saborearla, una lameradura larga y plana desde la entrada hasta el clítoris, y Miller soltó un grito.

Astoria se tomó su tiempo, lamiendo con pasadas lentas y constantes, cubriendo el sexo de Miller con su boca mientras succionaba suavemente el clítoris. Sus dedos se unieron, uno deslizándose por la entrada, provocando sin llegar a entrar. La respiración de Miller se volvió jadeante y su cuerpo temblaba por el placer que crecía capa a capa.

—Oh, Dios, esto se siente...

—Dime si quieres más —la animó Astoria, mientras su mano libre acariciaba el muslo de Miller. Deslizó un dedo en su interior, curvándolo hacia arriba para acariciar las paredes de Miller, mientras seguía lamiendo su clítoris. Astoria añadió un segundo dedo, bombeando lentamente, sin que su boca cediera en ningún momento. Miller se apretó alrededor de sus dedos y Astoria bombeó más rápido. Los gemidos de Miller se tornaron en un sonido bajo y gutural, y Astoria pudo sentir cómo el interior de Miller se tensaba aún más mientras buscaba el orgasmo. Astoria hundió sus dedos más profundamente y presionó su lengua con más firmeza contra el clítoris de Miller, y cuando todo el cuerpo de Miller se tensó, con su sexo pulsando alrededor de los dedos de Astoria, Astoria aguantó el ritmo y siguió lamiendo suavemente hasta que el cuerpo de Miller se quedó lacio.

—Mmmm, eres hermosa —dijo Astoria, subiendo para besarla y dejar que se saboreara a sí misma en los labios de Astoria.

Miller tardó un momento en recuperar el aliento. —Eso ha sido increíble. ¿Puedo... intentar eso contigo?

Los ojos de Astoria se iluminaron. —Me encantaría. Túmbate en la almohada. Yo te guiaré.

Se quitó sus propias bragas, revelando su sexo recién depilado, y se puso a horcajadas sobre el pecho de Miller, posicionándose para que Miller pudiera alcanzarla. —Empieza tocándome con las manos, como he hecho yo contigo, y siente lo mojada que estoy.

Los dedos de Miller subieron y trazaron sus pliegues, recorriéndolos lentamente. Los separó, encontrando el calor de Astoria, y Astoria gimió.

—Sí, justo así. Rodea mi clítoris con el pulgar, suavemente al principio.

Miller obedeció, frotando su pulgar contra el bulto hinchado en círculos lentos y cerrados. —Buena chica; ahora, desliza un dedo dentro y siente cómo me aprieto contra ti.

Miller introdujo su dedo corazón en la entrada de Astoria, y esta se contrajo a su alrededor. Miller jadeó y sus ojos se abrieron de par en par. Bombeó de forma experimental al principio, luego más rápido al encontrar su ritmo, arrancando un grito de asombro a Astoria.

—Añade un segundo dedo —jadeó Astoria—. El anular. Luego cúrvalos hacia arriba.

Miller siguió las instrucciones y Astoria pudo sentir cuando Miller la ensanchaba con un segundo dedo.

—Cúrvalos. Ahí, justo así. —A Astoria se le pusieron los ojos en blanco cuando Miller encontró su punto G y lo masajeó—. ¡Joder, sí! No pares.

Miller obedeció, continuando con las embestidas al mismo ritmo mientras el placer de Astoria crecía.

—¿Quieres probarme? —preguntó Astoria, mirando hacia abajo a Miller.

Las pupilas de Miller se dilataron. —Sí.

—Bien. —Astoria se desplazó hacia delante para que su sexo quedara cerca de la boca de Miller—. Lame despacio, de abajo a arriba, y pon la lengua plana.

Miller dudó solo un segundo antes de inclinarse, arrastrando su lengua por la hendidura de Astoria. La sensación suave y húmeda casi hizo que perdiera el control por completo, pero Astoria se contuvo, queriendo prolongar el momento.

—Mmmm, perfecto —suspiró Astoria cuando la lengua de Miller rozó su clítoris.

La boca de Miller se aferró entonces a su clítoris, succionando ligeramente mientras sus dedos seguían entrando y saliendo. Los gemidos de Astoria llenaron la habitación mientras movía las caderas en círculos.

—Estoy cerca, sigue así, justo así. No pares los dedos.

Miller continuó, sin aflojar ni romper el ritmo en ningún momento, su lengua golpeando su clítoris ligeramente y luego con más fuerza.

Astoria se agarró al cabecero mientras su cuerpo se tensaba y olas de placer ondeaban por su cuerpo. —¡Oh, Dios mío, sí!

Astoria disfrutó de las réplicas brevemente y luego se desplomó a su lado, atrayendo a Miller hacia un beso profundo.

—Eso ha sido la perfección —dijo Astoria—. Si no lo supiera de sobra, no habría adivinado que era tu primera vez con una mujer.

Las mejillas de Miller se sonrojaron por el elogio mientras se cubría con el edredón. —Ha sido increíble. Nunca... quiero decir... —Miró al techo un par de segundos—. Sí, increíble.

Astoria sonrió a su pesar y se acurrucó más cerca de Miller, oliendo su pelo y sintiendo el rastro de sudor en su cuello.

Astoria no supo cuánto tiempo estuvieron allí tumbadas.

Las luces de la ciudad se filtraban por las cortinas, proyectando suaves formas por el techo. Miller estaba acurrucada a su lado, con la cabeza en el hombro de Astoria y una mano apoyada en su estómago. Sus piernas estaban entrelazadas bajo las sábanas, piel contra piel, y Astoria no recordaba la última vez que se había sentido tan... en calma. No cansada, no entumecida, simplemente en calma de una forma que se parecía a la paz.

Trazó patrones ociosos en el brazo de Miller sin pensarlo. Círculos, espirales, nada en particular. Miller emitió un suave sonido y se apretó más contra ella.

—¿Estás bien? —preguntó Astoria.

—Mmm. —La voz de Miller sonaba somnolienta y satisfecha—. Más que bien.

—¿Sí?

Miller levantó la cabeza, apoyando la barbilla en el hombro de Astoria para mirarla. Tenía el pelo revuelto, los labios ligeramente hinchados y sonreía de una forma que hizo que algo se removiera en el pecho de Astoria.

—Sí —dijo Miller—. Eso ha sido... No sabía que podía sentirse así.

Astoria colocó un mechón de pelo detrás de la oreja de Miller, dejando que sus dedos se demoraran. ——¿Cómo?

—Como si todo tuviera sentido. —La sonrisa de Miller se volvió un poco tímida—. Me pasé tantos años pensando que algo iba mal conmigo. Que simplemente no estaba hecha para la pasión, o que le daba demasiadas vueltas a todo, o... —Sacudió la cabeza—. Resulta que solo estaba mirando en la dirección equivocada.

Astoria entendía eso mejor de lo que Miller creía. Depositó un beso en la frente de Miller, luego otro en su sien. Los párpados de Miller vibraron al cerrarse.

—Quédate ahí —murmuró Astoria, y no estaba segura de si se refería físicamente o solo... a quedarse en este momento. A mantenerse tierna y abierta y mirándola de esa manera.

Volvieron a sumirse en el silencio. Los dedos de Astoria encontraron el camino hacia el pelo de Miller, peinándolo suavemente y deshaciendo los enredos que habían creado antes. Miller prácticamente se derritió contra ella.

—Eso sienta bien —susurró Miller.

—Me alegro.

Más silencio con roces suaves: la mano de Astoria en su pelo, los dedos de Miller trazando su clavícula. Astoria dejó un beso en su hombro, luego otro, un rastro de ellos por la curva del músculo. Podía sentir la sonrisa de Miller contra su piel.

Esto era nuevo para ella. Había tenido sexo antes, mucho, aunque nunca así, el después. El querer quedarse, tocar, existir en el mismo espacio sin necesidad de llenarlo con palabras o actuaciones. Con Valerie, el después siempre se había sentido como bajar de algún sitio, un regreso a la distancia habitual que mantenían. Astoria había asumido que las cosas funcionaban así.

Pero no era así. Ahora lo sabía.

Miró el reloj de la mesita de noche. Pasaban de las once. Debería irse.

—¿En qué piensas? —preguntó Miller.

—En que debería irme. —La mano de Astoria se detuvo en su pelo—. Y en que realmente no quiero hacerlo.

Miller se quedó callada un momento. —Entonces no lo hagas.

—No puedo pasar la noche. Si alguien nos viera salir juntas por la mañana...

—Lo sé. —Miller se incorporó sobre un codo, mirando a Astoria—. Conozco los riesgos. No te pido que seas imprudente.

—Quiero ser imprudente. —La confesión se le escapó a Astoria antes de que pudiera detenerla—. Ese es el problema. Quiero quedarme aquí contigo y pedir servicio de habitaciones y quedarme dormida y no pensar en lo que pasará mañana. Quiero ser el tipo de persona que puede hacer eso.

La expresión de Miller se suavizó. Se inclinó y la besó, lenta, dulce y sin prisas. —Ya eres esa persona. Solo que también eres la persona que es precavida. Ambas cosas pueden ser ciertas.

Astoria se rió entre dientes. —¿Cuándo te has vuelto tan sabia?

—En algún lugar entre el ascensor y la cama, al parecer.

Se besaron de nuevo, más tiempo esta vez, y Astoria se dejó hundir en el momento, permitiéndose disfrutar de este último instante antes de que la realidad se reafirmara.

Cuando finalmente se separaron, ella se obligó a incorporarse. Las sábanas se amontonaban en su cintura, y sintió los ojos de Miller sobre ella, cálidos y agradecidos. No buscó su ropa de inmediato.

—La habitación está pagada hasta mañana —dijo Astoria—. Deberías quedarte. Duerme un poco, pide el servicio de habitaciones por la mañana; hacen un desayuno excelente. Carga lo que quieras a la habitación. He dejado mi tarjeta en recepción.

Miller arqueó una ceja. —¿Me estás alojando en un hotel?

—Me estoy asegurando de que no tengas que conducir a casa esta noche si no quieres. —Astoria buscó la mano de Miller y entrelazó sus dedos—. Y tal vez me guste la idea de que estés cómoda en una cama en la que acabo de estar contigo.

Las mejillas de Miller se sonrojaron. —Eso es... sorprendentemente romántico.

—No se lo digas a nadie. Tengo una reputación que mantener.

Miller se rió, y el sonido llenó algo en Astoria que había estado vacío durante más tiempo del que quería admitir.

Se vistió despacio, consciente de que Miller la observaba desde la cama. Se sentía íntimo de una manera distinta a como lo había sido desvestirse: el regreso al mundo exterior, capa por capa. Blusa, falda, tacones. Cuando terminó, se sentó en el borde de la cama.

Miller le alargó la mano y le arregló el cuello de la blusa, un pequeño gesto doméstico que hizo que a Astoria se le hiciera un nudo en la garganta.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó Miller.

—Pronto. —La palabra no era suficiente, pero era todo lo que Astoria tenía—. Aún no sé cómo funciona esto. Tendremos que ser cuidadosas.

—Lo sé.

—Pero sí quiero volver a verte. Quiero... —Astoria se detuvo, sin saber cómo terminar la frase. Quería tantas cosas que aún no podía nombrar.

—Lo sé —dijo Miller de nuevo, más suave esta vez—. Yo también.

Astoria se inclinó y la besó una última vez, un beso en condiciones, de esos que dicen adiós pero también prometen un hola.

—Duerme un poco —dijo—. Te llamaré.

—Más te vale.

Astoria sonrió, y sintió el gesto extraño en su rostro. Real de una forma que sus sonrisas no lo habían sido en años. Se obligó a caminar hacia la puerta. Se obligó a abrirla, a salir al pasillo y dejar que se cerrara tras ella. El clic del cierre sonó definitivo, pero no de mala manera, como el final de una cosa y el comienzo de algo distinto.

El trayecto a casa fue silencioso. No encendió la radio ni llenó el silencio con nada, simplemente se quedó con la sensación de la piel de Miller contra la suya, el sonido de su risa y la forma en que se veía a la luz de la lámpara con el pelo esparcido por la almohada.

Su casa estaba a oscuras cuando entró en la entrada. Se quedó en el coche un momento, con las manos aún en el volante, sin estar lista del todo para entrar y estar sola con todo aquello. Se sentía diferente. No transformada ni arreglada, simplemente... diferente, como si algo que había estado apretado con fuerza durante años finalmente se hubiera soltado.

Quería ver a Miller de nuevo. Quería tocarla, hablar con ella, aprender todas las cosas que aún no sabía. Quería descubrir en qué podía convertirse esto que había entre ellas si lo permitían.

Ese deseo se sentía nuevo. Parecía real.

Y por primera vez en más tiempo del que podía recordar, Astoria se permitió desear sin prepararse para el coste.

15

Capítulo 15: Miller

Los últimos temblores aún la recorrían cuando Astoria se desplomó contra su pecho, respirando con dificultad.

Miller mantuvo los ojos cerrados, con una mano enredada en el pelo de Astoria y la otra presionada contra la curva húmeda de su zona lumbar. Podía sentir el latido del corazón de Astoria golpeando contra sus propias costillas y las pequeñas réplicas que aún las sacudían a ambas, y no quería moverse. No quería romper el hechizo que se había apoderado de aquella habitación de hotel anónima, con su arte genérico y sus sábanas que probablemente tenían más hilos de los que ella sabía que existían.

La tercera vez. Era solo la tercera vez y el cuerpo de Miller ya conocía el de Astoria como un mapa que llevara años estudiando.

Astoria levantó la cabeza, dejando caer el cabello sobre el hombro de Miller, y le dio un beso perezoso en la clavícula. Luego otro, un poco más arriba. Luego en el hueco de la garganta.

—Vas a volver a empezar algo —murmuró Miller.

—¿Sería eso un problema?

—Ya hemos empezado algo dos veces esta noche.

La risa de Astoria fue un resoplido cálido contra su piel. —Soy consciente.

Se movió, apoyándose en un codo para poder mirar a Miller desde arriba. El maquillaje se le había corrido un poco, su pelo era un desastre y aún conservaba un rubor intenso en las mejillas. No se parecía en nada a la reina de hielo que Miller había conocido ante una mesa de juntas hacía tres meses. Se la veía suave y satisfecha.

Miller alargó la mano y le apartó un mechón de pelo tras la oreja, dejando que sus dedos recorrieran la línea de la mandíbula de Astoria. Los ojos de Astoria se entrecerraron ante el roce.

—¿Qué? —preguntó Astoria.

—Nada. Solo miro.

—¿El qué?

A ti, pensó Miller. *Cómo te ves cuando no estás actuando para nadie. Cómo suenas cuando te desmoronas. Todo lo que no sabía que me faltaba hasta hace nada.*

—El techo —dijo en su lugar—. Un techo muy interesante.

Astoria miró hacia la anodina extensión blanca que tenían encima, y luego volvió a mirar a Miller con una ceja levantada. —Mentirosa.

—Pésima mentirosa. Es una desventaja profesional.

Eso le valió una sonrisa de verdad, de las que arrugan las comisuras de los ojos de Astoria. Miller la catalogó automáticamente, añadiéndola a la creciente colección de expresiones que había aprendido a reconocer: la sonrisa cortés que Astoria llevaba como armadura, la sonrisa afilada que precedía a un argumento devastador y la sonrisa privada que Miller empezaba a sospechar que muy poca gente había visto nunca.

Astoria volvió a acomodarse a su lado, con la cabeza en el hombro de Miller y una pierna enganchada sobre el muslo de esta. Su peso la ayudaba a mantener los pies en la tierra. Miller trazó patrones ausentes en su brazo y observó las luces de la ciudad pintar sombras cambiantes en la pared.

—¿En qué piensas? —preguntó Astoria al cabo de un rato.

Miller consideró volver a desviar el tema. Sería más fácil soltar un chiste y mantener las cosas ligeras, pero estaba cansada de lo ligero. Se había pasado treinta y seis años manteniendo las cosas ligeras y mira adónde la había llevado aquello.

—Pienso en lo difícil que es irse —dijo en voz baja—. Cada vez es más difícil.

La mano de Astoria se detuvo en su estómago. —Sé a qué te refieres.

—Si esto fuera solo... —Miller dejó la frase en el aire, sin saber cómo terminarla. ¿Solo sexo? ¿Solo algo físico? ¿Solo dos personas quemando tensión en habitaciones de hotel? Nunca había sido *solo* nada, ni desde el primer momento en que sus manos se habían rozado sobre unos papeles desparramados en el ascensor del juzgado.

—¿Solo qué? —la animó Astoria.

—No lo sé, más fácil de categorizar. —Se rio—. Oye, soy abogada. Me gustan las cosas que puedo categorizar.

—¿Y esto no puedes categorizarlo?

—¿Puedes tú?

Astoria se quedó callada un momento. Sus dedos reanudaron el movimiento, recorriendo las costillas de Miller, la curva de su cintura. —No —admitió—. No puedo.

De algún modo, aquello fue tranquilizador. Ambas estaban perdidas en el mismo territorio inexplorado.

Miller giró la cabeza para depositar un beso en el pelo de Astoria. Olía a champú caro, a sexo y a algo por debajo que era simplemente *ella*, algo que Miller había empezado a ansiar en las horas que transcurrían entre aquellos encuentros robados.

—Debería irme —dijo Astoria, pero no se movió—. Son casi las once.

—Lo sé.

Fuera, un coche pasó por la calle de abajo y sus faros barrieron brevemente la ventana. El aire acondicionado zumbaba. Miller fue consciente de su propio latido, ahora pausado, y de la respiración de Astoria, lenta y rítmica contra su hombro.



El jueves por la mañana, Miller se quedó mirando el mismo párrafo de una petición de custodia por tercera vez y no retuvo nada.

El caso Stewart era una disputa sencilla sobre el régimen de visitas de verano. Había llevado docenas, si no cientos, de casos similares y prácticamente podría redactar la respuesta en sueños. Pero su mente no dejaba de escurrirse hacia los lados, regresando al peso del cuerpo de Astoria contra el suyo, al sonido que había emitido cuando los dedos de Miller habían encontrado exactamente el punto adecuado, a la forma en que se veía bajo la tenue luz de otra habitación de hotel...

Miller se presionó los ojos con las palmas de las manos y exhaló. Esto se estaba convirtiendo en un problema.

No la aventura en sí. Había hecho las paces con eso, o al menos había metido sus reservas en una caja que no abría durante las horas de luz. Se había recusado correctamente. No había ninguna violación ética, ni conflicto de intereses, nada que hiciera que la inhabilitaran o la sancionaran. Sobre el papel, estaba limpia.

Pero el papel no era el problema.

El problema era que se había apartado de un caso de gran repercusión por razones que no podía explicar, y Rachel había aceptado su recusación con el tipo de cortesía profesional que dejaba claro que habría preguntas más adelante. El problema era que Valerie Shepry-Dane la había mirado al otro lado de la mesa de juntas y había visto exactamente lo que Miller había intentado ocultar. El problema era que las comunidades jurídicas eran pequeñas, y la de Phoenix Ridge lo era aún más, y si alguien se enteraba de que Miller Scott pasaba sus noches en habitaciones de hotel con la mujer contra la que había sido contratada para luchar en un tribunal de divorcio...

No terminó el pensamiento. No hacía falta.

Su teléfono vibró; un mensaje de un número desconocido que reconoció de todos modos porque lo había memorizado sin guardarlo en sus contactos. Denegación plausible, lo había llamado Astoria. Como si algo de todo esto fuera ya denegable.

Leyó el mensaje: *«¿Sábado? ¿A la misma hora?».*

Eran solo cuatro palabras, pero el cuerpo de Miller respondió a ellas: un sofoco de calor, una contracción en el bajo vientre, el cálculo mental inmediato de cuántas horas faltaban hasta la noche del sábado.

Le respondió: *«Sí».*

Luego se quedó allí sentada, con el móvil en la mano, y pensó en lo que costaría la habitación. El hotel de anoche había sido incluso mejor que el anterior, que a su vez había sido mejor que El Meridian, donde habían empezado. Astoria iba rotando por ellos como quien elige restaurantes: nunca el mismo sitio dos veces, siempre algún lugar con buena seguridad y personal entrenado para olvidar caras. Miller no sabía el precio exacto de una habitación en el hotel de anoche, pero podía imaginarlo. Trescientos la noche, quizá más. La mitad de su sueldo semanal neto por unas horas de privacidad.

Astoria nunca mencionaba el coste ni dudaba al entregar su tarjeta. Para ella no era nada, un simple error de redondeo, y Miller no se lo reprochaba. Astoria se había ganado su dinero y había construido algo real, pero a veces resultaba extraño. La brecha entre sus mundos se hacía visible en el número de hilos de las sábanas y en el peso de los albornoces del hotel.

—Miller.

Levantó la vista. Rachel estaba en el umbral de su despacho, con las gafas de leer subidas al pelo y una carpeta en la mano.

—¿Tienes un minuto?

—Por supuesto. —Miller dejó el teléfono boca abajo sobre el escritorio.

Rachel entró pero no se sentó, lo cual significaba que sería breve. —Solo un aviso sobre el caso Shepry. Las conversaciones para el acuerdo se rompieron la semana pasada cuando Valerie rechazó la última oferta. Ahora está presionando para que se acelere la fecha del juicio y quiere que esto se resuelva antes de que acabe el verano.

Miller mantuvo una expresión neutral. —¿La ha rechazado? Pensé que quería un acuerdo rápido.

—Al parecer, las condiciones no eran lo bastante favorables. Está convencida de que le irá mejor ante un juez. —Rachel sacudió la

cabeza levemente—. Entre nosotras, no estoy segura de que tenga razón. La documentación de Astoria es... exhaustiva.

A Miller se le encogió el pecho al oír el nombre, pero mantuvo la voz equilibrada. —Astoria siempre fue organizada. Recuerdo los archivos de la fase de proposición de prueba.

—Obsesivamente. Cada recibo, cada correo electrónico, cada anotación en el calendario de los últimos quince años. —Rachel hizo una pausa, y algo cruzó su rostro—. Valerie dice que es una prueba de comportamiento controlador. Pero, ¿sinceramente? Parece más bien el comportamiento de alguien que sabía que algún día tendría que defenderse.

Las palabras aterrizaron en algún lugar incómodo. Miller pensó en la meticulosa planificación de Astoria, en la forma en que rotaba de hotel, en los mensajes al estilo de un teléfono de usar y tirar. En su momento, Miller había asumido que era paranoia o quizá solo los hábitos de alguien acostumbrado a que la vigilen. Pero ¿y si era algo más? ¿Y si era el comportamiento aprendido de alguien que se había pasado años siendo culpada de cosas que no había hecho?

—*Es fría* —había dicho Valerie en su primera reunión—. *Incapaz de tener sentimientos reales. Me hacía sentir que estaba loca por querer afecto.*

Miller le había creído. Se había sentado en aquella sala de juntas, había mirado la compostura ensayada de Valerie y había visto a una mujer a la que habían dejado helada en su propio matrimonio.

Pero la mujer con la que Miller había estado anoche no era fría. La mujer que se había reído contra su hombro, que había trazado patrones ociosos en su piel, que había susurrado *cinco minutos más* como si marcharse fuera físicamente doloroso... esa mujer era cualquier cosa menos fría.

—¿Miller?

Parpadeó. Rachel la observaba de nuevo con esa mirada mesurada, esa que veía demasiado.

—Perdone, solo estaba pensando.

—Ya. —Rachel no parecía convencida—. En fin, sé que estás fuera del caso, pero tú hiciste el análisis inicial. Si tengo dudas sobre la documentación temprana... ¿puedo contar contigo?

—Estaré encantada de ayudar con cualquier cosa que no cree un conflicto.

Rachel la estudió un instante. —¿Cómo llevas todo esto?

—Bien. Estoy ocupada con la evaluación de custodia de los Stewart.

—No es eso lo que te he preguntado.

Miller se obligó a sostenerle la mirada a Rachel. —Estoy bien, Rachel. De verdad. —La mentira le supo a cobre en la boca.

Rachel asintió despacio, de la forma en que lo hacía cuando decidía no presionar. —De acuerdo, avísame si necesitas cualquier cosa.

Se marchó. Miller se quedó sentada en el silencio de su despacho, escuchando su propio corazón.

Debería terminar. Esa era la jugada inteligente y segura. Alejarse antes de que nadie se enterara, antes de que Valerie pudiera confirmar sus sospechas, antes de que las miradas cautelosas de Rachel se convirtieran en preguntas directas que Miller no pudiera responder. Podría mandarle un mensaje a Astoria ahora mismo: *Tenemos que parar. Esto es demasiado arriesgado. Lo siento.*

Pero su teléfono seguía boca abajo en su escritorio.

La verdad era que no quería que nada parara. Ni el sexo, que estaba resultando revelador de formas que aún estaba procesando. Ni las horas robadas en habitaciones anónimas. Ni siquiera el peligro, si era sincera consigo misma.

No quería dejar de ver a Astoria, de oírla reír y observar cómo se le caía la máscara para revelar a la mujer que había debajo, esa a la que Valerie había llamado fría y rota. Valerie se había equivocado en eso, y Miller empezaba a preguntarse en qué más se habría equivocado.

Si fuera solo algo físico, podría manejarlo. Podría compartimentarlo, guardarlo en su caja hasta que el divorcio fuera definitivo y pudieran decidir qué venía después. Pero no era solo algo físico, y Miller empezaba a sospechar que estaba metida en un lío que no podía controlar.

Cogió la petición de los Stewart y empezó a leer el mismo párrafo por cuarta vez.

~

El sábado tardó una eternidad en llegar.

Miller había intentado mantenerse ocupada —la presentación de los Stewart, una consulta con un nuevo cliente, ropa sucia que llevaba dos semanas acumulándose—, pero las horas se estiraban como el chicle, cada una más larga que la anterior. Para cuando entró en el aparcamiento de otro hotel más, sus nervios vibraban con algo que se parecía menos a la ansiedad y más al hambre.

Astoria ya estaba allí cuando Miller llamó a la puerta. Esta se abrió y, durante un instante, se limitaron a mirarse. Astoria llevaba una sencilla blusa de seda, por fuera del pantalón, y estaba descalza. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y tenía un aspecto más dulce de lo que Miller la había visto nunca en público.

—Hola —dijo Miller.

—Hola. —Astoria le cogió de la mano y tiró de ella hacia dentro.

Esta vez fue diferente. Miller lo sintió de inmediato, algo pausado en el ambiente, un acuerdo mutuo y tácito de rebajar la velocidad. Se besaron en la puerta, pero la cosa no escaló como solía hacerlo. En su lugar, Astoria se apartó y la guió hasta el pequeño sofá junto a la ventana, donde una botella de vino reposaba abierta sobre la mesa.

—He pensado que podríamos hablar primero —dijo Astoria—, si te parece bien.

—Me parece más que bien.

Se sentaron cerca, rozándose las rodillas, con las copas de vino en la mano. La ciudad brillaba tras el ventanal y la habitación estaba en silencio, salvo por el leve zumbido del aire acondicionado. Miller dio un sorbo al vino, cuyo sabor apenas percibió, y esperó.

—Cuéntame algo —dijo Astoria—. Algo que no sepa de ti.

Miller sopesó la petición. Había tanto que Astoria no sabía: su infancia, sus relaciones fallidas, los años que había pasado sintiendo que observaba su propia vida desde la distancia. Pero todo eso le pareció demasiado pesado para esta noche.

—Crecí con dos madres —dijo en su lugar—. Nadia y Harper. Llevan juntas desde antes de que yo naciera.

La expresión de Astoria se suavizó. —¿Cómo fue aquello?

—Normal, la mayor parte del tiempo. Phoenix Ridge no es precisamente territorio hostil para las familias queer. —Miller sonrió —. Tenía amigos con dos padres, amigos con madres solteras, amigos criados por sus abuelos. Nadie se extrañaba de mi familia.

—Suena bien.

—Lo era. Lo es. —Miller recorrió el borde de su copa con el dedo —. Pero aquí viene lo extraño. Incluso con eso, incluso habiendo crecido en una casa donde que dos mujeres se amaran era lo normal, nunca me planteé que yo pudiera no ser heterosexual. Simplemente no se me ocurrió.

Astoria ladeó la cabeza. —¿Por qué crees que fue así?

—No lo sé. Quizá porque mis madres nunca me presionaron. Dejaron que descubriera las cosas por mi cuenta y yo, simplemente... no lo descubrí. Hasta ahora. —Miller soltó una risita suave—. Salía con chicos porque era lo que pensaba que debía hacer. Y estaba bien. Era agradable, incluso, pero nunca fue...

Dejó la frase en el aire, sin saber cómo terminar.

—¿Nunca fue qué? —la animó Astoria con dulzura.

—Nunca fue como esto —dijo Miller—, ni de lejos.

Algo brilló en los ojos de Astoria. Dejó su copa de vino y alargó la mano hacia el rostro de Miller, rodeándole la mandíbula con una ternura que hizo que a Miller le doliera el pecho.

—No sé qué es esto —murmuró Astoria—. Pero tampoco se parece a nada que yo haya tenido antes.

Miller giró la cabeza para presionar un beso en la palma de Astoria. —Menos mal. Odiaría ser la única que está completamente perdida.

Astoria se rió, de forma grave y cálida, y entonces empezó a besarla; las copas de vino quedaron olvidadas mientras pasaban del sofá a la cama en un enredo de extremidades y sonidos suaves.

El beso se hizo más profundo mientras Astoria la guiaba hacia atrás, sin que sus cuerpos perdieran el contacto ni siquiera cuando la parte posterior de las rodillas de Miller chocó con el borde de la

cama. Ella se rió contra la boca de Astoria, sin aliento, mientras caían sobre el colchón en un caos de piernas, brazos y ropa a medio quitar. La seda de la blusa de Astoria se sentía fresca contra sus dedos mientras agarraba la tela, atrayéndola más hacia sí. Lo habían hecho ya las suficientes veces como para que la urgencia se hubiera suavizado hasta convertirse en algo más lento, como quien saborea un plato favorito en lugar de devorarlo.

Las manos de Astoria ya trabajaban en el dobladillo del jersey de Miller, pelándolo hacia arriba y por encima de su cabeza con una facilidad experta. El aire de la habitación era cálido, pero aun así el vello se le erizó por toda la piel cuando los dedos de Astoria recorrieron las pecas esparcidas por sus clavículas y luego bajaron más, rodeando sus pezones a través del encaje de su sujetador. Miller se arqueó ante el contacto, mordiéndose el labio mientras el pulgar de Astoria rozaba la punta endurecida.

—Eres tan jodidamente sensible —murmuró Astoria con voz ronca, antes de capturar su boca de nuevo en un beso que dejó a Miller mareada.

Ella no perdió el tiempo en devolverle el favor. Sus dedos encontraron los botones de la blusa de Astoria y los fue desabrochando uno a uno, revelando la suave piel olivácea que había debajo. La tela se deslizó por los hombros de Astoria, amontonándose alrededor de sus muñecas antes de que Miller terminara de quitársela. Astoria no llevaba sujetador y Miller aprovechó plenamente la situación rodeando sus pechos con las palmas de las manos, mientras sus pulgares rozaban sus pezones oscuros y tiesos. Astoria soltó un suspiro entrecortado, arqueando la espalda ligeramente, y Miller sonrió.

—¿Te gusta eso?

—Sabes que sí —le espetó Astoria, pero su voz ya se estaba volviendo más espesa mientras sus manos se ocupaban de desabrochar los vaqueros de Miller.

La tela vaquera estaba ajustada, pegada a sus muslos, y Astoria se tomó su tiempo para bajar la cremallera, rozando con los nudillos el calor húmedo entre las piernas de Miller. Miller siseó y sus caderas se agitaron hacia arriba de forma involuntaria. Astoria soltó una

carcajada, grave y oscura, antes de enganchar los dedos en la cinturilla y bajarle los vaqueros y las bragas en un solo movimiento fluido.

El aire cálido golpeó su sexo mojado y Miller abrió más los muslos, sin vergüenza. La mirada de Astoria bajó, hambrienta, antes de inclinarse y presionar un beso lento, con la boca abierta, en la parte interna del muslo de Miller.

—Joder —jadeó Miller, enredando los dedos en el pelo de Astoria. Podía sentir el aliento de Astoria, caliente y provocador, a escasos centímetros de donde más lo necesitaba—. Deja de vacilarme.

Astoria se rió y la vibración hizo que la piel de Miller hormigueara. —¿Desde cuándo te gusta ir rápido?

—Desde que te estás portando como una jodida sádica.

Aquello le valió otra risotada, pero *finalmente,* la lengua de Astoria recorrió su hendidura lentamente de abajo arriba. La espalda de Miller se arqueó separándose de la cama, mientras un sonido roto escapaba de su garganta. Las manos de Astoria agarraron sus muslos para mantenerla abierta, mientras su boca trazaba círculos perezosos y desesperantes alrededor de su clítoris antes de bajar más, introduciendo la lengua en su interior con la presión justa.

Los dedos de Miller se apretaron en su cabello y sus caderas se mecieron al compás de los movimientos de Astoria. —Dios, tu boca...

Astoria se apartó lo justo para dedicarle una sonrisa de suficiencia, con los labios relucientes. —Hablas demasiado.

Antes de que Miller pudiera replicar, los dedos de Astoria se unieron a la fiesta y dos de ellos se deslizaron en su interior con facilidad. Miller jadeó y sus uñas rasparon el cuero cabelludo de Astoria mientras esta la follaba de forma lenta y profunda, sin que su lengua abandonara su clítoris. La espiral de placer en su vientre se tensó y sus muslos empezaron a temblar. Estaba cerca, tan jodidamente cerca, pero Astoria se apartó, dejándola vacía y gimiendo.

—No te atrevas a parar...

Astoria la interrumpió trepando por su cuerpo y capturando su boca en un beso. Miller podía saborearse a sí misma en los labios de

Astoria y sentir la humedad restregada por su barbilla. Era obsceno; era *excitante*. Les dio la vuelta en un movimiento rápido, inmovilizando a Astoria debajo de ella. —Mi turno.

Astoria no se resistió; se limitó a despatarrarse contra las almohadas, observándola con ojos oscuros y entornados mientras Miller bajaba por su cuerpo a base de besos. Se tomó su tiempo, trazando cada curva y cada hueco con la boca: el ángulo marcado de los huesos de la cadera de Astoria, la suavidad de la cara interna de sus muslos, la forma en que se le entrecortaba la respiración cuando los dientes de Miller rozaban su piel. Para cuando llegó al sexo de Astoria, esta ya estaba empapada, con el clítoris hinchado y pidiendo atención.

Miller no la hizo esperar. Hundió la cara entre las piernas de Astoria, con la lengua plana y firme contra su clítoris y los dedos presionando en su interior sin preámbulos. Las manos de Astoria volaron hacia su pelo y sus caderas se alzaron con fuerza contra su boca. —Joder... Así, exactamente así.

Miller tarareó en respuesta y la vibración hizo que los muslos de Astoria se cerraran alrededor de su cabeza. Trabajó sus dedos profundamente, curvándolos de la forma adecuada, mientras su mano libre subía para retorcer el pezón de Astoria. El sonido que emitió Astoria fue medio gemido, medio gruñido, y su cuerpo se tensó mientras llegaba al orgasmo con un grito roto, con su sexo pulsando alrededor de los dedos de Miller.

Miller no aflojó, lamiéndola durante todo el proceso, deleitándose con la forma en que los muslos de Astoria temblaban y su respiración se volvía espasmódica. Solo cuando las manos de Astoria se suavizaron en su pelo, empujándola hacia atrás con un débil «Vale, vale», se apartó, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Astoria estaba hecha un desastre —el pelo revuelto, los labios hinchados, la piel sonrojada— y Miller nunca había visto nada más hermoso.

Pero entonces Astoria sonrió de lado, haciéndole una seña con el dedo. —Sube aquí.

Miller enarcó una ceja pero obedeció, horcajándose sobre la cara de Astoria sin dudarlo. Las manos de Astoria agarraron su culo, tirando de ella hacia abajo, y entonces su lengua volvió a estar donde Miller más la necesitaba, caliente y plana contra su clítoris.

La sensación fue inmediata. La boca de Astoria la devoraba, succionando su clítoris mientras Miller se balanceaba suavemente. Con las manos en el cabecero para mantener el equilibrio, Miller presionó hacia abajo; el calor húmedo de la lengua de Astoria la estaba volviendo loca. Entonces el vibrador zumbó contra su trasero, no penetrando, sino con la punta presionando solo contra su mejilla, enviando las vibraciones directamente a su núcleo.

—Joder, eso es... —Miller no pudo terminar, su placer se disparó cuando Astoria bajó el juguete, rodeando su entrada antes de deslizarlo superficialmente, golpeando directamente su punto G con la curva. La lengua de Astoria nunca dejó de lamer su clítoris; la dualidad de sensaciones hacía que los muslos de Miller temblaran. Cabalgó con más fuerza mientras la habitación se llenaba con sus fuertes gemidos.

El orgasmo se formó rápido e intenso, rompiendo sobre ella mientras se corría en la cara de Astoria, con su sexo apretando el vibrador.

Se desplomaron juntas, agotadas y pegajosas, con el vibrador olvidado sobre las sábanas. Miller lo cogió más tarde, limpiándolo con un pañuelo de la mesita de noche, con una sonrisa perezosa mientras Astoria la observaba.

Después, se quedaron tumbadas bajo la luz tenue, con las piernas desnudas entrelazadas y la cabeza de Miller sobre el pecho de Astoria. Podía oír el latido del corazón de Astoria, un ritmo constante y lento, y se dejó llevar por la comodidad del momento.

Sus dedos trazaban caminos ociosos por la piel de Astoria: por el saliente de su clavícula, la pendiente de su hombro, la curva de su brazo. Se detuvo cuando la sintió: una pequeña línea en relieve justo debajo del omóplato de Astoria, apenas perceptible a menos que te fijaras. Una cicatriz, vieja y borrosa, al parecer.

El pulgar de Miller la acarició suavemente. Quería preguntar: *¿cómo te hiciste esto?, ¿qué pasó?, ¿quién te hizo daño?*. Pero algo

la frenó. La pregunta parecía demasiado grande para este momento de calma, demasiado pesada para la frágil paz que habían construido.

En su lugar, depositó un beso en el hombro de Astoria, justo encima de la cicatriz, y sintió que el brazo de Astoria se apretaba a su alrededor.

—Quédate un poco más —dijo Astoria.

—No me voy a ninguna parte.

Se quedaron allí hasta que el reloj de la mesita de noche marcó más de las once y media. Finalmente, a regañadientes, se desenredaron y comenzaron el ritual familiar de regresar al mundo exterior. Recuperaron la ropa de donde había quedado esparcida al azar y se peinaron el pelo con los dedos para dejarlo algo presentable.

En la puerta, se despidieron con un beso, más largo de lo que deberían, más suave de lo que Miller esperaba. Cuando finalmente se apartó, la mano de Astoria permaneció un instante en su muñeca.

—Lo de hoy ha estado bien —dijo Astoria en voz baja—. La parte de hablar, quiero decir. No solo...

—Sé a qué te refieres. —Miller sonrió—. A mí también me ha gustado.

Se obligó a marcharse antes de poder cambiar de opinión sobre el hecho de irse. El trayecto a casa fue silencioso. Miller dejó la radio apagada y la ventanilla entreabierta, con el aire nocturno fresco contra su rostro. Su mente no dejaba de volver a la habitación del hotel; no al sexo, aunque esta noche había sido intenso de una forma distinta. A la conversación. Al vino. A la forma en que Astoria le había pedido «*cuéntame algo*» como si de verdad quisiera saber. A la cicatriz por la que Miller no había preguntado, pero cuya historia, de repente, deseaba desesperadamente escuchar.

Algo había cambiado esta noche, algo en la sensación que le dejaba. Quería quedarse y hablar. Quería que le contara cómo le había ido el día, su semana, su vida. Quería saber la historia tras esa cicatriz y por qué se ponía tensa cada vez que le vibraba el móvil.

Aquello no era algo informal. Miller lo sabía, lo sabía quizá desde la segunda o tercera vez que se habían visto y se había sorprendido

a sí misma contando las horas que faltaban para volver a ver a Astoria.

Se suponía que esto debía ser algo ligero y casual, deseo, autoexploración, la liberación de meses de tensión finalmente permitida. Se suponía que debía ser algo físico, intenso y temporal.

Pero no parecía temporal.

Miller entró en su plaza de aparcamiento y se quedó sentada a oscuras. Los riesgos profesionales no habían cambiado. Rachel podría enterarse, el bufete podría cuestionar su juicio, Valerie ya sospechaba, todo por lo que había trabajado podría desmoronarse.

Debería terminar con ello, pero sabía que no iba a hacerlo.

Porque en algún momento de la última semana, entre las habitaciones de hotel robadas, la programación cautelosa y la intensidad que no se había desvanecido, Miller había empezado a sentir algo más que deseo. Era algo más que físico, más que simple atracción, y Miller no podía quitarse la sensación de que era el comienzo de algo real. Probablemente temerario, pero sin duda valía la pena.

16

Capítulo 16: Astoria

Dos semanas, y el cuerpo de Miller se había vuelto familiar. Astoria ya conocía su peso; cómo se encajaba contra su costado tras el acto, con una pierna enganchada sobre su muslo y los dedos dibujando patrones ausentes sobre la piel desnuda. Conocía ese sutil vuelco en la respiración de Miller cuando la boca de Astoria encontraba el punto justo debajo de su oreja. Sabía qué hoteles tenían la mejor presión de agua, cuáles tenían colchones que no chirriaban, qué vestíbulos estaban lo bastante vacíos a las ocho de la tarde como para que dos mujeres pudieran pasar por delante de recepción sin llamar la atención.

Habían sido dos semanas así. Diferentes habitaciones, el mismo hambre. A estas alturas debería haberle parecido una rutina o, al menos, algo manejable; algo que pudiera compartimentar de la misma forma que compartimentaba todo lo demás.

Pero no era así.

Esta noche apenas habían cruzado el umbral cuando las manos de Miller ya estaban en su pelo, y ahora Astoria yacía entre el desorden de unas sábanas caras, con el sudor enfriándosele en la piel, observando las luces de la ciudad parpadear tras la ventana.

Miller estaba acurrucada contra ella, con la respiración acompasándose hacia el sueño.

Astoria debería haber estado haciendo lo mismo. En cambio, pensaba en la forma en que Miller la había mirado antes. No durante —eso sabía manejarlo: el deseo, el ardor—, sino después, cuando se habían desenredado y Miller había buscado su rostro con una expresión suave, algo que se parecía peligrosamente a la ternura.

No lo hagas, había pensado Astoria. *No me mires así.*

Los dedos de Miller se movieron contra su omóplato, trazando una línea que Astoria conocía de memoria aunque no pudiera verla.

—¿Puedo preguntarte algo?

A Astoria se le encogió el estómago. —Depende de qué sea.

—Esta cicatriz. —El pulgar de Miller rozó la piel abultada—. Me fijé en ella antes. Pero no tienes por qué contármelo si no quieres.

El silencio se prolongó entre ambas. Astoria podría desviarlo; se le daba bien desviarlo, había hecho de ello su carrera. *Una lesión vieja. Un accidente de la infancia. Nada interesante.* Las palabras estaban ahí mismo, fáciles y desdeñosas, el tipo de respuesta que cortaba las preguntas y cerraba las puertas.

En su lugar, dijo: —Tenía once años. Teníamos una valla en el jardín trasero, de tela metálica, oxidada por algunas partes. Se suponía que mi padre debía arreglarla, pero la mayoría de las semanas doblaba el turno en el trabajo y los fines de semana bebía, así que esas cosas nunca se hacían.

La mano de Miller se detuvo, pero no se apartó.

—Estaba trepando para pasar al jardín del vecino. Jenny Kowalski tenía una cama elástica y a veces me dejaba usarla si la ayudaba con los deberes. —Astoria casi sonrió ante el recuerdo. Casi—. Me resbalé. Me enganché el hombro con un eslabón roto al caer y me hice un buen tajo.

—¿Necesitaste puntos?

—Sí —dijo secamente—. Pero no fuimos al hospital. Mi madre me la limpió con agua oxigenada y me la cerró con tiras de aproximación. No teníamos seguro. No podíamos permitirnos pagar la visita a urgencias y, aunque pudiéramos, ella habría tenido que

explicar por qué su hija estaba trepando por una valla rota sin supervisión.

Miller se quedó callada un momento. —Eso debió de doler. Lo del agua oxigenada, quiero decir.

—Dolió. —Astoria recordaba haber gritado contra un trapo de cocina, el temblor de las manos de su madre y cómo el baño olió a óxido y a antiséptico durante días—. Pero ese día aprendí algo. Llorar no hacía que doliera menos; solo disgustaba a mi madre y la hacía sentirse culpable por no poder hacer más. Así que dejé de hacerlo.

—¿Dejaste de llorar?

—Dejé de demostrarlo cuando algo me dolía. Era más fácil.

Sintió que Miller se movía, incorporándose para mirar el rostro de Astoria. Astoria mantuvo la vista fija en la ventana y en la distancia segura de las luces de la ciudad.

—Astoria.

—Está bien. Es historia antigua. —Intentó usar un tono de desdén, pero le salió algo más parecido a la fragilidad—. Salí bien parada. La cicatriz apenas se ve.

—Ya no te estoy preguntando por la cicatriz.

La dulzura en la voz de Miller era insoportable. Astoria quería desviar el tema, hacer una broma, llevársela de vuelta a territorio seguro, algo que supiera manejar. Pero algo se había resquebrajado con esa historia, algún sello que había mantenido tan apretado durante tanto tiempo que había olvidado que estaba allí.

—Valerie solía decir que yo era fría. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Que no sabía sentir las cosas de forma adecuada. Lo decía como si estuviera observando algo clínico, como si simplemente fuera sincera. *«No eres como los demás, Astoria. No conectas. No es culpa tuya. Es que no estás hecha así».*

Miller no la interrumpió ni hizo ruidos de compasión. Se limitó a escuchar, con la mano cálida y firme sobre la cadera de Astoria.

—Y me la creí —continuó Astoria, sintiendo un nudo en la garganta—. Durante años, me la creí. Pensaba que tenía razón, que algo fundamental estaba roto en mi interior, que era demasiado precavida, demasiado controlada, demasiado *mucho* de algunas

cosas y no lo suficiente de otras. Me decía esas cosas en privado, y luego íbamos a alguna gala y ella se mostraba encantadora y cálida. Todo el mundo la adoraba, y yo pensaba: *Claro que tiene razón; mira qué fácil es para ella y qué difícil para mí.*

—La gala —dijo Miller en voz baja—. Aquella en la que…

—¿En la que me humilló delante de la mitad de los donantes de Phoenix Ridge? —Astoria soltó una carcajada que sonó cortante—. Sí, esa. Alguien preguntó cuándo íbamos a tener hijos y ella dijo… —tuvo que detenerse para tomar aire—, dijo que apenas era capaz de gestionar mi propio departamento, que imaginaran lo que sería intentar gestionar a un niño. Y todo el mundo se rio porque Valerie lo hizo sonar como una broma, y yo me quedé allí *sonriendo*, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

—Eso no es una broma —susurró ella—. Eso es cruel.

—Ahora lo sé. —Astoria miró a Miller—. Pero entonces no lo sabía. O quizá en algún lugar sí lo sabía, pero me había acostumbrado tanto a traducir todo lo que ella decía en algo que pudiera sobrevivir que ya no podía verlo con claridad. Decía algo demoledor y, una hora después, me traía vino, me daba un masaje en los hombros y me decía que solo estaba preocupada por mí, que quería que fuera feliz, que ella era la única que realmente me entendía…

Se detuvo. Le dolía el pecho, un dolor físico que no esperaba.

—Lo siento. —Las palabras salieron de la garganta de Astoria con una crudeza desgarradora—. No sé por qué te estoy contando todo esto.

—Porque te lo he preguntado. Porque has estado cargando con ello sola, y no tienes por qué hacerlo.

—No sabes lo que era vivir con ella. Quince años de… —Astoria sacudió la cabeza—. Suena dramático cuando lo digo en voz alta. *Abuso emocional.* Suena a algo sacado de un programa de testimonios. Pero era simplemente… ordinario y constante. Pequeños comentarios que se iban acumulando hasta que dejé de reconocerme a mí misma.

—No suena dramático. Suena agotador.

Astoria sintió que algo se aflojaba en su pecho, algo aterrador por lo desconocido que le resultaba. Estaba acostumbrada a que la gente reaccionara a las historias sobre Valerie con incredulidad o desdén. *Pero si parecía tan encantadora. ¿Estás segura de que no exageras? Todas las parejas pasan por baches.* No estaba acostumbrada a que alguien simplemente lo reconociera sin juzgarla, sin intentar arreglarlo ni minimizarlo.

—Sigo esperando a que me mires de otra manera —admitió Astoria—. Como si fuera mercancía dañada o peor, como si fuera alguien que da lástima.

Miller alargó la mano y apartó un mechón de pelo de la cara de Astoria con un toque increíblemente suave. —Te estoy mirando —dijo—. Y veo a alguien que ha sobrevivido a algo duro y ha construido algo extraordinario a pesar de todo. No veo mercancía dañada. Veo a alguien que aprendió a protegerse porque tuvo que hacerlo, y que ahora está intentando descubrir qué significa confiar en alguien.

La visión de Astoria se nubló. Parpadeó, furiosa consigo misma por las lágrimas que no tenían nada que hacer allí, en esa habitación de hotel anónima con esa mujer que, de alguna manera, no dejaba de decir exactamente lo adecuado.

—No sé cómo hacer esto —susurró—. Sea lo que sea esto. No sé cómo estar con alguien que no…

—¿Que no qué?

—Que no me hace sentir que tenga que ganarme el derecho a ocupar espacio.

—Conmigo no tienes que ganarte nada.

—Eso es lo que me aterra.

Se miraron bajo la luz tenue, con la ciudad zumbando dieciséis pisos más abajo, y Astoria se sintió más expuesta que cuando Miller la había desnudado una hora antes. Esto era diferente: mostrarle a alguien las partes que había mantenido ocultas, las heridas que había protegido, la niña que había aprendido a no llorar. Y aun así, Miller no había huido. Seguía allí, mirándola todavía y atrayéndola hacia sí.

Y Astoria no tenía ni idea de qué hacer con eso. El silencio que siguió no fue incómodo. Eso la sorprendió.

Astoria se había preparado para un momento violento, para que Miller llenara el espacio con palabras de consuelo, preguntas o el tipo de comentarios bienintencionados que harían que se arrepintiera de haber dicho nada. En lugar de eso, Miller se limitó a mirarla durante un largo momento, con algo ilegible en su expresión, y luego se acercó más.

Miller la rodeó con sus brazos, apretando a Astoria contra su pecho, mientras una mano se deslizaba hacia arriba para acunar la parte posterior de su cabeza. Sin palabras, solo calor, constante y sin prisas, el tipo de abrazo que no esperaba nada a cambio.

Astoria se quedó rígida por un instante; puro instinto, años de entrenarse para no necesitar esto. Pero Miller no la soltó ni reaccionó a la tensión; simplemente siguió abrazándola. Algo dentro de Astoria se resquebrajó un poco más.

Se dejó abrazar.

Fue más difícil que el sexo. Eso sabía hacerlo —cuerpos y calor y la anulación temporal del pensamiento—, pero esto era diferente. Esto era dejar que alguien la abrazara mientras se sentía como un nervio expuesto, confiando en que Miller no utilizaría esa vulnerabilidad contra ella más tarde ni la guardaría como munición, de la forma en que siempre hacía Valerie.

La mano de Miller se movía lentamente por su cabello, un ritmo calmante que le cerraba a Astoria la garganta.

—No tienes que decir nada más —murmuró Miller contra su sien —. Podemos quedarnos así.

Astoria hundió el rostro en el hombro de Miller y respiró. Las sábanas olían a sexo, a detergente caro y a algo por debajo que era simplemente Miller: ese aroma cálido y particular que había empezado a ansiar entre sus encuentros.

Pasaron los minutos, quizá más tiempo. La ciudad zumbaba bajo ellas, el aire acondicionado se encendía y se apagaba, y la respiración de Astoria se fue acompasando poco a poco con la de Miller. Empezó a ser consciente de los puntos en los que sus cuerpos se tocaban: el muslo de Miller entre los suyos, la suave presión de

sus pechos contra los de ella, el calor de piel con piel. No era urgente. Simplemente… estaba presente. Un recordatorio de que ambas estaban allí, ambas eligiendo esto.

Astoria giró la cabeza y sus labios rozaron la clavícula de Miller. Sintió que a Miller se le entrecortaba el aliento, solo un poco, un pequeño salto que hizo que el calor se le acumulara en el bajo vientre.

Levantó la cara para encontrarse con que Miller ya la estaba observando.

—¿Está bien esto? —preguntó Astoria, y la voz le salió ronca—. No sé si yo… Después de todo lo que acabo de…

—Oye. —El pulgar de Miller recorrió su pómulo—. No tenemos por qué hacer nada. Lo digo en serio. Podemos quedarnos así y ya está.

—Lo sé. —Astoria tragó saliva—. Pero no quiero quedarme así y ya está. Estaba…

No pudo terminar la frase, no encontraba las palabras adecuadas para lo que quería, que era algo que parecía imposible: ser tocada por alguien que acababa de ver lo peor de su historia y no se había inmutado. Descubrir si el sexo se sentía diferente al otro lado de ese tipo de sinceridad.

Miller se inclinó y el beso fue lento e interrogante —*¿está bien, es esto lo que necesitas?, estoy aquí*—, y Astoria respondió atrayéndola más hacia sí.

Los dedos de Astoria se enredaron en el pelo de Miller, tirando lo justo para inclinar su cabeza hacia atrás, profundizando el beso con un hambre que la sorprendió incluso a ella. La vulnerabilidad de su confesión persistía como una sombra pero, aquí, piel con piel bajo las sábanas revueltas, se transformaba en algo más feroz: una necesidad de reclamar este momento, de reescribir el dolor de su pasado con el ardor del ahora. Los labios de Miller se abrieron gustosos, su respiración se entrecortó cuando la lengua de Astoria se coló en su boca, con sabor a sal y al vago rastro de menta de antes, explorando con caricias deliberadas que hicieron que el cuerpo de Miller se arqueara por instinto.

Se apretó más contra ella, sus formas desnudas deslizándose juntas, sus pechos rozándose de un modo que envió chispas recorriendo la columna de Astoria. Sus manos vagaron; una se deslizó por la espalda de Miller para sujetar la curva de su culo, apretando con firmeza, pegando sus caderas a las suyas. Miller jadeó durante el beso y sus propias manos imitaron el movimiento; sus uñas rozaron ligeramente el cuerpo de Astoria, recorriendo las líneas de unos músculos ganados tras años de llevarse al límite.

El beso se rompió solo para que Astoria mordisqueara el labio inferior de Miller, un mordisco agudo y provocador que le arrancó un suave gemido.

—Joder —susurró Miller, con la voz ronca y los ojos a medio cerrar bajo el tenue resplandor de la lámpara de noche. Astoria sonrió contra su piel, dejando un rastro de besos a lo largo de su mandíbula y bajando por la línea de su garganta, deleitándose con la forma en que el pulso de Miller palpitaba bajo su boca.

Astoria se movió, haciendo que Miller rodara sobre su espalda con un empujón suave pero insistente, con sus pómulos altos captando la luz mientras se mecía sobre ella. Capturó de nuevo la boca de Miller, esta vez de forma más lenta y sensual; sus lenguas danzaban en un ritmo que crecía como una tormenta. Su mano libre bajó más, rozando las costillas de Miller, con el pulgar acariciando la parte inferior de su pecho antes de rodearlo por completo, describiendo círculos con el pulgar sobre el pezón endurecido. Miller se arqueó ante el contacto y separó ligeramente las piernas bajo las sábanas, invitando a más. Astoria accedió, apartando la boca de la de Miller para dejar un rastro de besos húmedos y hambrientos por su cuello, mordisqueando el punto sensible justo debajo de su oreja.

—Me encanta que seas tan jodidamente dócil para mí —murmuró Astoria, con la voz como un estruendo bajo contra la piel de Miller. Apretó el pecho en su mano, haciendo rodar el pezón entre sus dedos hasta que Miller gimió, y luego lo consoló con la lengua, succionando con suavidad. Las manos de Miller buscaron a ciegas los hombros de Astoria, atrayéndola más cerca, con las uñas clavándose lo justo para dejar leves surcos rojos. El aire entre ellas

se volvió espeso, cargado con el aroma de su excitación, mientras las sábanas susurraban al moverse ellas.

La mano de Astoria descendió algo más, recorriendo la curva de la cadera de Miller para luego deslizarse entre sus muslos. Se detuvo allí, con los dedos tentando la piel interior, sintiendo el calor que irradiaba del centro de Miller. Sus ojos se encontraron; la mirada de Astoria era firme y escrutadora, manteniendo aún esa pregunta silenciosa del beso, pero ahora teñida de deseo y autoridad. Miller asintió, mordiéndose el labio, y los dedos de Astoria finalmente se hundieron, encontrándola húmeda y lista. Empezó despacio, con un dedo rodeando el clítoris de Miller con una presión ligera como una pluma, observando cómo su rostro se contorsionaba de placer.

—Oh, Dios, Astoria —jadeó Miller, alzando las caderas para buscar el contacto.

Astoria se inclinó, capturando sus labios en otro beso profundo, tragándose el gemido mientras deslizaba un dedo en su interior, luego dos, curvándolos de la forma precisa para acariciar ese punto que hacía que todo el cuerpo de Miller se tensara. El ritmo aumentó, sensual y profundo, con el pulgar de Astoria presionando su clítoris al unísono, arrancándole jadeos y escalofríos. Las manos de Miller vagaban sin descanso, una enredada en el pelo de Astoria y la otra apretando su culo, atrayéndola de forma imposible, como si pudiera fundir sus cuerpos en uno solo.

No contenta solo con tocarla, Astoria bajó besándola, mordisqueando la clavícula de Miller, su vientre, la carne suave de la parte interna del muslo. Separó más las piernas de Miller y se acomodó entre ellas, con las sábanas amontonándose alrededor de su cintura. Miró hacia arriba y se encontró con los ojos de Miller —vulnerables y deseosos— y se sumergió. Su boca encontró el coño de Miller; su lengua se deslizó para saborearla, lamiendo la humedad con pasadas largas y lentas. Miller gritó, apretando las sábanas con los dedos, mientras Astoria succionaba suavemente su clítoris, llevando su placer hasta un límite desgarrador.

Las manos de Astoria sujetaron los muslos de Miller, manteniéndola abierta, con las manos hundiéndose en la piel suave

mientras alternaba entre succionamientos y lamer. Sus dedos se unieron para empujar con firmeza.

La habitación se llenó de sonidos: húmedos, rítmicos, mezclados con los crecientes gemidos de Miller y la forma en que coreaba el nombre de Astoria. La propia excitación de Astoria palpitaba, con su cuerpo tensándose por el esfuerzo de centrarse en Miller.

El cuerpo de Miller se tensó aún más, con la respiración entrecortada. —No pares, joder, por favor —jadeó, bajando una mano para guiar la cabeza de Astoria.

Astoria emitió un murmullo contra ella, y la vibración hizo que Miller perdiera el control. Llegó al orgasmo con un grito estremecedor, con los muslos apretándose alrededor de la cabeza de Astoria. Astoria no se apartó, acompañando el final con lametones suaves hasta que Miller se quedó lánguida.

Pero Astoria no había terminado. Volvió a subir, besando a Miller profundamente, dejando que se saboreara a sí misma en sus labios.

—Tu turno —murmuró Miller, pero Astoria negó con la cabeza con un brillo pícaro en los ojos.

Guió la mano de Miller entre sus propias piernas, mostrándole lo mojada que estaba allí. —Tócame —exigió en voz baja, con la vulnerabilidad asomando bajo la orden.

Los dedos de Miller exploraron con avidez, rodeando el clítoris de Astoria con la misma presión tentadora que Astoria había usado con ella. Astoria se balanceó contra el contacto, besando a Miller ferozmente, mordisqueando sus labios mientras el placer llegaba al clímax. Acarició el cuerpo de Miller a cambio, apretando sus pechos, atrayéndola hasta que sus pieles, resbaladizas por el sudor, se pegaban y se deslizaban. Los besos se volvieron descuidados, desesperados, sus lenguas se enredaban mientras Miller deslizaba dos dedos en su interior, empujando con un ritmo que acompasaba los jadeos de Astoria.

—Más fuerte —gruñó Astoria, rompiendo el beso para morder el hombro de Miller. Miller obedeció; su pulgar frotaba círculos firmes en el clítoris de Astoria, y la doble sensación hizo que las caderas de Astoria se agitaran salvajemente. Sintió que la tensión aumentaba, pura y profunda. La mano libre de Miller vagaba, apretando el culo

de Astoria, con un dedo tentando la hendidura, añadiendo una chispa de intensidad que hizo que Astoria gimiera más fuerte.

Cuando Astoria llegó al clímax, fue algo feroz; su cuerpo se contrajo alrededor de los dedos de Miller y un gutural «joder, sí» escapó de sus labios mientras hundía la cara en el cuello de Miller, mordisqueando la piel. Se desplomaron juntas, con sus respiraciones mezclándose y las manos vagando perezosamente, apretando y acariciando durante el letargo posterior.

Astoria volvió a la realidad poco a poco, por piezas. El peso de Miller estaba a medias sobre ella, con un brazo aún rodeando protectoramente su cintura. Sus piernas estaban enredadas y las sábanas habían acabado en algún punto a los pies de la cama. El rostro de Astoria estaba mojado.

Se llevó la mano a la mejilla y la retiró con sorpresa. Lágrimas. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaban cayendo.

—Perdona —logró decir, con la voz destrozada—. No suelo...

—No te disculpes. —Miller se incorporó lo justo para mirarla, y no había alarma en su expresión, ni preocupación por el hecho de que Astoria se estuviera desmoronando. Solo aquella presencia constante, esa paciencia que no dejaba de desarmarla—. ¿Estás bien?

Astoria sopesó la pregunta. Sentía el cuerpo agotado, con un leve temblor persistente. Le dolía el pecho por algo que no era exactamente tristeza ni alegría, algo sin nombre que se había quebrado y derramado.

—No lo sé —admitió—. Creo que sí. Es solo que... —Exhaló con voz temblorosa—. No sabía que podía sentirse así.

Miller le dio un beso en la frente, con los labios demorándose sobre su piel. —¿Como qué?

Como sentirse conocida y querida a pesar de todo, quiso decir.

—Como si significara algo —dijo Astoria en su lugar, lo cual se aproximaba bastante.

El brazo de Miller se apretó a su alrededor. Se quedaron allí tendidas en el silencio, con la ciudad aún zumbando tras la ventana, y Astoria se dejó llevar por la extraña seguridad de aquel momento.

Al cabo de un rato, su estómago rugió con fuerza suficiente para que Miller se riera; el sonido vibró contra el hombro de Astoria.

—¿Cuándo has comido por última vez?

Astoria la miró y sonrió con superioridad.

—¡Comida! —rió de nuevo.

Intentó recordar. El almuerzo había sido una barrita de proteínas en su escritorio entre llamada y llamada.

—¿Tanto tiempo, eh? Deberíamos pedir algo. —Miller alargó la mano hacia el menú del servicio de habitaciones que había en la mesita de noche, pero luego vaciló, con la mano suspendida—. ¿Está...? Quiero decir, si quieres. Sé que estos sitios son caros.

Ahí estaba. La reveladora vacilación que Astoria había empezado a notar, la forma en que Miller calculaba los costes de una manera que Astoria había dejado de hacer años atrás; la brecha entre sus mundos se hacía visible en los pequeños detalles.

—Yo me encargo —dijo Astoria—. Pide lo que quieras.

—No tienes por qué...

—Miller. —Astoria le cogió la mano—. La habitación ya está cargada a mi tarjeta. Déjame hacerlo.

Algo cruzó el rostro de Miller, no exactamente incomodidad, pero algo parecido. Era la misma expresión que ponía cuando Astoria mencionaba el número de hilos de las sábanas del hotel o el vino que prefería.

—No intento... —Astoria se detuvo, sin saber cómo gestionar aquello—. Es solo una cena.

—Lo sé. —La sonrisa de Miller fue un poco demasiado cautelosa —. Está bien, de verdad.

No estaba bien, no del todo, pero Astoria no sabía cómo arreglarlo. Había pasado tanto tiempo en un mundo donde el dinero resolvía problemas que había olvidado que también podía crearlos. O, al menos, crear distancias que no sabía cómo salvar.

Lo dejó pasar por el momento. Miller pidió una hamburguesa con patatas fritas, lo más modesto del menú, y Astoria pidió el salmón porque no tenía el hambre suficiente como para que le importara lo que comía. Se pusieron los albornoces del hotel mientras esperaban

y, cuando llegó la comida, comieron sentadas con las piernas cruzadas sobre la cama como adolescentes en una fiesta de pijamas.

El pensamiento envió una punzada de algo al pecho de Astoria. No sabía si era miedo o esperanza.

Era casi medianoche cuando Astoria finalmente se obligó a moverse.

—Debería irme. —Pero no quería. Las palabras le sonaban mal, como una traición al cálido refugio que habían construido en aquella habitación anónima, pero no podía quedarse hasta la mañana. Habían acordado irse temprano, una regla tácita para protegerse a ambas. Nada de pasar la noche fuera, nada que pudiera interpretarse como una prueba si alguien decidía investigar a fondo.

Miller asintió, aunque su mano demoró en la cadera de Astoria bajo el albornoz. —Sí, lo sé.

Se vistieron en un cómodo silencio, recuperando las prendas desperdigadas allí donde habían aterrizado horas antes. Astoria pilló a Miller observándola mientras se ponía la falda, y algo en su mirada hizo que se le oprimiera el pecho con algo peligroso. En la puerta, se quedaron frente a frente. Astoria estiró la mano para enderezar el cuello de la camisa de Miller, y el gesto resultó extrañamente íntimo.

—Gracias —dijo Astoria en voz baja—. Por escuchar. Por no... — Se detuvo, sin saber cómo terminar.

—¿Por no qué?

—Por no hacerme sentir que era demasiado.

La expresión de Miller cambió ligeramente; luego dio un paso adelante y la besó, de forma lenta y tierna. Cuando se apartó, su mano acarició el rostro de Astoria.

—No es demasiado —dijo Miller—. Tú no eres demasiado.

Astoria no se atrevió a responder, así que besó a Miller una vez más, brevemente, y se obligó a cruzar la puerta antes de poder cambiar de opinión sobre el hecho de marcharse.

El viaje de vuelta a casa fue tranquilo. Astoria dejó la radio apagada, permitiendo que el silencio llenara el coche mientras las luces de la ciudad daban paso a las calles más oscuras del barrio de Cliffside. Su cuerpo todavía vibraba con las secuelas de la velada: el

sexo, sí, pero también la conversación, las lágrimas que no había pretendido derramar, la forma en que Miller la había sostenido.

Pensó en Lindsey.

La universidad, veintidós años, su primera experiencia real con una mujer. Lindsey había sido electrizante: segura de sí misma, hermosa y totalmente inaccesible en formas que Astoria no reconoció hasta que fue demasiado tarde. Tuvieron tres meses de intensidad antes de que Lindsey se graduara y se mudara a Nueva York sin mirar atrás. Sin un adiós real, solo un mensaje: «*Fue divertido. Cuídate».*

Astoria aprendió algo de aquello: que querer a alguien significaba ver cómo se marchaba.

Luego estuvo Valerie. La encantadora y atenta Valerie, que había cortejado a Astoria con un empeño que la hacía sentirse la elegida. Por fin alguien que quería quedarse, alguien que la veía. Excepto que la versión de Valerie de «quedarse» había venido con condiciones que Astoria no comprendió realmente hasta que estuvo demasiado involucrada como para ver con claridad. Fueron años de aprender que la intimidad significaba dolor, que amar significaba ser controlada, que el precio de que alguien se quedara era borrarse a sí misma poco a poco hasta desaparecer por completo.

Siempre había elegido a mujeres que confirmaban sus peores temores: mujeres que se iban o mujeres que se quedaban pero la hacían desear que se hubieran ido.

Miller no encajaba.

Miller estaba presente de una manera que no se sentía como vigilancia, era atenta sin llevar la cuenta de nada, y dulce de una forma que hacía que el pecho de Astoria se ablandara en lugar de prepararse para el impacto. Esta noche, Astoria le había mostrado lo peor de sí misma: la pobreza, la cicatriz, los años de autodestrucción. Y Miller no se había inmutado ni se había alejado. Simplemente... se quedó.

Se suponía que esto iba a ser una simple válvula de escape física para la tensión que se había ido acumulando entre ellas. Astoria se había dicho a sí misma que podía dejar los sentimientos fuera de esto, que ya había aprendido la lección, que sus muros eran lo

bastante altos ahora como para permitir que alguien tocara su cuerpo sin tocar nada más.

Se había equivocado.

Miller estaba rompiendo todos los patrones de Astoria. Y en lugar de esperar la crueldad y prepararse para el momento en que la ternura se convirtiera en un arma, Astoria estaba empezando a creer que tal vez ese momento no llegaría.

Eso era lo más aterrador de todo.

No estaba lista para llamarlo amor. La palabra le parecía demasiado grande, demasiado peligrosa, demasiado parecida a entregarle a alguien un cuchillo y enseñarle por dónde cortar. Pero esto era más que el deseo y la anulación temporal que se había estado diciendo que necesitaba.

Astoria no tenía ni idea de qué hacer con eso.

Astoria entró en el camino de entrada de su casa y se quedó sentada en la oscuridad. Su mansión se alzaba imponente frente a ella. Maeve y Milanka Petrovic, su personal de servicio, se habían marchado hacía horas. Las luces estaban apagadas, las habitaciones vacías; nadie que no cobrara por estar allí la esperaba. Se quedó en el coche durante mucho tiempo, observando la casa vacía, antes de obligarse finalmente a entrar.

17

Capítulo 17: Miller

La cafetería The Daily Grind, a dos manzanas de Hartwell & Associates, se había convertido en su zona extraoficial de descompresión. Había sido idea de Rachel, allá cuando Miller empezó en el bufete. —Nunca proceses un caso difícil dentro del edificio —le había dicho Rachel—. Las paredes tienen oídos, y los asistentes jurídicos se van de la lengua más de lo que deberían.

Seis años después, Miller seguía siguiendo aquel consejo. Simplemente no esperaba ser ella el caso difícil que estaban procesando.

—Gracias por venir —dijo Rachel, deslizándose en el reservado frente a ella. Parecía cansada de una forma que no tenía nada que ver con el sueño, ese tipo de cansancio que llega hasta los huesos por tener que lidiar con gente difícil—. Sé que estás a tope con la evaluación de los Stewart.

—No pasa nada. De todas formas, necesitaba cafeína. —Miller rodeó la taza con las manos, agradecida por tener algo a lo que aferrarse. El calor de julio de la calle hacía que el aire acondicionado resultara casi agresivo, erizándole la piel de los brazos desnudos—. ¿Qué está pasando?

Rachel no respondió de inmediato. Pidió lo de siempre —café solo y caliente— y esperó a que el camarero se alejara antes de recostarse contra el desgastado asiento de cuero.

—Quería hablar sobre el caso Shepry.

A Miller se le encogió el estómago, pero mantuvo una expresión neutral. Se le había dado bien hacerlo durante las últimas tres semanas. —Vale.

—Valerie es… —Rachel hizo una pausa, buscando la palabra—. «Difícil» se queda corto. Ha sido difícil desde el principio, pero últimamente se ha convertido en algo más.

—¿Algo más de qué tipo?

—Obsesiva. —La boca de Rachel se tensó en una fina línea blanca—. Contigo, específicamente, de hecho.

El café se volvió amargo en la lengua de Miller. Posó la taza con cuidado, ganando tiempo. —¿Conmigo? Llevo fuera del caso casi un mes.

—Lo sé. Eso es lo que lo hace extraño. —Rachel sacudió la cabeza lentamente—. No para de sacarte a colación. En cada reunión, en cada llamada, en cada correo electrónico. «Miller habría presionado más en la fase de proposición de pruebas». «Miller entendía a lo que me enfrentaba». «Miller no habría dejado que se salieran con la suya con esa solicitud».

Miller forzó una pequeña risa que sonó forzada. —Eso es… no sé qué decir a eso.

—Oh, y la cosa mejora. —El tono de Rachel era seco, pero sus ojos se mostraron afilados y vigilantes—. Ha empezado a insinuar que el caso iba mejor cuando estabas tú y que algo cambió después de que te fueras, y que yo no estoy siendo lo bastante agresiva.

—Rachel, eso es ridículo. Es una de las mejores abogadas de derecho de familia de toda la costa.

—Sé lo que soy. —Rachel restó importancia al cumplido con un gesto—. Ese no es el quid de la cuestión. El quid es que no solo se queja de la estrategia, sino que está haciendo preguntas.

El corazón de Miller empezó a latir con fuerza, un golpe sordo y pesado que sentía en la garganta. —¿Qué tipo de preguntas?

—Por qué te recusaste realmente. Qué conflicto de intereses pudo surgir a mitad del caso para que decidieras apartarte. Si pasó algo entre tú y ella… o entre tú y Astoria.

El nombre cayó como una piedra en aguas tranquilas. Miller sintió cómo las ondas se extendían por su pecho.

—¿Preguntó eso directamente?

—No directamente a mí, pero ha hecho comentarios y observaciones. —Rachel cogió su café y dio un sorbo lento—. Mencionó que Astoria parece diferente últimamente. Más animada, dijo. Menos a la defensiva en las declaraciones. Y le parece muy interesante que este cambio ocurriera justo cuando dejaste el caso.

A Miller se le secó la boca. Pensó en Astoria hace tres noches, riéndose de algo que Miller había dicho, con todo el rostro transformado por ello. La forma en que se veía a la luz tenue de la habitación del hotel, más suave de lo que Miller la había visto nunca, con la armadura finalmente a un lado.

Por supuesto que Valerie se había dado cuenta. Valerie se fijaba en todo, al parecer. Así era como había controlado a Astoria durante tanto tiempo: observando, catalogando, guardando observaciones para usarlas como munición más tarde.

—Es una conjetura muy pillada por los pelos —dijo Miller, y su voz sonó más firme de lo que se sentía—. El comportamiento de la gente cambia durante los procesos de divorcio. Es un proceso emocional.

—Tú lo sabes y yo lo sé. —Rachel posó la taza—. Pero Valerie está buscando algo, Miller. No sé exactamente qué, pero está buscando. Y no deja de dar vueltas a tu nombre.

El aire acondicionado zumbaba sobre sus cabezas y el teléfono de alguien vibró en el mostrador. Miller se volvió plenamente consciente de todos los sonidos cotidianos de una mañana de martes, de todas las personas a su alrededor que no tenían ni idea de que su mundo, construido con tanto esmero, estaba empezando a agrietarse.

—No sé qué cree que va a encontrar —dijo Miller.

Rachel guardó silencio un momento. Cuando volvió a hablar, su voz había cambiado: seguía siendo profesional, pero con algo que

sonaba a preocupación de fondo—. Miller, ¿pasó algo? ¿Entre tú y Valerie o entre tú y la otra parte?

A Miller se le cayó el alma a los pies. La pregunta que llevaba tres semanas temiendo finalmente se pronunciaba en voz alta. Miller sostuvo la mirada de Rachel. Le debía mucho a esta mujer: seis años de tutoría, de guía, de recibir oportunidades que aún no se había ganado. Rachel había confiado en ella para el caso Shepry en primer lugar, y había aceptado su recusación sin presionar para obtener detalles.

Rachel merecía la verdad.

Pero la verdad lo destruiría todo. No solo la carrera de Miller, sino la reputación de Astoria, el caso mismo, cada documento que Miller había tocado antes de recusarse. Valerie lo usaría como prueba de que había tenido razón todo el tiempo, de que Miller había estado comprometida desde el principio.

—No —mintió Miller—. Tenía un conflicto que no podía revelar, eso es todo.

Rachel le sostuvo la mirada durante un largo rato. Miller no sabía si le creía o qué estaba pasando tras esos ojos experimentados.

—Está bien —dijo Rachel finalmente—. No voy a presionar, pero quiero que me escuches bien. —Se inclinó hacia adelante, bajando la voz—. Valerie sospecha algo. No tiene pruebas —si las tuviera, ya las estaría usando—, pero sospecha. Está haciendo preguntas y está vigilando.

—¿Vigilando qué?

—Cualquier cosa que pueda utilizar. —La expresión de Rachel cambió, algo más sombrío cruzó su rostro—. Llevo veinticinco años en esto, Miller. He representado a muchos clientes difíciles. Valerie es distinta. Hay algo bajo la superficie que no termino de descifrar. Una especie de… implacabilidad. No deja pasar las cosas. No pasa página sin más. Si ha decidido que le has hecho algún daño, seguirá hurgando hasta que encuentre algo que justifique esa creencia.

Miller pensó en la voz de Astoria en la oscuridad, contándole que le decían que era fría, incapaz de amar y que estaba rota. La forma en que las palabras de Valerie se habían hundido bajo la piel de Astoria y se habían quedado allí, moldeando cómo se veía a sí

misma. Así era como se veía aquel mecanismo desde fuera. Aquella era la máquina que había desgastado a Astoria durante tanto tiempo.

—Lo entiendo —dijo Miller en voz baja.

—Espero que sí. —Rachel se suavizó un poco—. Mira, no intento asustarte. Solo quiero que seas consciente. Sea cual sea tu conflicto de intereses —y no te lo estoy preguntando—, asegúrate de que no haya nada que ella pueda encontrar. Porque si lo hay, lo encontrará.

Miller asintió. Se le había enfriado el café, pero cogió la taza de todos modos, necesitando algo con lo que distraer las manos. —Gracias por decírmelo.

—Faltaría más. —Rachel miró su reloj y suspiró—. Tengo que volver. Valerie va a llamar a las once para discutir la estrategia del juicio, lo que significa una hora de ella diciéndome todo lo que estoy haciendo mal. —Se levantó, sacando unos billetes de su cartera para pagar el café—. Cuídate, Miller. Lo digo en serio.

—Lo haré.

Rachel se marchó. Miller se quedó sentada en el reservado contemplando los posos fríos de su café, mientras la luz de la mañana entraba de soslayo por la ventana. Así que estaba confirmado. Valerie estaba vigilando y haciendo preguntas. Había notado que Astoria parecía más animada y lo había relacionado con la salida de Miller del caso.

Habían pasado tres semanas de horas robadas en habitaciones de hotel. Tres semanas de conocer el cuerpo de Astoria, su risa, el aspecto que tenía cuando caían sus muros. Tres semanas de caer en algo que Miller no quería detener.

Y, al mismo tiempo, allí estaba Valerie, rodeándolas implacable, esperando una grieta que explotar.

Miller sacó su teléfono. Sus manos estaban firmes mientras escribía, aunque su pulso no lo estaba.

—¿Podemos vernos esta noche?

La respuesta llegó en pocos minutos. *Sí, ¿está todo bien?*

Miller se quedó mirando la pantalla. No, nada estaba bien. Todo lo que habían construido estaba equilibrado en el filo de una navaja, y Valerie lo escrutaba con ojos depredadores.

—*Te lo cuento cuando te vea* —respondió.

Luego recogió sus cosas y salió al calor de julio, con la advertencia de Rachel resonando en su cabeza a cada paso.

No deja pasar las cosas. No pasa página.

Al parecer, Miller tampoco. Porque aun sabiendo lo que sabía ahora, incluso con el miedo asentándose frío y pesado en su estómago, seguía teniendo intención de ir a esa habitación de hotel esta noche.

Seguía teniendo intención de ir a ver a Astoria, y no tenía ni idea de cómo parar.

Miller no habría sabido decir qué había hecho en toda la tarde. El expediente de los Stewart descansaba abierto sobre su escritorio, con la misma página que llevaba mirando desde después de la conversación en la cafetería aún sin leer. Había respondido correos electrónicos y atendido la llamada de un cliente cuyo nombre no recordaba cinco minutos después. En algún momento, Jasmine había llamado a su puerta para preguntar por un plazo de presentación, y Miller le había dado una respuesta que debió de tener sentido porque Jasmine había asentido y se había marchado.

Pero todo el día había pasado en una nebulosa con la voz de Rachel en bucle. *Está haciendo preguntas. Está vigilando. Si hay algo que encontrar, lo encontrará.*

A las seis en punto, Miller había dejado de fingir. Apagó el ordenador, recogió sus cosas y salió al calor sofocante, con la piel hormigueando por algo más que la humedad.

El hotel estaba al otro lado del centro de Phoenix Ridge, un establecimiento boutique que Astoria había encontrado, lo bastante pequeño para ser discreto pero lo bastante elegante para que el personal no hiciera preguntas. Era diferente al de la última vez y al de la anterior; su coreografía estaba diseñada para no dejar patrones que nadie pudiera encontrar, especialmente Valerie.

Pero esta noche, Miller se fijó en cada rostro del vestíbulo, en cada destello de reconocimiento que no existía.

Astoria ya estaba allí cuando Miller llamó a la puerta: tres toques rápidos, su señal. La puerta se abrió y allí estaba ella: descalza, todavía con la ropa de trabajo pero sin la americana y con el pelo

suelto sobre los hombros. Se veía suave bajo la luz tenue de la habitación, desprotegida de una forma que Miller no la había visto en ningún otro lugar.

—Hola —dijo Astoria, y la palabra sonó cálida y familiar. Entonces su expresión cambió y una sombra cruzó sus ojos—. ¿Qué pasa?

Miller entró, dejando que la puerta se cerrara tras ella. La habitación era igual a cualquier otra de hotel: colores neutros, sábanas caras, la comodidad anónima de un espacio que no pertenecía a nadie. Había empezado a asociar ese anonimato con la seguridad. Esta noche, parecía un escudo muy fino contra todo lo que presionaba desde el mundo exterior.

—¿Tanto se nota? —Miller intentó sonreír y sintió que no le salía.

—Escribiste «Te lo cuento cuando te vea». Ese no es tu estilo habitual. —Astoria no se había movido hacia ella, no la había buscado como solía hacer. Estaba analizando a Miller como analizaba a todo el mundo—. Habla conmigo.

Miller cruzó la habitación hacia la ventana y miró las luces de la ciudad que empezaban a brillar contra el cielo que se oscurecía. Era más fácil decir esto sin mirar a Astoria a la cara. —He tomado café con Rachel esta mañana. Quería advertirme de algo.

—¿Advertirte de qué?

A Miller le dolió el tono precavido de la voz de Astoria, como si se preparara para un impacto.

—Valerie. —El nombre le supo a hiel—. Ha estado haciendo preguntas. Sobre mí, específicamente. Por qué me recusé realmente, qué conflicto pudo surgir a mitad del caso, cosas así. No para de decirle a Rachel que yo habría luchado más por ella, que las cosas iban mejor cuando yo estaba en el caso.

Miller oyó cómo Astoria contenía el aliento tras ella, pero no se dio la vuelta.

—Rachel dijo que Valerie también ha notado que pareces diferente últimamente. Más animada y menos a la defensiva. —Ahora sí se dio la vuelta, necesitando ver la reacción de Astoria—. Lo ha relacionado con el momento en que dejé el caso.

Astoria se había quedado muy quieta. Era su señal, la que Miller había aprendido a reconocer. Cuando Astoria se sentía amenazada,

no se estremecía ni huía. Se quedaba paralizada, con cada músculo bloqueado y su rostro suavizándose hasta volverse ilegible.

—No tiene pruebas —dijo Astoria, casi como si su voz fuera incorpórea. No era una pregunta.

—Rachel cree que no. Si las tuviera, ya las estaría usando. —Miller apoyó la espalda contra el marco de la ventana, necesitando algo sólido detrás—. Pero está buscando. Rachel dijo que hay algo en ella, una especie de implacabilidad. Al parecer, no deja pasar las cosas.

—No. —La voz de Astoria sonó hueca y metálica—. No lo hace.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellas, cargadas con todo lo que Astoria le había contado la última vez que estuvieron juntas: los años de ser vigilada y rastreada, la máquina que te desgastaba tan lenta y seguramente que no te dabas cuenta de que estabas desapareciendo hasta que casi te habías ido.

—Tengo miedo —admitió Miller—. Si se entera —si *alguien* se entera—, no solo me afectará a mí. Te afectará a ti. A tu reputación, a tu caso. Valerie usaría esto como prueba de que yo estaba comprometida y saboteó tu caso antes de recusarme. Nada de eso es cierto, por supuesto, pero *parecería* cierto. Y tú te verías atrapada en medio de todo.

Astoria se movió entonces, por fin, cruzando el espacio que las separaba. Se detuvo justo antes de tocar a Miller, con las manos flotando a los costados como si no estuviera segura de tener permiso.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Astoria.

—No lo sé. —A Miller se le sentía la garganta apretada y reseca —. Hemos sido cuidadosas. Hemos ido a hoteles diferentes en horarios distintos, sin patrones. Pero no dejo de pensar, ¿y si ser cuidadosas no basta? ¿Y si alguien ya ha visto algo? ¿Y si…?

—Miller. —La mano de Astoria subió para acariciarle el rostro, suave y dándole estabilidad—. Para. Respira.

Miller cerró los ojos y dejó salir una exhalación temblorosa. La palma de Astoria estaba cálida contra su piel, su pulgar trazaba un arco lento sobre el pómulo de Miller.

—¿Qué quieres que haga *tú*? —preguntó Miller, abriendo los ojos —. Porque si quieres parar, si crees que el riesgo es demasiado alto, necesito que me lo digas. No seré la razón de que tu divorcio se vuelva un caos. Me niego a ser el arma que Valerie use contra ti.

Algo cambió en la expresión de Astoria, una grieta en su rígida quietud, algo crudo que se filtraba.

—No quiero parar —dijo Astoria en voz baja—. Sé que debería. Lo más seguro sería alejarse hasta que el caso termine. Pero yo… — Se detuvo, apretando la mandíbula—. No estoy lista para perder esto, sea lo que sea este «esto».

—Yo tampoco.

La mano de Astoria se deslizó hasta el hombro de Miller, apretándolo ligeramente. —Espaciaremos más los encuentros y variaremos todo. Seremos más inteligentes al respecto.

—¿Y si eso no es suficiente?

Astoria no respondió durante un largo rato. Cuando lo hizo, su voz era firme, pero Miller pudo oír el miedo que subyacía en ella, el mismo miedo que había estado incubándose en su propio pecho todo el día. —Entonces lidiaremos con ello cuando ocurra. Pero no voy a renunciar a ti solo porque Valerie sea una paranoica. —Su agarre se tensó—. Ya me ha quitado bastante. No va a quitarme esto también.

Miller levantó la mano y cubrió la de Astoria con la suya. Se quedaron así bajo la luz mortecina, con la ciudad zumbando veintiún pisos más abajo, con el peso de todo lo dicho y lo no dicho presionando sobre ambas.

Esta era la primera vez que el mundo exterior se había inmiscuido realmente en su pequeña burbuja, filtrándose por las grietas. Miller podía sentir cómo cambiaba la textura de todo: la habitación, el aire, el espacio entre sus cuerpos.

—Lo siento —dijo Miller—. Por traer esto aquí. Por hacer que esta noche trate sobre el miedo en lugar de...

—No. —Astoria la interrumpió—. No te disculpes por decirme la verdad. Prefiero saberlo.

Y lo prefería, se dio cuenta Miller. Después de tantos años de manipulaciones, sin saber nunca qué era real o calculado, Astoria

siempre preferiría saber. Incluso cuando saberlo resultaba aterrador.

Miller se inclinó hacia delante y apoyó su frente contra la de Astoria; sus alientos se mezclaron en el pequeño espacio que las separaba.

—Está bien —susurró—. Está bien, tendremos más cuidado. Lo solucionaremos.

—Juntas —susurró Astoria tan débilmente que Miller casi no la oyó.

—Juntas —repitió ella como un eco.

La palabra se sintió como una promesa y una súplica, y Miller no estaba segura de cuál de las dos necesitaban más. Miller podía sentir el pulso de Astoria bajo su palma, donde sus manos seguían unidas, rápido e inestable.

—Odio esto —dijo Miller en voz baja—. Odio que ella esté en mi cabeza, incluso cuando estoy aquí contigo.

—Se le da bien eso. —La voz de Astoria era quebradiza—. Meterse en la cabeza de los demás y ocupar espacio.

Miller se apartó lo justo para mirarla. El rostro de Astoria estaba tenso, y la suavidad de antes había sido reemplazada por algo cauteloso. Parecía estar a la defensiva, como en aquellos primeros días.

No podía soportarlo.

—Oye. —Con su dedo, levantó suavemente la barbilla de Astoria hasta que sus ojos se encontraron—. Ella no está aquí. Solo somos nosotras.

—Lo sé. —Pero la mirada de Astoria se desvió hacia la puerta, solo por un segundo, como si esperara que se abriera de golpe.

—Astoria, mírame.

Ella lo hizo, y Miller vio el miedo debajo de la compostura, la forma en que Astoria se mantenía entera mediante pura fuerza de voluntad. Esto era lo que Valerie le había hecho. Era incapaz de sentirse segura incluso tras una puerta cerrada, a veintiún pisos sobre la ciudad, en una habitación en la que nadie sabía que estaban.

—No voy a dejar que se quede con esto —dijo Miller con fiereza —. No va a estar en esta habitación con nosotras, no esta noche.

—Miller...

—Lo digo en serio. —Los pulgares de Miller recorrieron los pómulos de Astoria—. He pasado todo el día aterrorizada. No quiero pasar la noche así también. Quiero... —Se le entrecortó la voz—. Solo quiero estar aquí contigo. Solo tú, sin fantasmas.

El aliento de Astoria salió en un suspiro estremecido. Levantó las manos para agarrar las muñecas de Miller, aferrándose como si Miller fuera lo único sólido en la habitación.

—No sé cómo desconectarlo —admitió Astoria—. El miedo. Es como si... ella me hubiera entrenado para esperar lo peor, para estar siempre esperando a que todo se desmorone.

—Lo sé. —Miller se acercó, presionando sus labios contra la frente de Astoria—. Lo sé.

—Estoy tan cansada de tener miedo.

Las palabras fueron apenas un susurro, quebrantadas. Miller las sintió como un dolor físico en el pecho.

—Entonces deja que te ayude a olvidar —murmuró contra la piel de Astoria—. Solo por un rato, deja que te recuerde de qué trata esto en realidad.

Sintió la brusca inspiración de Astoria y el ligero temblor que la recorrió.

—¿De qué trata? —preguntó Astoria, y la pregunta sonó genuina, como si necesitara oír a Miller decírselo.

—De ti. De mí. Del hecho de que no puedo dejar de pensar en ti, de que cuando Rachel me estaba advirtiendo esta mañana en lo único que podía pensar era en que no me importaba el precio porque no estaba dispuesta a renunciar a esto. —Tragó saliva con fuerza—. Se trata de la forma en que me miraste aquella primera noche, como si fuera algo que habías estado esperando sin saberlo, de cómo me haces sentir más viva de lo que me he sentido en toda mi vida.

Los ojos de Astoria brillaban, su compostura se desmoronaba. —Miller.

—Estoy aquí —dijo Miller—. Estoy justo aquí, y no me voy a ninguna parte. No esta noche, ni porque ella sea una paranoica, ni porque el mundo exterior sea complicado y aterrador. Me quedo.

Algo se rompió en la expresión de Astoria, y la última de sus defensas cedió. Se lanzó hacia delante, capturando la boca de Miller en un beso que sabía a desesperación y alivio.

Miller la sujetó, deslizando las manos en el pelo de Astoria, atrayéndola más cerca. El beso era diferente a los anteriores; era más duro, más urgente, con un deje de miedo por debajo que lo hacía todo más intenso. Los dedos de Astoria se clavaron en las caderas de Miller, apretando lo suficiente como para dejar marca, y a Miller no le importó. Quería las marcas. Quería pruebas de que esto era real, de que lo que fuera que viniera no podría borrar lo que tenían ahora mismo.

Tropezaron hacia atrás hasta que los hombros de Miller chocaron contra la ventana en la que se había estado apoyando. El cristal estaba frío a través de su blusa, un agudo contraste con el calor de Astoria presionando contra su pecho. La boca de Astoria dejó la suya, deslizándose por su mandíbula, su cuello, sus dientes rozando el punto que siempre hacía que Miller jadeara.

—Necesito... —La voz de Astoria era ronca contra su garganta—. Necesito sentirte.

—Te necesito. —Los dedos de Miller forcejearon con los botones de la blusa de seda de Astoria; la tela resbalaba como si tuviera voluntad propia, demasiado suave bajo sus manos temblorosas. Tiró con más fuerza, soltando un botón, y Astoria soltó una risita baja que vibró contra la clavícula de Miller. El sonido atravesó la bruma frenética en la mente de Miller, dándole el equilibrio justo para seguir adelante.

Las palabras de Rachel resonaron débilmente, pero a la mierda con eso. Negarlo había sido fácil; desear a Astoria era imposible de ignorar.

Las manos de Astoria ya estaban en la falda de Miller, subiéndola bruscamente sobre sus caderas, amontonando la tela hasta que quedó como un cinturón retorcido. Miller jadeó cuando el muslo de Astoria se presionó entre sus piernas, el pantalón de sastre áspero contra sus medias. Podía sentir el calor que irradiaba Astoria, esa presencia dominante ahora enfocada por completo en ella. Miller arañó la blusa, desgarrándola por fin para exponer el sujetador de

encaje que llevaba debajo, negro y marcado contra la piel de Astoria. Deslizó sus uñas por los costados de Astoria, ligeros arañazos que hicieron que Astoria siseara y se arqueara más cerca.

—Joder, Miller —murmuró Astoria, con el aliento caliente en el cuello de Miller. Le dio un mordisquito en la piel, lo bastante fuerte como para dejar marca, y la cabeza de Miller golpeó el cristal. La ventana se empañó ligeramente con su exhalación, y las luces del puerto se desdibujaron en un rastro distante en el exterior. Pero en lo único en lo que podía concentrarse era en la boca de Astoria, en la forma en que succionaba y mordía, enviando sacudidas directamente a su núcleo. Las manos de Miller bajaron más, forcejeando con el cinturón de Astoria; la hebilla metálica tintineó mientras conseguía soltarla. Metió la mano dentro del pantalón, pasando la cinturilla de la ropa interior de Astoria, y la encontró ya mojada, sus dedos resbaladizos deslizándose fácilmente sobre los pliegues hinchados.

Astoria se agitó contra su contacto, dejando escapar un gemido agudo mientras Miller rodeaba su clítoris con caricias urgentes. Era desordenado y desesperado, sin delicadeza, solo la necesidad pura de sentir a Astoria desmoronarse bajo sus manos. El propio sexo de Miller latía en respuesta, ansiando la misma atención. Inmovilizó la cadera de Astoria contra la ventana con su cuerpo; su ropa de trabajo era una barrera enredada que solo aumentaba el frenesí. La mano de Astoria imitó la suya, deslizándose bajo la falda de Miller para acariciarla a través de las bragas húmedas, con los dedos presionando con fuerza contra la tela.

—Más —exigió Miller, con la voz quebrada. Besó a Astoria con fiereza, sus lenguas chocando en una batalla húmeda y de bocas abiertas que las dejó a ambas jadeando. La mano libre de Astoria agarró la muñeca de Miller, guiando sus dedos más profundamente; dos de ellos se deslizaron dentro con un sonido húmedo que hizo que los muslos de Miller se tensaran. Los movió hacia dentro y hacia fuera, sintiendo las paredes de Astoria apretarse a su alrededor, calientes y palpitantes. Astoria apartó las bragas de Miller y sus dedos se hundieron directamente en su sexo sin previo aviso. El

estiramiento quemaba tan bien que las rodillas de Miller casi cedieron, y mordió el labio inferior de Astoria para ahogar un grito.

Se frotaron la una contra la otra, su espalda contra el cristal frío, la falda subida y la blusa de Astoria medio quitada. La camisa de Miller colgaba abierta, su sujetador empujado hacia arriba para exponer un pecho, con el pezón duro y suplicante. Astoria se inclinó para succionarlo con la boca, rozando la punta con los dientes mientras sus dedos se curvaban dentro de Miller, golpeando ese punto que hacía que estallaran estrellas tras sus párpados. La mano de Miller aceleró, su pulgar frotando el clítoris de Astoria en círculos apretados, y los gemidos de Astoria vibraron contra su piel, amortiguados pero insistentes.

El clímax llegó rápido, demasiado rápido. Miller ya estaba cerca, con el cuerpo tenso por la tensión del día. Arañó la espalda de Astoria, sus uñas clavándose a través de los restos de la blusa, dejando senderos rojos que podía sentir bajo sus palmas. Astoria se separó de su pecho, capturando de nuevo la boca de Miller, besándola como si estuviera hambrienta. Sus caderas se mecieron al unísono, los dedos empujando más profundo. Miller llegó primero, rompiéndose con un grito ahogado en la boca de Astoria, con su sexo apretándose alrededor de esos dedos. Oleadas de calor la atravesaron, con las piernas temblando mientras aguantaba el envite, sin dejar de estimular a Astoria sin descanso.

Astoria la siguió segundos después, con el cuerpo tensándose y un gutural «joder» escapando de su garganta mientras se estremecía. Miller sintió el pulso alrededor de sus dedos, el flujo de humedad bañando su mano, y siguió acariciándola hasta que Astoria se desplomó hacia delante, apoyando su frente en el hombro de Miller.

Pero no era suficiente.

El anhelo arañaba las entrañas de Miller, feroz e implacable. Sacó los dedos, resbaladizos y brillantes, y los restregó por los labios de Astoria antes de besarla de nuevo, saboreándola.

—A la cama —gruñó, empujando a Astoria hacia ella.

Tropezaron por la habitación, dejando la ropa en un rastro desordenado, y Miller se quitó los tacones de una patada a mitad de

camino. Para cuando cayeron sobre el colchón, se habían quedado solo en bragas y con las camisas desaliñadas, sus cuerpos chocando en una maraña de extremidades.

Miller les dio la vuelta para quedar encima, a horcajadas sobre las caderas de Astoria, frotando su sexo empapado contra el muslo de Astoria. La fricción era eléctrica, pero ansiaba más; necesitaba consumirla. Inmovilizó las muñecas de Astoria sobre su cabeza con una mano, mientras la otra tiraba del sujetador de Astoria para exponer ambos pechos. Estaban turgentes, con los pezones oscuros y erectos, y Miller se lanzó a ellos, succionando uno mientras pellizcaba el otro, rodándolo entre sus dedos hasta que Astoria se retorció bajo ella.

—Dios, sí —jadeó Astoria, con su cuerpo flexible flexionándose mientras ponía a prueba el agarre de Miller. Pero Miller se mantuvo firme, soltando su muñeca solo para deslizar su mano por el vientre de Astoria, metiéndola de nuevo en sus bragas. Esta vez fue más despacio, provocando la entrada antes de deslizar tres dedos dentro, ensanchándola. La espalda de Astoria se arqueó, con un lamento escapando de sus labios, y Miller la penetró con embestidas deliberadas, observando cómo su rostro se contraía de placer.

Las manos de Astoria estaban libres ahora, y las usó para arrancar la camisa de Miller por completo, tirándola a un lado. Sus uñas rasgaron la espalda de Miller, lo bastante fuerte como para escocer, instándola a seguir. Miller se inclinó para otro beso, húmedo y profundo, sus lenguas enredándose mientras curvaba los dedos dentro de Astoria, con su pulgar rozando su clítoris. Pero Astoria dio un respingo, invirtiendo sus posiciones con una fuerza sorprendente, e inmovilizó a Miller en su lugar. Las mejillas de Astoria estaban encendidas y sus ojos oscurecidos por el hambre mientras la miraba con una sonrisa ladina.

—Mi turno —dijo Astoria con voz ronca. Le quitó las bragas a Miller de un tirón rápido, exponiéndola por completo, y luego se despojó de las suyas. Desnudas ahora, a excepción de las camisas arrugadas que colgaban de sus hombros, eran un desastre de piel brillante por el sudor y toques desesperados. La boca de Astoria recorrió el cuerpo de Miller, besando y mordiendo un camino sobre

sus costillas y su vientre hasta llegar al nacimiento de sus muslos. Pero aún no fue a por su centro. En su lugar, enganchó las piernas de Miller sobre sus hombros, abriéndola de par en par, y hundió su rostro entre las nalgas de Miller.

A Miller se le cortó la respiración, con la sorpresa mezclándose con el calor creciente mientras la lengua de Astoria lamía una raya audaz sobre su ano. Era íntimo de una manera que hizo que los dedos de los pies de Miller se curvaran y sus manos apretaran las sábanas. Astoria lamió su orificio lentamente al principio, su lengua rodeando el anillo apretado, humedeciéndolo con lametones amplios y planos. Miller nunca había sentido nada parecido, y la volvía loca. Bajó las manos, agarrando el pelo de Astoria, y la atrajo más cerca mientras sus caderas se elevaban de la cama.

—Joder, Astoria, no pares —jadeó Miller, con la voz en carne viva.

Astoria gimió en respuesta, y la vibración envió chispas por su columna. La lamió con más profundidad, su lengua presionando hacia dentro solo lo justo para provocar, mientras una mano subía para acariciar de nuevo el sexo de Miller, con dos dedos empujando al ritmo de su boca. Las sensaciones eran abrumadoras, y el cuerpo de Miller temblaba, con cada nervio encendido. La mano libre de Astoria le agarró los muslos, con las uñas clavándose, manteniéndola abierta mientras sus dedos se curvaban para golpear ese punto profundo dentro de su sexo.

El orgasmo de Miller se formó como una tormenta, enroscándose con fuerza en su vientre. Se restregó contra el rostro de Astoria, buscándolo. Cuando llegó, fue explosivo; su sexo eyaculó contra la palma de Astoria y sus nalgas se apretaron alrededor de esa lengua que la exploraba. Gritó, con el cuerpo convulsionando mientras oleadas de placer la atravesaban hasta que se desplomó, sin fuerzas.

Astoria no se detuvo de inmediato. Retiró los dedos, lamiéndolos con un gemido de satisfacción, y luego subió de nuevo por el cuerpo de Miller a base de besos. Miller la atrajo hacia un beso abrasador, saboreándose a sí misma en los labios de Astoria; fluidos de su sexo y su ano se mezclaban en una mezcla embriagadora que le hacía dar vueltas la cabeza.

Empujó a Astoria sobre su espalda. Esta vez, Miller tomó el control total, con un deje feroz que agudizaba sus movimientos. Se puso a horcajadas sobre el rostro de Astoria, bajando su sexo sobre esa boca expectante. Las manos de Astoria le agarraron el trasero, tirando de ella hacia abajo con más fuerza mientras su lengua se introducía entre sus pliegues. Miller se balanceó contra ella, frotando su clítoris contra la nariz de Astoria; la sensación era áspera y perfecta. Los gemidos de Astoria vibraban hasta el núcleo de Miller, amortiguados por sus muslos, y Miller arañó el cabecero de la cama, con las uñas raspando la madera. Sintió la lengua de Astoria rozar su clítoris y luego hundirse dentro. Apretó con fuerza mientras se estremecía en su liberación, inundando la boca de Astoria.

Agotada, Miller se deslizó hacia abajo, desplomándose al lado de Astoria. Le dolía el cuerpo de la mejor manera posible, marcado por arañazos y mordiscos.

Después, yacieron enredadas entre el desorden, respirando con dificultad, con la piel enfriándose en la habitación con aire acondicionado. La cabeza de Astoria estaba sobre el pecho de Miller, sus dedos trazando patrones ociosos en el vientre de Miller y, durante unos minutos, no hubo nada más que esto: el peso de ella, su olor, el ritmo constante de su respiración haciéndose más lenta.

Miller miró al techo y se permitió disfrutarlo, ese pequeño rincón de paz, esa mujer en sus brazos.

Pero el silencio no era igual que otras veces. Esta noche, se sentía como el aliento contenido antes de una tormenta furiosa.

Se percató del reloj en la mesilla de noche, con sus números rojos brillando en la penumbra de la habitación. 10:47. Tendría que irse pronto. Ambas conocían las reglas, el acuerdo tácito de que pasar la noche fuera era demasiado arriesgado, dejaba demasiado rastro. Horas de salida y registros de tarjetas de crédito y personal del hotel que podría recordar caras si se les daba un motivo para buscar.

La mano de Astoria se detuvo en su estómago. —Estás pensando demasiado alto.

—Lo siento.

—No lo sientas. —Astoria cambió de posición, apoyando la barbilla en el pecho de Miller para mirarla. Sus ojos estaban tiernos pero sombríos; el miedo no se había ido, solo estaba contenido por el momento—. Yo también estoy pensando, por si sirve de algo.

—¿En qué?

—En que no quiero que te vayas. —La boca de Astoria se curvó, pero no llegó a ser una sonrisa—. En que te vas a ir de todos modos y en cómo ser sensata se siente como perder algo cada vez.

A Miller le dolió el pecho. Estiró la mano y apartó un mechón de pelo tras la oreja de Astoria, dejando que sus dedos se demoraran allí. —Lo sé. Yo también lo siento.

10:52. Los números cambiaron mientras ella miraba; otro minuto que se iba de su tiempo prestado.

Astoria debió de verla mirar el reloj, porque exhaló despacio y depositó un beso en la clavícula de Miller.

—Pronto —susurró Astoria.

—Sí, pronto.

El miedo había vuelto, instalándose en los espacios entre ellas, una tercera presencia que Miller no podía desterrar por mucho que lo intentara. Valerie estaba ahí fuera en alguna parte, haciendo preguntas, vigilando, esperando. Y Miller estaba aquí tumbada con la mujer de la que se estaba enamorando, contando los minutos hasta que tuviera que soltarla.

Besó la coronilla de Astoria y la sujetó con un poco más de fuerza. *Todavía no,* pensó. *Solo unos minutos más.*

El reloj brillaba en rojo en la oscuridad. 10:56.

El tiempo seguía avanzando, estuvieran preparadas o no.

18

Capítulo 18: Astoria

Llevaban cuatro semanas así y todavía no se había acostumbrado.

Pensó que a estas alturas ya lo estaría. Pensó que la intensidad se desvanecería hasta convertirse en algo manejable, algo que podría guardar y a lo que podría acceder cuando fuera necesario antes de dejarlo a un lado de nuevo. Así era como había funcionado con Valerie, cuando las cosas aún iban bien entre ellas —o lo que pasaba por ir bien—, simplemente una liberación física que nunca llegaba a tocar nada demasiado profundo.

Esto no se parecía en nada a aquello.

Miller se movió, imprimiendo un beso perezoso en la garganta de Astoria antes de rodar sobre su costado. Su mano encontró la cadera de Astoria, y sus dedos trazaron círculos ociosos sobre el hueso. El gesto era automático, el tipo de toque íntimo que surgía de conocer el cuerpo de alguien lo suficiente como para no tener que pensar dos veces dónde poner las manos.

—Estás muy callada —observó Miller.

—Siempre estoy callada.

—Es un silencio diferente. —Miller la miró, estudiando el rostro de Astoria bajo la tenue luz—. ¿Es un silencio del bueno o del malo?

Astoria hizo una pausa y consideró la pregunta, sintonizando con sus pensamientos y dejando que el ambiente de la habitación llenara el silencio. —Un silencio del bueno —dijo finalmente—. Creo.

La boca de Miller se curvó hacia arriba. —¿Crees?

—No estoy acostumbrada a esto.

Sintió que la mano de Miller dejaba de trazar círculos en su cadera. —¿Acostumbrada a qué?

A sentirme así, a desear tanto a alguien, a ser correspondida sin condiciones, quiso decir.

—A sentirme... tranquila —dijo Astoria de nuevo. Era una verdad lo bastante cercana—. Después, quiero decir.

Miller se quedó callada un momento, luego se inclinó y besó el hombro de Astoria, de forma suave y sin prisas. —Sé a qué te refieres.

Lo sabía. Esa era la parte aterradora. Miller comprendía cosas que Astoria no decía; escuchaba las palabras subyacentes. Debería haberse sentido como una invasión, pero resultaba un alivio, como dejar en el suelo algo pesado que había estado cargando durante tanto tiempo que había olvidado su peso.

Astoria giró la cabeza para mirarla. El pelo de Miller era un desastre, enredado por los dedos de Astoria, y aún conservaba un rubor intenso en las mejillas. Se veía despeinada, satisfecha y completamente desprevenida, y algo en el pecho de Astoria se encogió ante la imagen.

Recuerda esto, susurró algún instinto profundo. *Presta atención. Estate aquí, ahora.*

No sabía de dónde venían esos pensamientos, solo que se sentían necesarios, como si su cuerpo hubiera captado algo que su mente aún no había procesado.

—¿Qué hora es? —preguntó Miller.

Astoria no quería saberlo. Saberlo significaba reconocer que esto tenía un punto final, que pronto tendría que vestirse, salir de esta habitación y volver a su casa vacía y a su complicada vida. Por ahora, quería quedarse en este espacio suspendido donde no existía nada excepto ellas dos y las sábanas enredadas alrededor de sus piernas.

—Bastante tarde —dijo ella.

Miller se rió, un sonido grave y cálido que llenó a Astoria. —Eso no es una respuesta.

—Es la única que te voy a dar.

—Cabezota.

—Ya lo sabías cuando empezaste esto.

La expresión de Miller se suavizó. —Lo sabía. Lo sé, y no me quejo.

Astoria alargó la mano y colocó un mechón de pelo detrás de la oreja de Miller. El gesto le pareció peligrosamente doméstico, el tipo de cosas que hacen las parejas —las parejas de verdad, las que se despiertan juntas, preparan café y no tienen que dejar las habitaciones de hotel antes de medianoche para evitar dejar rastro.

Retiró la mano, como si se hubiera quemado. —Probablemente deberíamos...

—Lo sé. —Miller suspiró pero no se movió—. ¿Cinco minutos más?

Cinco minutos más. Astoria podía concederles eso a ambas. Cerró los ojos y dejó que el calor de Miller calara en su piel, memorizando su peso, el ritmo de su respiración, la forma particular en que olía a sexo y a jabón caro de hotel.

Recuerda esto.

El pensamiento volvió, más insistente ahora. Astoria lo apartó y se aferró al momento en lugar de analizarlo, sabiendo incluso mientras lo hacía que los momentos como este no duraban.

Nunca lo hacían.

Pero esta vez, los cinco minutos se convirtieron en diez, luego en quince. Para cuando Astoria finalmente se obligó a moverse, el reloj de la mesilla marcaba las 10:47 p. m.

—Tengo que irme —susurró, y odió lo mucho que no quería hacerlo.

Miller se estiró a su lado, felina y sin prisas. —Lo sé.

También habían desarrollado un ritmo para esta parte. Astoria se vestía primero mientras Miller la observaba desde la cama, apreciando abiertamente la vista de una manera que hacía que la piel de Astoria se calentara incluso ahora. Luego, venía la despedida

en la puerta —nunca apresurada, nunca fingida, solo un beso que comunicaba *hasta la próxima* sin que ninguna tuviera que pronunciar las palabras.

Esta noche, Astoria tardó más de lo habitual en abotonarse la blusa. Sentía los dedos torpes y desganados.

—Oye. —Miller apareció a su lado, todavía envuelta en el albornoz del hotel. Cogió las manos de Astoria, deteniéndolas—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Astoria logró esbozar una sonrisa—. Solo cansada.

—Mentirosa. —Pero Miller lo había dicho con suavidad, sin reproche ni malicia. Ella misma terminó de abrochar el resto de los botones, alisando la tela sobre los hombros de Astoria—. Ya está. Presentable.

—Gracias.

—¿Me mandas un mensaje cuando llegues a casa?

Era algo pequeño, el tipo de petición que debería haber parecido ordinaria, pero de alguna manera conmovió a Astoria más que cualquier otra cosa. Valerie nunca le había pedido que le escribiera al llegar a casa. A Valerie nunca le importó si Astoria llegaba sana y salva o si llegaba siquiera.

—Lo haré —dijo ella, y lo decía en serio.

Miller la acompañó hasta la puerta —una parte de su rutina que era completamente innecesaria, casi absurda en una habitación de hotel tan pequeña—, pero Astoria había llegado a ansiar esos segundos extra. La mano de Miller buscó la parte baja de su espalda mientras ella echaba mano al picaporte.

—Buenas noches —dijo Miller suavemente.

Astoria se dio la vuelta. Miller estaba tan cerca, con la cara inclinada hacia arriba y los labios ligeramente entreabiertos. El albornoz se le había resbalado de un hombro, dejando al descubierto la clavícula que Astoria había estado besando momentos antes. Se veía suave, despeinada y demasiado tentadora.

—Buenas noches. —Astoria se inclinó.

El beso empezó siendo suave, pero los dedos de Miller se enredaron en la americana de Astoria y la atrajeron más hacia sí, y

la suavidad se convirtió en algo más. La mano de Astoria subió para acunar la mandíbula de Miller, ladeando su cabeza y profundizando el beso hasta que Miller emitió ese pequeño sonido en el fondo de la garganta que siempre amenazaba con deshacer por completo la resolución de Astoria.

Estaba tan perdida en el momento que no oyó los pasos hasta que estuvieron casi encima de ellas. El traqueteo de unas ruedas sobre la alfombra y un tintineo sutil de cristales le siguieron poco después.

Astoria se apartó justo cuando un hombre con el uniforme color burdeos del hotel doblaba la esquina, empujando un carrito de servicio de habitaciones. Estaba a unos tres metros cuando levantó la vista de su camino.

Se detuvo.

Durante un instante congelado, nadie se movió. Astoria seguía en el umbral, con una mano en la cintura de Miller, y Miller seguía pegada a ella con un albornoz que no dejaba absolutamente nada a la imaginación. No había forma de malinterpretar lo que el empleado estaba viendo. No había forma de explicarlo como colegas o amigas ni con ninguna de las endebles tapaderas que podrían haber intentado.

Entonces Astoria vio cómo sucedía: el destello de reconocimiento en los ojos del hombre. La forma en que su mirada se agudizó sobre el rostro de ella, la ubicó y la conectó con cualquier imagen que hubiera visto en las noticias, en las páginas de negocios o en las columnas de sociedad que documentaban el divorcio más público de Phoenix Ridge.

Astoria Shepry, la multimillonaria CEO, actualmente envuelta en una despiadada batalla legal con su exesposa, y ahora sorprendida besando a una mujer en el umbral de una habitación de hotel a las once de la noche.

El momento se estiró hasta hacerse eterno. Astoria no podía moverse, no podía pensar, no podía hacer nada excepto observar el cálculo que ocurría tras los ojos del hombre: lo que estaba viendo, lo que significaba, lo que esa información podría valer.

Luego bajó la mirada, murmuró un «perdonen» y empujó su carrito junto a ellas pasillo abajo sin mirar atrás.

El hechizo se rompió.

Astoria se alejó de Miller tan rápido que casi tropieza. El corazón le martilleaba contra las costillas y, de repente, sentía la piel fría y pegajosa a pesar del calor de julio.

—Astoria...

—Tengo que irme. —Las palabras salieron estranguladas y mal. No podía mirar el rostro de Miller, no soportaba ver la confusión o la preocupación que sin duda encontraría allí—. Te mandaré un mensaje.

Ya estaba recorriendo el pasillo antes de que Miller pudiera responder, caminando demasiado rápido, con los tacones resonando fuertes contra la alfombra. No miró atrás para ver si el empleado se había detenido de nuevo, si estaba observando, si había sacado su teléfono para contarle a alguien lo que había visto.

El ascensor tardó una eternidad en llegar. Astoria aporreó el botón de nuevo, aunque fuera inútil, y se concentró en su respiración —inspirar por la nariz, espirar por la boca— de la misma manera que había aprendido a calmarse durante los peores episodios de Valerie, cuando el mundo se reducía a la supervivencia.

Cuando las puertas del ascensor finalmente se abrieron, entró y se pegó contra la pared del fondo. Diecisiete pisos de silencio y su propio reflejo en las puertas de metal cepillado.

El vestíbulo estaba tranquilo. Lo cruzó sin ver nada, simplemente dejándose llevar por la inercia. Fuera, el aire nocturno la golpeó como una bofetada, húmedo y espeso.

Llegó a su coche antes de que sus manos empezaran a temblar.

Astoria se sentó frente al volante en la oscuridad, agarrando la funda de cuero con tanta fuerza que le dolían los nudillos. El corazón seguía saliéndole por la boca; llevaba así desde el pasillo.

Nos ha visto. Me ha visto besándola. Sabe quién soy.

Los pensamientos venían en ráfagas rápidas, casi atropellándose.

Conoce mi cara. Todo el mundo conoce mi cara. Y Miller... Miller con ese albornoz, Miller pegada a mí, Miller haciendo ese sonido...

No podía respirar. Astoria se obligó a aflojar el agarre sobre el volante. El cuero estaba húmedo donde sus palmas habían presionado contra él. Podía oír su propio pulso en los oídos: demasiado rápido, demasiado fuerte.

Podría no ser nada. Los empleados de los hoteles veían cosas todo el tiempo. La discreción formaba parte del trabajo, especialmente en un lugar como este —exclusivo, de lujo, el tipo de establecimiento que atiende a personas que valoran la privacidad. Puede que él no diga nada. Puede que no le importe.

Pero... puede que sí.

El pensamiento se le alojó en el pecho como una astilla persistente.

Podría mencionarlo casualmente a un compañero, publicarlo en internet o, lo que es peor, vender la historia a uno de esos sitios de cotilleos basura que no aman nada más que la caída de una mujer rica. O podría reconocer a Miller. Su cara también había salido en la cobertura del divorcio, cuando Valerie se mostró públicamente amargada por su salida del caso.

Si los relacionaba, si se daba cuenta de quién era Miller...

Astoria pensó en la carrera de Miller, en su reputación, en todo lo que había construido y por lo que había trabajado, todo destruido porque Astoria no pudo mantener las manos quietas en un maldito umbral.

Debería haber tenido más cuidado. Ambas deberían haberlo tenido, pero en algún momento del último mes, se había permitido volverse complaciente y empezar a creer que desear algo así de fuerte podría ser realmente seguro.

Pero ella sabía que no era así. Siempre lo había sabido.

Astoria se quedó sentada en el coche, en el aparcamiento a oscuras, mirando a la nada, mientras el miedo que había estado manteniendo a raya durante semanas finalmente la alcanzaba.

El trayecto a casa pasó en un desdibujo de farolas y señales de stop. Astoria no habría sabido decir qué ruta tomó ni qué giros hizo. Su cuerpo se movía mecánicamente mientras su mente seguía congelada en aquel pasillo, viendo cómo los ojos del empleado se agudizaban con el reconocimiento.

Su móvil vibró en el asiento del copiloto. Miró la pantalla y vio el nombre de Miller brillando en la oscuridad.

—¿Estás bien?

No un *¿has llegado bien?,* ni un *buenas noches.* Miller había visto lo mismo que Astoria. Ella lo sabía.

Astoria entró en el camino de entrada a su casa y se quedó allí sentada, con el motor aún en marcha, mirando esas dos palabras. Podría llamar. Podría escuchar la voz de Miller, dejar que la convenciera de que se alejara del precipicio, procesar el miedo juntas de la forma en que Miller siempre quería procesar las cosas: abierta y honestamente, como dos personas que confían la una en la otra.

Pero si llamaba, tendría que decirlo en voz alta. Tendría que poner palabras al terror que le atenazaba el pecho. Y una vez que empezaran a hablar, a hablar de verdad, una de ellas podría decir lo que había estado sobrevolando los márgenes desde el principio: *A lo mejor deberíamos parar. A lo mejor esto siempre iba a acabar mal. A lo mejor deberíamos alejarnos ahora antes de que empeore.*

Astoria no estaba preparada para esa conversación.

Porque ella ya sabía lo que diría. Que el miedo era real y el peligro también. Ese empleado podría destruirlo todo: su reputación, la carrera de Miller, la frágil cosa que habían construido durante el último mes.

Astoria entendía de números; había construido un imperio calculando riesgos.

Pero cuando pensaba en alejarse —en no volver a tocar a Miller, en no volver a oír esa risa grave, en no volver a sentirse comprendida de la forma en que Miller la comprendía—, los números dejaban de importar. Había pasado cuarenta y seis años protegiéndose, levantando muros y manteniendo a todo el mundo a una distancia desde la que no pudieran herirla. ¿Y a dónde la había llevado eso? A un matrimonio fallido, a una casa vacía y a toda una vida siendo tan precavida que se había olvidado de lo que se sentía al ser vista.

Pero Miller la veía. Ella miraba más allá de cada defensa, de cada máscara y de cada arista afilada que Astoria usaba para mantener a

la gente alejada. Y en lugar de convertir ese conocimiento en un arma, como había hecho Valerie, Miller simplemente se quedaba. Seguía apareciendo y buscándola como si ella fuera un salvavidas.

Astoria no estaba dispuesta a renunciar a eso. Ni por miedo, ni por seguridad, ni siquiera para protegerse de lo que pudiera venir.

Cogió su teléfono; sus dedos dudaron sobre la pantalla. Había tanto que podría decir. *Estoy aterrorizada. No sé qué pasará ahora. No estoy preparada para perderte.* Palabras que la abrirían en canal, la dejarían expuesta e iniciarían una conversación que se escaparía de su control.

Inspiró profundamente y escribió: *Estoy bien. Ya en casa. Hablamos pronto.*

Lo envió antes de poder arrepentirse. Era el tipo de respuesta que le daba tiempo sin alejar a Miller. Su móvil vibró de nuevo casi de inmediato.

—*Vale, intenta dormir. Aquí estoy si me necesitas.*

Astoria se quedó mirando el mensaje hasta que la pantalla se apagó y se quedó a oscuras.

19

Capítulo 19: Miller

El pollo estaba casi listo cuando Miller oyó el nombre de Astoria. Había estado de pie ante los fogones, moviendo los trozos en la sartén sin verlos realmente, con la mente todavía absorta en la moción que había pasado toda la tarde redactando. La televisión estaba encendida como ruido de fondo —un programa de noticias locales que nunca veía en realidad— y la había ignorado como hacía siempre, dejando que las voces de los presentadores se mezclaran en un ruido blanco.

Pero su cerebro se enganchó en esas dos sílabas familiares: *Shepry.*

Miller se giró, aún con la espátula en la mano.

En la pantalla, la foto corporativa de Astoria llenaba el encuadre. Era la misma foto que Miller había visto decenas de veces. Junto a ella, en letras rojas y negritas: «ÚLTIMA HORA: DOCUMENTOS FILTRADOS REVELAN TURBULENCIAS EN EL DIVORCIO DE LOS SHEPRY».

La espátula chocó contra la placa de la cocina. Miller cruzó hasta el sofá y se dejó caer en el borde, buscando el mando para subir el volumen. El presentador ya estaba a mitad de una frase.

—Los registros financieros obtenidos por el Tribune parecen mostrar patrones de gasto erráticos en los meses posteriores a la separación, incluyendo varios retiros de efectivo de gran cuantía y transferencias a cuentas no reveladas previamente en los expedientes judiciales.

La imagen cambió a los documentos. Miller los reconoció de inmediato. Eran los materiales de la fase de proposición de prueba, el tipo de registros financieros que se habrían intercambiado entre los equipos legales meses atrás. Alguien los había fotografiado y los había enviado a la prensa.

—Los documentos pintan un panorama preocupante —continuó el presentador—. Los expertos legales afirman que estas revelaciones podrían afectar significativamente el proceso de divorcio en curso.

A Miller se le encogió el pecho. La cobertura pasó a un analista legal, un tertuliano al que no reconoció y que ya estaba manipulando la narrativa.

—Lo que estamos viendo aquí es un patrón —dijo él, gesticulando ampliamente—. Estas no son las acciones de una directora ejecutiva estable. El gasto, el momento de estos retiros... pintan el retrato de alguien que podría no estar capacitado para mantener el control de una empresa multimillonaria.

Gilipolleces. Miller apretó los puños.

Esos registros financieros eran gastos del divorcio. Astoria se había comprado una casa tras mudarse de una mansión compartida para rehacer su vida desde cero, y estaba pagando a dos equipos legales. Por supuesto que sus patrones de gasto habían cambiado. Los de cualquiera lo habrían hecho.

Pero despojados de contexto, fotografiados desde ángulos poco favorecedores y leídos en voz alta por presentadores que no conocían a Astoria en absoluto, se convertían en armas para acusarla de ser errática, voluble e incapaz.

La cobertura continuó, alternando entre el mismo puñado de documentos y extractos condenatorios. Miller permanecía sentada en el sofá, paralizada; el olor a pollo quemado finalmente llegó a su

consciencia en algún lugar remoto de su mente, pero no se movió para apagar el fuego.

Su teléfono vibró, luego otra vez, y una tercera en rápida sucesión. Miró la pantalla. Mensajes de compañeros del bufete.

—¿Has visto las noticias?

—Joder, el caso Shepry está en todas partes.

—¿No era este tu antiguo caso? ¿Qué ha pasado?

Miller puso el teléfono boca abajo y siguió mirando. Ahora mostraban imágenes de la sede central de Shepry Global, la torre de cristal del centro por la que Miller había pasado por delante cientos de veces. Un reportero estaba fuera, ofreciendo una actualización jadeante sobre las repercusiones en las acciones, las preocupaciones de la junta directiva y lo que esto podría suponer para el futuro de la compañía.

Nada de eso importaba. Nada de eso era la cuestión.

La cuestión era que alguien había cogido documentos privados de un proceso de divorcio en curso y se los había entregado a la prensa. Alguien había decidido que Astoria Shepry debía ser humillada públicamente y sus registros financieros difundidos a cualquiera que tuviera televisor.

Y Miller sabía exactamente quién era ese alguien.

Pensó en Valerie en la sala de juntas hacía todos esos meses, intentando convencer a Rachel para que presentara acusaciones fabricadas. Recordó su furia gélida cuando Miller había pillado la mentira. Eso era lo que hacía Valerie: reescribía la realidad para que encajara en su narrativa y luego sonreía mientras retorcía el cuchillo.

Y ahora lo estaba haciendo en las noticias de la tarde, usando información privada como arma.

Miller finalmente se levantó y fue a la cocina. El pollo estaba chamuscado por un lado y un humo gris oscuro salía de la sartén. Apagó el fuego y llevó la sartén al fregadero, pero no quitó la comida. Se quedó allí de pie, con las manos apoyadas en la encimera, mirando la cena arruinada que no iba a comer.

Su teléfono volvió a vibrar. Esta vez era Nadia. *«Cariño, ¿estás viendo las noticias? Llámanos si necesitas hablar».*

A Miller se le cerró la garganta. Escribió una respuesta rápida. *«Estoy bien. Llamaré mañana».* Pulsó enviar y volvió a dejar el teléfono boca abajo.

No estaba bien, en absoluto. Estaba en su cocina mientras la mujer con la que se había estado acostando durante el último mes estaba siendo destrozada en la televisión, y ella no podía hacer nada al respecto. No podía presentarse en su puerta, no podía sentarse a su lado mientras capeaba el temporal, no podía reconocer públicamente que conocía a Astoria como algo más que la abogada de la parte contraria en un caso del que se había apartado hacía un mes.

Las noticias habían pasado al tiempo para cuando Miller volvió al sofá. Silenció la televisión y se sentó en el silencio, con la mente dando vueltas a los mismos pensamientos como piedras en un bombo.

Valerie seguramente había filtrado esos documentos. Miller estaba segura. Nadie más sería tan calculador, tan dispuesto a humillar a Astoria públicamente. No había nada que ganar con ello.

Y si Valerie *lo había* hecho —si estaba dispuesta a aplicar una política de tierra quemada con los registros financieros—, ¿qué haría si se enteraba de lo de Miller?

La voz de Rachel resonó en su cabeza. Aquella conversación en la cafetería, hacía dos semanas. *«Está haciendo preguntas. Buscando munición. Si hay algo que encontrar, lo encontrará».*

Miller había prometido tener cuidado; se había convencido a sí misma de que eso bastaría.

Pero viendo las noticias de esta noche, comprendió algo de lo que no se había percatado del todo antes. La sospecha de Valerie se había corrompido hasta convertirse en algo más peligroso, y estaba de caza. Y cuando Valerie encontraba a su presa, no vacilaba. No se preocupaba por la ética, la justicia o los daños colaterales; simplemente destruía.

Si Valerie descubría lo que Miller y Astoria habían estado haciendo, afirmaría que Miller había saboteado el caso filtrando información a la parte contraria. Nada de eso era cierto, por supuesto, pero no importaría. La acusación por sí sola bastaría para

destruir la carrera de Miller, socavar la credibilidad de Astoria y sumir todo el caso en el caos.

El idilio se había convertido en un arma cargada, y Valerie la estaba buscando.

Miller cogió su teléfono, con el pulgar sobre el nombre de Astoria. Quería llamar. Quería oír su voz, preguntarle si estaba bien, decirle que iba para allá. Pero podía imaginar lo que estaba pasando al otro lado: abogados llamando, equipos de relaciones públicas trazando estrategias, Gloria atendiendo peticiones mientras Astoria lidiaba con las consecuencias de la forma en que ella lidiaba con las cosas. Estaría en modo de crisis total, con todos sus muros levantados.

Miller no podría ayudar con nada de eso. Solo sería una cosa más de la que ocuparse.

En su lugar, escribió un mensaje: —*He visto las noticias. Lo siento muchísimo. Estoy aquí si me necesitas.*

La respuesta llegó casi una hora después. —*Ha sido una noche larga. Gerald se está encargando. Estoy bien.*

Solo tres frases, todas educadas y comedidas, el tipo de respuesta que se enviaría a una colega. Aunque Miller entendía que Astoria estaba en modo de supervivencia, con su armadura de reina de hielo perfectamente colocada, aun así le dolió el pecho.

Escribió de vuelta: —*Pienso en ti*, y lo dejó así.

La noche se alargó hasta volverse algo amorfo. Miller intentó leer pero no podía concentrarse, luego intentó recoger la cocina y lo abandonó a la mitad. Acabó en la cama a las nueve, tumbada en la oscuridad, mirando al techo mientras sus pensamientos daban vueltas.

Pensó en Astoria viendo las noticias a solas en esa casa enorme sobre el acantilado. La casa que Miller nunca había visto porque siempre se encontraban en hoteles, siempre mantenían las cosas compartimentadas, siempre se decían a sí mismas que lo tenían bajo control.

Pero no era así.

Miller estaba tumbada en la oscuridad, guardando un secreto que podría destruirlas a ambas, y no durmió. Por la mañana, supo lo que

tenía que hacer. No quería ponerle fin, pero se negaba a ser el arma que Valerie usara para destruir a Astoria.

Lo que era correcto estaba claro. Pero hacerlo iba a destrozarla.



Esa noche, el GPS de Miller la guio por una carretera privada que serpenteaba por Cliffside, pasando por entradas con puertas automáticas y propiedades ocultas tras un paisajismo exquisito. La casa de Astoria estaba al final, encaramada sobre el océano. Tenía una arquitectura moderna, con paredes de cristal que captaban los últimos retazos de la luz del atardecer, y plantas autóctonas que enmarcaban un sendero alrededor de la casa. Era el tipo de lugar donde uno podía desaparecer del mundo por completo.

Miller aparcó en la entrada circular y se quedó sentada un momento. A través del parabrisas, podía ver la puerta principal —madera pesada, herrajes de latón caros— y, más allá, a la mujer a la que estaba a punto de herir.

Salió del coche antes de que pudiera arrepentirse. El camino hasta la puerta le pareció interminable. Sus tacones golpeaban contra el sendero de piedra, sonando demasiado fuerte en la quietud de la tarde. No se veía a ningún vecino, no había sonidos de tráfico, solo el choque distante de las olas contra el acantilado y el latido de su propio corazón.

Llamó al timbre.

Astoria abrió la puerta a los pocos segundos, como si la hubiera estado esperando. Llevaba ropa que Miller nunca le había visto: pantalones suaves, un jersey de lana holgado y el pelo suelto sobre los hombros. Parecía agotada. Las ojeras bajo sus ojos eran más profundas que hacía dos días, y su rostro tenía ese aspecto demacrado que dejaba la falta de sueño y el exceso de estrés.

—Miller. —La voz de Astoria era plana y cautelosa. Sus ojos recorrieron el rostro de Miller, leyendo algo allí—. ¿Qué pasa?

Miller abrió la boca, pero no salió nada. Lo había ensayado en el coche, tenía las palabras alineadas y listas, pero estando aquí —

viendo a Astoria así, vulnerable y cansada—, el discurso se evaporó —. ¿Puedo pasar?

Astoria se hizo a un lado sin decir palabra. El interior hacía juego con el exterior: planta abierta, ventanales de suelo a techo, muebles que parecían haber sido seleccionados por un diseñador en lugar de por una persona. Todo presentaba tonos apagados —crema, gris, toques de azul marino—, caro, de buen gusto y completamente impersonal. Miller recorrió el espacio con la mirada buscando fotografías, libros, alguna señal de que alguien viviera allí realmente.

No encontró casi nada.

Divisó un portátil en la isla de la cocina y una sola taza de café en el fregadero. Había un ligero olor a algo que podría haber sido la cena.

Este era el lugar al que Astoria regresaba cada noche. Esta casa hermosa y vacía sobre un acantilado.

—He estado lidiando con las consecuencias todo el día —dijo Astoria, dirigiéndose hacia el salón. No se sentó, se limitó a quedarse de pie junto a los ventanales con los brazos cruzados sobre el pecho—. Gerald cree que podemos adelantarnos. Los registros financieros no muestran nada ilegal en realidad, solo patrones de gasto que se ven mal fuera de contexto. Estamos preparando un comunicado.

—Eso está bien —respondió Miller. Su voz sonó extraña a sus propios oídos.

—Mi junta directiva está preocupada, obviamente. Las acciones han caído un tres por ciento esta mañana, aunque ya se están recuperando.— Astoria hablaba rápido, como solía hacer cuando intentaba controlar una situación. —El equipo de relaciones públicas quiere que conceda una entrevista, algo que genere empatía, pero les he dicho que...

—Astoria.

Ella se detuvo y tragó saliva una vez antes de volver a hablar. —No has venido aquí para hablar de mi estrategia de relaciones públicas, ¿verdad?

—No.

El silencio flotó en el aire entre ellas, y Miller no podía sentir nada excepto el peso que le oprimía el pecho.

—Ya no puedo seguir con esto —dijo Miller.

Astoria no se movió; todo se había quedado muy quieto.

—La filtración —continuó Miller, obligándose a seguir hablando—. Valerie ha sido la responsable. Sabes que ha sido ella. Y si está dispuesta a llegar tan lejos con los registros financieros, si está dispuesta a humillarte públicamente solo para obtener una ventaja… —Se detuvo y tomó aire—. Está buscando algo que usar contra ti, contra las dos. Rachel me advirtió hace semanas de que Valerie sospechaba y estaba haciendo preguntas. Y ahora esto.

—Lo sé.— La voz de Astoria era tenue.

—Si se entera de lo nuestro, lo usará. Dirá que te estaba pasando información mientras aún estaba en el caso, que la saboteé desde dentro. Nada de eso es cierto, pero dará igual. Lo arrastrará a los tribunales, a la prensa, a todas partes. Tu caso se convertirá en un caos y mi carrera se arruinará.— Miller notó que se le quebraba la voz y lo odió. —No puedo ser lo que acabe contigo.

Astoria no respondió. Se quedó allí quieta, con los brazos aún cruzados y el rostro tan ilegible como siempre. Los segundos se alargaron, pesados y horribles.

—Di algo —susurró Miller.

—¿Qué quieres que te diga?

La pregunta le dolió como si le hubieran dado una bofetada. Miller había esperado... En realidad, no sabía qué había esperado. Una discusión, tal vez, o algún tipo de resistencia. Había esperado que Astoria le dijera que se equivocaba, que podrían solucionarlo, que no iba a dejar que Valerie ganara.

En cambio, Astoria era la reina del hielo que Miller había conocido en la sala de mediación, la que miraba a través de la gente como si no valiera la pena verla.

—Quiero que me digas que me equivoco —dijo Miller—. Quiero que me lleves la contraria en esto.

Algo cruzó fugazmente el rostro de Astoria. Miller no supo decir si era dolor, resignación o alguna otra cosa.

—No te equivocas.— Su voz era monótona. —Eres inteligente y práctica al protegerte.

—Nos estoy protegiendo a *nosotras*.

—No hay un «nosotras». —Astoria apretó aún más los brazos alrededor de sí misma—. No puede haberlo. Tú misma acabas de decirlo.

Miller sintió que las palabras se estrellaban contra ella. Dio un paso adelante y se detuvo cuando vio que Astoria no se movía ni intentaba alcanzarla.

—Eso no es...— La garganta de Miller se cerró ante las palabras. —No quiero que esto termine, Astoria. No hago esto porque quiera —dijo.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué no luchas?

La mandíbula de Astoria se tensó y, por un momento, Miller creyó ver una grieta en su compostura, algo crudo y desesperado que intentaba abrirse paso a la superficie. Pero desapareció tan rápido como había llegado, suavizado y guardado bajo llave.

—Porque tienes razón— dijo Astoria en voz baja. —Esto siempre iba a terminar. Ambas lo sabíamos. Solo nos permitimos fingir lo contrario.

Miller se la quedó mirando. Esta no era la misma mujer que se había sincerado con ella sobre los abusos de Valerie, la que había temblado en sus brazos, la que había susurrado cosas en la oscuridad que nunca le había contado a nadie. Esta era otra persona, alguien blindada para la defensa y que ya se estaba retirando tras unos muros que Miller no podía escalar.

—Astoria, por favor.

—Deberías marcharte.— La voz de Astoria era firme, *demasiado* firme. —Has venido aquí para terminar con esto, así que termínalo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellas. Miller sintió que las lágrimas le escocían tras los ojos y parpadeó para contenerlas, negándose a llorar, negándose a desmoronarse mientras Astoria permanecía allí como una estatua.

Quería cruzar la habitación, coger el rostro de Astoria entre sus manos y hacerle ver que esto también la estaba matando a ella. Que no estaba eligiendo esto porque fuera la salida fácil. Que alejarse de Astoria era lo más difícil que había hecho nunca.

Me estoy enamorando de ti.

Las palabras presionaban contra sus dientes, desesperadas por escapar. Se las tragó.

¿De qué serviría pronunciarlas? Astoria ya había decidido no luchar ni discutir ni darle a Miller nada a lo que aferrarse. La estaba dejando ir, y Miller no sabía si era porque a Astoria no le importaba lo suficiente como para luchar o porque le importaba demasiado como para pedirle que se quedara.

—Adiós, Astoria— susurró.

Astoria asintió. Estaba pálida y su expresión parecía esculpida en piedra. —Adiós, Miller.

Miller se obligó a darse la vuelta y caminar hacia la puerta, aunque todo su cuerpo le gritaba que se detuviera. Tenía la mano en el pomo cuando la voz de Astoria la frenó.

—Miller.

Miró hacia atrás. Astoria estaba exactamente donde Miller la había dejado, recortada contra los oscuros ventanales. Parecía más pequeña de algún modo, frágil de una manera que Miller no había visto antes.

—Gracias— dijo Astoria suavemente. —por venir a decírmelo en persona.

A Miller se le cerró la garganta. Asintió, sin confiar en su capacidad para hablar, y salió a la noche. Consiguió llegar a su coche antes de que las lágrimas brotaran, y recorrió tres manzanas antes de tener que detenerse a un lado.

Las lágrimas habían empezado en el camino de entrada de Astoria y no habían parado. Nublaban la carretera, las farolas, las formas oscuras de las casas. Conducía a ciegas, con las manos temblando sobre el volante, y una parte lejana de su cerebro reconoció que se mataría o mataría a alguien más si no se detenía.

Se detuvo en una calle lateral, puso el coche en punto muerto y dejó el motor en marcha. Se tapó la cara con las manos y sollozó en

la oscuridad. No fue un llanto bonito. No fue silencioso ni digno ni el tipo de dolor que se puede guardar y gestionar. Fue feo, jadeante, el tipo de duelo que nacía de lo más profundo de su pecho y se abría paso desgarrándolo todo. Lloró hasta que le dolió la garganta y le ardieron los ojos. Lloró hasta que no quedó nada dentro.

Luego se quedó sentada en el silencio y miró el salpicadero.

Había hecho lo correcto. De eso no tenía ninguna duda. Valerie andaba husmeando y su aventura era un arma cargada a punto de dispararse; quedarse con Astoria las habría destruido a ambas. Miller hizo lo que tenía que hacer para protegerlas.

Pero no *parecía* una protección. Parecía que se hubiera arrancado algo esencial del pecho y lo hubiera dejado sangrando en el suelo de Astoria.

El reloj del salpicadero marcaba las 21:47. Llevaba allí sentada casi veinte minutos. Miller se limpió la cara con el dorso de la mano, comprobó los espejos y volvió a la carretera. El trayecto a casa pasó entre un borrón de señales de stop y semáforos. No recordaba nada de él.

Su apartamento estaba a oscuras cuando llegó. No encendió las luces, se limitó a cerrar la puerta tras de sí, dejó las llaves en la encimera y caminó hacia su dormitorio sin molestarse en desvestirse.

Se tumbó en la oscuridad sobre la colcha, aún con la ropa de trabajo, y se quedó mirando al techo.

El apartamento nunca se había sentido tan silencioso ni tan vacío. Llevaba tres años viviendo allí y siempre le había gustado la soledad, el espacio que era totalmente suyo. Pero esta noche la oprimía como un peso.

Debería comer. Sentía el cuerpo hueco, pero pensar en comida hacía que se le revolviera el estómago. Debería ducharse y quitarse el olor de la casa de Astoria. Debería dormir. Mañana tendría que levantarse e ir a trabajar y fingir que estaba bien.

En lugar de levantarse para comer o ducharse, Miller cerró los ojos.

Pensó en Astoria junto a aquellos ventanales, en la forma en que no había luchado, en la forma en que simplemente había dejado que

Miller saliera por la puerta.

Las palabras de Astoria, *gracias por venir a decírmelo en persona*, se repetían en su mente. Astoria lo había dicho como si Miller fuera una colega que entregaba malas noticias. Quizá Miller se había imaginado la conexión, la vulnerabilidad, los momentos en los que Astoria la había mirado como si fuera algo precioso. Quizá Astoria había estado interpretando un papel todo el tiempo, igual que interpretaba papeles en las salas de juntas, en los tribunales y en cualquier otro lugar.

Pero no se lo creía. Había sentido lo que había entre ellas y había visto a Astoria abrirse después de años manteniendo a todo el mundo fuera, pero Astoria no había luchado esta noche. Miller no sabía qué significaba eso.

Se puso de lado y acercó la almohada. Las lágrimas se habían secado en su rostro, dejándolo tirante y con picor, pero no se levantó a lavárselas. Se quedó en la oscuridad y se permitió sentir el peso de lo que había perdido y la forma del espacio vacío en su corazón donde solía estar Astoria.

20

Capítulo 20: Astoria

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta veinticinco a las 5:47 de la mañana y Astoria se adentró en la oscuridad. Las luces de emergencia brillaban en las salidas, proyectando pálidos charcos sobre la moqueta. Nadie más llegaría hasta dentro de al menos una hora: Gloria a las siete, y los más madrugadores irían apareciendo después. Astoria atravesó la recepción vacía sin encender las luces, con sus tacones silenciosos sobre la mullida alfombra, y entró en su despacho.

No se molestó en encender la luz del techo, solo la lámpara de escritorio; su cálido círculo iluminó el portátil y la pila de expedientes que había dejado el viernes por la tarde. Eso fue antes, cuando todavía tenía algo que esperar después de terminar el trabajo.

Astoria se sentó y abrió el portátil.

El fin de semana había sido insoportable. Cuarenta y ocho horas de silencio en aquella casa, con sus pensamientos dando vueltas como buitres sobre la carroña. Había intentado trabajar desde casa —hojas de cálculo, proyecciones, correos electrónicos que podrían haber esperado hasta el lunes—, pero la quietud seguía presionándola. No dejaba de mirar el móvil, esperando un mensaje que no iba a llegar.

El trabajo era mejor. El trabajo siempre estaba ahí para ella.

Abrió los informes trimestrales y se puso a leer.

Gloria la encontró a las siete, ya sumergida en un análisis financiero que técnicamente le había delegado a Marcus tres semanas atrás.

—Has llegado temprano . —Gloria estaba en el umbral de la puerta, todavía con el abrigo puesto y un café en la mano.

—No podía dormir. . —Astoria no levantó la vista de la pantalla—. Quiero revisar las proyecciones de Cascadia antes de la reunión con los inversores del miércoles. Las cifras de Marcus me han parecido excesivamente optimistas.

Hubo una pausa, y Astoria pudo sentir que Gloria la estudiaba, del mismo modo que la había estudiado durante los últimos diez años, catalogando las señales de que algo iba mal.

—Te traeré un café —dijo Gloria finalmente.

—Ya he tomado dos tazas.

—Te traeré el desayuno, entonces.

—No tengo hambre.

Hubo otra pausa, más larga esta vez, y Astoria se obligó a mantener los ojos fijos en la pantalla hasta que oyó cómo los pasos de Gloria se alejaban por el pasillo.

Los números del informe se volvieron borrosos. Pestañeó para que recuperaran el enfoque y siguió trabajando.

Para el miércoles, el nuevo patrón se había calcificado en una rutina: en el despacho a las cinco y media, reuniones a partir de las ocho, almuerzo traído al escritorio y dejado sin tocar hasta que Gloria lo retiraba discretamente a las dos.

Tenía más reuniones, más llamadas, más problemas que resolver que no fueran su propio corazón. Siempre regresaba a casa pasadas las diez, a veces a las once, y el sueño le llegaba por fragmentos —dos horas aquí, tres allá—, nunca con la profundidad necesaria para soñar.

La reunión con los inversores salió a la perfección. Astoria se situó a la cabecera de la mesa de juntas con su traje más impecable, con los planes de desarrollo de Cascadia proyectados a su espalda, y ofreció una presentación que hizo que tres capitalistas de riesgo

echaran mano a sus chequeras. Respondió a cada pregunta con precisión. Sonrió en los momentos adecuados y mantuvo un contacto visual que comunicaba confianza.

Nadie en esa sala habría adivinado que funcionaba a base de cafeína y despecho.

Después, Gerald la abordó en el pasillo.

—Astoria. —Se puso a caminar a su lado, con su cabello plateado captando la luz fluorescente—. Quería ponerla al día sobre el caso. El equipo de Rachel Hartwell ha presentado sus mociones previas al juicio y...

—No necesito actualizaciones. —Las palabras salieron más bruscas de lo que pretendía. Siguió caminando, con paso demasiado rápido y sus tacones marcando un ritmo irritado—. Para eso le pago.

Gerald enarcó ligeramente las cejas.

—Usted siempre ha querido estar informada.

—La situación ha cambiado —. —Se detuvo ante el ascensor, aporreando el botón más veces de las necesarias—. Gestiónelo y páseme la factura. No quiero oír nada al respecto a menos que algo requiera mi atención directa.

Notaba el calor de la mirada de él sobre ella. Gerald había sido su abogado el tiempo suficiente para saber cuándo estaba esquivando un tema, para notar que no había hecho ni una sola pregunta sobre la estrategia o los plazos y, definitivamente, para notar que se había estremecido, casi imperceptiblemente, cuando él mencionó al *equipo de Rachel Hartwell.*

El ascensor se abrió con un tintineo y Astoria entró.

—Avíseme si me necesita. —Las puertas se cerraron entre ambos.

El jueves por la mañana, Astoria contempló su reflejo en el espejo del baño y lo evaluó. Tenía ojeras, visibles incluso a través del corrector de alta gama aplicado con maestría. Sus pómulos estaban más marcados que hacía una semana debido a la pérdida de peso, porque se olvidaba de comer. Su piel tenía un tono grisáceo bajo las brillantes luces del tocador, el aspecto de alguien que estaba funcionando bajo mínimos.

Tenía un aspecto horrible, el de alguien que se estaba desmoronando.

«Menos mal que las apariencias son una representación», pensó con amargura. *«Y yo siempre he sido una actriz excelente».*

Terminó de maquillarse, se vistió con una americana y unos pantalones que le quedaban un poco más holgados que el lunes pasado, y condujo hasta la oficina en silencio.

El día transcurrió en una bruma de reuniones: revisión de finanzas a las nueve, conferencia telefónica con los administradores de fincas de Portland a las diez y media, y una tarde consumida por negociaciones de contratos que requirieron hasta la última gota de concentración que pudo reunir.

Entre reunión y reunión, a solas en su despacho, la máscara se deslizaba.

Se sorprendió a sí misma mirando a la nada, con los dedos congelados sobre el teclado. En otra ocasión, echó mano al móvil para escribir un mensaje: *«Hoy he visto el titular más ridículo. Me ha recordado a...».* Sus pulgares se detuvieron al darse cuenta de que no había nadie a quien escribir.

Astoria borró las letras una a una, viendo cómo desaparecían de la pantalla; luego dejó el móvil boca abajo sobre el escritorio y abrió otra hoja de cálculo.

A las seis, Gloria apareció en el umbral. —Ha llamado Nancy Ballard. Quiere verte mañana. Ha dicho que estará en el edificio para otra reunión y ha preguntado si tendrías treinta minutos.

Nancy Ballard: miembro de la junta desde hace dieciséis años, con una fortuna tecnológica labrada por ella misma, una de las pocas personas en la vida profesional de Astoria que se había ganado algo parecido al respeto. No eran amigas —Astoria no tenía amigos—, pero Nancy siempre había sido directa con ella de una forma que se sentía casi como honestidad.

—Está bien —dijo Astoria—. Ponla en mi agenda.

Gloria se demoró unos instantes tras el implícito despido. —Deberías irte a casa y descansar un poco.

—Tengo trabajo que hacer.

—Astoria. —La voz de Gloria se suavizó de una manera que hizo que algo se retorciera en el pecho de Astoria—. Sea lo que sea lo que ha pasado, no puedes seguir así. Te vas a agotar.

Por un momento, Astoria estuvo a punto de contárselo. Estuvo a punto de dejar que las palabras brotaran —*«Conocí a alguien, dejé entrar a alguien, se fue, todo el mundo se va, Valerie tenía razón sobre mí»*—, pero el impulso murió tan rápido como surgió. ¿De qué serviría? Gloria no podía arreglar esto; nadie podía.

—Estoy bien —dijo Astoria. Levantó la vista y vio que Gloria seguía observándola—. Me iré a las ocho. Lo prometo.

Se marchó a las diez y media, conduciendo a casa por calles vacías hacia una vivienda a oscuras que todavía olía ligeramente a los lirios que había tirado hacía tres días porque le recordaban al perfume de Miller.

No lloró. No había llorado desde la noche del viernes, cuando se quedó en el salón después de que las luces traseras del coche de Miller desaparecieran por la entrada. Las lágrimas habían brotado entonces, calientes y furiosas, de esas que te dejan la garganta en carne viva y los ojos hinchados; luego se habían detenido y nada de lo que hiciera podía conseguir que empezaran de nuevo.

El entumecimiento era casi peor. Al menos las lágrimas significaban sentir algo.

Astoria se sirvió una copa de vino, bebió la mitad de pie junto a la encimera de la cocina y se fue a la cama sin cenar.

Mañana, Nancy Ballard la miraría y vería exactamente lo que veía Gloria, lo que veía Gerald, lo que cualquiera que mirara con suficiente atención podría ver: que Astoria Shepry se estaba desmoronando.

Tendría que actuar con más fuerza, levantar los muros más alto y volverse tan perfectamente controlada que nadie pudiera encontrar las grietas.

Era la única manera de sobrevivir a esto.



La tarde siguiente, Astoria fue citada en la pequeña sala de reuniones de la planta veinticuatro. Nancy Ballard ya la estaba esperando cuando Astoria llegó, de pie junto a la ventana con los brazos cruzados y su elegante cabello negro recogido en su habitual y práctico moño. Se giró cuando Astoria entró, y sus ojos hicieron un rápido barrido antes de que su expresión se tornara cautelosa.

—Cierre la puerta —dijo Nancy.

Astoria lo hizo y luego señaló hacia la mesa.

—Gloria me ha dicho que quería treinta minutos. Tengo una llamada a las tres, así que...

—Siéntese, Astoria.

No era una petición. Nancy había levantado un imperio tecnológico de la nada, lo había vendido por una cifra de nueve dígitos y había pasado la última década formando parte de juntas directivas y financiando empresas emergentes dirigidas por mujeres. No toleraba tonterías y no perdía el tiempo con amabilidades cuando había algo que decir.

Astoria obedeció.

Nancy ocupó la silla de enfrente, lo suficientemente cerca como para que Astoria no pudiera evitar su mirada. Durante un largo rato, ninguna de las dos habló. Astoria fingió estar interesada en las motas de polvo que flotaban en un rayo de sol que entraba por la ventana.

——¿Qué le está pasando? —preguntó Nancy.

—No sé a qué se refiere.

—No me venga con esas. —La voz de Nancy fue tajante—. Te conozco desde hace trece años. Te he visto convertir esta empresa, que era un puñado de propiedades, en algo extraordinario. Te he visto gestionar intentos de absorción hostiles, crisis del mercado y una pandemia mundial sin despeinarte. —Se inclinó hacia delante—. Y sin embargo, nunca te había visto así.

Astoria mantuvo su rostro neutral. —El divorcio ha sido exigente, pero lo estoy gestionando.

—No está gestionando nada. Se está hundiendo. —Nancy levantó una mano, enumerando puntos con los dedos—. Has perdido peso, se nota incluso en una semana. Estás en este edificio antes del

amanecer y después de medianoche. Marcus me dice que estás rehaciendo análisis que él ya ha terminado. Jennifer dice que parecía distraída en la reunión de inversores del miércoles, aunque actuó lo suficientemente bien como para cerrar el trato. —Bajó la mano—. Algo ha pasado, y está afectando a todo.

Las palabras aterrizaron como golpes, cada una de ellas certera e inevitable. Astoria sintió que sus muros se tensaban, que la arquitectura del control amenazaba con ceder bajo el peso de que alguien la estuviera viendo realmente.

——Lo estoy controlando —dijo ella, y odió lo débil que sonó su voz.

—No lo estás controlando. Estás huyendo de ello, sea lo que sea ese «ello». —La mirada de Nancy se suavizó de forma inusual, solo un poco—. No sé qué ha pasado y no necesito saberlo, pero he visto a suficiente gente autodestruirse como para reconocer las señales. Y usted las tiene todas.

Astoria desvió la mirada, fijando la vista en la ventana y en el puerto gris que se extendía más allá. Sentía la garganta apretada. No confiaba en sí misma para hablar.

—Esto es lo que sí sé —continuó Nancy—. Valerie quiere que te desmorones. Quiere que pierdas la concentración, que cometas errores y le des munición. Cada día que pasas funcionando a duras penas es un día que ella está más cerca de ganar. —Hizo una pausa —. ¿Es eso lo que quieres? ¿Entregarle todo lo que ha construido porque no ha podido mantener la compostura?

Las palabras calaron hondo. Las manos de Astoria se cerraron en puños bajo la mesa. —No —dijo en voz baja.

—Entonces reacciona. —La voz de Nancy no era cruel, pero tampoco amable. Era la voz de alguien que había sobrevivido a sus propias batallas y sabía lo que hacía falta—. Sea lo que sea esto, pasará. Pero solo si sobrevives y no dejas que te hunda.

Astoria se obligó a sostener la mirada de Nancy. —¿Y si no puedo?

—Puedes. —Nancy le sostuvo la mirada—. Es la persona más fuerte que conozco, Astoria. Salió de la nada y construyó un imperio. Sobrevivió a un matrimonio con una mujer que intentó doblegarla.

Sobrevivirá a esto también, pero no así. No agotándose hasta la extenuación y fingiendo que está bien cuando cualquiera con ojos puede ver que no es verdad.

Astoria sintió que algo se agrietaba dentro de su pecho, algo que quería romperse y dejar escapar todo el dolor que había estado manteniendo a raya, incluido el conocimiento de que Valerie había tenido razón todo el tiempo: era imposible de amar, y todo el que se acercaba lo suficiente para verlo acababa marchándose.

Se lo tragó todo, lo encerró bajo llave y puso un ladrillo más en el muro.

—Gracias —dijo Astoria, y su voz sonó más controlada—. Le agradezco su preocupación.

Nancy la estudió con ojos entrecerrados. Astoria pudo ver la decisión que tomaba tras su mirada, si presionar más o dejarlo estar. Finalmente, Nancy suspiró y se levantó.

—Cuídate —dijo—. Sea lo que sea lo que ha pasado, no merece la pena perder todo lo que has construido. Y por si le sirve de algo, fuera quien fuese ella, tampoco valía la pena este sufrimiento.

A Astoria se le cortó la respiración. No se atrevió a preguntar cómo lo sabía Nancy. No importaba.

La puerta se cerró con un clic y Astoria se quedó sola. Se sentó en la sala de juntas vacía y dejó que el silencio la presionara. Le temblaban las manos —¿cuándo había empezado eso?— y los ojos le escocían con lágrimas que no caerían.

Nancy tenía razón. Se *estaba* desmoronando, y todo el mundo lo veía. No engañaba a nadie. Si no se recomponía, Valerie ganaría. La empresa, el divorcio, la reputación... todo se le escaparía de las manos mientras se ahogaba en el dolor por una mujer que había decidido marcharse.

Se negaba a permitir que eso ocurriera.

Se irguió y se alisó la americana antes de volver a su despacho. Tenía trabajo que hacer y una máscara que perfeccionar hasta que nadie —ni Nancy, ni Gloria, ni nadie— pudiera ver los restos del naufragio bajo ella.

Si la supervivencia era todo lo que le quedaba, entonces sobreviviría. Llevaba haciéndolo toda la vida.

21

Capítulo 21: Miller

El café se le había quedado frío en las manos. Miller se quedó mirándolo, intentando recordar cuándo se lo había servido. La taza era la azul de su escritorio, la que le había regalado un cliente hacía dos años, así que en algún momento debió de haber caminado hasta la sala de descanso para llenarla.

Simplemente no recordaba haberlo hecho.

Eso le estaba pasando mucho últimamente. Había huecos en el día en los que se movía por inercia sin estar presente en ellos. Se encontraba en su escritorio sin recordar el trayecto en coche hasta el trabajo, o de pie en su cocina por la noche frente al frigorífico abierto, sin saber cuánto tiempo llevaba allí ni qué estaba buscando.

La sala de conferencias estaba demasiado iluminada; el sol de la tarde resultaba cegador. El bloc de notas frente a ella estaba en blanco, a excepción de la fecha. Al menos había llegado a escribir eso.

Rachel le había pedido que asistiera a la sesión de estrategia con Valerie. —Ojos nuevos —le había dicho, y Miller había aceptado antes de que las palabras calaran del todo. Ahora estaba aquí, esperando a Valerie, y la sala le resultaba extrañamente distante, como si la estuviera observando a través de un cristal.

Habían pasado dos semanas desde que se alejó en coche de la casa de Astoria, y el mundo había seguido girando sin ella. Los casos se presentaban, las vistas se programaban y el sol del verano salía y se ponía. Todo continuaba exactamente igual que antes, y Miller no lograba comprender cómo era posible cuando nada se sentía igual.

La puerta se abrió y Valerie entró con paso firme.

Estaba impecable como de costumbre, con una blusa de seda color crema, pantalones sastre negros y joyas de oro que captaban la luz. Su cabello castaño caía en suaves ondas sobre sus hombros y su maquillaje era perfecto. Parecía una mujer que no hubiera sufrido ni un solo inconveniente en toda su vida.

Su mirada localizó a Miller de inmediato, y algo frío brilló en sus ojos.

—Miller —dijo su nombre como si fuera una acusación—. No sabía que nos acompañaría.

—Rachel me pidió que consultara —dijo Miller manteniendo la voz neutra— para dar una nueva perspectiva.

—Qué detalle tan... generoso por su parte. —La sonrisa de Valerie no llegó a sus ojos mientras tomaba asiento, adueñándose del espacio como siempre hacía—. Y eso, teniendo en cuenta que abandonó mi caso cuando más la necesitaba.

Rachel se aclaró la garganta. —Centrémonos en el asunto que nos ocupa. Estamos a tres semanas del juicio y quiero revisar nuestra estrategia.

Los siguientes veinte minutos fueron una enumeración de hechos que Miller ya conocía. Las negociaciones para el acuerdo se habían estancado; el equipo de Astoria no cedía en la valoración de la empresa, y Gerald Bracks había dejado claro que su cliente iría a juicio antes de aceptar las exigencias de Valerie. La filtración de documentos no había provocado el clamor público que Valerie esperaba, y las acusaciones contra Miller no habían llegado a ninguna parte.

Miller observaba el rostro de Valerie mientras Rachel hablaba. La máscara se estaba resquebrajando. Bajo la superficie pulida, algo desesperado empezaba a asomar: una tensión alrededor de la boca, una dureza en la mirada. Valerie estaba perdiendo, y lo sabía.

—Necesitamos un nuevo enfoque —dijo Valerie cuando Rachel hubo terminado—. Algo que destruya su credibilidad antes de que suba al estrado.

La expresión de Rachel se mantuvo neutral. —¿En qué había pensado?

—Tengo información. —Valerie se inclinó ligeramente hacia delante y bajó la voz con tono conspirador—. Información personal sobre el estado mental de Astoria. Cosas que observé durante nuestro matrimonio que pintan un cuadro muy distinto al que ella presenta al mundo.

El bolígrafo de Miller se detuvo sobre el bloc de notas.

—¿Qué tipo de información? —preguntó Rachel.

—Comportamiento errático, inestabilidad emocional, episodios en los que se volvía completamente irracional, incluso peligrosa. —Valerie extendió las manos en un gesto de honestidad forzada—. Ni siquiera quería sacar esto a relucir —me parece una traición, incluso ahora—, pero si va a sentarse en esa sala y fingir que es la víctima, el juez necesita saber quién es ella en realidad.

Miller sintió como si acabara de sumergir todo su cuerpo en agua helada.

Ella conocía a Astoria. La había sostenido en la oscuridad, la había visto luchar por bajar sus defensas, había visto cómo la manipulación de Valerie la había convencido de que estaba rota y no merecía que la amaran. La mujer que Valerie estaba describiendo —inestable, errática, peligrosa— no era Astoria. Era la versión de Astoria que Valerie se había pasado todo su matrimonio intentando crear.

—¿Puede ser más específica? —preguntó Rachel—. ¿De qué tipo de episodios estamos hablando?

—Hubo una vez que lanzó un vaso contra la pared durante una discusión. Otra vez se encerró en su despacho durante dos días y se negó a hablar con nadie. Pasaba por periodos en los que apenas comía o dormía... —Valerie sacudió la cabeza con una pena ensayada—. Intenté que buscara ayuda, pero se negó. Decía que yo me lo imaginaba, que era yo quien tenía problemas. La clásica táctica de desvío.

A Miller se le revolvió el estómago. Era eso. Era exactamente lo que Valerie había hecho durante todo el matrimonio: coger el dolor de Astoria, su agotamiento, sus intentos de sobrevivir a la relación, y reformularlos como pruebas de inestabilidad. Y ahora quería volver a hacerlo, en pleno juicio, donde Astoria tendría que sentarse a escuchar mientras su exmujer la retrataba como una desequilibrada.

—¿Se puede verificar algo de esto? —preguntó Miller.

La cabeza de Valerie se giró bruscamente hacia ella. —¿Perdone?

—Sobre los episodios que describe, ¿hay testigos? ¿Documentación? ¿Informes médicos?

—Yo era su esposa. Fui testigo de ellos.

—Eso la convierte en parte interesada del caso, no en una fuente objetiva. —Miller sostuvo la mirada de Valerie con firmeza—. Si presentamos alegaciones sobre el estado mental de la Sra. Shepry sin pruebas que las corroboren, le estamos pidiendo al juez que acepte su interpretación como un hecho. Eso es difamación disfrazada de argumento legal. En el mejor de los casos, el juez lo ignorará. En el peor, será contraproducente y destruirá *su* credibilidad en lugar de la de ella.

Valerie entrecerró los ojos. —Usted ya ni siquiera lleva este caso. ¿Qué hace aquí?

—Miller trabaja en este bufete —dijo Rachel con calma—. Yo le he pedido su opinión.

—Su opinión parece notablemente sesgada a favor de mi exesposa.

—Mi opinión se basa en seis años de ejercicio del derecho de familia. —La voz de Miller se mantuvo tranquila, pero algo ardiente crecía en su pecho—. He visto lo que ocurre cuando los abogados presentan alegaciones infundadas sobre la salud mental de la parte contraria. A los jueces no les gusta. A los jurados no les gusta. Y cuando las alegaciones no pueden probarse, la parte acusadora parece desesperada y vengativa.

—Le estoy diciendo lo que yo viví…

—Al tribunal no le importa su experiencia. Le importan las pruebas. —Miller soltó el bolígrafo—. Si no puede probar estas afirmaciones, presentarlas es potencialmente difamatorio. Y si

Rachel se levanta en el tribunal y lanza acusaciones que sabe que no puede sustentar, eso es una falta ética.

El silencio que siguió fue tan afilado que cortaba.

Valerie se volvió hacia Rachel, con la compostura ya visiblemente resquebrajada. —¿Va a dejar que me hable así? Ella se recusó. No tiene ningún derecho...

—No le falta razón. —La voz de Rachel era baja pero firme—. ¿Puede probar algo de esto, Valerie? ¿Documentación, testigos, algo más allá de su propio relato personal?

—Es lo que he vivido.

—Eso no es lo que le he preguntado.

Valerie tensó la mandíbula. Durante un largo momento no respondió. Luego dijo: —Es mi interpretación de lo que pasó. Mi verdad.

—Entonces no podemos usarlo. —Rachel cerró la carpeta con un suave chasquido—. Vamos a ganar el caso con hechos, no con invenciones. No voy a arriesgar mi licencia ni la reputación de este bufete por afirmaciones que no podemos respaldar.

—Este es *mi* caso. —La voz de Valerie subió de tono bruscamente —. *Mi* divorcio, *mi* dinero. Ustedes trabajan para *mí*.

—Y este es mi bufete. —Rachel no se inmutó—. Mi licencia, mi ética. Lucharé por ti con todo lo que tengo, pero no mentiré por ti. No me has contratado para eso.

Valerie se levantó tan de repente que su silla chirrió contra el suelo. Agarró su bolso con movimientos bruscos, cargados de una furia apenas contenida. —Debería haberlo sabido —dijo con una voz lo bastante gélida como para congelar—. En el momento en que Miller se recusó, debería haber buscado otra representación. La están protegiendo. Todos y cada uno de ustedes.

Se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta.

—Valerie... —comenzó Rachel.

Pero la puerta se cerró tras ella con un golpe lo bastante fuerte como para hacer vibrar las persianas.

El silencio se apoderó de la sala de conferencias. Miller se quedó mirando el bloc frente a ella, las notas que había dejado de tomar a mitad de la reunión.

Rachel exhaló lentamente. —Bueno, eso sí que ha pasado.

—Lo siento —dijo Miller—. No debería haber...

—¿No debería haber qué? ¿Señalar que nos estaba pidiendo que cometiéramos una falta ética? —Rachel sacudió la cabeza—. Tenía razón. Lo supe en cuanto empezó a hablar de «inestabilidad mental». Solo necesitaba que alguien más lo dijera primero.

Miller no respondió. Deslizó las manos bajo sus piernas.

—Ahora la odia de verdad. —Rachel la observaba con esa expresión particular, esa que significaba que estaba viendo más de lo que Miller quería mostrar—. No es solo que no le guste. Es odio genuino.

—Lo sé.

—¿Quiere contarme de qué va esto en realidad?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre ellas. Miller pensó en todas las cosas que podría decir. *Me enamoré de la exesposa de su cliente. Sé que esas acusaciones son mentira porque conozco a Astoria de formas en que ella nunca la conoció, nunca pudo, nunca quiso.*

—No puedo —dijo Miller finalmente—. Lo siento. Ojalá pudiera.

Rachel asintió despacio. No insistió —nunca lo hacía—, pero algo en sus ojos decía que comprendía más de lo que Miller estaba expresando.

Rachel se detuvo ante la puerta. —Por lo que valga, hizo un buen trabajo en este caso antes de marcharse. Pase lo que pase en esa sala, debería estar orgullosa de ello.

—Gracias. —Miller lo dijo con más sentimiento del que podía expresar.

Luego Rachel se fue y Miller se quedó sola. La sala de conferencias parecía demasiado silenciosa, y Miller se quedó sentada, inmóvil, mirando a la nada.

No había podido salvar su relación. No había podido encontrar la forma de tener amor e integridad al mismo tiempo, pero al menos había impedido que Valerie usara mentiras para destruir a Astoria ante el tribunal. Había alzado la voz cuando podría haberse quedado callada, negándose a permitir que la mujer a la que amaba fuera

retratada como inestable y peligrosa por la persona que tanto tiempo había pasado intentando aniquilarla.

Era una pequeña victoria, pero no llenaba el vacío de su pecho ni hacía que las noches fueran más fáciles. Pero era algo.

Con el tiempo, el dolor se desvanecería. Con el tiempo, dejaría de coger el móvil para escribir a alguien que ya no estaba allí. Con el tiempo, Astoria se convertiría en un recuerdo en lugar de una herida.

Miller no se creía nada de eso, pero seguiría adelante de todos modos, porque eso es lo que se hace. Sobrevives. Sales adelante. Te aferras a cualquier pequeña victoria que puedas encontrar e intentas que sea suficiente.

Cruzó la puerta de las escaleras y se dirigió a su despacho, sola.

22

Capítulo 22: Miller

El vestido no era para nada el adecuado.

Miller se miró en el espejo del baño, tirando del escote del vestido verde cruzado que se había comprado hacía dos años para la boda de un colega. Se suponía que le favorecía —Sienna le había dicho que le resaltaba los ojos—, pero esta noche parecía que se estaba esforzando demasiado. Y así era. Ese era precisamente el problema.

Habían pasado tres semanas enteras desde que se marchó de casa de Astoria con las mejillas bañadas en lágrimas. Veintiún días de levantarse, ir a trabajar, volver a casa y quedarse despierta en la oscuridad. Había perdido tres kilos sin pretenderlo. Sus marcas al correr eran más rápidas porque parecía que no podía dejar de exigirse, incapaz de encontrar ese ritmo que antes le resultaba meditativo en lugar de un castigo.

Y esta noche tenía una cita.

Lisa, la del departamento de litigios civiles, la había acorralado el lunes en la sala de descanso, con mirada brillante y aire conspirador. —Conozco a alguien perfecta para ti. Inteligente, divertida, guapísima... es abogada corporativa en Whitfield & Holt. Se ha

quedado soltera hace poco. De verdad creo que haríais buenas migas.

Miller había dicho que sí antes de poder pensárselo. Quizá eso era lo que necesitaba: una prueba de que podía sentir algo por otra persona. Una prueba de que lo que había tenido con Astoria no era la única posibilidad, sino solo *una* posibilidad, una a la que le había cerrado la puerta por buenas razones.

Echó un último vistazo a su reflejo, cogió las llaves y se marchó antes de poder cambiar de opinión.



El restaurante se llamaba Barlow's, un local de productos de proximidad en el reformado distrito de almacenes por el que Miller había pasado por delante docenas de veces sin entrar nunca. Tenía paredes de ladrillo blanco, bombillas de Edison, mesas de madera recuperada... el tipo de sitio que cobraba dieciocho euros por una ensalada y la llamaba «de autor».

Cara ya estaba allí cuando Miller llegó, sentada a una mesa cerca de la ventana con una copa de vino blanco. Se levantó al ver acercarse a Miller, y lo primero que Miller pensó fue: *Lisa no se equivocaba.*

Cara tenía el pelo oscuro cortado en un bob impecable, pómulos angulosos y una sonrisa cálida pero no ansiosa. Llevaba una blusa de seda de color teja y se movía como alguien que se siente a gusto en su propia piel. Era objetivamente hermosa, objetivamente el tipo de mujer por la que Miller debería interesarse.

—¿Miller? —Cara le tendió la mano—. Me alegro mucho de que hayas venido. Lisa me ha hablado mucho de ti.

—Todo cosas buenas, espero —dijeron las palabras en piloto automático. Miller le estrechó la mano —agarre firme, palma suave— y no sintió nada.

Se sentaron, examinaron el menú y pidieron la cena. Cara le preguntó por su área de especialidad, y Miller se escuchó a sí misma explicando el derecho de familia, el equilibrio entre el litigio y la

mediación, y cómo había acabado en eso. Cara sabía escuchar; se inclinaba en los momentos adecuados y hacía preguntas que demostraban que estaba prestando atención.

—Debe de ser agotador emocionalmente —dijo Cara—, estar en medio de los peores momentos de la gente.

—Puede serlo. —Miller tomó un sorbo de vino al que no le encontró el sabor—. Pero hay algo satisfactorio en ayudar a las personas a superarlo y a encontrar un camino a seguir.

—Lisa mencionó que te apasiona lo que haces. Dijo que eres una de las abogadas con más principios que conoce.

A Miller se le encogió el pecho. *Principios.* Pensó en habitaciones de hotel, en reuniones secretas y en todas las líneas que había cruzado de todos modos. —Es muy amable por su parte.

Llegaron los entrantes. Cara había pedido la burrata con tomates frescos, albahaca y aceite de oliva; Miller había pedido una bruschetta de remolacha con queso de cabra que picoteó sin comer realmente. La conversación fluyó con bastante facilidad: hablaron del trabajo de Cara en fusiones y adquisiciones, contaron una anécdota divertida sobre un cliente que intentó negociar los términos de un acuerdo en medio del recital de ballet de su hija, y comentaron su reciente viaje a Portugal.

Miller se reía cuando tocaba y hacía preguntas. Pero, en el fondo, no había nada. Ni una chispa, ni un vuelco al corazón, ni un momento en el que el aire cambiara, el pulso se le acelerara o se sorprendiera inclinándose más cerca sin querer. Cara le tocó el brazo para enfatizar un punto y Miller sintió la presión de sus dedos sin pizca de la electricidad que debería haber sentido.

Seguía esperando a que surgiera el chispazo, a que algo cambiara y se encendiera el interruptor de la misma forma que ocurrió con Astoria. En su lugar, se sorprendió enumerando todas las formas en las que Cara no era Astoria. Cómo la risa de Cara era brillante y fácil en lugar de escasa y sorprendente. Cómo su mirada era cálida pero no te hacía sentir que te estaba viendo por dentro. Cómo la conversación requería esfuerzo —agradable y fluido, pero esfuerzo al fin y al cabo— en vez de sentirse como algo inevitable.

Llegaron los platos principales. Miller cortó su salmón en trozos cada vez más pequeños.

—¿Estás bien? —preguntó Cara—. Te noto un poco distante.

—Lo siento. —Miller dejó el tenedor—. Han sido unas semanas muy largas en el trabajo. No soy buena compañía esta noche.

—No pasa nada —Cara sonrió, pero había algo de complicidad en sus ojos—. Aunque me da la sensación de que quizá este no sea el momento adecuado.

Miller debería haberlo negado. Debería haberse animado, haberse esforzado más y haberle dado una oportunidad real. Cara era inteligente y amable, normalmente era justo su tipo, pero ya no podía seguir fingiendo.

—Creo que tienes razón —dijo Miller en voz baja—. Lo siento. No es justo para ti.

Cara la estudió por un momento. —¿Hay alguien más?

A Miller se le cerró la garganta mientras lograba asentir.

—¿Hace poco?

—Lo suficiente.

Cara estiró el brazo sobre la mesa y le apretó la mano. —Entonces no deberías estar aquí. Deberías estar donde esté ella.

—Es complicado.

—Suele serlo. —Cara cogió su copa de vino—. Por lo que valga, sea quien sea ella, espero que funcione. Pareces alguien que merece ser feliz.

Miller pagó la cuenta a pesar de las protestas de Cara. Se despidieron en la acera con un breve abrazo que fue exactamente lo que parecía: dos extrañas que seguirían siéndolo. Luego Cara caminó hacia su coche, Miller hacia el suyo y la noche las envolvió.

Se sentó en el asiento del conductor sin arrancar el motor todavía. El aparcamiento estaba medio vacío y las farolas proyectaban charcos naranjas sobre el asfalto. A través del ventanal del restaurante, pudo ver cómo recogían su mesa, borrando el rastro de la velada como si nunca hubiera ocurrido.

Durante tres semanas, se había dicho a sí misma que se le pasaría y que el dolor remitiría. Creía que, si seguía avanzando, con el tiempo dejaría de sentir que se había dejado atrás algo vital.

No estaba funcionando.

Miller apoyó la frente contra el volante y se quedó en silencio, a solas con la verdad de la que había estado huyendo: no iba a olvidar a Astoria. Ni en tres semanas, ni en tres meses, quizá nunca.

Arrancó el coche y condujo a casa por las calles desiertas, con la radio apagada y las ventanillas subidas.

Mañana seguiría con su rutina e intentaría de nuevo tirar hacia adelante, pero esta noche, se permitiría sentir todo el peso de lo que había perdido.



La tarde siguiente, Miller condujo hasta el inicio del sendero a las afueras de la ciudad.

Había estado allí cientos de veces: el camino forestal que serpenteaba entre abetos de Douglas y cedros rojos, la ruta de tierra compacta que seguía la cresta antes de volver a bajar hacia el aparcamiento. Eran seis kilómetros si tomaba la ruta corta, once si llegaba hasta el mirador. Esta noche, necesitaba los once.

El aire estaba cargado con el calor de finales de julio, de ese que no refresca ni después de que el sol se oculte tras los árboles. Miller estiró contra el coche, se apretó los cordones de las zapatillas más de lo necesario y empezó a moverse antes de que su cuerpo estuviera listo.

El primer kilómetro fue un castigo. Le ardían las piernas, sus pulmones protestaban y el sudor ya empapaba su camiseta de tirantes antes de llegar siquiera al primer zigzag. Aun así, apretó más, golpeando la tierra con los pies, intentando dejar atrás la inquietud que se le había metido bajo la piel la noche anterior.

La cita, la sonrisa cómplice de Cara, la forma en que dijo: «Deberías estar donde esté ella».

Miller se obligó a correr más rápido.

El segundo kilómetro se fundió con el tercero. El sendero ascendía y sus muslos gritaban. Le dio la bienvenida; el dolor físico era más sencillo que todo lo demás, algo que podía medir, superar y,

finalmente, dejar atrás. Un pájaro salió asustado de entre la maleza. Su respiración se volvió irregular. Los árboles se cerraban a ambos lados, y la luz del atardecer se filtraba en tonos verdes y dorados a través de la fronda.

Pensó que podría hacerlo. Pasar página, encontrar a alguien más, demostrarse a sí misma que lo que tuvo con Astoria fue solo un capítulo de una historia mucho más larga.

Pero sentada frente a Cara anoche, la verdad que había estado evitando se le instaló en los huesos: *no había* forma de pasar página. No había nadie más. Solo existía esto: el dolor hueco que se había instalado en su pecho, el espacio que antes ocupaban las horas robadas y las conversaciones susurradas.

El sendero culminó en el mirador. Miller se detuvo, apoyando las manos en las rodillas mientras sus pulmones ansiaban aire. El valle se extendía debajo, con las luces distantes de Phoenix Ridge empezando a parpadear en el crepúsculo. Había estado allí docenas de veces viendo la puesta de sol, sintiéndose pequeña de una forma que le resultaba reconfortante.

Esta noche, todo le parecía vacío.

Se dejó caer sobre una roca al borde del camino, con las piernas temblando por el ascenso agotador y el sudor enfriándosele en la piel. Los sonidos del bosque regresaron: pájaros acomodándose, insectos zumbando, el susurro del viento entre las ramas.

Y entonces, sin previo aviso, rompió a llorar.

No fueron los sollozos desesperados y entrecortados de aquella noche en el coche, cuando la herida estaba fresca y sangrante. Esto era algo más silencioso, más profundo; el tipo de llanto que nace de la aceptación y el duelo, no del asombro.

Amaba a Astoria. No era que «se estuviera pillando por ella» o «tuviera sentimientos», ni ninguna de las palabras más suaves que había usado para mantenerse, ella y su corazón, a una distancia prudencial. Estaba *enamorada* de ella, completa e irrevocablemente, de una forma que nunca lo había estado de nadie antes.

Y ella lo había terminado.

Miller se presionó los ojos con el nacimiento de las palmas de las manos, pero las lágrimas seguían brotando. Se quedó sentada en la

roca mientras el cielo pasaba del dorado al púrpura y al azul profundo, y se permitió sentirlo todo: la pérdida, el anhelo, la terrible certeza de que había hecho lo correcto y de que no importaba porque lo correcto le había costado todo.

Los sonidos nocturnos se intensificaron a su alrededor y, en la distancia, un búho ululó. La respiración de Miller se fue calmando poco a poco mientras las lágrimas cesaban, hasta que se quedó simplemente allí sentada en la oscuridad, exhausta, vulnerable y extrañamente lúcida.

Había pasado tres semanas fingiendo que podía huir de esto, esperando a que los sentimientos se desvanecieran y diciéndose que sería más fácil conforme pasara el tiempo.

Pero no iba a ser más fácil. Astoria no era alguien a quien pudiera simplemente olvidar. Era alguien a quien Miller había perdido, pero no del tipo de personas que simplemente dejas atrás.

Miller se limpió la cara con el dobladillo de la camiseta y se levantó sobre piernas inestables. El camino de vuelta sería más difícil en la oscuridad, pero lo había recorrido suficientes veces como para conocer el terreno solo por el tacto.

Inició el descenso caminando, luego trotando y finalmente corriendo de nuevo. Esta vez no huía de nada, simplemente dejó que su cuerpo hiciera lo que sabía hacer mientras su mente se asentaba en algo que se parecía casi a la paz.

No podía tener a Astoria. Esa puerta estaba cerrada, y ella había sido quien la había cerrado. Pero podía dejar de fingir que no importaba y dejar de huir de la verdad.

El apartamento de Miller estaba a oscuras cuando llegó a casa. Se duchó sin encender la luz del baño, dejando que el agua caliente relajara los nudos de sus gemelos y hombros, luego se puso una camiseta vieja y unos pantalones cortos y se quedó en la cocina sin saber qué hacer a continuación.

El frigorífico zumbaba y el reloj del microondas marcaba las 21:47. Debería comer algo —no recordaba qué había almorzado, ni siquiera si lo había hecho—, pero la idea de comer le revolvía el estómago.

En su lugar, cogió el teléfono.

Sus madres respondieron a la videollamada al segundo tono. El rostro de Harper apareció primero antes de que Nadia se asomara también al encuadre. Estaban en el sofá; se veía el familiar salón detrás de ellas.

—Ahí estás —dijo Harper—. Empezábamos a pensar que habías olvidado nuestro número.

—Lo sé, lo siento. —Miller llevó el teléfono a su propio sofá, encogiendo las piernas debajo del cuerpo—. Han sido unas semanas difíciles.

—Nos lo imaginábamos. —Nadia se acercó a la pantalla, con los ojos cargados de preocupación—. Pareces agotada, cielo.

Miller no se molestó en fingir que estaba bien; se darían cuenta de todos modos.

—Se acabó —dijo—. Lo de Astoria. Hace unas semanas.

Ninguna de las dos pareció sorprendida. Harper y Nadia intercambiaron una de sus miradas silenciosas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Harper.

—La situación se volvió demasiado peligrosa. Valerie sospechaba y empezaron a volar acusaciones. Si alguien se enteraba de lo nuestro, nos habría destruido a las dos, así que le puse fin.

—Tú le pusiste fin —repitió Nadia con suavidad—. No ella.

—Ella habría dejado que continuara. Estaba dispuesta a arriesgarlo todo. —Respiró hondo—. No podía dejar que hiciera eso, no por mí.

El silencio al otro lado de la línea estaba lleno de comprensión.

—Debe de haber sido increíblemente duro —dijo Nadia.

—Era lo que debía hacer. —Miller notó la monotonía en su propia voz—. Me lo repito como un mantra, que era lo correcto.

—¿Pero no lo sientes como tal? —preguntó Harper.

—No. Siento como si me hubiera arrancado mi propio corazón. —Miller se rio, pero no había humor en el gesto—. Sabéis, intenté tener una cita anoche. Lisa, la del trabajo, me presentó a alguien. Era estupenda, inteligente y guapa. Y no sentí absolutamente nada.

—Oh, cariño. —La voz de Nadia era dulce.

—Estaba sentada frente a esa mujer encantadora y lo único que podía pensar era en que no era Astoria, en que nadie va a ser nunca

Astoria. —Miller se limpió la cara con el dorso de la mano—. Esta noche he salido a correr y he terminado sollozando en un sendero a oscuras, hecha un desastre.

—Eso no te convierte en un desastre —dijo Harper—. Eso te hace humana.

—Estoy enamorada de ella. —Las palabras se le escaparon antes de que Miller pudiera censurarlas—. Estoy completamente enamorada de ella, y me alejé, y no sé cómo hacer que esto deje de doler.

En la pantalla, Miller vio cómo Harper buscaba la mano de Nadia y cómo sus dedos se entrelazaban con naturalidad.

—No lo haces —dijo Nadia finalmente—. Quiero decir, no haces que deje de doler. Simplemente lo sientes y te permites el duelo. Con el tiempo, se convertirá en algo que puedas cargar en lugar de algo que te aplaste.

—¿Cuánto tiempo hace falta para eso?

—Todo el que sea necesario. —La sonrisa de Nadia estaba teñida de tristeza—. No hay atajos para el duelo, cielo. Ojalá los hubiera.

Miller asintió, aunque la respuesta no era lo que quería oír.

—Por lo que vale —dijo Harper—, estoy muy orgullosa de ti.

—¿Por derrumbarme?

—Por hacer lo difícil y proteger a la persona que amas, incluso cuando te costó el corazón. —La mirada de Harper era firme—. Eso requiere un tipo de valor que la mayoría de la gente no tiene.

Ella se sentía más vacía que valiente, pero aun así se aferró a esas palabras, guardándolas en algún lugar donde pudiera encontrarlas más tarde.

—Ven a cenar este fin de semana —dijo Nadia—. Haré ese pollo al pimentón que tanto te gusta. Puedes sentarte en el sofá y dejar que te cuidemos unas horas.

—Me parece bien. —Miller esbozó una pequeña sonrisa—. Me gustaría mucho.

Hablaron unos minutos más de cosas más fáciles y ligeras. Después de colgar, Miller se quedó sentada a oscuras mucho tiempo, pensando en lo que Harper había dicho sobre hacer lo difícil.

Había hecho lo correcto. Tenía que creerlo porque la alternativa —que había tirado por la borda algo real a cambio de nada— era insoportable.

Ahora no podía hacer nada por Astoria. El juicio era en dos semanas, y todo lo que podía hacer era confiar en que Rachel utilizaría el trabajo que Miller había hecho antes de recusarse. Confiar, esperar y, mientras tanto, seguir viviendo.

Había una pila de expedientes sobre su escritorio: sus casos reales, los que había estado descuidando durante semanas. Sus clientes merecían algo mejor que una abogada que se estaba desmoronando. Miller acercó el primer expediente hacia sí y lo abrió.

No era suficiente. Nunca lo sería. Pero era lo que tenía.

23

Capítulo 23: Astoria

La copa de vino se le resbaló de los dedos. Astoria la vio caer como si fuera a cámara lenta —el tallo rotando, el cáliz atrapando la última luz gris de las ventanas— y entonces golpeó la baldosa de la cocina y saltó en mil pedazos. El vino tinto salpicó el suelo blanco, acumulándose entre los restos como algo herido.

Debería limpiarlo. Coger la escoba y unas toallas de papel, y luego borrar la evidencia de su descuido antes de que manchara la junta de los azulejos. Eso es lo que haría normalmente. Eso es lo que haría la controlada y competente Astoria Shepry.

En lugar de eso, se quedó allí parada.

La casa estaba en silencio a su alrededor. Habían pasado cuatro semanas manteniendo la compostura en el trabajo, en las reuniones, delante de Gloria y de la junta directiva y de todos los que la observaban buscando signos de debilidad.

Estaba tan harta de fingir que todo estaba bajo control.

El vino avanzó lentamente por la baldosa, encontrando los espacios entre los trozos rotos. Astoria lo miró fijamente y sintió que algo se resquebrajaba en su pecho, una fractura silenciosa que se extendía por su interior como el vino se extendía por el suelo.

Se dejó caer al suelo sin nada de la distinción que se había pasado la vida perfeccionando. Simplemente se sentó allí mismo, en el suelo de la cocina, con la espalda contra el armario y las piernas dobladas bajo ella, con los cristales rotos a un metro de distancia.

Las lágrimas no brotaron. Ya nunca brotaban. Pero en su lugar ocurrió algo peor: sintió el peso de cada día que había pasado fingiendo que estaba bien, y no fue capaz de obligarse a levantarse.

Miller se había ido hacía veinticinco días. Astoria los había contado todos.

Se quedó sentada en el suelo de la cocina hasta que la luz se desvaneció por completo y el vino se secó, dejando una mancha oscura que tendría que explicar al personal de limpieza. Luego se incorporó, recogió los cristales sin emoción alguna y se fue a la cama sin cenar.



Al día siguiente, la sala de conferencias olía a café pasado y a colonia cara, el aroma particular de las negociaciones que se han alargado demasiado. Astoria se sentó a la derecha de Gerald, con la espalda perfectamente recta, el rostro sereno y las manos cruzadas sobre la mesa de caoba frente a ella. La reina de hielo, tal como se esperaba.

Al otro lado de la mesa, Rachel Hartwell exponía su postura por tercera vez esta tarde.

—Las contribuciones de mi cliente al matrimonio fueron mucho más allá del cargo formal de directora de operaciones —dijo Rachel con voz pausada y profesional—. El capital social, las redes de contactos, las responsabilidades públicas que permitieron a la señora Shepry centrarse en el desarrollo del negocio...

—Nada de lo cual le otorga el derecho al cincuenta por ciento de una empresa que ella no construyó —la interrupción de Gerald fue fluida, casi aburrida. Ya habían pasado por lo mismo antes—. Shepry Global ya existía ocho años antes de que la señora Dane se uniera. La valoración en el momento del matrimonio ya era...

Astoria dejó de escuchar. Había oído esos argumentos cien veces y podría recitarlos en sueños, si es que durmiera, cosa que no hacía. Veintiséis días de descanso fragmentado, de comida que sabía a cartón y de un trabajo que ocupaba cada hora de vigilia porque la alternativa era sentir algo, y no podía permitirse sentir nada.

Miller estaba sentada detrás de Rachel, en la segunda fila, contra la pared, con un bloc de notas legal apoyado en la rodilla.

Ya no formaba parte del caso, y Astoria lo sabía. Miller se había recusado meses atrás, antes de que todo se desmoronara. Pero seguía trabajando en el bufete, seguía siendo convocada a reuniones como esta, seguía existiendo en el mismo órbita profesional de la que Astoria no podía escapar.

Habían pasado cuatro semanas desde que Miller se plantó en su salón y dijo: *Tengo que acabar con esto*. Cuatro semanas de muros, de entumecimiento y de pura supervivencia, y ahora Miller estaba a seis metros, lo suficientemente cerca como para que Astoria pudiera ver las sombras bajo sus ojos.

Parecía agotada. Más delgada que antes, con los pómulos más marcados y la americana asentada de forma distinta sobre sus hombros. La calidez que normalmente animaba sus rasgos se había atenuado hasta convertirse en algo contenido.

Ella también había estado sufriendo.

La observación aterrizó en algún lugar del pecho de Astoria y se quedó allí clavada, incómoda y no deseada. No quería que Miller sufriera. Pero tampoco quería sentir el tirón de la simpatía, del anhelo, del deseo desesperado de cruzar la sala y tocarla.

—¿Señora Shepry?

La voz de Gerald la interrumpió, y Astoria parpadeó, volviendo a centrarse.

—Lo siento —dijo con voz firme—. ¿Podría repetir la pregunta?

Rachel la observaba con ojos penetrantes. Valerie, sentada a la izquierda de Rachel, también la miraba, con una sutil sonrisa asomando en las comisuras de los labios. Había notado la distracción de Astoria. Por supuesto que sí. Valerie se daba cuenta de todo, catalogaba cada debilidad y las guardaba para usarlas más tarde.

—La propuesta de división de la propiedad de Harbor Point —dijo Gerald con suavidad, cubriéndola—. Rachel sugiere un reparto del sesenta-cuarenta.

—No —Astoria no dudó—. Harbor Point se adquirió tres años antes del matrimonio con fondos de mi fideicomiso personal. No es un activo matrimonial.

La negociación continuó. Astoria participó cuando fue necesario, con respuestas cortantes y precisas, manteniendo su armadura de reina de hielo firmemente colocada. Pero su atención seguía desviándose al otro lado de la mesa, enganchándose en Miller como un padrastro se engancha en la seda.

Miller no la miraba. Mantenía la atención fija en su bloc, moviendo el bolígrafo de vez en cuando, sin dejar traslucir nada en su expresión. Pero Astoria la conocía lo suficiente como para reconocer la tensión en el rabillo de sus ojos y la rigidez de sus hombros. Sabía que esa inexpresividad era una máscara, del mismo modo que la compostura de Astoria era una máscara.

Ambas estaban actuando y fingiendo estar bien.

La tarde se prolongó. Las exigencias de Valerie aumentaban en lugar de disminuir: más dinero, más propiedades, una participación mayor en la empresa a la que no había aportado nada material. Rachel presentaba cada petición con profesionalidad, pero incluso ella parecía reconocer lo irracional del asunto. Sus argumentos se volvieron más rutinarios, sus miradas a Valerie más frecuentes.

Estaba claro que Valerie no quería un acuerdo; quería sangre.

A las cuatro y cuarto, Gerald pidió un descanso. —Quince minutos —dijo—. Creo que a todos nos vendría bien que nos diera un poco el aire.

Todos se levantaron, se estiraron y echaron mano de sus teléfonos. El taquígrafo salió. Rachel se inclinó para conferenciar con Valerie en voz baja, con el rostro impasible.

Astoria caminó hacia el ventanal. La vista daba al centro de Phoenix Ridge, con el sol de la tarde proyectando largas sombras entre los edificios. Apoyó la palma de la mano contra el cristal, sintiendo su calor, aferrándose a algo físico porque todo lo demás parecía desvanecerse.

Sintió a Miller antes de oírla: un cambio en el aire, una presencia que se acercaba por la izquierda, deteniéndose a solo un metro. Lo suficientemente cerca como para hablar en voz baja, pero lo bastante lejos como para mantener las formas.

Se quedaron una al lado de la otra, ambas mirando por la ventana, sin mirarse. Astoria sentía el pulso en la garganta.

—¿Cómo estás? —la voz de Miller era baja, casi insegura—.

—Bien —la palabra salió automáticamente—. ¿Y tú?

—Sí, bien.

Ambas sabían que eran mentiras.

Astoria miró la ciudad a sus pies y sintió el peso de todo lo que quería decir presionando contra sus costillas. *Te echo de menos. No puedo dormir. Cojo el móvil para escribirte y entonces me acuerdo. Tenías razón al irte y te odio por ello y te quiero y por favor, por favor, vuelve.*

No dijo nada de eso.

—Debería... —Miller hizo un gesto vago hacia la mesa.

—Sí.

Miller se alejó y Astoria se quedó en la ventana un momento más, respirando a través del dolor en su pecho, forzando su expresión a la neutralidad antes de darse la vuelta.

El descanso terminó y todos tomaron asiento. Gerald hizo una oferta final: generosa, razonable, diseñada para terminar con esto antes del juicio.

Valerie, por supuesto, la rechazó de inmediato. —Eso no es aceptable —se inclinó hacia delante, con los ojos fijos en Astoria con una intensidad casi salvaje—. Quiero un reconocimiento público. Una declaración admitiendo que el fracaso de este matrimonio se debió a la falta de disponibilidad emocional y al descuido de Astoria.

La sala se quedó en silencio.

—Quiere que diga que fui una mala esposa —la voz de Astoria fue monocorde.

—Quiero la verdad —la sonrisa de Valerie fue afilada y satisfecha —. Quiero que todo el mundo sepa lo que fue estar casada con alguien incapaz de amar.

Astoria sintió que algo florecía tras su esternón —rabia, pena, el deseo desesperado de defenderse— antes de aplastarlo de inmediato.

—No —dijo ella.

—Entonces dejaremos que un juez decida —Valerie se acomodó en su asiento, con los brazos cruzados, irradiando triunfo por cada poro—. Estoy segura de que al tribunal le interesará mucho oír hablar de sus deficiencias emocionales.

Gerald recogió sus papeles. —Creo que hemos terminado por hoy.

—El juicio está fijado para el diecinueve de agosto —la voz de Rachel era profesional, pero había un deje de cansancio en ella—. Nos vemos entonces.

Todos se levantaron. El ruido de los papeles, el cierre de los maletines y los murmullos de cortesía profesional llenaron el espacio. Valerie lanzó a Astoria una mirada de puro veneno antes de salir airosa hacia la puerta, seguida de Rachel con expresión resignada.

Miller se quedó atrás, organizando sus carpetas.

Astoria caminó hacia la salida, y el camino la obligaba a pasar por delante de la silla de Miller. No había forma de rodearla, ningún camino que no la llevara a un brazo de distancia de la mujer en la que se había pasado cuatro semanas intentando no pensar.

Por un momento, estuvieron una junto a la otra, lo bastante cerca como para tocarse, lo bastante cerca como para que Astoria captara el leve aroma a lavanda de su champú. Todo en su interior le gritaba que se detuviera, que se diera la vuelta, que dijera algo, lo que fuera, que tendiera la mano para salvar la distancia imposible que las separaba.

Siguió caminando.

Salió por la puerta, recorrió el pasillo y entró en el ascensor, donde pulsó con fuerza el botón del vestíbulo y vio cómo se cerraban las puertas. En cuanto estuvo sola, la máscara se cayó.

Todo afloró de golpe: la pena, el anhelo, el agotamiento profundo de fingir que estaba bien cuando nada iba bien desde que Miller salió de su casa y no miró atrás. Apoyó la espalda contra la pared

del ascensor, clavó la vista en el techo y respiró para contener la presión que sentía tras los ojos.

No lloraría. Ni aquí, ni en ninguna parte.

El ascensor sonó y las puertas se abrieron. Astoria se enderezó, borró la tensión de su rostro y atravesó el vestíbulo como una mujer que lo tiene todo bajo control.

El calor de agosto la golpeó en cuanto salió a la calle, denso y opresivo; el sol seguía siendo brutal incluso a las cinco de la tarde. Caminó hacia su coche, lo abrió y se deslizó en el asiento del conductor. El cuero estaba caliente y pegajoso contra su espalda, pero aún no encendió el aire acondicionado. Simplemente se quedó allí sentada, sintiéndose rota por dentro.

Dios, estaba harta de limitarse a sobrevivir.

Astoria arrancó el coche y condujo de vuelta a casa por Phoenix Ridge en silencio. Su hogar estaría vacío cuando llegara, y el océano tendría un tono gris turbio bajo la luz del atardecer. Se serviría una copa de vino que no bebería y se quedaría en la terraza sin sentir nada, porque no sentir nada era más fácil que sentir esto.

24

Capítulo 24: Miller

Las escaleras del juzgado bullían de periodistas. Miller los divisó media manzana antes: un enjambre de cámaras y micrófonos agrupados junto a la entrada, en busca de alguien fotogénico. Con un divorcio de alto perfil, una directora ejecutiva multimillonaria y meses de filtraciones y acusaciones susurradas, cómo no iba a estar allí la prensa.

Simplemente había esperado colarse sin ser vista.

Ajustó la correa del bolso y siguió avanzando, cabizbaja, una abogada más de traje oscuro en lunes por la mañana. El calor de agosto ya apretaba, el aire denso y quieto, mientras el verano se consumía implacable hacia su final. Cuando llegó a las escaleras, tenía un hilo de sudor en la base de la columna.

Los periodistas ni siquiera la miraron. Esperaban a Astoria.

Miller subió los peldaños y empujó las pesadas puertas del vestíbulo judicial, donde el aire acondicionado la golpeó como un muro. Se detuvo un instante, dejando que sus ojos se adaptaran al brillo fluorescente mientras percibía el olor institucional familiar: papel viejo, productos de limpieza y ese moho específico de los edificios donde se decide quién gana y quién pierde en la vida.

La citación había llegado quince días antes desde el despacho de Gerald Brack, solicitando su testimonio sobre una reunión del veinticinco de julio en Hartwell & Associates. Las revelaciones previas al juicio de Rachel incluían aquella sesión estratégica donde Valerie presionó para fabricar pruebas —cómo no iban a incluiría, Rachel era demasiado ética para ocultarlo— y ahora Miller testificaría sobre lo atestiguado.

En el fondo, supo que ocurriría. En el momento que alzó la voz en aquella sala, cuando dijo a Valerie que las acusaciones eran infundadas e éticamente insostenibles, puso en marcha algo. Solo que no esperaba terminar en el estrado prestándole declaración jurada contra la cliente de su propio despacho.

Pasó el control de seguridad, dejó el bolso para el escaneo y lo recuperó al otro lado. El pasillo se extendía ante ella, con los fluorescentes zumbando sobre sus cabezas y pisadas resonando en el mármol. Abogados de traje negro pasaban en ambas direcciones, unos solos, otros con clientes detrás. Una mujer con vestido floral lloraba en silencio en un banco frente a una sala.

La sala 4B estaba al fondo. Miller aminoró el paso al acercarse, concediéndose un respiro. Por la mirilla de la puerta vio que el aforo empezaba a llenarse: funcionarios, observadores, desconocidos en las gradas. Rachel estaba en la mesa de la parte demandada, organizando expedientes con esa eficacia obstinada que Miller conocía bien. Valerie estaba sentada a su lado, la espalda recta, el rostro sereno: la imagen misma de la esposa agraviada.

Miller abrió la puerta y se escabulló.

Se sentó en las gradas, dos filas detrás de Rachel —cerca para verlo todo, lejos para no estorbar hasta ser llamada. Rachel volvió la cabeza al oír la puerta, cruzó su mirada con la de Miller y asintió casi imperceptiblemente. *Te veo. Lo entiendo.*

Su expresión carecía de ira o traición. Al fin y al cabo, ella misma reveló la reunión. Era el precio de actuar correctamente.

Miller sacó un bloc legal del bolso y lo apoyó en la rodilla, más como un amuleto que otra cosa. Algo para ocuparle las manos mientras esperaba.

La sala seguía llenándose. La taquígrafa se instaló cerca del estrado con los dedos sobre el estenótipo. La alguacila conferenciaba con una funcionaria junto a la pared para vigilar. Un teléfono zumbó y se silenció al instante. Flotaba esa tensión judicial peculiar: en cualquier caso, esto era un epílogo.

La puerta se abrió de nuevo y Miller paralizó las manos sobre el bloc.

Astoria entró primero, Gerald medio paso atrás. Llevaba un traje azul marino impecable, el cabello recogido en un moño que acentuaba su mandíbula. Movimientos con aquel porte controlado que Miller recordaba: la reina de hielo, impenetrable, sin fisuras.

Pero Miller ya le conocía. La conocía de formas que hacían de su distancia profesional una burla cruel.

Captó lo que otros ignorarían: las sombras apenas veladas por el maquillaje bajo sus ojos, la leve tensión en sus hombros elevados un punto, esa mirada que recorrió la sala con neutralidad ejercitada… y se clavó en Miller clavándose.

La expresión de Astoria no cambió. Pero algo parpade tras sus pupilas antes de apartar la vista y seguir a Gerald hacia la mesa de la parte demandante. Miller fijó los ojos en su bloc. La fecha escrita bailó ligeramente, los números negándose a estarse quietos.

Concéntrate.

Estaba allí para testificar y contar la verdad sobre lo atestiguado en aquella sala: dejar constancia de las manipulaciones de Valerie. Era lo correcto —lo creía así— pero no facilitaba esperar a que pronunciaran su nombre.

En la mesa de la parte demandada, Valerie se inclinó hacia Rachel para susurrar algo. Su expresión era serena y preocupada: la ficción de una mujer confrontando valientemente a su poderosa exesposa. Miller la observó y sintió el conocido retorcimiento entre la ira y el desgaste.

Una vez había creído a Valerie. Había creído las historias entre lágrimas, el relato del abandono emocional, el retrato de una esposa fría que había rechazado a una pareja devota. Había preparado argumentos basándose en la versión de Valerie.

Y entonces conoció a la propia Astoria.

Fue entonces cuando vio el agotamiento bajo la superficie, la vulnerabilidad que Valerie había explotado durante años, y cómo Astoria se estremecía con las voces elevadas.

Miller miró a Astoria ahora, sentada erguida en la mesa de la demandante, y sintió el peso de todo lo que no podía decir oprimiéndole el pecho.

Siento haberla creído. Siento no haber encontrado manera de quedarme. Siento—

—¡Levantarse! —La voz del agente judicial cortó el ambiente de la sala y todos se pusieron en pie. Miller se levantó con ellos, agradecida por la interrupción, por tener algo que hacer además de ahogarse en sus propios pensamientos.

La jueza Dorothea Whitcombe entró por la puerta lateral—la misma jueza que había presidido la vista preliminar en abril, perspicaz y eficiente, sin paciencia para teatralidades. Ocupó su sitial en el estrado y recorrió la sala con la mirada rápida de quien ha visto toda variante de miseria humana y pretende resolver este caso con la mayor celeridad.

—Siéntense —revolvió unos papeles, tomó una nota y alzó la vista—. Estamos aquí por el asunto Shepry contra Shepry-Dane, expediente número 24-CV-0847. Abogados, declaren sus comparecencias.

Gerald se levantó primero—: Gerald Bracks de Bracks and Calloway, compareciendo en nombre de la demandante, Astoria Shepry.

Rachel se puso en pie—: Rachel Hartwell de Hartwell and Associates, compareciendo en nombre de la demandada, Valerie Shepry-Dane.

La jueza Whitcombe asintió, tomando notas—: He revisado los escritos previos al juicio de ambas partes. Procederemos con las declaraciones iniciales, comenzando por la demandante. Señor Bracks.

Gerald se acercó al atril, con notas en la mano. Miller lo observó comenzar su argumentación, exponiendo el caso de que Astoria había levantado Shepry Global antes del matrimonio, que las

contribuciones de Valerie habían sido sociales más que sustanciales, que las reclamaciones financieras no resistían un examen minucioso.

Pero la atención de Miller no dejaba de vagar hacia el pasillo, hacia la espalda recta de Astoria, hacia el modo en que sus manos reposaban inmóviles sobre la mesa. Estaba sentada a solo tres metros de la mujer que amaba, viendo cómo desconocidos discutían sobre los restos del matrimonio de Astoria mientras los restos de su propia relación permanecían implícitos entre ellas.

Miller forzó su atención de vuelta al alegato de Gerald. Hoy no iba de ella. Hoy iba de decir la verdad y asegurarse de que las mentiras de Valerie no triunfaban. Era lo único que podía ofrecerle ahora a Astoria.

La mañana transcurría con pesadez.

La declaración inicial de Gerald dio paso a la de Rachel, y esta a la primera ronda de presentación de pruebas. Se aportaron documentos al procedimiento, se señalaron y citaron pruebas, la fría maquinaria del derecho de familia avanzando metódicamente. Miller tomaba notas que no necesitaba, su bolígrafo trazando patrones que probablemente ni siquiera eran palabras.

La compostura de Valerie comenzó a resquebrajarse conforme pasaban las horas.

Miller lo observó suceder gradualmente: la mandíbula apretada de Valerie cuando Gerald presentó registros financieros que contradecían sus afirmaciones, el susurro cortante a Rachel cuando una prueba no surtía el efecto esperado, el instante en que su máscara amable cedió al fallar la jueza Whitcombe una objeción a favor de Astoria. Hacia media mañana, la actuación de Valerie como esposa agraviada mostraba grietas visibles.

Bien, pensó Miller, sintiendo luego el complejo peso de esa reacción. Había pasado meses trabajando para esta mujer y defendiéndola. Ahora estaba sentada en un tribunal deseando que Valerie perdiera.

Llegó y pasó el descanso matinal. Miller permaneció en su asiento, evitando el pasillo donde podría cruzarse con Rachel o, peor, con Valerie. Consultó el móvil, revisó correos sin leerlos realmente y contó los minutos hasta que se reanudara la vista.

Cuando todos volvieron a entrar, Gerald permaneció de pie—: Señoría, la demandante llama a declarar a Miller Scott.

Miller dejó el bolígrafo y el bloc.

Había tenido dos semanas para preparar este momento, pero la preparación no lo hacía más fácil. Se levantó de su asiento en la galería, consciente de todas las miradas del tribunal siguiendo sus movimientos. La expresión de Rachel permaneció neutra. El rostro de Valerie palideció primero, luego enrojeció, mientras su compostura se quebraba un instante antes de recuperarla.

Y Astoria—

Miller evitó mirar a Astoria. No podía permitirse la distracción.

Caminó hasta el estrado de los testigos, sus tacones resonando sobre el entarimado en el repentino silencio. El agente judicial la recibió con una Biblia.

—Levante su mano derecha —dijo—. ¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, así Dios le ayude?

—Lo juro.

—Siéntese.

Miller se sentó. La silla del testigo era más dura de lo que parecía, y la perspectiva era extraña. Desde allí podía ver toda la sala del tribunal: ambas mesas, la galería, el estrado del juez. Cruzó las manos sobre el regazo y esperó.

Gerald se acercó al atril. —Señora Scott, ¿podría indicar su ocupación para el acta?

—Soy abogada en Hartwell and Associates, especializada en derecho de familia.

—¿Y cuál fue su papel inicialmente en este caso?

—Fui la segunda silla, asistiendo a Rachel Hartwell en la representación de Valerie Shepry-Dane.

—Pero ya no está involucrada en el caso. ¿Es correcto?

—Así es. Me recusé en junio.

Gerald asintió, dejando que la información se asimilara un momento. —Señora Scott, me gustaría dirigir su atención a una reunión que tuvo lugar el veinticinco de julio de este año. ¿Estuvo presente en una sesión de estrategia en la sala de conferencias de Hartwell and Associates?

—Sí, estuve. Rachel me pidió que participara como consultora para ofrecer una perspectiva nueva.

—¿Y quién más estuvo presente en esa reunión?

—Rachel Hartwell y Valerie Shepry-Dane.

—¿Puede describir lo que se discutió?

Miller tomó aliento. Este era el momento. —La reunión era para revisar la estrategia antes del juicio. La señora Shepry-Dane expresó frustración porque el caso no iba como ella esperaba. Propuso un nuevo enfoque: introducir alegaciones sobre el estado mental y la conducta personal de Astoria Shepry durante el matrimonio.

—¿Qué tipo de alegaciones?

—Alegaciones de inestabilidad y comportamiento errático. Episodios que ella caracterizó como peligrosos. Miller mantuvo su voz firme y sin juicios. —Describió incidentes en los que la señora Shepry supuestamente lanzaba objetos, se aislaba durante días y se negaba a comer o dormir. Quería que estas alegaciones se presentaran ante el tribunal para socavar la credibilidad de la señora Shepry.

—¿Y cuál fue su respuesta a las alegaciones propuestas?

—Pregunté si se podían verificar. Si había testigos, documentación, historiales médicos—cualquier cosa más allá del propio testimonio de la señora Shepry-Dane.

—¿Qué dijo ella?

—Dijo que había presenciado estos eventos ella misma. Cuando señalé que eso la convertía en parte del caso en lugar de una fuente objetiva, se puso a la defensiva. Finalmente admitió que las alegaciones eran su interpretación de los hechos. Miller hizo una pausa. —Sus palabras exactas fueron "mi verdad".

Un murmullo recorrió la galería. Los ojos de la jueza Whitcombe se aguzaron.

—¿Y cuál fue su evaluación profesional de estas alegaciones? —preguntó Gerald.

—Que no estaban fundamentadas y presentarlas como hechos en el tribunal sería potencialmente difamatorio en el mejor de los casos y éticamente insostenible en el peor. Desaconsejé firmemente usarlas.

—¿Qué ocurrió después?

—Rachel estuvo de acuerdo con mi evaluación y le dijo a la señora Shepry-Dane que el bufete no presentaría alegaciones que no pudieran verificar. La señora Shepry-Dane estaba... Miller dudó, queriendo elegir sus palabras con cuidado y sin sesgo. —Estaba descontenta con esa decisión.

—Protesto. —Rachel se levantó, con voz tranquila pero firme. —Esto requiere especular sobre el estado emocional de mi cliente.

—Reformularé —dijo Gerald con suavidad—. Señora Scott, ¿qué hizo la señora Shepry-Dane después de que le dijeran que no se usarían las alegaciones?

—Abandonó la reunión abruptamente.

Gerald dejó que el silencio se extendiera un momento y luego asintió. —No hay más preguntas, señoría.

La jueza Whitcombe se volvió hacia Rachel. —¿Contrainterrogatorio?

Rachel se levantó lentamente. Miller podía ver la calculación tras sus ojos—cuánto presionar, qué ángulos tomar. Habían trabajado juntas durante años. Rachel conocía las fortalezas y debilidades de Miller y sabía cómo hacer titubear a un testigo. Pero también sabía que Miller decía la verdad.

—Señora Scott —comenzó Rachel—, usted testificó que mi cliente describió ciertos incidentes de su matrimonio. ¿No es posible que ella haya experimentado genuinamente estos eventos, incluso si no existe documentación?

—Es posible que ella crea que los experimentó —dijo Miller con tacto—. Pero la creencia no es evidencia. Y la forma en que los describió—el encuadre, el momento en que quería introducirlos—sugería más estrategia que decir la verdad.

—Esa es su interpretación.

—Sí. Es mi opinión profesional basada en seis años de ejercer el derecho de familia y reconocer cuando un cliente intenta manipular una narrativa en lugar de presentar hechos.

Otro murmullo agitó la galería. Los músculos de la mandíbula de Rachel se tensaron ligeramente.

—Nada más —dijo y se sentó.

—La testigo puede abandonar el estrado —dijo la jueza Whitcombe.

Miller se levantó de la silla, con las piernas un poco inestables. Al girarse para abandonar el estrado, sus ojos finalmente encontraron a Astoria.

Astoria ya la estaba observando. Bajo su máscara de reina de hielo, Miller divisó algo crudo y desprotegido. No solo gratitud, aunque también estaba presente, sino algo más profundo. Miller sostuvo su mirada un instante, solo un instante, antes de apartar la vista y regresar a su asiento en la galería.

Detrás de ella, oyó el susurro cortante de Valerie a Rachel; las palabras, indistintas, pero la furia apenas contenida en su tono era inconfundible.

Miller se sentó y apretó las manos entre sus piernas y el banco de madera. La conciencia de haber testificado contra la cliente de su propio despacho se instalaba en su cuerpo. Habría consecuencias, sin duda, pese a ser citada judicialmente. Esperaba perder, como mínimo, su posición en el camino hacia la sociedad, pero le inquietaban otras complicaciones profesionales que aún no podía prever.

Pero bajo la ansiedad, no le importaba. En realidad, no. La verdad ya constaba en el registro. La intentona de Valerie de destruir a Astoria con acusaciones inventadas había quedado al descubierto bajo juramento. Pasara lo que pasase después, Miller podía respirar más aliviada sabiendo que había hecho cuanto pudo.

Se arriesgó a lanzar otra mirada a Astoria, que seguía observándola. Esta vez, no apartó la vista.

La tarde se alargó. La comida había transcurrido en silencio en la cafetería del juzgado, picoteando un sándwich que no saboreó. Ahora el juicio se había reanudado, y el ambiente de la sala había cambiado.

Gerald llamó a su siguiente testigo: un perito contable que desmontó metódicamente las reclamaciones financieras de Valerie. Luego, una ex empleada de Shepry Global que testificó sobre el liderazgo directo de Astoria en los primeros años de la empresa, mucho antes de que Valerie apareciese. Después otro testigo, y otro,

añadiendo peso a la misma conclusión: que Astoria había construido su propio imperio y Valerie solo había vivido en él.

Pero fue la prueba documental la que impactó con más fuerza.

Gerald presentó una serie de pruebas: registros financieros, análisis cronológicos, correspondencia que contradecía la versión de Valerie en todo momento. Miller observó los documentos proyectados en las pantallas de la sala y sintió algo raro recorrerle el pecho.

Reconocía este trabajo. Miller lo había compilado meses atrás. Antes de que todo se viniese abajo, había pasado noches en vela levantando la base probatoria —supuestamente para el caso de Valerie—, pero cuanto más profundizaba, más pruebas apuntaban en dirección contraria. Se lo había entregado todo a Rachel al apartarse del caso. Rachel, atada por la ética, lo había revelado durante la fase de descubrimiento, y ahora Gerald lo usaba para enterrar a Valerie con sus propias mentiras.

Al otro lado de la sala, Astoria observaba las pantallas. Miller la vio asimilarlo, con la comprensión iluminando su rostro al percatarse de lo que estaba viendo. Astoria volvió la cabeza con lentitud, sus ojos encontrando al instante los de Miller en la galería.

Se cruzó una comunicación silenciosa entre ellas: *—¿Has hecho tú esto?*

Miller no pudo mirar a otro lado ni fingir que no veía la pregunta en los ojos de Astoria. Miller asintió levemente.

La presentación de pruebas continuó, pero Miller apenas la oyó. Estaba hiperconsciente de la presencia de Astoria al otro lado de la sala, demasiado consciente de todo lo pendiente entre ellas.

Al fin, Gerald concluyó su alegato. Rachel presentó una breve refutación, pero Miller notó que no ponía el corazón. Las pruebas eran demasiado condenatorias y ambas lo sabían. La jueza Whitcombe tomó notas, hizo algunas preguntas aclaratorias y dejó el bolígrafo.

—He escuchado el testimonio suficiente y revisado las pruebas presentadas por ambas partes —dijo la jueza—. Estudiaré el asunto y emitiré mi fallo el miércoles por la mañana. Se levanta la sesión.

El golpe del martillo resonó en la sala.

La gente se levantó, recogió sus pertenencias y empezó a salir hacia las puertas. Miller permaneció sentada, observando cómo Astoria se ponía en pie y consultaba algo en voz baja con Gerald antes de alisarse la chaqueta y prepararse para enfrentarse a los periodistas que esperaban fuera.

Astoria volvió a mirar atrás una vez más antes de que Gerald la acompañara a la puerta. Sus labios se separaron y se movieron, solo un poco, pero Miller aún pudo distinguir las palabras —*Gracias*.

Luego había desaparecido, arrastrada a través de la puerta hacia el pasillo más allá.

Miller seguía sentada en la galería. El miércoles, la jueza fallaría y el caso terminaría de un modo u otro.

Y entonces, no quedaría nada entre ellas. Ni caso, ni barreras éticas, ni obligaciones profesionales que las mantuviesen separadas. Solo serían dos personas que se habían herido mutuamente y tomado decisiones imposibles.

Miller no sabía qué pasaría después. Ni siquiera si Astoria *querría* verla, hablarle o volver a intentarlo.

No sabía si el daño podría repararse o si algunas cosas, una vez rotas, seguían así.

Pero por como Astoria la había mirado hoy, por primera vez en semanas, se atrevía a esperar.

25

Capítulo 25: Astoria

Era el día del veredicto. La sala del tribunal olía a aire viciado y estaba cargada de ansiedad. Astoria se sentó junto a Gerald en la mesa de la parte demandante, con las manos entrelazadas frente a ella, y esperó a que la jueza decidiera el resto de su vida.

En la tribuna, a sus espaldas, los reporteros y observadores se agitaban, y sus conversaciones susurradas formaban un zumbido bajo. No se dio la vuelta para mirarlos. No necesitaba ver sus rostros para saber lo que estaban pensando: la multimillonaria directora ejecutiva y su divorcio mediático llegaban por fin a su conclusión tras meses de titulares y especulaciones.

Gerald se removió a su lado, ajustándose la corbata. —Pase lo que pase —dijo en voz baja—, hemos presentado el argumento más sólido posible.

Astoria asintió sin responder. Su atención se había quedado prendada en la puerta de la sala en cuanto se abrió.

Miller entró discretamente y se dirigió a un asiento en la última fila. Llevaba un sencillo traje negro y el pelo recogido en un moño tirante. Su rostro era neutral, pero cuando sus ojos encontraron los de Astoria al otro lado de la sala, algo pasó entre las dos.

El lunes las cosas habían cambiado cuando Miller se sentó en aquel estrado de testigos y testificó a su favor. Aunque había sido citada, había asumido un riesgo profesional al decir la verdad de forma tan abierta y honesta. Y la forma en que Miller la había mirado después…

Astoria había revivido aquel momento más veces de las que quería admitir.

Fue la primera en apartar la vista, volviendo la mirada hacia el estrado vacío. El alguacil estaba junto a la puerta lateral, consultando su reloj. En cualquier momento.

En la mesa de la parte demandada, Valerie permanecía perfectamente inmóvil junto a Rachel. Su postura era impecable y su expresión serena, interpretando como siempre el papel de la esposa herida que esperaba justicia. Pero Astoria la conocía demasiado bien como para dejarse engañar. Podía ver la tensión en los hombros de Valerie y la forma en que sus dedos se apretaban bajo la mesa. Valerie estaba preocupada. Y con razón.

—Levántense, por favor.

La voz del alguacil cortó las fervientes conversaciones y la sala se puso en pie al unísono. La jueza Whitcombe entró por la puerta lateral, con el pelo y las gafas de montura de alambre igual que en todas sus apariciones; su expresión no revelaba nada. Tomó asiento en el estrado y examinó la sala con la eficiencia diligente que Astoria ya esperaba de ella.

—Pueden sentarse. —La jueza Whitcombe abrió la carpeta que tenía delante y la estudió durante un momento que se hizo eterno—. Estamos aquí para el fallo en el asunto de Shepry contra Shepry-Dane, caso número 24-CV-0847.

El pulso de Astoria martilleaba en sus oídos. A su lado, Gerald permanecía perfectamente inmóvil.

—He revisado todos los testimonios y pruebas presentados por ambas partes —continuó la jueza—. He considerado los argumentos de los abogados y la ley aplicable. Ahora estoy preparada para dictar mi fallo.

La jueza Whitcombe levantó la vista y su mirada recorrió ambas mesas.

—La cuestión central ante este tribunal ha sido la división de los activos acumulados durante el matrimonio, con especial atención a la reclamación de la demandada sobre el capital en Shepry Global Holdings. —Su voz era pausada y sin prisas—. Tras haber revisado las pruebas, dictamino lo siguiente:

Astoria contuvo la respiración tanto tiempo que los pulmones empezaron a quemarle.

—Primero, Shepry Global Holdings fue fundada por la demandante tres años antes del matrimonio, utilizando capital que ella misma acumuló de forma independiente. El crecimiento fundacional de la empresa ocurrió antes de que comenzara la sociedad conyugal.

La mano de Gerald se movió ligeramente sobre la mesa, un pequeño gesto de reconocimiento.

—Segundo, las contribuciones de la demandada a Shepry Global fueron principalmente de naturaleza social. Aunque valiosas en ciertos contextos, no alcanzan el nivel de contribución material que justificaría una participación en el capital de la propia empresa.

Al otro lado del pasillo, la compostura de Valerie flaqueó. Su mandíbula se tensó de forma casi imperceptible.

—Tercero, este tribunal considera creíbles las pruebas presentadas sobre patrones de manipulación y falsedad por parte de la demandada. Las alegaciones relativas a la supuesta inestabilidad de la demandante no están respaldadas por ninguna prueba creíble y, por lo tanto, quedan eliminadas del registro.

Las palabras aterrizaron en el pecho de Astoria como algo que se desbloqueaba. Había pasado tanto tiempo escuchando lo imposible, difícil y rota que estaba, que ahora una jueza ponía por escrito que la versión de Valerie no era cierta.

—Por lo tanto —continuó la jueza Whitcombe—, este tribunal ordena lo siguiente: La demandada recibirá una liquidación de los bienes gananciales de acuerdo con sus contribuciones documentadas al hogar y al matrimonio, por un total de tres millones doscientos mil dólares. La demandante conservará la propiedad y el control total de Shepry Global Holdings. Se deniegan todas las reclamaciones de participación en la empresa.

Tres millones doscientos mil era una fracción de lo que Valerie había exigido, y mucho menos de lo que sin duda sentía que le correspondía.

—Además, habiendo acordado ambas partes renunciar a todos los derechos de apelación como parte del marco del acuerdo, este asunto queda concluido. Se levanta la sesión.

El mazo cayó con un golpe seco que resonó por toda la sala.

Por un momento, Astoria no pudo moverse. Las palabras de la jueza seguían sonando en su cabeza, y se dio cuenta de que sus manos temblaban ligeramente sobre la mesa.

La mano de Gerald se cerró sobre su antebrazo, cálida y firme. —Lo hemos conseguido —dijo en voz baja.

Astoria logró asentir levemente. Sentía la garganta seca y áspera.

Se permitió mirar a Valerie entonces, mirarla de verdad. El rostro de su exesposa se había vuelto pálido, su máscara de serenidad se había roto en algo feo y furioso. Le susurraba rápidamente a Rachel, cortando el aire con gestos bruscos, pero la expresión de Rachel era de resignación.

Se había acabado. Después de casi un año de lucha, después de años de matrimonio con una mujer que le había hecho creer que era fundamentalmente indigna de ser amada, realmente se había acabado.

Astoria giró la cabeza hacia la tribuna.

Miller seguía allí, sentada y observando. Y cuando sus ojos se encontraron esta vez, Miller sonrió; una sonrisa pequeña, genuina y cálida.

Te has levantado y has dicho la verdad para ayudarme, pensó Astoria.

La sala empezaba a vaciarse mientras la gente salía en fila, y el suave murmullo de las conversaciones llenaba el espacio. Gerald estaba diciendo algo sobre papeleo, los siguientes pasos, la prensa que esperaba fuera, pero Astoria no escuchó nada.

Cuando salió de la sala, la prensa la esperaba en las escaleras del juzgado.

Astoria los vio a través de las puertas de cristal antes de salir: un grupo de cámaras y micrófonos, reporteros empujándose por una

posición, esa energía hambrienta propia de quienes huelen una exclusiva.

La mano de Gerald buscó su codo, dándole seguridad. —Yo me encargo de la declaración. No tiene que decir ni hacer nada.

Ella asintió, agradecida. Las puertas se abrieron y el calor de agosto la golpeó como un muro, denso e inmóvil, con el verano negándose a dar tregua. Las voces estallaron de inmediato.

—¡Señorita Shepry! ¿Cómo se siente tras el veredicto?

—¡Astoria! ¡Aquí!

—¿Hará alguna declaración sobre las acusaciones de su exesposa?

Gerald dio un paso al frente, interponiéndose entre Astoria y las cámaras. —La señorita Shepry está satisfecha con el fallo del tribunal y está deseando dejar este asunto atrás. No va a responder preguntas en este momento.

Astoria permaneció detrás de él, con el rostro inexpresivo mientras examinaba a la multitud. No era a los reporteros a quienes buscaba.

Allí. A un lado, apartada del barullo de la prensa, cerca de la base de las escaleras, estaba Miller.

Miraba a Astoria con una expresión que hizo que algo se le revolviera en el pecho, algo vacilante e incierto pero esperanzado, como si no estuviera segura de si se le permitía estar allí.

Gerald seguía atendiendo preguntas, con su voz monótona de fondo.

Astoria le tocó el brazo ligeramente. —Necesito un momento —dijo en voz baja.

Él siguió su mirada, vio a Miller y asintió una vez. Sin juicios, sin preguntas. —Tómese su tiempo. Yo terminaré con esto.

Astoria bajó los escalones restantes, pasando por delante de los reporteros, que se apartaron automáticamente sin parecer notar que se marchaba. Sus tacones chasqueaban contra el hormigón. El sol brillaba demasiado, el aire pesaba demasiado y su corazón latía demasiado rápido para algo tan sencillo como caminar hacia alguien.

Se detuvo a un par de metros de Miller. Lo bastante cerca para hablar, pero lo bastante lejos para retirarse si lo necesitaba.

—Hola —dijo Miller.

—Hola.

Un silencio se extendió entre ellas, cargado con las cinco semanas de mutismo y todo lo que había sucedido antes.

—Enhorabuena —dijo Miller por fin—. Has ganado.

—Gracias a ti. —Las palabras salieron antes de que Astoria pudiera pensarlo mejor—. Lo del lunes, lo que hiciste…

—Dije la verdad. —Miller sacudió la cabeza ligeramente—. Eso es todo.

Astoria negó con la cabeza. —No, testificaste en contra de un cliente de tu propia firma. Arriesgaste tu carrera.

—Hay cosas que merecen el riesgo —dijo en voz baja.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Astoria sintió que calaban hondo, en un lugar que había mantenido cerrado bajo llave durante mucho tiempo.

—¿Pero por qué? —preguntó—. Después de todo, después de que dejara que te marcharas, ¿por qué harías eso por mí?

La expresión de Miller cambió, dejando aflorar algo crudo bajo su compostura. —Ya sabes por qué.

—Pero tú le pusiste fin —dijo Astoria, y las palabras sonaron más bruscas de lo que pretendía—. Saliste de mi casa, y de mi vida, y no miraste atrás.

—Miré atrás. —La voz de Miller era apenas un susurro—. No he hecho otra cosa que mirar atrás desde aquella noche.

Astoria había revivido aquella noche muchísimas veces: Miller de pie en su salón, explicando la lógica —las sospechas de Valerie, las consecuencias profesionales, el escándalo que las destruiría a ambas —. Todo tenía sentido, y Astoria sabía que era lo que se debía hacer.

Pero el sentido común no explicaba por qué Miller se había presentado el lunes y había dicho lo que dijo bajo juramento, cuando podría haber dado respuestas vagas para protegerse a sí misma y a su carrera.

—Entendí por qué te fuiste —dijo Astoria—. Lo que no entiendo es por qué no fuiste sobre seguro en el estrado.

Algo cambió en la mirada de Miller. —Porque no podía dejar que ella te destruyera con mentiras. No cuando yo conocía la verdad.

—Podrías haberte mantenido al margen, haber agachado la cabeza y dejar que Rachel se encargara.

—No. —Miller sacudió la cabeza—. No podía.

La sencilla certeza en su voz hizo que a Astoria le doliera el pecho.

—Valerie pasó muchos años diciéndome que era imposible amarme —dijo ella—. Que cualquiera que se acercara lo suficiente como para conocerme de verdad acabaría yéndose. Cuando te fuiste, pensé que por fin tenía razón.

—Astoria…

—Pero no te fuiste porque yo fuera demasiado. —Sostuvo la mirada de Miller—. Te fuiste porque intentabas salvarme. Y luego hablaste, incluso cuando te costó algo.

—Me habría costado más quedarme callada. —La voz de Miller era ronca—. Estar allí sentada, viéndola intentar despedazarla con acusaciones inventadas, sabiendo que yo podía detenerlo… —Se interrumpió—. No habría podido vivir conmigo misma si no hubiera dicho nada.

Astoria dejó que aquello calara. No era una declaración de amor. Era algo más honesto que eso: una elección tomada, un precio pagado, actos en lugar de palabras.

Se quedaron allí, en las escaleras del juzgado, con el calor sofocante del verano y el sonido distante de los reporteros que seguían lanzando preguntas a Gerald. El caso había terminado y ya no había nada que se interpusiera entre ellas, excepto todo lo que había pasado y el miedo a desear algo con tanta fuerza.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Astoria.

Miller la miró de la misma forma que lo había hecho en las habitaciones de hotel y en todos esos momentos que Astoria se había esforzado tanto por olvidar. —No lo sé. ¿Qué quieres que pase?

La pregunta que Astoria llevaba evitando desde julio. ¿Qué quería ella? Había pasado tanto tiempo sin permitirse desear nada, sin permitirse creer que merecía nada, que le daba miedo decir la respuesta en voz alta.

Pero Miller estaba allí, mirándola como si valiera la pena el riesgo, y quizá, solo quizá, era hora de creerle.

—Quiero hablar —dijo Astoria—. Una conversación de verdad. No aquí, con reporteros y media urbanización Phoenix Ridge mirando.

—Vale. —Miller asintió—. Me gustaría.

—El viernes. Hay una cafetería en Oceanview. Es tranquila y reservada. Voy allí a veces cuando necesito pensar.

—Sé cuál es. —Una pequeña sonrisa asomó en la comisura de los labios de Miller—. La de los scones espantosos.

—Los scones no son espantosos.

—Son objetivamente espantosos, Astoria.

Algo floreció en su pecho. Esto era lo que había echado de menos. No solo el deseo o la pasión entre ellas, sino esto: la naturalidad, la forma en que Miller podía hacerla casi reír en medio de una crisis.

—El viernes —repitió Astoria—. A las dos.

—Allí estaré.

Se quedaron un momento más sin que ninguna hiciera amago de marcharse. Astoria quería alargar la mano y tocarla, acortar la distancia entre ambas y dejar de fingir que no le dolía cuánto la había echado de menos. Pero estaban en un lugar público, frente a los reporteros, tras un veredicto que había saltado a los titulares. Algunas cosas tendrían que esperar.

—Miller. —Pronunció el nombre solo por sentirlo en la boca—. Lo que hiciste el lunes, testificar así…

—¿Sí?

—Nadie se ha levantado nunca en público y ha arriesgado algo real por mí.

La expresión de Miller se suavizó hasta convertirse en algo que dejó a Astoria sin aliento. —Lo vales —dijo simplemente—. Siempre lo has valído.

—El viernes —dijo Astoria de nuevo, porque no confiaba en sí misma para decir nada más.

—El viernes. —Miller sonrió con esa calidez genuina que había desarmado a Astoria desde el primer momento—. Nos vemos entonces.

Se dio la vuelta y se alejó, bajando las escaleras del juzgado hacia la calle. Astoria la vio irse: la línea recta de sus hombros, su paso seguro, la forma en que miró atrás una vez antes de desaparecer por la esquina.

Gerald apareció a su lado. —¿Lista?

Astoria respiró hondo. El aire todavía sabía a verano, pesado y maduro, pero algo había cambiado. La estación terminaba. Algo nuevo estaba empezando.

——Sí —dijo ella—. Vámonos.

26

Capítulo 26: Miller

La cafetería de Oceanview estaba medio vacía a casi las dos de la tarde de un viernes. Miller había elegido una mesa al fondo, lejos de los ventanales, y ya había reordenado los sobres de azúcar dos veces.

Había llegado pronto. Quince minutos antes, para ser exactos, lo que significaba quince minutos sentada allí intentando convencerse de no ensayar lo que quería decir. Cada versión que había practicado en su cabeza sonaba mal: demasiado formal, demasiado desesperada, demasiado parecida a un alegato final.

La verdad era más sencilla… pero mucho más aterradora.

Te quiero.

Tres palabras que llevaba cargando durante semanas y que aún sentía como algo enorme en el pecho.

La campana de latón sobre la puerta tintineó y las manos de Miller se quedaron quietas sobre su taza de café. Astoria entró y recorrió la estancia casi vacía con la mirada hasta que sus ojos se posaron en Miller. Llevaba una blusa color crema y pantalones oscuros, con el pelo suelto sobre los hombros. Se la veía más relajada de lo que Miller la había visto nunca en público.

Cruzó el local y se deslizó en la silla frente a Miller.

—Hola —dijo Astoria.

—Hola.

Durante un momento, se limitaron a mirarse. Habían pasado dos días desde que hablaron en las escaleras del juzgado, y habían pasado siete semanas desde que Miller se marchó de casa de Astoria, destrozándolas a ambas.

—Los *scones* siguen siendo terribles —dijo Miller—. Por si te lo estabas preguntando.

La boca de Astoria se curvó en una leve sonrisa.

—No lo hacía, pero gracias por el aviso.

—Te he pedido un café. Solo, sin azúcar. Me acordaba.

—Te has acordado. —Astoria rodeó la taza con los dedos, con un brillo especial en los ojos—. Gracias.

Un silencio se instaló entre ellas. No era incómodo exactamente, pero se sentía cargado, lleno de todo lo que aún no se habían dicho.

Miller tomó aire. —Astoria…

—Miller.

Ambas se detuvieron. Miller le hizo un gesto a Astoria para que hablara primero, pero ella negó con la cabeza.

—Tú —dijo Astoria—. Por favor.

Miller se miró las manos y luego volvió a levantar la vista. Se acabó el esconderse, se acabó el huir.

—Tengo que decirte algo que debería haber dicho antes de irme de tu casa. —Mantuvo la voz firme, a pesar de que el corazón le iba a mil por hora—. Estoy enamorada de ti, Astoria. Lo estoy desde… ni siquiera sé desde cuándo. La noche que me hablaste de Valerie. Quizá antes.

Astoria se quedó muy quieta mientras los sonidos de la cafetería se desvanecían hasta desaparecer.

—Sé que te hice daño —dijo Miller—. Sé que, al marcharme, te hice creer que Valerie tenía razón sobre ti. Que eres demasiado difícil, demasiado complicada, imposible de querer. —Negó con la cabeza—. Pero no lo eres. Eres la persona más fácil que he querido nunca. Lo difícil fue mantenerme alejada.

Los ojos de Astoria brillaban. Su garganta se movió al tragar saliva.

—Yo también te quiero —dijo con voz ronca.

A Miller se le cortó la respiración. Las palabras que necesitaba oír, pronunciadas con claridad, sin vacilaciones.

—Debería haberlo dicho entonces —continuó Astoria—. Debería haber luchado más cuando te fuiste. Tenía demasiado miedo.

—Las dos teníamos miedo.

—Ya no quiero tener miedo.

Miller giró la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Entonces no lo tengas. No me voy a ninguna parte.

Ninguna de las dos hizo amago de soltarse. El pulgar de Miller encontró el relieve del nudillo de Astoria y lo acarició distraídamente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Miller.

La boca de Astoria se curvó en una pequeña sonrisa. —Ya no quiero estar sentada en una cafetería.

Miller arqueó ligeramente las cejas. —¿Qué quieres?

El pulgar de Astoria trazó un lento círculo contra la palma de Miller.

—Quiero llevarte a casa. Quiero besarte sin preocuparme de quién nos esté mirando. Quiero empezar esto como es debido.

El corazón de Miller martilleaba contra sus costillas. —Entonces llévame a casa.

Astoria se levantó, aún sosteniendo la mano de Miller. Dejó un billete de veinte en la mesa —mucho más de lo necesario por dos cafés y una propina modesta— y guio a Miller hacia la puerta.

Fuera, el sol de agosto se sentía cálido en la cara de Miller. La mano de Astoria permaneció envuelta en la suya mientras caminaban hacia el aparcamiento.

—¿Me sigues? —dijo Astoria con tono cantarín.

Miller asintió. —Siempre.

La sonrisa de Astoria le llegó a los ojos, y Miller se subió a su coche y la siguió a casa.

El trayecto hasta Cliffside serpenteaba por la carretera de la costa, dejando atrás las zonas principales de Phoenix Ridge. Miller no perdió de vista el Audi plateado de Astoria, con las manos firmes al volante, aunque su pulso se negaba a estabilizarse.

La última vez que había hecho este recorrido, venía ensayando cómo poner fin a las cosas y marcharse cuando cada fibra de su ser quería quedarse.

Hoy era diferente. Hoy elegía quedarse.

La casa de Astoria emergió de entre los pinos costeros como algo sacado de una revista de arquitectura. Todo eran líneas limpias y cristal, encaramada al borde del acantilado como si desafiara al océano a retarla. Miller aparcó detrás de Astoria y apagó el motor, tomándose un momento para respirar.

Astoria ya estaba saliendo de su coche y esperándola. El viento de la tarde le despeinó el pelo y ella se lo colocó tras la oreja, un gesto pequeño y humano que le quitó el hipo a Miller.

—¿Estás bien? —preguntó Astoria cuando Miller se acercó.

—Sí. —Miller miró hacia la casa—. Es preciosa.

—Es grande. —La boca de Astoria se torció ligeramente—. Demasiado grande para una sola persona, probablemente.

Astoria abrió la puerta principal y guio a Miller al interior. Había estado allí una vez antes, pero no se había tomado el tiempo necesario para empaparse del espacio y observarlo de verdad. Esta vez, bebió lentamente el entorno. Era exactamente lo que Miller esperaba y, a la vez, totalmente distinto. Había techos altos, suelos de madera clara y ventanales de suelo a techo que enmarcaban el océano como un cuadro vivo. Todo era impecable y caro.

Y estaba completamente vacío.

Tenía muebles, por supuesto. Había un sofá rinconero largo de lino color crema, una mesa de centro de cristal y un juego de mesa de comedor que parecía no haber sido usado nunca. Simplemente… carecía de vida. No había fotografías en las paredes ni libros apilados en ninguna superficie. A Miller le recordó a una sala de exposición, no a un hogar; como si nadie viviera allí realmente, sino que solo pasara de vez en cuando de camino a otra parte.

Miller pensó en su propio apartamento en The Heights, con sus estanterías abarrotadas, sus tazas desparejadas y la manta que su abuela había cosido a mano sobre el sofá. Esta casa no tenía nada de eso. Mirara donde mirara, no había calidez, ni historia, ni rastro de la mujer que vivía allí.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Astoria—. ¿Agua, vino…?

—Estoy bien. —Miller se dio la vuelta lentamente—. Astoria, este lugar es…

—¿Desalmado? —sugirió Astoria con un deje de ironía en la voz —. Puedes decirlo.

—Iba a decir apagado.

—Eso también. —Astoria dejó las llaves en la encimera—. La compré justo después de solicitar el divorcio para empezar de cero. —Miró a su alrededor como si la viera a través de los ojos de Miller —. Siempre tuve la intención de hacer que se sintiera mía, pero —se encogió de hombros— nunca pareció valer la pena el esfuerzo.

Miller deambuló hacia el salón, recorriendo con la mirada las desnudas paredes, y entonces se detuvo.

Sobre la chimenea había un cuadro.

Era el único toque de color real en el espacio: azules y verdes vibrantes que parecían palpitar con vida contra el fondo más sobrio. En la pintura había nenúfares en un estanque azul y violeta, enmarcados por lo que parecían ramas de sauce colgantes. Era suave, onírico y expresivo, el epítome del arte impresionista.

Tenía algo íntimo y privado, a pesar de estar colgado de forma tan prominente en la pared.

—Es impresionante —dijo Miller.

Astoria se puso a su lado, tan cerca que sus hombros casi se rozaban. —Se titula *L'amour en Silence*, de Lélia Pissarro.

—El amor en silencio —tradujo Miller en voz baja.

—Lo compré hace ocho años en una subasta de arte en París. —La voz de Astoria era ahora mucho más dulce—. Valerie pensaba que era demasiado brillante y hortera. Quería que lo guardara en el trastero y colgara algo más sofisticado. —Hizo una pausa—. Pero me negué. Fue lo único a lo que me negué durante mucho tiempo.

Miller miró el cuadro y luego a Astoria. —¿Por qué este?

Astoria guardó silencio un momento. Sus ojos permanecieron en el lienzo, recorriendo los azules, violetas y verdes como si estuviera leyendo algo escrito allí.

—Porque así es como me sentía —dijo finalmente—. Durante años, amé en silencio, deseando cosas que no podía decir en voz

alta. Guardándolo todo —se presionó el esternón con la mano plana — aquí, donde nadie pudiera verlo.

A Miller se le cerró la garganta.

—Solía quedarme frente a él por las noches, cuando Valerie ya dormía, simplemente mirándolo —continuó Astoria—. Necesitaba recordarme a mí misma que todavía *sentía*, aunque no pudiera mostrar esos sentimientos. Necesitaba recordarme que todavía había color en alguna parte, aunque el resto de mi vida fuera —hizo un gesto vago— esto.

Miller alargó la mano y tomó la de Astoria. Los dedos de Astoria se entrelazaron con los suyos, apretando con fuerza.

—Ya no tienes que amar en silencio —dijo Miller.

Astoria se giró para mirarla. Tan cerca, Miller podía ver las finas líneas de las comisuras de sus ojos, el ligero temblor de su respiración. No había ni rastro de la reina de hielo. Solo estaba Astoria, abierta y vulnerable, más hermosa de lo que Miller la había visto nunca.

—Lo sé —susurró Astoria—. Esa es la parte aterradora.

Miller acortó la distancia entre ellas.

El beso fue pausado e intencionado, nada que ver con los momentos desesperados y robados en habitaciones de hoteles de cinco estrellas, el choque de dos personas hambrientas que sabían que se les acababa el tiempo. Esto era algo completamente distinto: un nuevo comienzo.

Las manos de Astoria subieron para enmarcar el rostro de Miller, y los dedos de Miller se deslizaron por el cabello de Astoria. Miller cerró los ojos y se sumergió en la calidez de la boca de Astoria y en el suave sonido que emitió cuando los dedos de Miller encontraron la curva de su cintura.

Cuando finalmente se separaron, con las frentes todavía juntas, Miller sentía un hormigueo en la piel y respiraba con dificultad.

—Hola —logró decir.

Astoria se rió. —Hola.

—Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos. —Las manos de Astoria bajaron de su rostro a sus hombros, donde jugueteó con el pelo de

Miller enrollándolo en sus dedos—. Todos los días, de hecho.

—Siento haberme ido.

—No tienes que disculparte. Sé por qué lo hiciste.

—No volveré a irme.

—Sé que no lo harás. —Astoria la besó de nuevo esta vez, con infinita ternura.

Luego tomó la mano de Miller y la guio por el pasillo. El dormitorio compartía ese mismo vacío hermoso, pero Miller apenas se fijó en la decoración. Solo veía a Astoria, a contraluz por los ventanales, mirándola con un anhelo que hizo que a Miller le doliera el pecho.

—No tenemos por qué correr —dijo Astoria—. Ahora tenemos tiempo.

Miller se acercó a ella. —Lo sé. Pero no quiero esperar más. ¿Y tú?

Astoria negó con la cabeza lentamente, con una sonrisa asomando en las comisuras de sus labios. —No, la verdad es que yo tampoco.

El pulso de Miller retumbaba en sus oídos mientras las palabras de Astoria quedaban suspendidas en el aire; ese lento movimiento de cabeza la atraía hacia ella como la propia gravedad. Acortó la distancia entre ambas y sus dedos rozaron la mejilla de Astoria, siguiendo la línea marcada de su pómulo. La habitación olía ligeramente a lavanda por algún difusor oculto, un ancla sutil.

La blusa de Astoria se ceñía a la curva de su torso, con el primer botón ya desabrochado. La camisa blanca de Miller seguía por dentro de sus pantalones entallados. Los ojos de Astoria, profundos y firmes, se clavaron en los de Miller. Su aura, que siempre había hecho que el pulso de Miller se acelerara, se suavizaba ahora en algo acogedor.

—He echado de menos esto —murmuró Astoria con voz baja, como si las palabras fueran un secreto solo para ellas.

Su mano se deslizó hasta la cintura de Miller, atrayéndola hacia sí, alineando sus cuerpos de una forma que envió una chispa de calor por todo el interior de Miller.

Miller se inclinó y sus labios se encontraron en un beso que empezó suave y exploratorio, como quien redescubre un camino familiar. Astoria sabía a menta y al amargor sutil del café, y entreabrió la boca para intensificar la conexión. Las manos de Miller subieron por los brazos de Astoria, sintiendo el músculo firme bajo la tela de la blusa, un recordatorio de aquellas noches de hotel donde la urgencia se había confundido con la desesperación. Pero esto era diferente, más pausado. Los dedos de Astoria desabrochaban los botones de la camisa de Miller con movimientos tranquilos, exponiendo su piel centímetro a centímetro, con un tacto delicado.

Se desplazaron hacia la cama, una amplia extensión de sábanas blancas que parecían intactas. Astoria guio a Miller hacia ella y sus pantalones rozaron las sábanas mientras se arrodillaba a su lado. La camisa de Miller se abrió y la mirada de Astoria se demoró, apreciándola, antes de quitarse su propia blusa. La tela color crema se amontonó en el suelo, revelando un sencillo sujetador negro que acentuaba sus hombros tonificados y la suave curva de sus pechos. Miller se estiró y lo desabrochó con un hábil movimiento de muñeca; Astoria dejó que se deslizara, dejando su piel cálida y sugerente bajo las palmas de Miller.

—Estás preciosa —dijo Miller con la voz entrecortada mientras recorría la línea de la clavícula de Astoria hasta la parte inferior de su pecho. Astoria se estremeció y se inclinó para otro beso, este más hambriento, con sus lenguas deslizándose juntas en un ritmo que generaba calor en el vientre de Miller. Las manos de Astoria estaban en todas partes: desabrochando los pantalones de Miller, deslizándolos por sus caderas junto con el encaje de su ropa interior. El aire fresco de la habitación besó los muslos expuestos de Miller, pero el calor corporal de Astoria lo ahuyentó al acomodarse entre sus piernas.

Miller observaba, con la respiración entrecortada, cómo los dedos de Astoria recorrían la parte interna de su muslo, provocando la piel sensible de la zona. Su tacto rozó los pliegues de Miller, ya húmedos por la anticipación, y Miller se arqueó ligeramente, dejando escapar un suave jadeo.

—Eso se siente tan bien —susurró, con las manos enredadas en el cabello suelto de Astoria.

Astoria sonrió contra su piel, presionando un beso en el hueso de la cadera de Miller antes de bajar más. Su aliento era cálido mientras separaba más los muslos de Miller, exponiéndola por completo. Miller se sentía vulnerable y viva, el tipo de apertura que antes la habría asustado pero que ahora sentía plenamente correcta.

La lengua de Astoria salió para trazar un círculo lento alrededor de su clítoris, y las caderas de Miller se agitaron involuntariamente mientras el placer se enroscaba con fuerza en su interior.

—Tranquila —murmuró Astoria, con la voz vibrando contra el sexo de Miller, enviándole nuevas chispas. Lamió de nuevo, esta vez de forma más amplia. Sus dedos se unieron a la caricia, uno deslizándose dentro con suave insistencia, curvándose de la forma justa para rozar ese punto que hacía que Miller encogiera los dedos de los pies. Astoria se movía con ternura: estocadas lentas, acompasadas por la presión plana de su lengua, aumentando la presión sin llegar a abrumarla. Miller respiraba con jadeos superficiales mientras su cuerpo respondía con entusiasmo.

La sensación creció como una ola cobrando fuerza, y la mano libre de Astoria acariciaba el muslo de Miller para darle estabilidad. Los dedos de Miller se apretaron en su cabello, guiándola, perdida en el calor húmedo de la boca de Astoria.

—No pares —respiró con voz ronca.

Astoria tarareó en respuesta y la vibración empujó a Miller más cerca del límite. Otro dedo se unió al primero, dilatándola con suavidad, con un ritmo constante e implacable. El mundo de Miller se redujo a ese deslizamiento húmedo, al deseo creciente y a la forma en que el cuerpo de Astoria la sostenía.

El placer llegó a su punto álgido de repente, agudo y dulce; el cuerpo de Miller se tensó mientras llegaba al orgasmo con un gemido grave, con su sexo apretando los dedos de Astoria. Oleadas de placer la recorrieron, dejándola temblorosa y exhausta. Astoria no se apartó de inmediato. Siguió lamiendo suavemente hasta que los escalofríos de Miller remitieron, y luego subió besándola.

Pero Miller no había terminado, no cuando Astoria la miraba así, con los ojos oscurecidos por su propia necesidad. Se movió, girando para que fuera Astoria quien quedara debajo. Las manos de Miller se ocuparon rápidamente de la cremallera de los pantalones de Astoria, bajando la tela oscura junto con su ropa interior, revelando el vello oscuro bien cuidado y los pliegues brillantes debajo. El físico de Astoria era pura potencia fibrosa, y sus piernas se separaron de buen grado cuando Miller se acomodó entre ellas.

—Te tengo —dijo Miller. Empezó con besos a lo largo de la parte interna del muslo de Astoria, mordisqueando ligeramente la piel y sintiéndola temblar. Las manos de Astoria descansaban en los hombros de Miller mientras la lengua de esta se deslizaba en su interior, saboreando su aroma almizclado e embriagador. Astoria dejó escapar un suave suspiro y sus caderas se elevaron ligeramente.

Había algo juguetón en su lentitud; Miller la provocaba con lametones ligeros como plumas, rodeando su clítoris antes de succionar suavemente. La respiración de Astoria se aceleró y sus dedos volvieron a enredarse en el pelo de Miller.

—Sí, así —susurró con voz ronca.

Miller deslizó dos dedos en su interior, sintiendo el agarre cálido y húmedo, y penetró al ritmo de su lengua. El cuerpo de Astoria respondía con sutiles balanceos, con la vulnerabilidad asomando en sus ojos.

Miller curvó los dedos más profundamente, presionando contra esa pared interna, con su boca implacable pero tierna. Astoria llegó al clímax con un grito estremecedor, su sexo pulsando alrededor de los dedos de Miller mientras su cuerpo se arqueaba en la liberación. Miller dejó que se desvaneciera, ayudando a Astoria a pasar los espasmos posteriores con suaves besos en su monte de Venus.

Miller no recordaba la última vez que se había sentido tan en paz. Las sábanas estaban hechas un desastre, el pelo de Miller totalmente revuelto y sus piernas estaban entrelazadas. Pero se sentía satisfecha.

La cabeza de Astoria descansaba en el pecho de Miller y sus dedos trazaban patrones ociosos en su vientre. Miller podía oír el

mar rompiendo contra las rocas a través de la ventana abierta y, en algún lugar de la casa, un reloj segundero.

—Tu casa es demasiado silenciosa —susurró Miller.

Astoria soltó una risita contra su piel. —Habrá quien lo llame paz.

—Es inquietante. ¿Tienes siquiera televisión?

—Hay una en la sala de cine.

—¿Tienes una sala de *cine* y aun así no ves la tele como una persona normal? —Un rastro de diversión se filtró en su voz.

—Nunca he dicho que fuera normal. —Astoria apoyó la barbilla en el pecho de Miller, mirándola con una sonrisa perezosa y satisfecha—. ¿Estás criticando mi casa antes de que pase una hora desde que nos hemos acostado?

Miller emitió un sonido vago. —La critico con cariño.

La sonrisa de Astoria se ensanchó. —Te lo permito.

Los dedos de Miller buscaron el pelo de Astoria, acariciando los mechones oscuros. Seguía siendo extraño estar aquí así. No había prisa por marcharse, ni miradas furtivas al reloj, ni un nudo de culpa en el estómago. Solo estaban ellas dos, juntas, sin ningún otro sitio donde estar.

—Podría acostumbrarme a esto —dijo Miller en voz baja.

La mano de Astoria se detuvo en su vientre. —¿Podrías?

—Sí. —Miller la miró a los ojos—. A la casa silenciosa y espeluznante, a la sala de cine que nunca usas, a la ausencia total de cojines decorativos...

—Tengo cojines decorativos.

—Tienes dos, y ambos son blancos. Eso es solo... decoración de catálogo.

Astoria le dio un pellizco en el costado y Miller se retorció, riendo.

—Pero hablo en serio —dijo Miller cuando recuperó el aliento—. Quiero esto. Te quiero a ti. Todo.

Astoria se movió, apoyándose en un codo. La luz de la lámpara iluminaba su rostro, suavizando sus facciones. —Ese "todo" incluye algunas cosas que quizá no te gusten.

—¿Como qué?

—Como la gala de Mujeres de Negocios de Phoenix Ridge el mes que viene. Se espera que asista. —Astoria hizo una mueca—. Al

igual que las parejas.

Miller gimió. —¿Etiqueta?

—Etiqueta.

—¿Multimillonarios charlando sobre filantropía?

—Y desarrollo sostenible. No te olvides de eso.

—Ay, Dios. —Miller se tapó los ojos con el brazo—. ¿En qué me he metido?

La risa de Astoria resonó y Miller bajó el brazo solo para verla. Había oído reír a Astoria antes, pero no así. No con todo el cuerpo, ni sin cortarse a mitad de camino.

—Solo te estoy tomando el pelo. No tienes por qué venir —dijo Astoria, todavía sonriendo—. No te sometería a...

—Iré. —Miller se estiró y apartó un mechón rebelde detrás de la oreja de Astoria—. Te lo he dicho. Estoy dentro, para todo.

Algo se relajó en la expresión de Astoria. —¿Lo dices en serio?

—Sí. —Miller dejó que su mano descansara en la mejilla de Astoria—. También quiero que conozcas a mis madres. Me refiero a conocerlas bien, no solo como la parte contraria o lo que sea que crean que eres.

—¿Y qué *creen* que soy?

—La mujer que lleva unos seis meses haciéndome perder la cabeza. —Miller la miró—. ¿Qué pasa? Han tenido curiosidad.

—Curiosidad —repitió Astoria—. Eso suena aterrador.

—Les vas a encantar.

—No puedes saberlo.

—Lo sé, de verdad. —Miller sonrió—. Las cenas de los domingos son sagradas en mi familia. Y quiero que estés allí.

Astoria se quedó callada un momento, con la mirada recorriendo el rostro de Miller como si buscara algo. —Nunca he hecho nada parecido. Lo de la calidez informal en las cenas familiares... nunca lo he tenido. Mi familia no era... Y los padres de Valerie eran... —Negó con la cabeza—. Podría dárseme fatal.

——No será así.

Astoria la miró, solemne. —No sé cómo charlar de cosas triviales frente a un asado sin que parezca que estoy dirigiendo una junta de accionistas.

Miller sonrió ampliamente. —A mi madre Harper en realidad le encantaría eso. Le hace mucha gracia la jerga corporativa.

Astoria resopló. —Eso es alentador.

—Oye. —El dedo de Miller trazó el pómulo de Astoria—. Ya lo descubriremos. Se acabó lo de esconderse, ¿verdad? Eso incluye mi mundo también. Con asados terribles y todo lo demás.

—¿El asado es terrible?

—Bueno, Nadia lo intenta y Harper se encarga de la parrilla. Es todo un sistema. —Miller la atrajo para un beso suave—. Ya lo verás.

Astoria se volvió a acomodar contra ella con la cabeza en el pecho de Miller. —He terminado de esconderme —dijo en voz baja—. Pasé mucho tiempo manteniéndolo todo bajo llave, y ya no quiero hacer eso.

Miller le dio un beso en la coronilla. —Pues no lo hagas.

Se quedaron allí tumbadas, enredadas en la cama demasiado grande de la casa demasiado vacía, pero ahora se sentía menos vacía.

—Quédate esta noche —murmuró Astoria contra su piel.

—Tenía pensado hacerlo.

—Bien. —El brazo de Astoria se apretó alrededor de su cintura.

Miller cerró los ojos, dejando que todo calara hondo. Por primera vez, por fin, podía quedarse, y era exactamente donde debía estar.

EPÍLOGO

—Willow, ese es mi calcetín.

Astoria levantó la vista de su café y se encontró a Miller en el umbral del dormitorio, con un pie descalzo levantado, señalando con tono acusador al pastor australiano despatarrado en la alfombra del salón. La cola de Willow dio un golpe sordo, con el calcetín robado colgando de su boca como un trofeo.

—Sabe perfectamente lo que ha hecho —dijo Miller.

—No siente remordimiento alguno.

—Ninguno en absoluto. —Miller se acercó a Willow, se agachó y le ordenó—: Suelta.

La cola de Willow golpeó más rápido. El calcetín se quedó exactamente donde estaba.

Astoria ocultó una sonrisa tras su taza. Era una mañana de domingo a finales de agosto, y estaban negociando con una perra convencida de que el robo de calcetines era su verdadera vocación.

Cinco años atrás, Astoria no habría podido imaginar esta vida: la calidez, la naturalidad, la ridícula normalidad de todo ello.

—Está bien —le dijo Miller a Willow—. Quédatelo. Pero cuando necesites que te abra el tarro de las chuches más tarde, acuérdate de este momento.

Willow celebró su victoria dando tres vueltas rápidas alrededor de la mesa de centro antes de dejarse caer dramáticamente a los pies de Astoria.

—No tiene vergüenza —dijo Astoria.

—Ha aprendido de la mejor. —Miller le plantó un beso a Astoria en la cabeza al pasar a su lado, de camino a la cocina—. ¿Más café?

—Por favor.

La casa olía a mar y al jabón de lavanda que Miller se empeñaba en comprar, a pesar de que Astoria le había señalado, repetidamente, que había opciones más sofisticadas. Pero a Miller le gustaba, así que había jabón de lavanda en todos los baños, y Astoria había dejado de fingir que le importaba.

A través de las ventanas, la terraza se extendía hacia el agua, y Astoria alcanzaba a ver las dos sillas en las que se habían sentado anoche y las copas de vino que aún esperaban a ser recogidas. Se habían quedado fuera hasta casi medianoche, hablando de nimiedades, y ella se había quedado dormida sobre el hombro de Miller mientras las olas rompían contra las rocas abajo.

Casi todos los días se despertaba feliz; todavía le sorprendía.

Se separaron, y Astoria subió las escaleras mientras Miller empezaba a recoger el vino. En el vestidor, Astoria sacó el jersey de cachemira azul y luego hizo una pausa. Miró el de color crema con cuello vuelto y trenzado de color carbón.

—El azul —gritó Miller desde abajo, como si pudiera leerle la mente a Astoria a través de las paredes y el suelo.

—Aún no lo he decidido.

—Estás sujetando el azul de forma diferente. Lo noto desde aquí.

Astoria bajó la vista. *Sí* que lo estaba sosteniendo de forma diferente, como si fuera delicado—. Vamos a hablarles de la gala de la Fundación Futuro Verde el viernes —dijo, pasándose el jersey por la cabeza—. La inauguración de la exposición de arte.

Miller apareció en el umbral con las llaves del coche en la mano. —Y te preocupa que se sientan fuera de lugar.

—Es un evento importante. La gente...

—Gente que es mucho menos interesante que mis madres —terminó Miller. Cruzó la habitación y le levantó la barbilla a Astoria—.

Van a estar muy orgullosas de ti. Eso es todo. Es lo único que les importa.

Las palabras aterrizaron en un lugar sensible. Cinco años después, Astoria todavía necesitaba que le recordaran de vez en cuando que el amor no era condicional, que la familia no requería que dieras un espectáculo.

—De acuerdo —dijo en voz baja.

—De acuerdo. —Miller la besó una vez, rápida y segura—. Ahora, vámonos. Vamos a llegar diez minutos tarde y Harper no dejará de recordárnoslo nunca.

Abajo, Willow esperaba junto a la puerta con la correa en la boca, porque de alguna manera sabía que era domingo y el domingo significaba un viaje en coche a casa de las madres de Miller para recibir premios.

—Sí, tú también vienes —le dijo Miller, enganchándole la correa —. Vamos todos a la cena familiar.

Astoria cogió el vino de la encimera, un pinot noir que Harper fingiría que no le importaba mientras le daba su aprobación en secreto, y los siguió hasta el coche.

La casa se veía diferente en el espejo retrovisor. Ya no era la fortaleza vacía que había comprado hace cinco años. Era un hogar en todos los sentidos de la palabra.

Ha valido la pena, pensó Astoria. *Todo ello.*

Miller alargó la mano sobre la consola y entrelazó sus dedos con los de ella. —¿Lista?

Astoria le apretó la mano. —Lista.

El distrito de The Heights se veía exactamente igual que siempre: calles bordeadas de árboles, casas modestas con jardines cuidados, el tipo de vecindario donde la gente conocía a sus vecinos y dejaba las luces del porche encendidas. El hogar de la infancia de Miller estaba al final de un callejón sin salida, una casa de tres dormitorios con pintura azul desvaída y un porche delantero que se inclinaba ligeramente hacia la izquierda.

Astoria se había sentido aterrorizada por esta casa la primera vez que Miller la trajo aquí. Ahora, aparcaba en la entrada como si perteneciera al lugar, porque así era.

Willow se sabía la rutina. En cuanto el coche se detuvo, pegó el hocico a la ventanilla y gimoteó, con la cola convertida en un torbellino de anticipación.

—Sí, ya hemos llegado —le dijo Miller, soltando el enganche de la correa—. Intenta contener tu emoción.

Willow salió disparada del coche en cuanto se abrió la puerta, corriendo por el camino delantero con total desprecio por el protocolo de la correa. La puerta principal se abrió de par en par antes de que llegaran, y apareció Nadia, con su cabello plateado recogido en un moño suelto, vistiendo un cárdigan suave y un delantal espolvoreado de harina.

—¡Mi nuera favorita! —Abrió los brazos y Willow se estrelló primero contra sus piernas, exigiendo atención.

—Hola a ti también, Willow. —Nadia rascó tras las orejas de la perra antes de adelantarse para envolver a Astoria en un abrazo cálido, de esos que duran un segundo de más y se sienten como volver a casa.

—Soy tu hija biológica —dijo Miller desde detrás, cargando con el vino.

—Aun así. —Nadia soltó a Astoria y se volvió hacia Miller con una sonrisa tierna—. Hola, cielo.

—Hola, mamá.

La voz de Harper llegó desde el interior: —¿Vamos a comer hoy o nos vamos a quedar en el porche compartiendo sentimientos?

—¡Podemos hacer las dos cosas! —respondió Nadia.

La casa olía a pollo asado y hierbas, cálida y acogedora. Astoria había crecido en apartamentos que olían a alfombra vieja y estaban llenos del agotamiento de su madre. Su casa con Valerie olía a velas caras pero estaba llena de un resentimiento tácito.

Esta casa olía a familia.

Willow desapareció en el salón, con las uñas haciendo clic sobre el parqué, y Astoria oyó el saludo de Harper, bajo y divertido. —Ahí está la verdadera invitada de honor.

Siguieron el sonido hasta encontrar a Harper frente a la encimera de la cocina, con las mangas remangadas y las manos ocupadas con una tabla de cortar. Levantó la vista cuando entraron, con sus ojos

azul grisáceos agudos y evaluadores, de esa forma que había intimidado a Astoria durante meses antes de darse cuenta de que Harper lo veía todo porque se preocupaba, no porque estuviera buscando fallos.

—Habéis traído vino —dijo Harper, asintiendo hacia la botella que Miller dejó en la encimera—. Dejadme adivinar. —Hizo una pausa para darle un toque dramático—. Pinot noir.

—¿Querías que trajera otra cosa?

—No. —Harper cogió la botella, examinando la etiqueta con un escepticismo teatral—. Con esto servirá.

Astoria reprimió una sonrisa. Esta era su rutina: Harper fingiendo que no le importaba el vino, Astoria fingiendo que se lo creía, y ambas sabiendo exactamente lo que estaban haciendo.

—¿Qué te parece? —preguntó Astoria, acercándose al lado de Harper—. ¿Lo abrimos ahora o esperamos a la cena?

Harper la miró y algo cálido brilló en su expresión. —¿Qué hay de comer?

—Pollo asado, patatas y judías verdes.

—Ahora —dijo Astoria de inmediato—. Necesita respirar.

—De acuerdo. —Harper le tendió el sacacorchos—. Tú abres, yo sirvo.

A Astoria le había llevado un año relajarse así. El intercambio fácil, los gestos casuales, la presunción de que pertenecía a esa cocina. En aquella primera cena de domingo, se había quedado en un rincón como una invitada en un evento formal, sin saber muy bien qué hacer con las manos ni cómo contribuir. Miller la había presentado con cuidado, y Astoria les había estrechado la mano, respondido a preguntas y esperado el juicio que estaba segura de que llegaría.

Pero nunca llegó.

Nadia le había preguntado por su trabajo, genuinamente curiosa. Harper había discutido con ella sobre si los vinos de Oregón estaban infravalorados o valorados en su justa medida, lo que de alguna manera se convirtió en un debate de treinta minutos que terminó con ambas riendo. Y cuando Astoria intentó ayudar a recoger la

mesa, Nadia simplemente dijo: —Bien. Miller nunca ayuda —y le entregó un paño de cocina.

Y eso fue todo. Se había convertido en familia.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Harper, sirviendo vino en dos copas mientras Nadia y Miller ponían la mesa en el comedor.

—Va bien —dijo Astoria—. Mucho ajetreo. Estamos ultimando los planes para una urbanización en Seattle, y la fundación organiza una exposición de arte el viernes por la noche.

—¿Lo de la Fundación Futuro Verde que mencionó Miller?

—Sí. Vamos a presentar a una artista sostenible emergente. Crea instalaciones a partir de materiales recuperados. Debería ser interesante.

—¿Vas a invitar a la panda de multimillonarios?

Astoria sonrió ante el tono de Harper y la forma en que decía «panda de multimillonarios» como si fuera una especie de ave. —A algunos de ellos, sí. Isabella Montgomery ha confirmado, y Diana Rothstein dijo que podría venir.

—Y te preocupa que nos sintamos fuera de lugar.

La mano de Astoria se detuvo sobre la botella de vino. —Miller dijo...

—Miller tiene razón. No nos sentiremos así. —Harper la miró a los ojos, firme y segura—. Hemos ido a muchos de tus eventos, Astoria. Sabemos cómo comportarnos.

—No quería decir...

—Sé que no. —La expresión de Harper se suavizó ligeramente—. Pero te preocupas de todos modos. No pasa nada. Solo recuerda que la gente de esos eventos puede tener más dinero que nosotras, pero eso no la hace más interesante.

—La mayoría no lo son —admitió Astoria.

—Exacto. —Harper cogió ambas copas de vino—. Venga, vamos. Nadia nos va a obligar a bendecir la mesa si no nos sentamos pronto, y estoy intentando evitarlo.

La mesa del comedor estaba puesta con platos desparejados y servilletas de tela que habían visto tiempos mejores. Miller ya estaba sentada, apoyada en el respaldo de su silla con la cabeza de Willow descansando en su rodilla. Nadia apareció de la cocina cargando una

fuente de pollo, dorado y perfecto, y lo dejó en el centro de la mesa con un sonido de satisfacción.

—Sentaos todos —dijo—. Antes de que se enfríe.

Ocuparon sus asientos habituales —Miller y Astoria a un lado, Nadia y Harper al otro— y, por un momento, Astoria se limitó a observar a aquellas mujeres que la habían acogido sin vacilar, que le habían hecho un hueco en su mesa y en su vida y que le habían mostrado cómo debía ser una familia.

—¿Vamos a bendecir la mesa? —preguntó Harper, lanzando a Nadia una mirada intencionada.

—¿*Quieres* bendecir la mesa?

—En absoluto.

—Entonces no bendecimos nada. —Nadia le pasó las patatas a Astoria—. Cuéntame algo de esa exposición de arte.

Astoria les explicó los detalles mientras llenaban sus platos: la visión del artista, las piezas de la instalación, la colaboración con organizaciones ambientales locales. Miller añadió datos sobre el trabajo legal que su fundación había realizado para asegurar la financiación, y Harper hizo preguntas sorprendentemente profundas sobre el proceso creativo del artista.

—Me gustaría verla —dijo Nadia cuando Astoria terminó—. Si no te importa que estemos allí, claro.

—Claro que no me importa. —Astoria sintió una cálida opresión en el pecho—. Me encantaría que vinierais. Las dos.

—Te dejaremos en evidencia —advirtió Harper.

—No lo haréis.

—Puede que hagamos las preguntas equivocadas a las personas equivocadas.

—En ese caso, disfrutaré viéndolo. —Astoria se encontró con los ojos de Harper al otro lado de la mesa—. Por favor, venid. Significaría mucho para mí.

La expresión de Harper cambió, algo tierno asomó tras su humor mordaz. —Está bien, allí estaremos.

La conversación fluyó con facilidad a partir de ahí: anécdotas del trabajo, cotilleos del barrio y las últimas fechorías de Willow contra la propiedad ajena (había destrozado uno de los zapatos de tacón de

Miller, algo que a Harper le pareció desmesuradamente divertido). Astoria se descubrió riendo más que hablando, observando cómo se iluminaba el rostro de Miller al contar historias y cómo Nadia y Harper intercambiaban miradas que encerraban conversaciones enteras en silencio.

Esto era lo que le había faltado toda su vida.

—¿Cómo va el caso? —le preguntó Nadia a Miller—. ¿Esa mujer del mes pasado?

—¿Theresa? —La expresión de Miller se volvió seria—. Ha conseguido la custodia total. Su ex solo tiene visitas supervisadas y el mes que viene solicitaremos las medidas permanentes.

—Eso es estupendo.

—Lo es. —La voz de Miller era baja pero firme—. Estaba aterrorizada cuando vino a verme. Ahora ella y sus hijos están a salvo. Eso es lo que importa.

Astoria buscó la mano de Miller por debajo de la mesa y se la apretó una vez. Miller se había marchado de Hartwell & Associates hacía tres años para montar su propio bufete de derecho de familia, centrado en supervivientes de maltrato doméstico. Había sido aterrador y estimulante, y Astoria la había visto acercarse más a su verdadera esencia con cada caso que aceptaba.

—Estás haciendo un trabajo importante —dijo Astoria.

Miller se giró para mirarla. —Tú también.

—Yo construyo hoteles.

—Construyes comunidades sostenibles y financias programas que ayudan a la gente. —La voz de Miller fue tajante—. No le quites importancia.

Harper emitió un sonido que podía ser de asentimiento o de indigestión—. Ambas lo estáis haciendo muy bien. ¿Podemos comer ya el postre?

—Ni siquiera hemos terminado de cenar —señaló Nadia.

—Propongo que pasemos directamente a la parte buena.

—La has hecho tú. No puedes saltarte tu propia cena.

—Mira cómo lo hago.

Tomaron el postre en el porche trasero —tarta de manzana, porque algunas tradiciones eran sagradas— mientras la tarde caía a

su alrededor en tonos dorados y púrpuras. Willow perseguía algo invisible por el jardín y las luciérnagas comenzaban su lento vagar por el creciente crepúsculo.

Astoria se sentó en el balancín del porche junto a Miller, y Nadia y Harper ocuparon los sillones de mimbre, ambas contemplando el jardín con satisfacción.

—Y bien —dijo Nadia con tono casual pero mirada perspicaz—. ¿Alguna noticia que queráis compartir?

Astoria y Miller intercambiaron una mirada. Llevaban meses hablando de ello: la posibilidad, la logística, el salto aterrador hacia algo más grande que ellas dos.

—Todavía no —dijo Miller con delicadeza—. Pero quizá pronto.

El rostro de Nadia se iluminó. —¿De verdad?

—No las presiones —dijo Harper de inmediato.

—¡No estoy presionando! Estoy indagando con entusiasmo.

—Es lo mismo.

—Es completamente distinto.

Astoria las observó discutir, con el afecto patente en cada palabra, y sintió cómo la última pieza de su armadura terminaba de caer. Había pasado tantos años creyendo que tenía que ser perfecta para que la quisieran. Estas mujeres le enseñaron lo contrario. La habían visto en sus peores momentos —ansiosa, esquiva, insegura— y la habían amado de todos modos. Le habían hecho un sitio en su mesa y en sus corazones, y nunca le habían pedido que fuera otra cosa que exactamente quien era.

La velada fue tocando a su fin poco a poco. Ayudaron a recoger, con Nadia insistiendo en que no era ninguna molestia mientras Harper refunfuñaba sobre cuántos platos podían llegar a ensuciar tres personas. Willow se quedó frita en la alfombra del salón, agotada por su importante labor de existir con vigor.

Cuando llegó el momento de irse, Astoria se vio envuelta de nuevo en los brazos de Nadia, sujeta con fuerza y seguridad.

—Estoy orgullosa de ti —dijo Nadia en voz baja—. Espero que lo sepas.

A Astoria se le hizo un nudo en la garganta. —Gracias.

—Nos vemos el viernes en la exposición.

—Os reservaré sitios en la primera fila.

Harper también la abrazó, de forma breve y firme. —Deja de preocuparte tanto —dijo—. Eres de la familia. Eso no va a cambiar.

—Lo sé —respondió Astoria, y sintió que era verdad.

Subieron al coche a una adormilada Willow y se alejaron de la casa, ambas saludando hacia el porche donde Nadia y Harper permanecían juntas, recortadas por el cálido resplandor del interior. Miller alargó la mano sobre la consola y entrelazó sus dedos con los de Astoria.

—Te quieren —dijo ella.

—Yo también las quiero a ellas.

—Van a malcriar a nuestros hipotéticos hijos hasta decir basta.

Astoria sonrió, viendo pasar el vecindario. —Cuento con ello.



La casa estaba a oscuras cuando entraron en el camino de entrada; solo la luz del porche que Miller había dejado encendida proyectaba un cálido brillo sobre los escalones de la entrada. Willow se removió en el asiento de atrás, bostezó con dramatismo y las siguió al interior con el aire resignado de un perro que ha tenido un día muy largo.

—¿Quieres algo? —preguntó Miller, dejando las llaves en la encimera—. ¿Un té, tal vez?

—Solo a ti —le tendió la mano Astoria—. Ven fuera conmigo.

Atravesaron el salón y salieron a la terraza, con el océano extendiéndose ante ellas. La luna colgaba baja sobre el agua, iluminando las suaves ondas. Los grillos cantaban en la oscuridad y, en algún lugar a lo lejos, se oía el ulular de un búho.

Miller atrajo a Astoria hacia sí, rodeándola con los brazos desde atrás, y se quedaron allí observando cómo las olas rompían contra las rocas de abajo.

—Tus madres se presentarán en la exposición con una lista de preguntas para cada artista —dijo Astoria.

—Seguro que Harper acorrala a alguien para interrogarlo sobre su proceso creativo.

—Y Nadia les preguntará si han comido hace poco.

Miller soltó una risita suave. —Sin duda.

Cayeron en ese silencio cómodo que comparten dos personas que no necesitan llenar cada instante con palabras. Astoria se apoyó en el pecho de Miller, y esta apretó el abrazo mientras le plantaba un beso en la sien.

—¿Alguna vez piensas en ello? —preguntó Astoria—. ¿En cómo de distintas podrían haber sido las cosas?

—A veces.

—Casi no llegamos hasta aquí.

Miller hizo que Astoria se girara entre sus brazos, buscando sus ojos bajo la luz de la luna. —Pero lo hicimos.

—Lo hicimos —asintió Astoria en voz baja.

—Y no me voy a ninguna parte —dijo Miller—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. —La sonrisa de Astoria era pequeña pero segura—. Ahora te has quedado conmigo para siempre.

—¿Para siempre?

—Para siempre. Lo prometo.

Miller la besó, saboreando el aire salino en sus labios. Cuando se separaron, los ojos de Astoria brillaban, reflejando la luz de las estrellas.

—¿Crees que podrás aguantar otros cincuenta años así? —preguntó Astoria.

—¿De cenas de domingo y de Willow robándome los calcetines?

—Y conmigo.

Miller acunó el rostro de Astoria, acariciando con el pulgar su pómulo, que ya no estaba tan afilado como hacía cinco años. —Sobre todo contigo.

Se quedaron allí, en la terraza con vistas al mar, el mismo océano que lo había presenciado todo: los muros que Astoria había levantado, la persona que Miller había descubierto que era, el amor por el que habían luchado y que casi perdieron, y que elegían de nuevo cada santo día.

Cantaban los grillos y las olas rompían contra la orilla. Sobre ellas, las estrellas titilaban en el cielo de terciopelo. Y en la casa, a sus espaldas, Willow ya roncaba en el sofá, sin duda soñando con los calcetines robados de mañana, completamente segura de su lugar en ese hogar, en esa familia, en esa vida que habían construido juntas.

—Venga —dijo Miller, buscando la mano de Astoria—. Vamos a la cama.

Entraron juntas en casa y Miller apagó la luz del porche, dejando que solo la luz de la luna entrara por las ventanas. La mano de Astoria se sentía cálida y familiar en la suya.

En el dormitorio se desvistieron sin prisa y se metieron juntas en la cama. Astoria se acurrucó contra el costado de Miller y su respiración se acompasó casi de inmediato. Miller permaneció despierta un poco más, sintiendo el peso del brazo de Astoria sobre su cintura.

Hacía cinco años, había entrado en una mediación esperando encontrarse con una villana. Ahora, podía pasar el resto de su vida con la mujer de sus sueños.

Miller depositó un beso en el pelo de Astoria y cerró los ojos.

Mañana se despertarían y volverían a hacerlo todo: el café, el perro, la magia cotidiana de su vida compartida.

Estaba deseando que llegara.

EPÍLOGO

Gracias por leer *Durmiendo con el enemigo*.

De verdad. Significa todo para mí que hayáis elegido pasar vuestro tiempo con Astoria, Miller y el comienzo de la serie **Billionaires of Phoenix Ridge**.

Phoenix Ridge siempre ha sido mi lugar favorito para escribir: una ciudad llena de **mujeres poderosas y apasionadas**, emociones complicadas, aristas afiladas y el tipo de amor que se niega a ir sobre seguro. Y las multimillonarias de Phoenix Ridge no han hecho más que empezar… así que, si habéis disfrutado de la tensión, el deseo y de ver cómo una Reina de Hielo se resquebraja (solo un poco), estad atentos. Hay mucho más en camino.

Si aún no estáis listos para dejar Phoenix Ridge, puede que también disfrutéis de mis otras series ambientadas en este universo:

- 🔥 **Phoenix Ridge Fire Dept** — bomberas valientes, mucha temperatura y una química feroz
- 🏥 **Phoenix Ridge Medical** — drama hospitalario intenso, mujeres poderosas y una atracción ardiente
- 🚓 **Phoenix Ridge Police** — peligro, tensión y mujeres que caen de forma estrepitosa cuando hay mucho en juego

Mujeres fuertes, química intensa y siempre un final feliz son mis cosas favoritas para escribir… y espero que también sean vuestras

cosas favoritas para leer.

📱 Y si os apetece pasar el rato conmigo entre libro y libro, venid a saludarme a **Instagram y TikTok @emilyhayesauthor**, donde comparto novedades, adelantos y diversión entre bastidores.

Gracias de nuevo por estar aquí, y por querer a estas mujeres tan aguerridas tanto como yo.

Tengo muchas ganas de enseñaros lo que viene a continuación.

Con amor,

Emily 💋